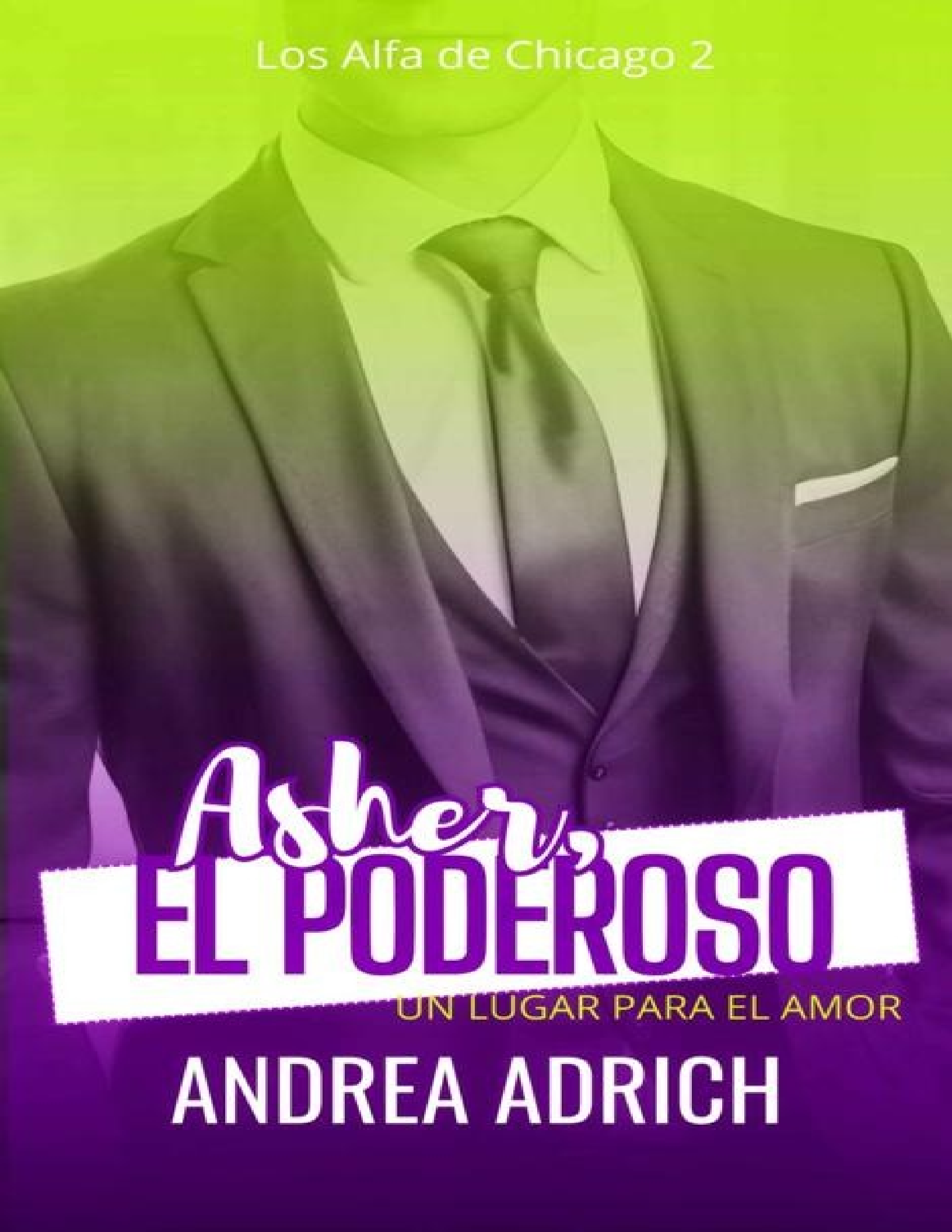
Los Alfa de Chicago 2



Asher, EL PODEROSO

UN LUGAR PARA EL AMOR

ANDREA ADRICH



ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2024 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: octubre 2024

Título: ASHER, el Poderoso. Un lugar para el amor.

Número de Registro en SafeCreative: 2410059710177

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y ahora también en Instagram (andreaadrich_), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83
CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
CAPÍTULO 86
CAPÍTULO 87
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA

OTROS LIBROS DE LA AUTORA:

Hermanos Montenegro:

Donde vuelan las mariposas.

En el otro lado del corazón

Mi sabor preferido eres tú

Vendetta

Trilogía Señor Baker:

La proposición del señor Baker

La petición del señor Baker

La decisión del señor Baker

Algo increíble

Un trocito de cielo para Nathan Littman:

El infierno de Nathan

El cielo de Nathan

Bilogía señor Brooks:

Los pecados de Olivier

La absolución de Olivier

Khalil, el hijo del desierto.

Los Maestros del Placer:

Érase una vez… el placer

Érase una vez… el amor

Serie Cicatrices:

Un corazón para Bruce Sanders

El retorno de Logan Mont Blanc
La bestia de las Highlands

Algo más que magia

Los Borkan:

KADEN: Amor por contrato
KILLIAN: Desde siempre
KAIROS: Y apareciste tú

Prohibido Enamorarse

Al mejor Postor

Serie Los Alfa de Chicago

SAMUEL, el Arrogante
ASHER, el Poderoso

CAPÍTULO 1

Abby se observó en el espejo de cuerpo entero de su habitación. Era el cuarto conjunto de ropa que se probaba. Como no se decidiera pronto llegaría tarde a la entrevista que tenía con Asher Barclay.

—Dicen que ese tío es muy serio —comentó Holly, su amiga y compañera de piso, que la miraba sentada en el borde de la cama.

Abby dejó escapar un suspiro.

—Yo también lo he oído, y no te creas que no me da miedo —dijo—. Es uno de los afamados «Alfa de Chicago».

—El apodo ya impone, ¿verdad? —dijo Holly.

—La verdad es que sí.

Abby estudió su cabello con los ojos entornados. Ladeó la cabeza.

¿Cómo iba a peinárselo? Su pelo era indomable. Hiciera lo que se hiciera en

él, perdía la forma a los diez minutos y el trabajo que había realizado, por muy meticuloso y elaborado que fuera, se iba al garete.

Lo que daría por un pelo maleable que se mantuviera en su sitio todo el día.

—¿Me lo recojo o me lo dejo suelto? —le preguntó a Holly.

—Recógetelo, cuando te lo dejas suelto parece que tienes menos años y Asher Barclay puede pensar que no eres lo bastante responsable para cuidar de su hijo.

Abby hizo una mueca con la boca.

—Tienes razón. Tengo que dar imagen de chica madura y responsable —apuntó.

Las palabras de Holly la indujeron a recogerse la larga melena caoba en una coleta alta.

Se volvió hacia su amiga.

—¿Qué tal? —No terminaba de estar convencida. Con nada. Ni con la ropa ni con el peinado.

—Estás perfecta —respondió Holly.

—¿En serio?

Holly afirmó con la cabeza.

—En serio.

Abby dejó caer los hombros con cierta actitud de abatimiento.

—Necesito conseguir este trabajo como sea —dijo en tono de anhelo—. Es perfecto para mí en este momento. Por las mañanas, puedo seguir yendo a la Universidad hasta que finalice el curso después de dejar al niño en el colegio, y el sueldo es una pasada. Mucho más alto de lo que ganaría en cualquier otro sitio.

—Estoy segura de que lo vas a conseguir —la animó Holly.

—No sé… No tengo experiencia como niñera y supongo que Asher Barclay preferirá una de esas mujeres de mediana edad que han estado medio siglo cuidando niños.

—¿Cómo puedes decir que no tienes experiencia como niñera? —intervino Holly—. Tienes un montón de hermanos y once sobrinos a los que has cuidado infinidad de veces. ¡Y en muchas ocasiones de tres en tres! Eso es toda una proeza, sobre todo conociendo a tus sobrinos, que son unos pequeños monstruitos.

Abby se quedó pensando.

—Es verdad. —Pareció animarse un poco con las palabras de su amiga—. Mis sobrinos han sido una buena escuela.

—Por supuesto que han sido una buena escuela. La mejor. —Holly guiñó un ojo a Abby, que esbozó una sonrisa en sus labios—. Vas a conseguir ese

trabajo… si logras mantener la boca cerrada.

Abby miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

Holly bufó.

—Vamos, Abby, sabes tan bien como yo que esa tendencia tuya a decir lo que piensas la mayoría de las veces puede traerte más de un problema.

—Decir lo que se piensa no es malo.

Holly puso los ojos en blanco.

—Puede serlo si tu jefe es uno de los «Alfa de Chicago». No creo que Asher Barclay esté preparado para que le digan cómo tiene que hacer las cosas. Los hombres como él, seguros de sí mismos, poderosos, crueles, están acostumbrados a dar órdenes y ser obedecidos sin rechistar.

—Ya… Bueno… —titubeó Abby.

Abby no podía llevarle la contraria a su amiga. No en aquel tema. Tenía tendencia a decir lo que pensaba, aunque siempre utilizaba la empatía para hacerlo, por supuesto. Pero era cierto que aquella propensión suya a la sinceridad le había dado algún que otro quebradero de cabeza.

Holly volvió a hablar.

—Prométeme que vas a dominar tu lengua —dijo.

—Hablas como si fuera una serpiente pitón —comentó Abby.

Holly se echó a reír.

—A veces puedes serlo, Abby, tienes la lengua muy rápida —dijo.

Abby dejó escapar una carcajada.

—Vale, prometo contenerme.

Holly curvó el cuello hacia la izquierda, asomando la cabeza por el costado de Abby.

—Enséñame esos dedos —dijo, sabiendo que probablemente Abby los estuviera cruzados a su espalda.

Abby chasqueó la lengua contra el paladar.

—¿Por qué siempre me pillas? —se quejó.

—Porque eres mi mejor amiga y te conozco demasiado bien —respondió Holly, dibujando en la comisura de los labios una sonrisa de complicidad.

Abby sacudió la cabeza con resignación. No había forma de engañar a Holly.

Miró el reloj de pulsera. No le daba tiempo a probarse otro conjunto de ropa, así que tendría que valer lo que llevaba puesto; unos pantalones chinos negros y una blusa con un estampado de flores naranjas y verdes metida por dentro. La primavera estaba siendo más calurosa de lo habitual, así que no hacía falta que llevara americana.

Cogió aire frente al espejo.

—No puedo entretenerme más —dijo, aplicándose una ligera capa de pintalabios de color rosa.

—Estás genial, Abby —opinó Holly.

—Eso espero —murmuró ella.

Holly alargó el brazo y le dio un pequeño golpe a Abby en la pierna.

—Deja de ser tan dramática. Vas a encantar a Asher Barclay y conseguirás ese puesto de niñera que tanto ansías.

Abby levantó las manos. Tenía los dedos cruzados.

—Ojalá —dijo.

Ni siquiera había empezado la entrevista y ya estaba loca por terminarla.

Holly le pasó el bolso que descansaba sobre la cama. Abby lo tomó y se lo colgó del hombro. Seguidamente, Holly se levantó.

—Deséame suerte —dijo Abby.

—¡Suerte! —exclamó Holly—. Oh, Dios, casi se me olvidaba una cosa… —dijo de pronto. Se metió la mano en uno de los bolsillos delanteros del pantalón vaquero—. Abby, quiero que lleves esto a la entrevista.

Sobre la palma de Holly había un haba de color blanco. Abby frunció el ceño sin dejar de mirarla.

—¿Eso es un haba? —preguntó con incredulidad.

—Sí, es mi haba de la suerte —contestó Holly con naturalidad.

Abby frunció aún más el ceño.

—¿Desde cuándo tienes un haba de la suerte? —dijo. Abby nunca había oído que existieran habas de la suerte.

—Desde hace algún tiempo... Me lo dio mi abuela que le entró como sorpresa en una especie de torta. Holly agitó en el aire la mano que tenía libre—. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que te dé suerte en tu entrevista con Asher Barclay.

Abby no era mucho de talismanes ni de amuletos de la suerte. No era en absoluto supersticiosa, pero el gesto de Holly la llegó al alma. Holly siempre era tan mona con ella. Se mordió el labio de abajo.

—Muchas gracias —dijo, al tiempo que su amiga le colocaba el haba en la mano.

—Estoy segura de que te va a dar mucha suerte —afirmó.

—¿Dónde se supone que me lo tengo que guardar? —le preguntó Abby.

—En el bolsillo del pantalón —dijo Holly.

—Vale.

Abby hizo lo que le indicó Holly y metió el haba en el bolsillo derecho de sus

chinos.

Abby volvió a mirar el reloj de pulsera.

—Tengo que irme.

Holly la abrazó.

—Luego nos vemos —se despidió.

Abby asintió.

—Hasta luego.

CAPÍTULO 2

Abby llegó puntual al edificio donde se encontraba el bufete de Asher Barclay.

Miró la colosal construcción desde la ventanilla del taxi. Era imponente.

Pagó la carrera al taxista y tras bajarse delante de la lujosa entrada, se colgó el bolso en el hombro y respiró hondo.

Se negó a admitir que estaba tan nerviosa como veía que estaba. ¿Qué demonios le pasaba?

Solo era una entrevista de trabajo. Una de tantas.

Nada de otro mundo.

No había nada que temer…

Si Asher Barclay no la contrataba, lo haría otro.

Así que podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Abby saludó al portero vestido rigurosamente de negro, y él le dedicó una

sonrisa amable.

Antes de cruzar las enormes puertas, cayó en la tentación de mirar su reflejo en los cristales para comprobar que su atuendo era el adecuado. ¿Había elegido la ropa correcta? ¿Proyectaba la imagen apropiada? ¿La que quería dar?

Mientras entraba en el inmenso vestíbulo pensó que era difícil encontrar la imagen adecuada para presentarse ante uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Por no decir ante el más poderoso.

Asher Barclay era sin duda el abogado con más prestigio, no solo de Chicago, sino también del país. Pero no solo era abogado, también era el dueño de varias empresas distribuidas en diferentes sectores y el consejero administrativo de otras tantas.

Un *crack* de los negocios, vamos.

Abby sintió que se le hacía un nudo en el estómago a medida que se acercaba a la recepción, y lo peor era que seguía sin saber por qué.

Desconocía si lo que sentía era un pálpito, una corazonada… Aunque supuso que era porque no dejaba de dar vueltas al hecho de que habría decenas de candidatas mejores y más apropiadas que ella para el puesto de niñera del hijo de Asher Barclay.

Mientras la mujer de mediana edad que había tras el mostrador finalizaba una llamada telefónica, Abby se animó pensando que había pasado la criba de una

primera selección y que, la persona que había hecho esa primera selección, había visto algo interesante en su currículum. De otro modo no estaría allí.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó la mujer con amabilidad al colgar el teléfono.

—Soy Abby Jones, tengo una entrevista —contestó Abby.

—Como niñea, ¿verdad?

—Sí.

La mujer bajó la mirada y revisó una lista de nombres escritos en unos papeles.

—Aquí está, señorita Jones —dijo sonriente, al comprobar que su nombre se encontraba en la lista—. Suba a la penúltima planta, allí le atenderá la secretaria personal del señor Barclay. La señora Winters es la que se está encargando de seleccionar a las candidatas que después se entrevistarán personalmente con el señor Barclay.

—Gracias —dijo Abby antes de dirigirse a los ascensores, situados al fondo del vestíbulo.

La penúltima planta de aquel enorme edificio estaba decorada a base de mármol y madera oscura. La elegancia y la sofisticación eran las características principales, se mirara donde se mirara.

Abby se sentó en una de las sillas de madera y tapizadas en negro que había

libre en la sala de recepción. Junto a ella había una mujer de unos cuarenta años esperando su turno.

Una puerta se abrió a los pocos minutos y apareció una mujer morena, vestida impecablemente con un traje de corte profesional de color marrón oscuro, que no pasaba de los cincuenta años. En las manos llevaba un portafolios, al que echó un vistazo antes de fijar sus ojos en Abby.

—¿Señorita Jones? —preguntó.

—Sí, soy yo.

—Usted es la siguiente. Venga conmigo.

Abby se levantó, atravesó la recepción y siguió a la mujer hasta el interior de una amplia sala desde cuyos ventanales podía verse la belleza arquitectónica del corazón financiero de la ciudad y el río Chicago.

La mujer indicó a Abby que se sentara en una mesa cuadrada rodeada de sillas situada en uno de los lados de la estancia.

—Tiene unas excelentes referencias, señorita Jones —dijo la señora Winters nada más tomar asiento frente a Abby.

—Gracias —contestó ella.

La señora Winters se subió las gafas de pasta negra con el dedo índice.

—Por su currículum es evidente que es usted una buena estudiante. Sus

calificaciones son excelentes.

—Me encanta la odontología y eso hace que dé el cien por cien en mis estudios —comentó Abby.

La señora Winters asintió levemente con la cabeza.

—Veo que ha estado en varios trabajos a lo largo de los últimos años.

Abby supo que aquel dato podía llevar a confusión. Una persona que había pasado en un espacio corto tiempo por una decena de trabajos podía significar que era una persona irresponsable, pero no era su caso.

—Siempre busco trabajos temporales para poder compaginarlos con mis estudios. Necesito el dinero para poder seguir en la Universidad hasta que me gradúe —le explicó Abby.

La mujer levantó una ceja.

—Tiene unas excelentes notas, ¿no le dan beca? —preguntó con un matiz en la voz de algo que a Abby le pareció suspicacia.

—Mi beca no cubre el alojamiento y la comida y Chicago no es una ciudad precisamente barata —dijo Abby.

—Comprendo —repuso la señora Winters—. Supongo que por eso está interesada en este empleo, ya que el señor Barclay tiene pensado llevar a su hijo a un internado en Londres el próximo curso.

—Así es.

Abby no era partidaria de meter a los hijos en estrictos internados al otro lado del Atlántico, pero ella no tenía nada que decir al respecto, no se trataba de su hijo.

La señora Winters habló de nuevo:

—Como sabrá, porque imagino que lo habrá leído en los periódicos o lo habrá visto en la televisión, la exesposa del señor Barclay ha muerto hace tres semanas, dejando al pobre Tom huérfano de madre. Los acontecimientos se han precipitado, por eso el señor Barclay necesita encontrar una niñera cuanto antes.

Claro que Abby tenía conocimiento de aquel suceso. Como bien había dicho la señora Winters. La noticia había salido en algunos periódicos. Un desafortunado accidente, aunque no habían especificado de qué tipo, había acabado con la vida de Beth Barclay.

Abby pudo imaginarse cómo tendría que estar Tom, el pequeño hijo de Asher Barclay.

—Sí, he oído la noticia —le confirmó a la señora Winters.

Ella asintió.

—Entonces, entenderá la premura —dijo—. Para el señor Barclay no es fácil conciliar el trabajo con todo lo que implica criar a un hijo a tiempo completo.

Abby supuso que no tendría que ser nada fácil teniendo en cuenta que era uno

de los hombres más poderosos del Estado y también del país.

—Es normal que tenga prisa por encontrar una niñera —afirmó.

Durante el siguiente cuarto de hora, la señora Winters y Abby estuvieron comentando su currículum hasta que la mujer dijo, después de lanzarle un último repaso:

—Para mí, señorita Jones, usted es una candidata ideal. —El rostro de Abby se iluminó ante aquellas palabras. El asunto no pintaba mal del todo—. Pero ahora la entrevistará el señor Barclay. Él es quien tiene la última palabra. Al fin y al cabo, es a su hijo a quien va a cuidar. Pero sepa que cuenta con mi visto bueno y con mi voto a favor si el señor Barclay decide tener en cuenta mi opinión. Creo que su juventud y su carácter jovial vendrían muy bien a Tom.

Abby no pudo evitar sonreír.

—Gracias, señora Winters —dijo en tono de completo agradecimiento.

Ella le devolvió la sonrisa. Se levantó de la silla y Abby imitó su gesto.

—La acompañaré hasta el despacho del señor Barclay.

La tensión creció en el interior de Abby.

Estaba pletórica porque había pasado la selección de la señora Winters. ¡Tenía su aprobación! Y eso significaba estar un paso más cerca de conseguir aquel trabajo que tanto necesitaba. Pero conocer a Asher Barclay la llenaba de ansiedad y de inquietud, aunque no terminaba de saber la razón.

Quizá por la idea que tenía de él y que se había formado con todas las cosas que se habían dicho y escrito sobre su persona en los últimos años. Se afirmaba que era un hombre reservado, serio, silencioso y extremadamente exigente, a veces incluso rayando la crueldad. Que además fuera uno de los «Alfa de Chicago», como afirmaba Holly, imponía. Simplemente el apodó amedrentaba.

—Señorita Jones… —comenzó la señora Winters.

—¿Sí? —dijo Abby, volviéndose hacia la mujer.

—No se deje intimidar por el señor Barclay. A pesar de su forma de ser no es un mal jefe.

«Joder», pensó Abby.

Vaya, si lo que pretendía la señora Winters era tranquilizarla, consiguió justamente lo contrario. Aquellas palabras no la ayudaron nada. Nada de nada. Pero nada en absoluto.

¿Qué clase de persona era Asher Barclay para recibir una advertencia de ese tipo?

«Oh, Dios…»

Los nervios hicieron que Abby fuera incapaz de articular palabra. Así que se limitó a tragar saliva mientras asentía con la cabeza en silencio y seguía a la señora Winters, que ya enfilaba los pasos hacia la puerta.

La distancia hasta el despacho de Asher Barclay, incluido el trayecto en el

ascensor, le pareció eterna. Abby incluso tuvo la sensación de que jadeaba como si hubiera corrido una maratón. El corazón le iba a mil por hora.

—Por aquí —le indicó la señora Winters, desviándose por un amplio pasillo con varias puertas a los lados. Todas cerradas—. El despacho del señor Barclay está al fondo.

Abby se dio cuenta de que le sudaban las manos y tuvo que secárselas en el pantalón. Por suerte era oscuro y no se notaría.

La señora Winters llamó a la puerta y al no recibir contestación al otro lado, abrió y asomó la cabeza. Después se giró hacia Abby.

—El señor Barclay no se encuentra en este momento en su despacho, pero la atenderá enseguida. Pase, por favor.

—Gracias —dijo Abby.

Al traspasar el umbral se encontró con una estancia enorme por la que el sol entraba a raudales por las cristaleras que formaban una de las esquinas del despacho. Las otras dos paredes estaba repletas de estanterías con multitud de libros y archivos.

Aquello parecía la biblioteca de Alejandría.

La señora Winters señaló una de las sillas que había frente al escritorio de Asher Barclay.

—Tome asiento.

Abby asintió y se sentó con un gesto cohibido en el rostro.

—Avisaré al señor Barclay de que lo espera aquí.

Después de decir aquello, la señora Winters se giró y salió del despacho, cerrando la puerta a su espalda.

Abby tomó aire.

CAPÍTULO 3

Abby se sentía incómoda. Todo lo que rodeaba a Asher Barclay, incluido aquel despacho, era apabullante.

Estaba segura de que, si hubiera sido rey en alguna época de la historia, le hubiera llamado por el sobrenombre de Asher, «el Poderoso», porque todo en torno a él rezumaba poder y autoridad.

Giró el rostro hacia los ventanales.

Las vistas eran aún más espectaculares que desde la sala donde la señora Winters acababa de hacerle la entrevista.

Desde allí podían verse las decenas de edificios desplegados a lo largo del río Chicago, peleándose por tocar el cielo, incluidas algunas de las construcciones más altas del país con su diversidad de estilos. Desde el minimalismo funcional del James Thomson Center hasta el aire gótico que impregnaba el edificio del periódico *Chicago Tribune*, así como varios de los muchos puentes levadizos

que poseía la ciudad.

Al colocar las manos sobre su regazo, Abby notó el haba que le había dejado Holly. Introdujo un poco los dedos en el bolsillo y lo acarició.

Sonrió.

Tal vez Holly tuviera razón y diera suerte. De momento, le había valido para ganarse la simpatía de la señora Winters.

Estaba sumida en ese pensamiento cuando la puerta del despacho se abrió y entró un hombre alto, delgado, de pelo negro y espeso y gélidos ojos grises, con una carpeta en la mano.

Asher Barclay.

No cabía duda.

Caminaba con aire muy profesional y con la soltura de alguien que está acostumbrado al éxito, a los trajes a medida y a que la gente cumpliera sus órdenes.

El aire pareció cargarse de pronto.

En un acto reflejo, Abby entreabrió los labios con expresión de perplejidad.

Asher Barclay era uno de los hombres más guapos con los que había tenido la suerte de toparse en su modesta y corriente vida. Con unos rasgos físicos perfectos, parecía el protagonista de un anuncio de perfume caro. Muy muy caro.

Tenía el torso en forma de trapecio y era tan alto (o le daba esa sensación al estar sentada) que le dolía el cuello al levantar la cabeza para mirarlo.

Se fijó en su ropa. Hubiera sido imposible no hacerlo.

Lucía una camisa gris clara, una corbata de color perla y un traje negro de corte impecable. Los zapatos, probablemente de una lujosa marca europea, brillaban como recién lustrados.

Abby no sabía el motivo, pero aferró el bolso con las manos y sintió la imperiosa necesidad de salir corriendo.

Por suerte controló el impulso a tiempo, consciente de que Asher Barclay no le vería la gracia a una acción tan estúpida e infantil. Además, necesitaba aquel trabajo a toda costa. Lo necesitaba.

—¿Abby Jones? —le preguntó él.

Abby notó una gota de sudor descendiendo por la espalda. ¿Acaso no estaba el despacho climatizado? ¿O esa gota de sudor no tenía nada que ver con la temperatura exterior?

Se acordó de que sería un gesto de buena educación levantarse, puesto que él estaba de pie; así que echó un poco hacia atrás la silla y se incorporó.

—Sí —respondió escuetamente.

—Soy Asher Barclay —dijo él, alargando hacia ella la mano que tenía libre.

La voz seria y profunda de Asher resonó en el interior de Abby, aumentando la ansiedad que sentía en ese momento.

—Encantada —fue su respuesta mientras le estrechaba la mano que le ofrecía.

—Siéntese, por favor —dijo él.

Abby siguió el movimiento de su cuerpo cuando Asher rodeó el escritorio y, desabrochándose el botón de la chaqueta, se sentó en el sillón. Al observar su mandíbula decidida, sospechó que muy pocas personas se atreverían a ordenarle algo.

Ya acomodado, Asher bajó los ojos a la carpeta que acababa de dejar sobre la superficie de la mesa, y la abrió.

Abby se mordisqueó el labio de abajo mientras él miraba los papeles que tenía dentro.

Eran imaginaciones suyas, ¿o Asher Barclay parecía irradiar energía propia? Una energía que alcanzaba cada rincón del despacho.

—Señorita Jones, tiene usted un currículum muy variado. —Asher levantó uno de los folios con los dedos y continuó estudiando sus referencias—. A lo largo de los últimos años ha tenido varios trabajos distintos; trabajos que solo han durado unos pocos meses y, por lo que puedo ver, ninguno está relacionado con niños. —Frunció el ceño—. Yo necesito a alguien con experiencia para cuidar a mi hijo. No sé por qué habría de contratarla.

«Oh, oh…», pensó Abby.

Asher dejó los papeles en la carpeta y la cerró como si hubiera dado por concluida la entrevista. Alzó el rostro y miró a Abby a los ojos. Ella se puso muy recta en la silla.

Entró en pánico.

Necesitaba aquel trabajo y no podía permitir que la entrevista terminara así.

—Señor Barclay, es cierto que no tengo experiencia cuidando niños de forma oficial, por decirlo así —comenzó a decir con voz acelerada—, pero soy la pequeña de una familia de seis hermanos y he estado al cargo de mis sobrinos en muchas ocasiones. A veces, de tres niños al mismo tiempo.

Asher la observó con mirada penetrante y Abby se sintió pequeña como una hormiga.

—Puede que no tenga experiencia como niñera, pero le aseguro, señor Barclay, que estoy capacitada para hacerme cargo de su hijo. Se puede contar conmigo y soy una persona de principios en quien se puede confiar.

Abby no quería sonar desesperada, pero no lo logró. Su tono dejaba traslucir cuánto necesitaba conseguir aquel empleo.

¿Es que Asher Barclay no podía colaborar un poco?

Él relajó levemente la postura, pero no suavizó la expresión del rostro. Permaneció en silencio y Abby se vio obligada a seguir hablando.

—En cuanto a todos los trabajos que he tenido en estos años… —Tomó aire —. Bueno, trabajo para poder pagar la Universidad, así que tengo que compatibilizarlo con las clases, las asignaturas y los exámenes. Por eso prefiero buscar empleos que duren solo unos meses.

—¿Esa es la razón por la que ha solicitado este trabajo? — quiso saber Asher.

—En parte sí —respondió Abby con sinceridad—. Tengo entendido que solo necesita la niñera para los meses hasta que acabe el curso escolar y durante el verano, ya que después tiene pensado llevar a su hijo a un internado en Londres.

Abby recordaba que se lo había dicho la señora Winters.

Asher asintió levemente sin dejar de mirar a la chica con el pelo de color castaño y los ojos marrones que permanecía sentada al otro lado de su mesa.

—Debería indicarle la salida, señorita Jones —dijo.

«¡Joder!».

Aquellas palabras fueron como un golpe en el estómago para Abby. Lo miró con decepción, mientras sus esperanzas se desvanecían.

Apretó los labios, frustrada por no poder demostrarle a aquel hombre que podía ser la mejor niñera para su hijo. Era una persona con mucha piscología y le gustaban mucho los niños.

—Señor Barclay… —comenzó a decir.

Asher levantó la mano y Abby cerró la boca.

—Señorita Jones, voy a serle sincero. —Asher echó el torso hacia adelante y apoyó los codos en la mesa—. Yo preferiría una mujer más madura y con experiencia para cuidar de mi hijo. Pero la señora Winters, que es mi secretaria personal desde hace muchos años, me ha asegurado que usted es la candidata ideal, y yo necesito una niñera de forma inmediata.

Las esperanzas de Abby empezaron a crecer de nuevo. Quizá no todo se hubiera ido al traste.

—Tom ha perdido a su madre hace unas semanas y no está pasando por un buen momento —continuó hablando Asher.

—Comprendo —dijo Abby—. Yo… haré todo lo que esté en mi mano para que esta etapa sea lo menos dolorosa posible para él —añadió, tratando de sonar segura.

—No espero menos de usted, señorita Jones —aseveró Asher.

La voz de aquel hombre tenía una inquietante tendencia a afectar su sistema nervioso. Abby entrelazó con fuerza las manos en el regazo.

—¿Estaría disponible para empezar de inmediato? —le preguntó Asher.

Abby afirmó moviendo la cabeza.

—Sí —contestó en un tono que dejaba entrever su entusiasmo. ¡Había conseguido el empleo!

—Me gustaría que comenzara mañana mismo. ¿Tiene algún problema?

—No, ninguno.

—Bien.

Asher alargó el brazo por encima de la mesa y tomó una tarjeta de visita en la que escribió algo en el dorso.

—Esta es la dirección —dijo, tendiéndole la tarjeta a Abby—. Esté allí a las siete y media, por favor.

—Por supuesto —repuso ella.

Abby guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón y se levantó de la silla.

—Gracias por darme este empleo, señor Barclay —dijo con humildad.

Le tendió la mano y él se la estrechó después de incorporarse.

Realmente era un hombre muy alto y con un cuerpo perfecto. Un hombre poderoso, y no solo desde el punto de vista económico.

—Espero que no haga que me arrepienta —aseveró Asher.

Abby se quedó mirándolo unos instantes, hasta que finalmente reaccionó.

—Le aseguro que no se arrepentirá —dijo—. Seré la mejor niñera que pueda usted encontrar.

Asher la estudió una última vez con ojos desapasionados. La expresión de su

rostro no le daba a Abby ninguna pista de qué podía estar pasando por su cabeza.

Asher Barclay era un hombre hermético, comedido y excesivamente serio.

«Todo lo contrario a mí», pensó Abby.

—Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana —contestó Asher.

Abby dio media vuelta y salió del despacho. Cuando cerró la puerta a su espalda, soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

¿Qué demonios le pasaba? Solo había sido una entrevista de trabajo, pensó mientras se dirigía a los ascensores.

Bueno, una entrevista con el hombre más guapo del mundo.

Pero Abby tenía la sensación de que no había sido solo una entrevista.

No para ella.

Se subió al ascensor sin ser muy consciente del mundo ni de lo que la rodeaba; del tiempo, del espacio… Solo tenía a Asher Barclay en su mente.

Tenía que volver a la seguridad de casa, del piso que compartía con Holly.

La cabeza le daba vueltas.

Había visto a Asher Barclay en la televisión, en la prensa. Creía que sabía cómo era, pero al verlo en persona, al tenerlo a solo unos metros, su

personalidad y su físico la habían impresionado. Más de lo que nunca se hubiera imaginado.

Las puertas metálicas del ascensor se abrieron y entró en él.

Abby atravesó el lujoso vestíbulo del edificio camino a la puerta de salida. Una vez fuera, se detuvo en la escalinata y tomó una bocanada de aire. Necesitaba oxígeno. El aire le acarició el rostro.

Un minuto más tarde paró un taxi y se marchó a casa.

CAPÍTULO 4

Holly la esperaba en medio del salón con las manos ocupadas.

—¿Cervezas para celebrar o paquete de pañuelos para llorar? —dijo, levantando una cosa y otra frente a Abby.

Ella sonrió de oreja a oreja. Por suerte, el trayecto en taxi hasta el piso que compartía con Holly le había servido para calmarse y poner de nuevo los pies en la tierra.

—Cervezas para celebrar —contestó sin disimular su entusiasmo—. ¡Tengo trabajo!

El rostro de Holly se iluminó.

—¿Asher Barclay te ha contratado? —le preguntó.

—Sí, mañana empiezo —respondió Abby, colgando el bolso en el respaldo de una de las sillas.

—¡Sí, joder! —exclamó Holly en tono triunfal—. Es la mejor noticia que me podías dar. ¡Sabía que mi haba te iba a dar suerte! ¡Lo sabía! —añadió con vehemencia. La misma vehemencia con la que solía hablar Holly siempre.

Abby esbozó una sonrisa en los labios.

—La verdad es que no puedo negar que parece que algo ha influido.

—Por supuesto que ha influido, ¡mi haba es mágica!

Ambas se echaron a reír.

Holly se dirigió a Abby y, cómo pudo la abrazó, aunque sin soltar ni las cervezas ni el paquete de pañuelos que tenía preparados.

—¡Enhorabuena! —dijo—. Coge una de las cervezas —indicó, alargando el brazo hacia Abby cuando deshicieron el abrazo.

Ella la tomó. La verdad es que una cervecita fresca le iba a venir genial. Tenía la garganta seca.

—Gracias —le agradeció a Holly.

Ella movió la cabeza, quitándole importancia.

—Creo que he dejado el abridor por aquí —dijo, mirando a un lado y a otro del salón, buscándolo.

Cuando lo localizó encima de la mesa, dejó la caja de pañuelos sobre la superficie degastada de madera y lo cogió. Quitó de un pequeño tirón la chapa

del botellín de cerveza de Abby y después hizo lo mismo con la suya.

—Cuéntamelo todo —le exigió, arrastrando a Abby hasta el sofá en el que ambas se sentaron—. ¿Qué tal la entrevista con Asher Barclay?

Abby dio un trago de la cerveza.

—He estado muy nerviosa —respondió—. Me refiero a más nerviosa de lo que se puede estar cuando te enfrentas a una entrevista de trabajo.

Holly frunció el ceño.

—¿Por qué?

Abby encogió los hombros.

—Porque Asher Barclay es impresionante, Holly. Es un hombre que te deja sin palabras.

Holly frunció aún más el ceño.

—A ti es difícil dejarte sin palabras —comentó, después de acercarse el botellín a los labios y beber.

—Ya, pero es que Asher Barclay dejaría sin palabras, y hasta sin aliento, a cualquiera.

—Incluso a ti.

—Incluso a mí.

—Bueno, hay que reconocer que el tío está buenísimo.

—Pero no es solo eso, Holly. Es… no sé, su seriedad, la expresión de su cara; la manera en la que mira, la manera en la que habla… —Abby recordó algunos fragmentos de la entrevista que le había hecho.

Holly dejó el botellín a mitad de camino y miró a su amiga.

—Parece que Asher Barclay te ha dejado muy impresionada —observó.

—Es que es un hombre muy peculiar —dijo Abby—. Es… un macho alfa, ¿sabes? El jefe de la manada, por decirlo de alguna forma. No me extraña que sea uno de los «Alfa de Chicago».

Holly dio un trago de su cerveza.

—Entonces, es un apodo muy apropiado para él. Le viene al pelo.

—Desde luego que sí. —Abby bebió de su botellín. Seguía notando la garganta seca.

—¿Así que es tan atractivo como se ve?

—Mucho más, Holly. No hay palabras para describirlo —respondió Abby.

Holly observó fijamente a su amiga por encima del borde de la cerveza.

—No tengo que preocuparme de que pierdas la cabeza por Asher Barclay, ¿verdad?

—No —negó Abby—. Reconozco que es un hombre capaz de volver loca a

cualquier mujer. Solo hay que mirarle para saberlo, pero yo tengo muy claro que seré la niñera de su hijo durante unos meses y que un tipo como él jamás se fijaría en mí. Los hombres como Asher Barclay juegan en otra liga.

—De todas formas, ten cuidado, ¿vale? —le advirtió Holly con un deje de preocupación en la voz.

Abby la miró y le sonrió sin despegar los labios, en un gesto de complicidad con ella.

—Tranquila, todo está controlado —dijo. Guardó silencio unos segundos antes de volver a hablar—. Además, tengo que andarme con cuidado.

—¿Por qué? —preguntó Holly.

—Me ha dicho claramente que él prefería contratar a una mujer más madura y con experiencia como niñera.

—¿Y por qué al final te ha contratado a ti?

Abby dio un sorbo a su cerveza.

—Porque se lo ha recomendado su secretaria personal, la mujer que me ha hecho la primera entrevista, nada más llegar. Ella le ha dicho que soy la candidata ideal, que mi juventud y mi carácter jovial pueden hacer bien a su hijo. Lo está pasando bastante mal desde que murió su madre.

—Normal, acaba de quedarse huérfano.

—Tengo que andar con pies de plomo, Holly, porque no tengo ninguna duda de que, si hago algo mal, cualquier cosa, Asher Barclay me echará a patadas sin miramientos. Tiene pinta de ser un hombre muy estricto.

—Entiendo.

Abby apretó los labios hasta formar una línea.

—Una vocecita me dice que tener de jefe a Asher Barclay no va a ser fácil.

Samuel dejó sobre la mesa una carpeta de solapas azul oscuro en la que guardaba la documentación de uno de los casos que llevaba el bufete.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —le preguntó a Asher mientras tomaba asiento en una de las sillas de su despacho.

—He seguido la recomendación de mi secretaria personal y voy a contratar a la chica que según ella es la candidata ideal —respondió él.

Samuel frunció ligeramente el ceño.

—¿Chica? Pensé que preferías a una mujer madura para cuidar a Tom.

—Y así es, pero como te he dicho, he seguido la recomendación de Julia.

Había pocas cosas que Asher odiara más que sentarse a entrevistar a un desfile de niñeras para intentar determinar si eran o no buenas para cuidar a Tom. Por eso había delegado la tarea en Julia Winters, por lo menos, una primera selección, aunque la última palabra siempre la tendría él, por supuesto, para ver si la candidata cumplía sus expectativas o no.

Había aprendido a analizar las situaciones y a las personas con rapidez, después de una década ejerciendo como abogado, y tomaba decisiones con poco más que su instinto.

—Tu secretaria personal siempre ha tenido buen criterio —comentó Samuel.

—Dice que la juventud y la jovialidad de esta chica pueden hacerle mucho bien a Tom.

—Estoy totalmente de acuerdo. Tom acaba de perder a su madre y necesita a alguien que lo anime.

Por una vez, Asher también lo estaba. Puede que una mujer joven y llena de vitalidad fuera más capaz de entenderse con su hijo. Era indiscutible que Tom no estaba pasando por un buen momento desde que había muerto su madre.

—Solo espero que esta chica cumpla mis normas —dijo.

Le había dado la impresión de que Abby Jones no iba a ser tan obediente como él pretendía.

—No deberías ser tan estricto con Tom, y menos ahora —replicó Samuel.

Asher arqueó una de sus oscuras cejas. Sus ojos grises brillaron.

—Ahora que tienes un hijo, ¿te pones en plan paternalista con los de los demás? —le preguntó con una nota de sarcasmo en la voz.

—No es paternalismo, Asher, es lógica —respondió Samuel—. Lo que menos necesita en estos momentos el pequeño Tom es una niñera severa y rigurosa que no le deje espacio ni respirar.

—No quiero una Mary Poppins para mi hijo —afirmó Asher.

Samuel hizo una mueca con la boca.

—¿Qué tiene de malo Mary Poppins? Es la mejor niñera del mundo. ¿Es que no has visto la película? —le preguntó—. Supercalifragilisticoexpialidoso… —cantó en tono socarrón.

Asher se llevó la mano a la cabeza y puso los ojos en blanco.

—No, por favor —masculló.

—Aunque suene extravagante, raro y espantoso —empezó a cantar Samuel—. Si lo dices con soltura sonará armonioso…

—Si tuviera un cojín a mano ahora mismo te lo estrellaría en la cara —dijo Asher—. O te asfixiaría con él, una de las dos opciones.

Samuel se echó hacia atrás y dejó escapar una carcajada que resonó entre las paredes del despacho.

Se levantó de la silla.

—Mejor me voy, por si acaso te da por lanzarme a la cabeza el pisapapeles —dijo.

—Puedes estar seguro de que lo haré si no te callas —le amenazó Asher, apuntándole con el dedo índice.

Samuel se dio la vuelta con una sonrisilla traviesa en el borde de los labios.

—Dan dilidili dan diliday, dan dilidili dan diliday —siguió canturreando la canción para fastidio de Asher, mientras se dirigía a la puerta.

Asher negó con la cabeza cuando finalmente Samuel salió de su despacho.

Había confiado en su secretaria personal para contratar a la niñera, pero esperaba que aquella chica lo obedeciera. Le gustaba que Tom siguiera un horario estricto y una vida ordenada, y esperaba que Abby Jones cumpliera sus órdenes.

CAPÍTULO 5

La casa de Asher Barclay estaba algo más lejos de lo que Abby pensaba, aunque había sido precavida y había salido con tiempo. Por nada del mundo quería llegar tarde a su primer día de trabajo y que el que era su jefe se lo recriminase. Normal, por otro lado. Seguro que le lanzaría un ladrido… o un mordisco.

Después de identificarse en la caseta de seguridad de la urbanización continuó por la enorme avenida de Glencoe, al norte de Chicago, uno de los barrios más caros y lujosos, no solo de la ciudad, sino de todo Illinois.

Redujo la velocidad del coche mientras recorría las calles buscando el número de casa de la dirección anotada en la tarjeta de visita.

Por fin se detuvo frente a una enorme verja de acero de color negro.

Abby se apeó del coche y tocó el interfono.

—¿Quién es? —le preguntó una voz femenina al otro lado de la cámara de

vigilancia que la observaba.

—Soy Abby Jones, la nueva niñera —contestó.

—Pase, por favor —le respondió la voz.

—Gracias.

Abby se montó de nuevo en el coche y esperó que la verja se abriera por completo.

Cuando la atravesó, a su paso salió un camino asfaltado y rodeado de cipreses por el que avanzó lentamente hasta que se abrió en una pequeña explanada. La casa apareció ante su vista súbitamente.

Abby se quedó boquiabierta.

Esperaba encontrarse una mansión moderna, de diseño, construida por perfectos y elegantes cubículos de hormigón y cristal, pero lo que se encontró fue una casa de estilo victoriano, de ladrillos claros, de dos plantas, con una enrome terraza que rodeaba todo el edificio; llena de ventanas con molduras blancas y unos jardines perfectamente acicalados y cuidados.

—Joder… —masculló. No se parecía a nada de lo que ella había visto nunca —. Esta casa tiene que costar por lo menos diez millones de dólares —se dijo a sí misma, mientras la observaba obnubilada a través de la luna del coche.

Una construcción como aquella no le pasaría desapercibida a nadie. Parecía salida de un cuento de hadas de una revista de arquitectura de lujo.

Aparcó al lado del que se imaginó que era el coche de Asher Barclay, un Rolls Royce de altísima gama, de color negro metalizado, con aspecto de tanque, que hacía que el suyo pareciera un simple juguete.

Cuando se bajó del vehículo, no pudo evitar detenerse unos instantes para apreciar la variedad de plantas y de colores que poseían. Abby ni siquiera sabía que existieran tantos tipos de flores.

Subió el par de escalones del porche y se quedó frente a la puerta de madera maciza de color roble.

Mientras llamaba al timbre, sintió que se le tensaba el estómago. ¿Eran los nervios que todo el mundo tenía el primer día de trabajo? ¿O algo más?

Una mujer de mediana edad le abrió la puerta. Tenía el pelo rubio ceniza con alguna cana blanca en las sienes y unos ojos de una tonalidad azul apagada. Se presentó a sí misma con la mano extendida como el ama de llaves.

—Hola, soy la señora Lindstrom —dijo con una sonrisa—. Usted debe de ser la señorita Jones.

—Sí, así es —contestó Abby, estrechándole rápidamente la mano que le ofrecía.

—Bienvenida. —Abby cruzó el umbral cuando la mujer se apartó a un lado, cediéndole el paso.

—Gracias.

—El señor Barclay la espera en el salón. Por favor, sígame.

Los ojos de Abby viajaron de un rincón a otro del espectacular vestíbulo, dominado por una amplia escalera de mármol en curva con la balaustrada de hierro forjado en negro y dorado.

Cuadros grandes, tanto rectangulares como cuadrados, colgaban de las altas paredes. Todos eran abstractos y de tonos oscuros y parecían conformar una especie de tríptico o conjunto entre ellos.

Ramos de flores coloridos llamaban la atención sobre los pedestales que había en las esquinas.

—Por aquí —le indicó el ama de llaves, al ver que Abby se había distraído en su recorrido.

Ella la miró. Era normal que estuviera flipando, no todos los días se estaba en una casa como aquella. ¡Madre de Dios!

—Oh, sí, disculpe —murmuró, y se apresuró a seguirla.

La señora Lindstrom abrió las puertas dobles del salón y se apartó para que Abby pudiera entrar.

—Estaré en la cocina preparando el desayuno, señor Barclay —dijo, antes de darse media vuelta y marcharse.

Abby intuyó que Asher Barclay, con su apabullante presencia, se especializaba en inspirar respeto, mucho respeto.

Tragó saliva.

—Buenos días, señor Barclay —lo saludó.

—Buenos días, señorita Jones —dijo él.

Asher bajó la mirada hasta el niño que estaba a su lado y que se levantó del sofá en cuanto Abby entró en el salón. Llevaba puesto el uniforme del colegio. Un conjunto formado por pantalón oscuro, camisa blanca y jersey con escote a pico de color marrón.

—Tom, esta es Abby, tu nueva niñera. Ella va a cuidar de ti cuando yo no esté en casa —habló con su profunda voz.

Tom se parecía mucho a su padre. Tenía el pelo oscuro, tirando a negro, y unos ojos grisáceos como los suyos, con una mirada inteligente.

—Hola —se adelantó a decir Abby en tono cariñoso.

—Hola —dijo tímidamente él.

—Encantada de conocerte, Tom.

Abby alargó el brazo y ofreció la mano al niño. El pequeño la miró sorprendido, antes de hacer lo mismo y estrechar su mano.

—Encantado de conocerte, Abby —respondió él con ese orgullo que siente un niño cuando se da cuenta de que lo están tratando como un adulto.

Abby se agachó delante de Tom, para estar a su altura. Abrió el bolso y sacó

un libro de su interior.

—Te he traído un regalo —le dijo, tendiéndole el libro—. Trata de un niño pirata que vive mil y una aventuras con sus amigos en los mares de un mundo de fantasía —agregó.

Abby esperó mientras el niño observaba el libro y después levantaba la cabeza para mirar a su padre. Asher afirmó con un gesto, dándole permiso para que lo aceptara. No podía negar que estaba sorprendido ante el detalle de aquella chica. No esperaba que le llevara nada a Tom.

—¿Qué se dice? —dijo.

—Gracias —contestó el niño con voz tranquila, tímida.

La sonrisa de Abby se amplió en el rostro.

Se fijó en Tom. En su preciosa mirada infantil había una tristeza que se reflejaba desde el fondo de sus ojos.

—Si quieres, después del colegio y de hacer los deberes, te puedo leer algún capítulo —se ofreció.

—Me encantaría —dijo Tom.

—Entonces, no se hable más. —Y le guiñó un ojo.

A Abby le pareció ver el inicio de una sonrisa en los labios de Tom antes de oír la voz de Asher Barclay.

—Señorita Jones, me gustaría hablar con usted acerca de algunas cuestiones.

Abby se levantó.

—Claro —dijo, echándose hacia atrás con la mano la larga coleta en la que se había recogido el pelo también aquel día y que caía sobre su hombro.

—Tom, vete a la cocina a desayunar —le ordenó Asher al niño.

—¿Puedo llevarme el libro? —preguntó él.

—Sí.

Tom salió del salón y cerró la puerta.

Abby estaba a solas con Asher Barclay.

CAPÍTULO 6

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Dígame —dijo, tratando de sonar segura, aunque con Asher Barclay a un par de metros era difícil.

—Señorita Jones, esta tarde le traeré redactado el contrato para que lo lea y pueda firmarlo, si está de acuerdo con las condiciones que le ofrezco —comenzó Asher—. Supongo que no necesito decirle que durante quince días estará a prueba. —Entornó los ojos—. Espero que no termine sumándose a la lista de candidatas que he despedido —aseveró con voz grave y seria—. Soy muy exigente, sobre todo con las cosas que tienen que ver con mi hijo. Téngalo en cuenta.

De pronto Abby sintió que se le secaba la boca. Asher era un hombre directo y resuelto que no se andaba con rodeos.

—He venido para cumplir un trabajo y le aseguro que me esforzaré todo lo

posible por hacerlo bien —dijo, asombrada de que su voz sonara firme.

Asher se giró con un movimiento elegante sin hacer ningún comentario y cogió de la mesa una carpeta azul, dándole a Abby tiempo suficiente para hacerse a la idea de que iba a trabajar para un monstruo dispuesto a atacarle la yugular al primer error que cometiera.

No se había equivocado cuando le había asegurado a Holly que con Asher Barclay tenía que andarse con pies de plomo y que trabajar para él no iba a ser fácil.

Como no hiciera bien las cosas la despedazaría viva.

Abby siempre había dejado un hueco en su vida para el optimismo, pero en aquel momento no estaba segura ni siquiera de si iba a superar los quince días de prueba.

«Que no cunda el pánico —se dijo a sí misma—. Tú puedes con esto y con más».

Asher le tendió la carpeta.

—Aquí están todos los horarios de Tom. Clases y actividades extraescolares a las que está inscrito —le explicó.

Abby tomó la carpeta y la abrió para echar un vistazo. Se preguntó si Asher Barclay tendría tiempo para ver a su hijo con aquel *planning* tan… completo.

Guardó silencio.

Asher siguió hablando.

—No tendrá que cocinar, excepto el desayuno de Tom, ni que realizar ninguna tarea doméstica. De eso se encarga la señora Lindstrom, aunque ella solo viene algunos días a la semana. Pero lleva conmigo desde antes de que naciera Tom.

Abby se preguntó si no merecería una condecoración por aguantar tanto tiempo a Asher Barclay como jefe. No parecía un hombre fácil de tratar.

—Su horario, como se especificaba en la oferta de trabajo, será de lunes a sábado hasta las siete —le informó Asher—. El mío es impredecible. Por motivos de trabajo, viajo por todo el país, y me gustaría saber si puedo contar con usted para cuidar de Tom las noches que esté fuera.

Abby levantó los ojos de la carpeta y lo miró.

—Si, por supuesto —respondió.

—Esas horas extra, claro está, se las pagaré el doble.

—Perfecto.

—¿Está segura de que podrá compatibilizar el horario de Tom con sus clases en la universidad? —le preguntó Asher.

—Sí —afirmó Abby—. Acudo a clases sueltas y las tengo todas por la mañana. Llevaré a Tom al colegio y después iré a la universidad. Estaré libre de nuevo para ir a recogerlo a la hora de la salida.

—Bien —asintió Asher. Abby se asombró de que no hiciera ningún comentario al respecto. Él, que a todo parecía ponerle un «pero»—. ¿Tiene alguna pregunta que quiera hacerme? ¿Algo que no tenga claro?

—Sí, me gustaría que me dijera cómo es Tom.

Asher pareció sorprendido. Abby lo notó en el modo en que las incipientes arruguitas que tenía alrededor de los ojos se expandían.

—Tom es un niño obediente y disciplinado, que no da problemas —respondió Asher.

Aquello debería de haber sonado bien. Sin embargo, a Abby no se lo pareció. Tenía la sensación de que Asher Barclay criaba a su hijo como si estuviera en una academia militar.

—¿Tiene algún tipo de alergia o intolerancia?

—No.

—Vale.

—¿Alguna otra pregunta?

—No.

Asher se giró y cogió el maletín que descansaba encima de la mesa. Consultó su reloj de pulsera.

—Vaya a la cocina a ver si Tom ha desayunado ya, señorita Jones, es la puerta

del final del pasillo, en unos minutos tiene que llevarlo al colegio y no puede llegar tarde —le ordenó en tono autoritario.

—Claro —dijo ella con voz neutra.

—Que tenga buen día.

—Igualmente —contestó Abby.

Asher echó a andar hacia la puerta del salón.

—Señor Barclay… —Abby lo llamó antes de que él saliera.

Asher volvió un poco el rostro por encima del hombro.

—¿Sí?

—Gracias por darme esta oportunidad. Le estoy muy agradecida —dijo Abby.

Asher se limitó a asentir con la cabeza en silencio.

Cuando oyó el pestillo de la puerta de la calle, Abby lanzó un sonoro suspiro mientras se acariciaba el cuello.

¿Por qué la presencia de Asher Barclay la ponía siempre en alerta?

Abby decidió concentrarse en Tom y en su nuevo trabajo y olvidarse de aquel hombre.

—¿Dónde me ha dicho que está la cocina? —se preguntó—. Ah, sí, al final del pasillo —se respondió a sí misma, tratando de centrarse.

Salió del salón y caminó hasta la cocina con la carpeta que le había dado Asher.

Al llegar, Tom se encontraba sentado a la mesa, terminándose los cereales con leche. A Abby le gustó que tuviera el libro que le había regalado abierto y que estuviera leyendo el primer capítulo.

—Tom, a tu padre no le gusta que leas mientras comes —dijo la señora Lindstrom con voz dulce.

Abby frunció un poco las cejas.

—No pasa nada, no está haciendo nada malo —dijo.

La señora Linsdstrom la miró.

—Tal vez no, pero el señor Barclay quiere que las cosas se hagan como dice —comentó de buenas maneras, cogiendo un paño y secándose las manos.

«Vamos, que es un mandón. No está acostumbrado a que no se cumplan sus órdenes», pensó Abby para sus adentros.

—Ya he terminado —anunció el niño.

—Ve a tu habitación y coge la mochila, la señorita Jones te llevará al colegio.

El niño miró a Abby, que sonrió y asintió con la cabeza.

Tom se bajó de la silla, cogió el libro y salió de la cocina, rumbo a su habitación.

Ya a solas con el ama de llaves, Abby retomó la conversación.

—Lo he podido comprobar viendo el horario de Tom. —Abrió la carpeta y echó de nuevo un vistazo a los papeles que contenía su interior—. Todo parece diseñado al milímetro, como en una ciencia exacta: la hora de levantarse, la hora de acostarse, la hora de comer, la hora de jugar, la hora del baño…

A Abby le parecía demasiado rígido.

—A su padre le gusta que el niño tenga una rutina estricta —dijo la señora Linstrom.

—Demasiado estricta, diría yo —observó Abby.

Tom solo era un niño de cinco años.

Abby no era una persona de rutinas estrictas ni encorsetamientos. Los niños tenían que ser niños. No podían educarse como si estuvieran en un campamento militar. No se acababa el mundo por no comer un día a la hora fijada. El orden era importante, por supuesto, pero también había que dejar espacio a un poco de flexibilidad.

—El señor Barclay piensa que la rutina es buena para el niño, por eso educa a Tom con disciplina. Sobre todo, desde que murió Beth.

—¿Beth era la madre de Tom? —preguntó Abby.

—Sí.

Abby devolvió la atención a los papeles de la carpeta.

—A mí me sigue pareciendo desmesurado —dijo con determinación en la voz.

La señora Lindstrom se giró y miró a Abby.

—Señorita Jones…

—¿Podría llamarme Abby, por favor? —la interrumpió Abby con una sonrisa —. El señor Barclay ya es suficientemente formal conmigo llamándome «señorita Jones».

—Me lo imagino. Le gusta mantener las formas —dijo la señora Lindstrom, sonriendo—. Está bien, tú puedes llamarme Olive.

—Trato hecho —dijo Abby con buen humor.

Olive se puso seria.

—Abby, no te salgas de las líneas marcadas —le aconsejó, retomando de nuevo el tema del que estaban hablando—. Al señor Barclay no le gusta que le lleven la contraria, sobre todo, referente a Tom, y no titubeará ni un segundo en despedirte.

Abby agradeció el consejo. Sabía que Olive se lo decía con la mejor intención del mundo, pero ella no creía que eso fuera bueno para Tom, menos habiendo perdido a su madre tan recientemente. Tendría que encontrar la forma de cuestionar con tacto el horario del niño ante Asher Barclay, y añadir algo de diversión.

Sonrió para sí.

—Estoy listo. —La voz infantil de Tom sacó a Abby de sus pensamientos. Bajó la mirada hacia él.

—Tengo que colocar la silla de seguridad en mi coche, así que vamos —lo animó.

—Hasta luego, cariño —se despidió Olive.

—Hasta luego, Olive —dijo Tom.

Se giró y Abby y el pequeño salieron de la cocina.

CAPÍTULO 7

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó Abby a Tom cuando regresaron del colegio.

—Sí —contestó el niño.

—¿Puedes enseñarme la casa? Esta mañana tu padre tenía prisa y no ha podido mostrarme nada. Necesito saber dónde está tu habitación y tener localizado al menos un cuarto de baño para poder hacer pipí —dijo en tono cómplice.

Tom dejó escapar una risita.

—Por supuesto —contestó.

Agarró la mano de Abby y tiró de ella hacia la escalera del vestíbulo.

—Eres divertida, Abby —comentó de pronto Tom—. Me gustas.

Ella le obsequió con una sonrisa.

—Tú también me gustas a mí —dijo.

Tom empezó a hablar con ella sin esa timidez que muestran los niños con los desconocidos en un primer momento.

—Mi padre siempre tiene prisa, por eso no te ha enseñado la casa él —le confesó a Abby con una nota de reproche en la voz, mientras ascendían los peldaños de la escalera—. Siempre tiene que irse a una reunión, o a una cita con un cliente, o a una comida con alguno de sus socios…

Abby le dedicó una mirada cautelosa.

—Bueno, los adultos no podemos disponer de todo el tiempo que nos gustaría. La vida es complicada —dijo, tratando de justificar a Asher.

Tom negó con la cabeza.

—Para mi padre el trabajo es lo primero.

Abby se detuvo en lo alto de la escalera y se puso de cuclillas para estar a su altura. Lo miró. Había un mundo de tristeza en sus ojos y, de alguna manera extraña, eso la conmovió.

—Pero eso no significa que no te quiera, Tom. Estoy segura de que tu padre te adora —aseveró, pasando cariñosamente la mano por su frente para apartarle un mechón de pelo.

Tom se encogió de hombros, indiferente, como si dudara de aquellas palabras, como si no se las creyera, como si solo fuera una frase hecha que todo el mundo

repetía.

A Abby le quedó claro que Asher Barclay no pasaba mucho tiempo con su hijo y sí mucho tiempo en el bufete.

Y eso tenía que cambiar.

Por el bien de Tom.

Se levantó y trató de animarlo cambiando de tema. Se encargaría personalmente de que Asher Barclay se ocupara más de su hijo.

—Y bien, ¿dónde hay un servicio en esta planta en el que pueda entrar? ¿Aquí? —Abby apuntó una de las puertas al azar.

—Esa es la habitación de mi padre —dijo Tom.

Abby hizo una mueca teatral con la boca.

—Ufff… ahí será mejor que no entre —susurró en tono cómico.

Era cierto que lo mejor era no entrar en aquella habitación, pero Abby no se podía engañar a sí misma y tenía que admitir que se moría de curiosidad por ver el dormitorio de Asher Barclay.

¿Cómo sería? No dudaba que elegante y lujoso como todo allí. Seguro que también sobrio, como su carácter. ¿Estaría decorado en tonos claros u oscuros? Probablemente oscuros.

—No, mejor no —rio el niño—. Hay un servicio en aquella puerta, la de la

derecha —señaló con el índice.

—¿Me esperas aquí y me sigues enseñando la casa? —le preguntó Abby.

Tom asintió, conforme.

—Sí.

—Gracias.

Abby echó a andar hacia el final del pasillo.

Aquella planta era tan elegante como la baja. También había muebles de diseño, cuadros de arte abstracto colgados en las paredes y búcaros con preciosas flores, que daban un toque de color.

El sol entraba a raudales por los ventanales de molduras blancas.

Abby giró el pomo y abrió la puerta.

El servicio era una estancia amplia, elegante y lujosa, como el resto de la casa. Tenía ducha, bañera y un lavabo en tono bronce incrustado en un mueble de madera oscura.

Cuando salió, Tom la esperaba delante de una de las tantas puertas que tenía el pasillo.

—Esta es mi habitación —dijo.

Abby se asomó.

La cama tenía un edredón con un coche de carreras amarillo y gris. Había un escritorio, un armario y un par de estanterías con libros y juguetes. Vio una puerta en un lado y se imaginó que la habitación contaba con cuarto de baño propio.

—Es muy bonita —comentó—. ¿Sabes que, cuando yo era pequeña, compartía habitación con mis dos hermanas?

—¿Tienes dos hermanas? —preguntó Tom.

—Sí, y tres hermanos —dijo Abby—. En total somos seis. Yo soy la más pequeña de todos.

—Qué guay compartir la habitación —dijo Tom.

Abby arrugó la nariz.

—No te creas. La casa de mis padres no era muy grande. Tenía tres habitaciones. En una de ellas dormían mis padres, en otra mis tres hermanos y en la tercera mis hermanas y yo, y raro era el día que no nos peleábamos o que mis padres no se levantaban para regañarnos porque nos poníamos a reír en la madrugada —le explicó—. Mi casa a veces parecía una casa de locos.

—Pero eso mola —dijo Tom.

Abby se quedó unos instantes pensando, rememorando aquellos tiempos de la infancia en que su casa era caos, ruido, algarabía…

—La verdad es que sí —admitió. En el fondo, ella no cambiaría esos años por

nada del mundo.

—A mí me gustaría mucho tener hermanos —repuso Tom.

Abby lo miró.

—Quizá un día tu padre se case y tenga más hijos —dijo.

—Mi padre siempre dice que no se va a casar nunca más —afirmó Tom.

«Qué típico de un hombre como Asher Barclay decir que no se iba a casar nunca más», pensó Abby.

¿Por qué no le sorprendía que hiciera ese tipo de afirmaciones?

Tom continuó enseñándole la casa, que constaba de varias habitaciones para invitados, otros tantos cuartos de baño, gimnasio, sala multimedia, sala de juegos, dos salas de reuniones, bodega, y piscina interior con sauna. Aparte del despacho privado de Asher Barclay.

—¿Quieres ver el jardín?

—Sí, por favor.

Tom guio a Abby hasta el jardín trasero, al que se podía acceder por la cocina, el salón y la sala donde estaba la piscina cubierta.

—Esto más que un jardín es una parcela —comentó Abby en tono divertido.

Y era cierto.

El jardín era inmenso e inabarcable de un solo vistazo. Por supuesto, también tenía piscina con una zona para las hamacas, varias secciones de jardines privados esmeradamente cuidados y fuentes decorativas. Pero lo que más llamó la atención a Abby fue el cenador de hierro forjado que había en uno de los rincones. Estaba rodeado de plantas, pequeños árboles y macetas con petunias blancas y moradas. En su interior había un sofá, un par de sillones grises con cojines negros, y una mesita en el centro.

A Abby le pareció un sitio muy romántico. Era acogedor, coqueto e íntimo, y parecía estar protegido del resto del jardín, incluso del mundo.

Desconocía por qué, pero Abby se preguntó si Asher Barclay habría estado en él con alguna mujer. La idea no le gustó.

—Abby… Abby…

Al ver que no reaccionaba a su nombre, Tom tiró de su mano. Fue entonces cuando ella volvió a la realidad.

—Perdón, cariño. Me he quedado un momento pensando en mis cosas —farfulló—. ¿Qué me decías?

—¿Quieres ver algo más? —le preguntó Tom.

Abby levantó la cabeza y echó un último vistazo al precioso cenador.

—No, por hoy es suficiente —respondió. Volvió a mirar a Tom—. ¿Qué te parece si te ayudo a hacer los deberes que te hayan mandado para mañana?

El rostro infantil de Tom compuso una expresión de sorpresa.

—¿Me vas a ayudar a hacer los deberes? —repitió.

—Sí —afirmó Abby, a quien no le pasó desapercibido el asombro del niño—. ¿Por qué esa cara de sorpresa? —le preguntó.

—Es que siempre hago los deberes solo —replicó Tom.

—¿Tu padre no te ayuda?

Tom negó, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Ya te he dicho que mi padre siempre está trabajando —dijo.

Abby se mordió el labio. No sabía si hacer la siguiente pregunta, lo sopesó unos instantes.

—¿Tu madre te ayudaba a hacer los deberes? —dijo finalmente en un tono suave.

—No mucho —contestó Tom—. Era la niñera que tenía contratada la que a veces me ayudaba, aunque era una mujer mayor y había cosas que no entendía.

Abby tomó aire.

—Bien, pues para eso estoy yo aquí —aseveró—. Así que vamos dentro y empezamos.

CAPÍTULO 8

Abby metió la llave en la cerradura y abrió la puerta del piso. Al entrar, oyó ruido en la cocina y se imaginó que sería Holly, preparando alguno de sus platos culinarios.

A Holly le encantaba cocinar. Siempre utilizaba a Abby como conejillo de indias para probar sus guisos experimentales.

—Hola —la saludó.

Holly se encontraba removiendo algo en una cazuela con una cuchara de palo.

—Hola —dijo ella, volviendo la cabeza por encima del hombro para verla—. ¿Cómo ha ido tu primer día de trabajo? —le preguntó.

Abby se sentó en una de las sillas de la cocina y colgó el bolso en el respaldo de otra.

—Bien… creo —suspiró.

Holly se giró, recostó la cadera en la encimera y alzó las cejas.

—¿Crees? —Había una ligera sonrisa en sus labios—. ¿Acaso el hijo de Asher Barclay es un pequeño diablillo que te hace la vida imposible?

—Oh, no, Tom es un niño genial —dijo Abby—. El problema no es el hijo, si no el padre.

—¿Por qué?

Abby tomó una bocanada de aire.

—Espera que todo lo acepte como algo no negociable —dijo—. Todo se tiene que hacer como él dice.

—Bueno, Abby, estás cuidando a su hijo. Tiene derecho a decidir cómo hacerlo.

Abby torció el gesto.

—Pero es que es muy intransigente con Tom. Da la sensación de que está en una academia militar, y apenas lo ve —replicó—. Ni siquiera le ayuda a hacer los deberes. Ha sido el niño el que me ha dicho que su padre está todo el día trabajando y que lo único que le importa es su trabajo.

Holly suspiró.

—Abby, por favor, te lo dije ayer y te lo repito hoy. No te metas con Asher Barclay ni con la forma de educar a su hijo —le sugirió—. Te conozco y sé que

pocas veces eres capaz de dejar de decir lo que piensas. Por una vez en la vida, muérdete la lengua.

—Pero es que…

—Pero es que nada —Holly no la dejó terminar—. Es solo un trabajo y, además, temporal.

—Pero es que soy su niñera —aseveró Abby.

—Una niñera temporal —le recordó Holly—. Solo vas a estar unos cuantos meses con ellos.

Pero aquel argumento no convencía a Abby.

—Asher Barclay no lo está haciendo bien con su hijo, Holly —insistió con obstinación—. Tenías que haber oído hablar a Tom. Se siente solo. Acaba de perder a su madre, así que lo que necesita es a su padre. No que él lo ignore.

Holly puso los ojos en blanco.

—Mira, no quiero quedar como una perra insensible, pero no es asunto tuyo.

Abby ladeó la cabeza y taladró a Holly con los ojos.

—Pues en este momento pareces totalmente una perra insensible. Estamos hablando de un niño —arguyó con vehemencia.

Holly chasqueó la lengua. Conocía a su amiga mejor que su propia madre. Sabía que lo que le dijera iba a entrarle por un oído e iba a salirle por el otro,

pero tenía que advertirle, aunque después no le hiciera ni puto caso, como era su costumbre.

—Abby, tú misma lo has dicho, no te puedes permitir el lujo de perder este trabajo. Por favor, no tientes a tu suerte. Asher Barclay no parece un hombre que dé segundas oportunidades.

Abby se pasó la mano por el cuello, pensativa.

—Sí, tienes razón, no voy a negarlo, pero… no prometo nada —dijo.

Holly dejó caer los hombros y puso cara de resignación mientras miraba a su amiga.

—Abby, la chica de las causas perdidas —dijo. Movió la cabeza.

Abby se encogió de hombros.

Holly se giró y movió con la cuchara lo que fuera que se estuviera cociendo en la cazuela que tenía en la vitrocerámica.

—¿Quieres probar mi nueva salsa? —le preguntó a Abby.

—¿Tengo alternativa? —respondió ella en tono burlón.

Holly volvió de nuevo la cabeza y la miró con los ojos entornados.

—Mira que eres tonta —dijo.

Abby se echó a reír.

—Dime qué lleva.

—Miel, mostaza, aceite, vinagre y un ingrediente secreto que te diré cuando la hayas probado.

Abby levantó una ceja.

—¿El ingrediente secreto es cicuta?

Holly soltó una fuerte carcajada.

—¿Crees que quiero envenenarte?

Holly tomó una cuchara limpia, la hundió en la salsa y se la dio a Abby, que se la metió en la boca sin dudarlo.

La paladeó.

—Umm… Está riquísima.

Holly hizo un mohín con la boca.

—¿Qué te creías? —dijo orgullosa.

—¿Cuál es el ingrediente secreto?

—Estragón.

—Pues me encanta.

—Esta salsa va genial para acompañar carne, ¿no crees? —dijo Holly.

—Sí, porque es dulzona —opinó Abby.

—Aunque tampoco le vendría mal a las patatas —dijo Holly—. Oye, ¿y cómo es la casa de Asher Barclay? —curioseó.

—Imagínate. —Abby dejó la cuchara sobre la mesa—. Un derroche de elegancia y lujo. Tiene un montón de habitaciones, un montón de cuartos de baño, gimnasio, piscina interior y exterior, bodega, y un jardín tan grande como Central Park. Si te pierdas, podrían tardar tres días en encontrarte —bromeó.

Holly rio.

—¿Así que realmente es tan rico como parece? —comentó.

—Yo creo que más. La casa es como uno de esos palacios de los cuentos de hadas en el que viven princesas y príncipes.

—Tiene que ser una jodida maravilla vivir en un casoplón así.

—Supongo que sí, pero, aunque parezca muy manido decirlo, no sé si da la felicidad —dijo Abby—. Sinceramente, no sé si Asher Barclay y su hijo son felices.

—Pues yo te digo que, si tengo que llorar, prefiero hacerlo en una mansión con piscina olímpica —comentó Holly.

Abby esbozó una sonrisa.

—No se puede discutir que la adversidad es más llevadera y soportable, si no tienes que pedir limosna en la puerta de una iglesia —bromeó.

—Las penas con bienes materiales abundantes y de lujo son menos penas —concluyó Holly.

CAPÍTULO 9

Abby levantó la persiana de la habitación de Tom. Un resplandor aterciopelado entró por la ventana, llenando de luz la estancia.

—Arriba dormilón —dijo con voz cantarina y su habitual buen humor—. Hay que prepararse para ir al colegio.

Tom farfulló algo ininteligible y se tapó la cabeza con las sábanas. Abby se acercó a la cama con una sonrisa y le destapó un poco.

—Arriba —repitió—. Tú tienes colegio y yo tengo clase en la universidad. No podemos llegar tarde.

—No quiero ir al colegio —dijo Tom.

—Yo tampoco quiero ir a la universidad, pero hay que ir —repuso Abby.

Tom sacó la cabeza por encima de las sábanas y le dedicó una mirada somnolienta. Los ojos de cordero degollado con los que la miraba no fueron capaces de ablandar a Abby.

—Venga, levántate y ayúdame a elegir tu ropa. —Ella se dirigió al armario—. Si no, te pondrás lo que yo escoja y a saber qué encuentro —bromeó. Abrió un cajón y cogió una prenda al azar. La miró—. ¿Te gusta este bañador de ranas verdes? —dijo, mostrándoselo al niño.

Tom no pudo evitar echarse a reír.

—¿De qué te ríes? Estas ranas son muy molonas —comentó Abby.

De un saltó, Tom apartó las sábanas y se puso de rodillas encima de la cama sin dejar de reír.

—¡Abby, yo llevo uniforme! —exclamó.

Ella sonrió para sí misma.

—Qué cabeza la mía —dijo, dándose un pequeño golpe en la frente con la mano.

Sabía perfectamente que Tom llevaba uniforme al colegio al que iba. Le había visto el día anterior, pero al menos aquella táctica había servido para que se riera y para que se levantara.

Abby cogió el uniforme perfectamente planchado del armario y ayudó a Tom a ponérselo.

—¿Qué te parece si, mientras te peinas y te lavas la cara para quitarte la carita de sueño, yo voy preparando el desayuno? —le preguntó frente al espejo del cuarto de baño de su habitación.

—Bien —contestó Tom, que estaba subido a una silla especial para poder verse en el espejo.

—Genial. Te espero abajo.

El niño asintió con una leve inclinación de la cabeza.

En la cocina, Abby buscó una sartén en los distintos armarios y la puso sobre la vitrocerámica. Abrió la puerta de acero de la nevera y cogió de ella todo lo necesario para hacer un buen desayuno: beicon, embutido, zumo, leche…, y puso en la mesa la mantequilla y la mermelada.

Echó el beicon en la sartén y le dio un par de vueltas con unas tenacillas, mientras las tostadas se hacían en el tostador.

Tom entró en la cocina como un pincel. Abby se giró hacia él.

—Estás muy elegante —comentó, guiñándole un ojo con complicidad.

—Gracias —dijo el niño.

—¿Te apetecen huevos revueltos? —le preguntó Abby.

Tom se sentó a la mesa, situada en medio de la cocina.

—No, prefiero beicon —respondió.

—Pues aquí tienes un par de trozos —dijo Abby, sirviéndoselos en el plato directamente de la sartén.

Tom le hincó el diente al beicon recién hecho y Abby sacó las tostadas del tostador y las puso en una pequeña bandeja que también había encontrado rebuscando en los armarios. Tomó otras dos y las metió en el aparato.

—Buenos días, papá —dijo Tom de pronto.

Aunque estaba de espaldas a la puerta, pendiente de las tostadas, al oír a Tom dar los «buenos días» a su padre, Abby supo que Asher Barclay estaba en la cocina.

Tomó una bocanada de aire.

—Buenos días —contestó Asher.

Abby se dio la vuelta. Ver a Asher Barclay no dejaba nunca de impactarle.

—Buenos días, señor Barclay —lo saludó.

—Buenos días, señorita Jones —dijo él.

—¿Le preparo el desayuno? —le preguntó Abby.

—No, gracias. Tomaré algo en el despacho —contestó Asher.

—Las tostadas ya están listas, solo tengo que sacarlas del tostador —explicó Abby, animándole a que se quedara a desayunar con Tom.

—No se moleste, como le he dicho, tomaré algo en el despacho —repitió Asher.

Notó que algo cambió en la mirada de ojos castaños de Abby.

—¿Por qué me está mirando con aire de desaprobación? —le preguntó.

Asher siempre era muy directo cuando quería dejar algo claro.

—Porque no me creo que no tenga diez minutos para sentarse con su hijo a desayunar —contestó Abby, sin pensar dos veces si responder de aquella forma era lo correcto o no. Intentó adoptar un tono suave, pero era evidente el reproche implícito en su voz.

Asher no se movió ni un ápice. Se mantenía de pie, erguido en toda su estatura en mitad de la cocina, con expresión imperturbable en su esculpido rostro de Adonis.

—Señorita Jones, tengo una reunión muy importante a primera hora, y llegaré tarde si sigo hablando con usted —aseveró con cierta amonestación en sus palabras—. La he contratado para que se ocupe de mi hijo, precisamente porque yo no tengo tiempo.

Abby se mordió el carrillo. El corazón le latía tan rápido que era imposible contar los latidos.

—Que tenga un buen día —se despidió Asher en tono cortante sin darle tiempo a réplica—. Hasta luego, Tom —dijo después, dirigiéndose a su hijo.

—Hasta luego, papá.

Asher se acercó al niño, se inclinó y le dio un beso en la frente. Luego se giró y salió de la cocina sin dedicar ni una mirada más a Abby.

—Te lo dije ayer, Abby, para mi padre el trabajo siempre es lo más importante.

Abby giró el rostro hacia Tom, que mordisqueaba una tostada untada en mermelada de melocotón. No dijo nada.

Se había propuesto que aquel hombre pasara más tiempo con su hijo, pero él no se lo iba a poner fácil.

Abby alzó la barbilla con decisión mirando hacia la puerta de la cocina por la que acababa de salir Asher Barclay.

Recogería el guante que tácitamente le había lanzado.

Y que la batalla comenzara.

CAPÍTULO 10

Los días siguientes, Abby fue ganándose la confianza de Tom.

Aquel niño necesitaba jugar, divertirse. Necesitaba ser un niño, en el sentido amplio de la frase. Y no solo porque su madre hubiera muerto recientemente, sino porque era un NIÑO. Sin más.

Cuando una tarde después de hacer los deberes, Abby le propuso jugar al escondite en el jardín, Tom se puso a dar palmas de alegría. Ninguna de las niñeras que había tenido había jugado con él.

Abby pensó que, si Tom no hacía travesuras a su edad, ¿entonces cuándo las haría? Ella se había pasado la mayor parte de su infancia metiéndose en líos junto a sus hermanos. Eran innumerables las anécdotas que podrían dar fe de ello.

Se dio la vuelta hacia el tronco de un árbol y empezó a contar.

Tom salió corriendo hacia un sendero lateral, a través de un arco de rosas. Giró

a la derecha y se ocultó detrás de un arbusto de boj.

—… ocho, nueve y diez. —Abby se dio la vuelta—. Tom, ¡allá voy! —gritó.

El niño se agachó con una sonrisa traviesa en los labios, pensando que aquel era un escondite perfecto. Abby no le encontraría.

Ella avanzó por el sendero, llamando a Tom y fingiendo que no sabía dónde se había escondido.

Se giró y escuchó cómo el niño salía corriendo y se dirigía hacia otro seto.

Abby sonrió para sí.

Había jugado al escondite con sus sobrinos cientos de veces y había hecho aquello mismo otras cien más.

—Tom, ¿dónde estás? —preguntó en alto.

Oyó una risilla a su espalda, mientras Tom volvía a cambiar de escondite.

Abby avanzó por el sendero. Dio unos pasos rápidos, para impacientar al niño, y dio media vuelta bruscamente.

—¡Te vi! —exclamó.

Sin embargo, no vio nada. Chocó contra un cuerpo duro y sobrio como un bloque de hormigón. Un cuerpo que, por supuesto, no era el del pequeño Tom, si no el de Asher Barclay.

La fuerza del impacto y la inercia provocaron que Abby perdiera el equilibrio

y trastabillara hacia atrás. Se hubiera caído de no ser porque Asher Barclay alargó el brazo con unos buenísimos reflejos y le sujetó con la mano por la muñeca, frenando el posible golpe contra el suelo.

Al levantar la vista, los ojos de Abby se encontraron con los suyos y durante unos segundos ninguno de los dos los apartó. La intensidad de su profunda mirada gris le dificultó la respiración. El corazón comenzó a latirle muy deprisa dentro del pecho.

Asher la ayudó suavemente a enderezarse y un olor a cítricos y flores silvestres llenó sus fosas nasales, envolviéndolo en una nube. Un aroma que se había vuelto habitual los últimos días, desde que la señorita Jones trabajaba de niñera en la casa. Una mezcla romántica, energética, juvenil y seductora al mismo tiempo.

—Gracias —dijo Abby, rompiendo el silencio que se había formado entre ellos.

Hasta ese momento, Asher no se había dado cuenta de que todavía la tenía agarrada por la muñeca. Cuando la soltó, Abby sintió que la piel le cosquilleaba allí donde habían estado posados sus elegantes dedos.

¿Cómo era posible? Pensaba que esas cosas eran solo recursos literarios que utilizaban las escritoras en las novelas románticas para dar énfasis a sus historias.

Decidió no pensar en ello.

Se colocó tras la oreja un mechón de pelo que se le había escapado de la larga tranza que caía por su hombro.

—Si no hubiera sido por usted, hubiera terminado en el suelo —añadió.

—La culpa ha sido mía, no he debido interponerme en su camino —dijo Asher, enderezando un poco la espalda.

—Estoy jugando al escondite con Tom —le informó Abby con ingenuidad.

—Ya lo he visto.

Sí, lo había visto.

Había visto cómo ella había actuado como si no supiera dónde se había escondido su hijo, y a él yendo de un lado a otro tratando de que no lo descubriera. La había visto sonreír como una niña pequeña después de contar hasta diez y darse la vuelta para dar comienzo al juego.

Al observarla con aquella jovialidad, se había preguntado cuántos años tendría. ¿Veintidós? ¿Veintitrés? A su lado, él se sentía como un viejo, aunque tuviera treinta y tres años.

—¡No me has encontrado, Abby! —se oyó de pronto la voz de Tom, que salía de detrás del último seto de boj en el que había permanecido escondido.

Abby y Asher giraron el rostro hacia el niño. Estaba saltando alegremente en

medio del jardín, por lo que para él era una proeza.

—Es que eres muy bueno escondiéndote —lo alabó Abby con una sonrisa.

El niño se la devolvió.

—¡Papá! —exclamó Tom al ver a Asher. Corrió hacia él—. ¿Has visto? Abby no ha podido encontrarme —dijo, entusiasmado.

Asher sonrió.

—Es que realmente eres muy bueno escondiéndote, ni yo te hubiera encontrado —afirmó, mientras le alborotaba el pelo con la mano.

—Ahora me toca contar a mí —dijo Tom, dirigiéndose a Abby, y salió corriendo hacia el árbol dónde ella había contado anteriormente hasta diez.

Abby ladeó ligeramente la cabeza mirando a Asher.

—¿Se apunta? —le preguntó—. Es divertido.

—Voy a darme una ducha. Ha sido un día muy largo —respondió él.

—Vale —dijo Abby.

La verdad es que no sabía por qué razón le había preguntado si se apuntaba, no podía imaginarse a Asher Barclay jugando al escondite. Era un hombre demasiado serio y demasiado solemne para algo así, aunque solo fuera por compartir tiempo con su hijo.

Tal vez él necesitara divertirse y disfrutar de la vida más que Tom.

Abby se giró.

—Cuenta hasta diez sin saltarte ningún número —le advirtió a Tom en tono distendido, mientras iba hacia él, que ya estaba preparado en el árbol.

Cuando habían empezado a jugar se había saltado el 3 y el 7 a propósito para que a Abby no le diera tiempo a encontrar un buen escondite en el que ocultarse. Algo, por otro lado, que a Abby le había parecido divertido. Cosas lógicas de un niño de cinco años.

Asher dio media vuelta y echó a andar. Cuando Abby miró de reojo, su jefe ya se había metido en casa.

CAPÍTULO 11

—Si no me llega a agarrar por la muñeca hubiera terminado con mis huesos en el suelo —le explicó Abby a Holly, mientras veían un capítulo de la última temporada de *Stranger Things* en Netflix.

—¿Así que Asher Barclay te salvó del desastre? —dijo ella.

—Un desastre que provocó él mismo. ¿A quién se le ocurre aparecer en el jardín sin anunciarse cuando estaba jugando al escondite con Tom?

—Eso es cierto.

—Claro que es cierto.

—Es muy romántico eso de chocar con un hombre y que te sujete para que no te caigas —comentó Holly, metiendo la mano en una bolsa de gominolas y llevándose una a la boca—. En los K-Dramas coreanos pasa muy a menudo.

—Con Asher Barclay no estoy muy segura de si es romántico o no. Ha sido como chocar contra una pared de hormigón. Joder, tiene el pecho de acero.

—¿Cómo supermán? —bromeó Holly.

—Igual —dijo Abby—. Creo que incluso me he sonrojado cuando me he dado cuenta de que había chocado contra él.

Sí, se había sonrojado y los latidos del corazón se habían disparado. Por no hablar del cosquilleo que había sentido en la piel cuando Asher la había soltado. Todavía tenía la sensación de que no había sido real.

Lo había tenido tan cerca…

Rememorarlo hizo que sintiera calor.

Cogió un regaliz de la bolsa y le dio un mordisco.

—¿Y cómo es eso de que le has dicho que si se apuntaba a jugar al escondite con vosotros? —preguntó Holly, sin dejar de mirar la pantalla de la televisión.

—Si te soy sincera, no puedo imaginarme a un hombre como Asher Barclay jugando al escondite…

—¿Detrás de qué se metería para esconderse con la envergadura que tiene? —bromeó Holly.

Abby rio.

—Es verdad, no hay tronco ni arbusto que lo ocultara, pero se lo pregunté porque quiero que se implique más con Tom —repuso.

—Yo creo que es una misión imposible.

Abby giró el rostro hacia su amiga y se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

Holly encogió los hombros.

—Porque los hombres como Asher Barclay no cambian. No es uno de los mejores abogados del país por nada, Abby. Si ha llegado a donde ha llegado es precisamente porque su trabajo es lo más importante para él y porque por encima de eso no hay nada.

—¿Ni siquiera su hijo? —preguntó Abby.

—Pues según parece no. Te ha contratado a ti para que cuides de él estos meses y el próximo curso lo va a mandar a un internado de Londres. Da la sensación de que se lo quiere quitar de encima. —Holly cogió otra gominola de la bolsa y se la metió en la boca.

Abby sintió un pellizco en el corazón. Arrastró los ojos de nuevo hasta la pantalla de la televisión.

—Me gustaría poder decir que lo que estás afirmando es una locura, pero yo tengo la misma sensación —dijo, muy a su pesar.

Guardó silencio unos segundos mientras pensaba. Mordió otro trozo de regaliz con la mirada perdida. Miraba la televisión, pero sin verla.

—Pero eso será si yo no puedo impedirlo —dijo, agitando el trozo de regaliz en el aire.

Holly cogió el mando a distancia, apuntó a la televisión y detuvo la emisión de la serie. Abby pestañeó. Holly volvió el rostro hacia ella.

—Abby te vas a meter en un lío —aseveró.

—No me voy a meter en ningún lío.

—Claro que sí. El otro día me prometiste que no ibas a tentar a la suerte y que te ibas a quedar quietecita —le recordó Holly.

—No lo prometí. Dije que tenías razón, pero que no prometía nada.

Holly levantó los ojos hacia el techo y lanzó un sonoro suspiro.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, dejando caer los brazos. Subió un poco la pierna al sofá y volvió el cuerpo hacia Abby para tenerla de frente—. Mira, te voy a decir lo que va a pasar si sigues por ese camino.

Abby se preparó para oír la perorata de su amiga con el amago de una sonrisa en los labios.

—Tratarás una y otra vez de que Asher Barclay pase más tiempo con su hijo —continuó hablando Holly—; le hartarás, porque puedes llegar a ser muy pesada, y porque a él nadie le dice lo que tiene que hacer, y te largará a la puta calle. Entonces te quedarás sin trabajo y no podrás pagar la universidad, ni el alquiler, ni las facturas. Yo no podré ayudarte porque estoy tan pelada de pasta como tú y tendrás que irte a vivir debajo del puente *Kinzie Street*.

—Hay más de cincuenta puentes en Chicago, algunos de ellos preciosos, ¿por

qué tengo que vivir debajo del más feo? —dijo Abby, poniendo humor al asunto.

—Porque es al que te mereces ir, por idiota, y por no hacerme caso —respondió Holly en tono vehemente.

Abby delineó en sus labios una suave sonrisa.

—Holly, no va a pasar nada.

—¡Claro que va a pasar! Estás tratando con Asher Barclay.

—Pero es que tengo que intentarlo —se justificó Abby.

—¿Por quéee? ¿Por qué tanto empeño?

—Porque cuando veo los encantadores ojos grisáceos de Tom llenos de dolor y de soledad se me encoge el corazón —dijo Abby—. Asher Barclay no presta a su hijo toda la atención que debería y que ese niño necesita y quizá yo pueda remediarlo. —Miró a Holly—. Vamos, no es tan malo.

Holly sabía que no era malo, al contrario, pero temía las posibles consecuencias que podía tener para Abby.

—No puedo hacer nada al respecto para que cambies de idea, ¿verdad? —le preguntó.

—Me temo que no —respondió Abby.

—Entonces solo queda encomendarnos a Dios.

Abby soltó una carcajada que retumbó en las paredes del pequeño salón.

—¿No crees que estás exagerando? —le dijo a Holly. Ella negó con la cabeza —. Además, ¿por qué te incluyes? Esto solo me afectaría a mí —añadió.

—Me incluyo porque cuando Asher Barclay te despida y te quedes en la calle, me darás pena y tendré que irme a vivir contigo debajo del puente de *Kinzie Street* —respondió Holly en tono compungido.

Abby creyó que se derretiría de amor por su amiga. Holly siempre dispuesta a ir al fin del mundo junto a ella, si fuera necesario, pero no podía dejar de reír. ¡Dios, era tan dramática!

—Vale, pero si nos toca vivir debajo de un puente, no lo haremos en *Kinzie Street* —dijo entre risas—. Nos iremos al de *Michigan Avenue*.

—Al menos desde allí las vistas del centro de la ciudad son impresionantes —apuntó Holly.

Abby le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia ella.

CAPÍTULO 12

Abby entró en la mansión de Asher y fue directamente a la cocina. Quería hacer unas tortitas para el desayuno antes de despertar a Tom para ir al colegio. Estaba segura de que la sorpresa le iba a encantar.

Preparó los ingredientes necesarios y la sartén y se puso manos a la obra.

Sobre las siete y cuarto, Tom entró en la cocina frotándose los ojos medio dormido.

Abby se giró.

—Buenos días, cariño —lo saludó, colocando en un plato un par de tortitas que acababa de sacar de la sartén.

—Buenos días —contestó el pequeño mientras bostezaba.

Con su oso panda en el brazo, Tom se sentó a la mesa.

Asher le había explicado a Abby que Tom ya había dejado la costumbre de

dormir con el oso de peluche, pero desde que había muerto su madre la había retomado y todas las noches dormía abrazado a él. Para ella era algo totalmente comprensible.

Abby volvió el rostro y miró de nuevo a Tom.

—¿Te gustan las tortitas? —le preguntó.

—¿Has hecho tortitas? —dijo el niño a su vez.

Abby sonrió.

—Una torre —contestó, mostrándole el plato.

A Tom se le hizo la boca agua.

—¡Me encantan las tortitas! —exclamó, mientras Abby depositaba el plato en la mesa.

Tom se relamió.

En ese momento, Asher entró en la cocina vestido con un traje negro. Aquel día se había puesto una camisa grisácea, a juego con el color de sus ojos, y una corbata de rayas en tonos azules.

Joder, no podía estar más guapo, pensó Abby. Como un auténtico alfa…

Y entonces recordó que aquel «Alfa de Chicago» era su jefe.

Un jefe al que no sabía si caía bien.

Un jefe al que probablemente cayera mal.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —dijo Abby.

—Papá, Abby ha hecho tortitas —se apresuró a decir Tom en tono entusiasmado.

—No comas más de dos o sentirás el estómago pesado —comentó Asher.

Abby se preguntó por qué siempre tenía que poner reparos a todo, por qué para él todo, de una forma u otra, tenía un «pero». Por qué no, simplemente, se limitaba a desearle que las disfrutara.

Negó para sí de manera imperceptible. Asher Barclay era insufrible.

Se giró, abrió el armario y levantando el brazo, cogió la taza de Tom, que estaba en el estante de arriba.

La mirada de Asher reparó en que se le había subido la camiseta que llevaba puesta y había dejado al descubierto un precioso trozo de piel de la parte baja de su espalda.

Daba la sensación de que era suave y aterciopelada.

Cuando Abby se vio obligada a ponerse de puntillas para poder llegar a otra de las tazas, metida al fondo, se encontró con una enorme mano por encima de ella que cogía la taza. Inmediatamente sintió el duro cuerpo de Asher detrás.

El olor de su fragancia, mezclado con un ligero toque de gel de ducha, la envolvió.

Asher dejó la taza en la encimera. Abby se giró.

La fuerza de su imponente figura le impedía en ese momento mirarlo. Ni siquiera para hablar. Tenía miedo de quedar cautivada en la fuerza magnética que desprendía su mirada gris.

—Gracias —susurró, y se metió detrás de la oreja unos pelitos que se le había escapado de la trenza que llevaba hecha.

—De nada —dijo con voz grave un templado Asher.

Abby carraspeó, tratando de mantener la compostura. No era posible que solo aquello la desestabilizara. ¿Qué mierda le pasaba con aquel hombre?

—Soy baja para algunos estantes —comentó.

Estaba claro que aquellos armarios estaban colocados a la altura de Asher, que le sacaba una cabeza y media.

—Puede dejar las tazas en el estante de abajo, hay espacio de sobra —dijo Asher.

Él estaba demasiado cerca todavía. Tanto, que Abby pudo fijarse en sus ojos y en el modo en que sus dilatadas pupilas formaban un anillo gris claro alrededor de ellas.

Apartó rápidamente la mirada, consciente de que tal vez se había quedado mirando sus ojos más tiempo del necesario. Se giró y cogió la taza de la encimera.

—Lo haré —dijo.

Asher miró a Tom.

—¿Por qué no está vestido? —quiso saber.

—Porque se ha levantado antes —contestó Abby.

—Es que tenía hambre —intervino el pequeño, dando un mordisco a una tortita.

Asher consultó su reloj de muñeca y comprobó que Tom se había levantado media hora antes de lo normal, tal y como decía Abby.

Ella no pudo evitar pensar que la actitud de Asher era como la del capitán de una academia militar.

—¿Dónde está el azúcar? —preguntó Asher, con una taza en una mano y la jarra de café en la otra.

Abby arrugó la nariz.

—¿Qué? —dijo Asher al ver la expresión de su cara.

—Me temo que lo he echado todo en la masa de las tortitas —dijo.

—¿Todo?

—Solo quedaba un poco en el paquete.

—¿Y no hay más en la despensa?

—No.

Asher lanzó un suspiro. Dejó la jarra de café en la cafetera y la taza en la encimera.

—Ya me tomaré un café en el despacho —dijo en tono resignado.

—¿Se lo tiene que tomar obligatoriamente con azúcar? —preguntó Abby.

—Sí, señorita Jones, me gusta tomarme el café con una pizca de azúcar —replicó Asher.

Abby se mordió el interior del carrillo.

—Lo siento —se disculpó.

—Es igual —dijo Asher de mala gana.

Se dio media vuelta, dispuesto a irse.

—Espere —dijo Abby.

Asher se detuvo en seco en mitad de la cocina.

—¿Qué quiere, señorita Jones? —dijo, armándose de paciencia.

—He puesto unas tortitas en un túper para que se las lleve al despacho.

Asher miraba la bolsa de papel que le ofrecía con cara de extrañeza.

—No se tenía que haber molestado —dijo.

—Oh, no ha sido ninguna molestia, he hecho tortitas para tres días —comentó Abby de forma espontánea.

«Con todo el azúcar que quedaba», se quejó Asher para sus adentros. Ni siquiera le había dejado una cucharada para echársela en el café.

—Siempre son mejores unas tortitas caseras que cualquier bollo industrial que saque de una máquina expendedora —añadió Abby.

«Eso si las tortitas están en su punto», pensó Asher. A él no le gustaban todas las tortitas. Era muy tiquismiquis para ellas.

Miró a su hijo, que ya las había probado. No debían estar malas si estaba chupándose los dedos.

—Tom, ¿qué te he dicho de chuparte los dedos? —lo amonestó.

—Lo siento, papá —dijo el niño, agachando la cabeza.

—Ve a lavarte las manos —le ordenó Asher.

El pequeño se bajó de la silla y salió de la cocina en dirección a uno de los cuartos de baño que había en la planta baja.

—No pasa nada malo por chuparse los dedos —intervino Abby sin poder contenerse, como era habitual en ella la mayor parte de las veces.

Asher giró la cabeza y la fulminó con la mirada.

—Es de mala educación chuparse los dedos llenos de comida —arguyó en tono serio.

—Es un niño de cinco años, no el presidente del país en una recepción pública —le rebatió Abby—. Puede chuparse los dedos tranquilamente.

La mandíbula de Asher se tensó imperceptiblemente.

—Señorita Jones, ¿va a refutar todo lo que hago o digo a mi hijo? —dijo con cara de pocos amigos.

—Si no estoy de acuerdo, sí —respondió Abby sin que le temblara la voz. Lo de chuparse los dedos era una tontería como un piano de grande—. Es mi trabajo.

—No, ese no es su trabajo. Su trabajo es cuidar de Tom bajo mis normas. Convendría que lo recordara —aseveró Asher.

Abby pensó que algunas de sus normas eran estúpidas, pero se guardó aquel calificativo para ella. No quería darle a Asher Barclay un motivo para que la pusiera de patitas en la calle, por lo menos durante el periodo de prueba. Sería una vergüenza para ella misma no superar los primeros quince días.

—Sus normas son demasiado estrictas, señor Barclay —se atrevió a decirle—. Tom es simplemente un niño.

—Y usted es simplemente su niñera —atajó él con visible tono de enfado. ¿Cómo se atrevía una chica de veintipocos años a decirle cómo tenía que criar a

su hijo?—. Le pediría que no se metiera en mi manera de educar a Tom. Es un papel que no le corresponde.

A Abby le quedaba claro que a aquel hombre no le gustaba nada en absoluto que le llevaran la contraria. Por lo visto no estaba acostumbrado a que dudaran de su competencia, y que ella lo hiciera no le gustó.

No dijo nada.

—¿Lo ha entendido?

—Sí —se limitó a decir Abby.

—Bien, entonces asunto aclarado —concluyó Asher—. Si ya ha terminado de arreglarme la vida, ¿puedo irme? —dijo con sarcasmo.

Sin esperar a su respuesta, se dio la vuelta. En aquel momento, Tom entró de nuevo en la cocina.

—Papá, te olvidas las tortitas que ha hecho Abby —dijo, al ver que su padre se iba con las manos vacías.

El niño cogió la bolsa de papel y se la tendió a Asher, que la tomó sin decir nada. Si no le gustaban, siempre podría tirarlas a la basura.

Se inclinó y dio un beso a Tom en la cabeza.

—Hasta luego —se despidió mientras salía de la cocina.

—Hasta luego —dijo Tom.

Abby no se molestó en contestarle.

Notó cómo su pecho subía y bajaba de forma acelerada. Hasta ese momento no se había percatado de ello. ¿Por qué Asher Barclay la ponía tan nerviosa? ¿Era solo por la discusión? ¿O había algo más?

Suspiró.

—Buenos días. —La voz de la señora Lindstrom rompió el silencio.

—Hola, Olive —se adelantó a decir Tom.

—Hola, cariño —dijo ella.

Se acercó al niño y le dio un achuchón y un beso en la mejilla.

—Buenos días, Olive —dijo Abby.

—Hola, Abby.

—Mira, Olive, Abby ha hecho tortitas. —Tom seguía entusiasmado.

—Y tienen una pinta estupenda. —Olive agarró una de la torre que había en el plato y le dio un mordisco.

—Mmm… Abby, están buenísimas.

—Gracias —dijo ella.

Olive inclinó un poco la cabeza, mirándola.

—¿Está todo bien? —le preguntó.

—Sí —afirmó ella, escueta.

—No suenas muy convencida —observó Olive, dando otro mordisco a la tortita.

Abby no quería hablar de Asher delante de su hijo. No era profesional ni adecuado.

—Ya sabes cómo es el señor Barclay —contestó en tono despreocupado.

—¿Te ha echado alguna bronca?

Abby bajó el tono de voz para que Tom no la oyera.

—Simplemente sigo pensando que es demasiado estricto. —Miró al niño, que daba pequeños sorbos de su leche.

—Entiendo —dijo Olive, captando de inmediato de qué iba el tema.

—Pero nada que no pueda solucionar —agregó Abby de forma enigmática.

Olive no lo dudó ni un solo segundo.

CAPÍTULO 13

Asher pidió a su secretaria, Julia Winters, que le llevara un café, a ser posible, bien cargado.

—Aquí tienes —dijo ella, alargando el brazo por encima de la mesa llena de papeles.

—¿Tiene doble de azúcar? —le preguntó Asher.

—Sí, como me lo has pedido —contestó la secretaria.

Julia Winter llevaba tantos años trabajando para Asher que habían traspasado la barrera de los formalismos y se tuteaban sin ningún problema.

—Gracias, me hace falta —respondió Asher, tomando la taza que le ofrecía.

Julia se quedó de pie delante de la mesa de Asher, con las manos entrelazadas.

—¿Qué tal la niñera? —le preguntó. Al fin y al cabo, ella misma había sido quien se la había recomendado.

Asher dio un sorbo de café y miró a su secretaria por encima del borde de la taza. Su ceño se veía ligeramente fruncido.

—Ya hablaremos de la niñera en otro momento —fue su respuesta.

Julia Winters enarcó las cejas.

—¿No trabaja bien? —quiso saber.

—No es eso.

—¿No trata bien a Tom?

—Tampoco es eso.

—¿Entonces? ¿Me equivoqué al recomendártela? —insistió Julia.

—No lo sé… Estoy tratando de averiguarlo —dijo Asher.

Julia mostraba una expresión de confusión en el rostro. No entendía nada.

Asher miró el reloj.

—Hablaremos de ella —dijo, y había una nota de advertencia en su voz, como si fuera un tema que no estuviera dispuesto a dejar así—, pero ahora tengo una reunión con los chicos.

—¿Ya son las ocho y media? —preguntó Julia.

—Faltan cinco minutos.

La mujer se giró en redondo sobre sus talones.

—Me voy —dijo de forma acelerada, subiéndose las gafas de pasta negra con los dedos—. Tengo que enviar varios emails sin falta.

Cuando Julia Winters cerró la puerta, Asher dio otro sorbo del café que le había llevado. ¡Por fin empezaba a ser persona!

Desvió un poco la mirada y los ojos se arrastraron hasta la bolsa de papel que había encima de la mesa de juntas situada en el extremo del despacho. La había dejado allí al entrar.

Eran las tortitas que había hecho la señorita Jones.

Asher se levantó del sillón de cuero y se dirigió hacia la mesa con pasos largos.

Tomó la bolsa y la abrió, sacó el túper de cristal que había en su interior y un montoncito de servilletas que Abby había incluido. En cuanto lo destapó, un delicioso olor a tortitas recién hechas subió hasta sus fosas nasales.

No pudo evitar que su estómago gruñera.

Dejó la tapa sobre la mesa, cogió una tortita con la mano y le dio un mordisco. Durante unos instantes la paladeó a conciencia.

Estaba tal y como a él le gustaban. En su punto justo, ni demasiado hechas ni demasiado crudas. Quizá a la señorita Jones no se le diera mal hacer tortitas, después de todo.

Le dio otro mordisco.

Realmente estaban deliciosas.

Ethan fue el primero en llegar a su despacho con motivo de la reunión que iban a tener los cuatro socios del bufete. Se acercó a la mesa de juntas.

—Vaya, ¿ahora te ha dado por hacer tortitas? —le preguntó con sorna a Asher, al ver el túper de cristal lleno de ellas—. No me digas que te levantas a las seis de la mañana para hacerlas.

Asher le dedicó una mirada de soslayo.

—Las ha hecho la niñera de Tom —respondió.

—¿Puedo? —dijo Ethan, pero no esperó a que Asher le diera permiso, metió la mano en el túper, cogió una tortita y le dio un mordisco.

—Oye, están muy ricas —comentó, relamiéndose los labios.

—La verdad es que sí —reconoció Asher.

Unos nudillos tocaron a la puerta. Seguidamente Samuel abrió y entró en el despacho junto a Trevor.

—¿Y estas tortitas? —preguntó Trevor.

—Las ha hecho la nueva niñera de Tom —dijo Asher.

—Y están buenísimas —apuntó Ethan, mientras se metía en la boca el último trozo de la suya.

—Ethan tiene razón, probadlas —los animó Asher.

Samuel y Trevor cogieron una tortita cada uno y le dieron un bocado.

—Felicita a la niñera de Tom de mi parte. Joder, están deliciosas —dijo Trevor.

—Están muy buenas —comentó Samuel, al dar un bocado a la suya—. ¿Qué tal Tom con ella?

—La verdad es que han congeniado muy bien. Tom se siente muy cómodo con ella…

—¿Pero? —se adelantó a decir Trevor.

—¿Hay un «pero»? —dijo Ethan, que ya iba por su segunda tortita.

Trevor lo miró.

—Por su tono de voz, por supuesto que hay un «pero» —afirmó Trevor, que conocía muy bien a Asher.

—No para de desafiarme —respondió él.

—¿Ves? Os lo he dicho —dijo Trevor con una nota de triunfo.

—Desafiarte, ¿cómo? —dijo Samuel, extrañado.

—Diciéndome cómo debo hacer las cosas con Tom. Ya he tenido que llamarle la atención dos veces. Una de ellas esta misma mañana —contestó Asher.

—¿Por qué? —preguntó Ethan.

—Porque le he dicho a Tom que no se chupara los dedos después de terminar de comerse la tortita.

Ethan, que precisamente en esos momentos se estaba chupando los dedos, bufó.

—Vamos, Asher, no puedes ser tan estricto. Chuparse los dedos es una de las mejores cosas del mundo —replicó con vehemencia, mientras se limpiaba con una servilleta—. ¿Nunca te has chupado los dedos cuando se te cae el kétchup de la hamburguesa en el McDonald's?

—Yo no como en el McDonald's —dijo Asher, con cierto aire desdeñoso.

Ethan puso los ojos en blanco.

—Es verdad, se me olvidaba.

—Y quiero que mi hijo sea una persona educada.

—Es solo un niño, Asher —dijo Ethan.

—Un niño que tiene que aprender a comportarse para cuando sea adulto.

Ethan alzó los ojos al techo y movió la cabeza.

—Entiendo que la niñera te rebata ese tipo de cuestiones —comentó, tirando la servilleta con la que se había limpiado a la papelera.

—Pues yo le aconsejaría que se mordiera la lengua. Empiezo a cansarme de sus constantes muestras de desaprobación —atajó Asher, tajante.

—No se te ocurra despedirla, ¿eh? —intervino Trevor—. Tú mismo has dicho que ha congeniado muy bien con Tom y sabes que eso no es fácil en este momento para él, acaba de perder a su madre hace unas semanas.

—Ya lo sé —dijo Asher—, pero eso no significa que vaya a aguantarle a la niñera sus impertinencias.

—Yo no creo que sea tan impertinente como dices —habló Samuel—. Probablemente seas tú más impertinente que ella. —Asher levantó el rostro y taladró a Samuel con los ojos, pero él no se inmutó—. Vamos, seguro que no se lo estás poniendo nada fácil.

—¿Por qué habría de hacerlo? —dijo Asher de mala gana.

—Porque… eres un ser humano —dijo Samuel, como si hubiera tenido que pensar la respuesta—. O eso creemos —añadió.

—¿Y qué coño se supone que soy, si no soy humano?

—A veces, pareces una máquina —bromeó Trevor.

Asher no hizo ningún comentario, se limitó a negar con la cabeza. Si seguía por ese camino, podrían tirarse así todo el día.

—Por cierto, ¿cómo es la niñera? —curioseó Ethan—. No nos has dicho nada sobre ella. ¿Es joven?

Asher rodó los ojos lentamente y dirigió una mirada cautelosa a Ethan.

—¿Por qué quieres saberlo? —le preguntó—. O mejor dicho, ¿para qué?

Ante su pregunta, Ethan delineó en sus labios una sonrisa llena de picardía.

Asher levantó el dedo índice y le apuntó con él.

—Ni se te ocurra ligar con ella —le advirtió en tono seco.

Asher sabía que si Ethan conocía a la señorita Jones, no dudaría un solo segundo en tratar de llevársela a la cama. Abby era una chica muy guapa.

Un momento… ¿era guapa?, se preguntó.

Sí, por supuesto que sí.

Tenía un largo pelo de color castaño que siempre llevaba recogido. Sus rasgos eran suaves y aún aniñados: la nariz pequeña y respingona, los labios carnosos y unos chispeantes ojos marrones.

Sí, definitivamente era guapa.

Y le preocupó haberse dado cuenta de ello.

—¿De dónde te sacas eso? —dijo Ethan, fingiendo ser la persona más inocente del mundo.

Asher volvió a la realidad, volvió a meterse en la conversación que había en su despacho.

—¿Qué de dónde me lo saco? ¿Cómo me haces esa pregunta? —exclamó, indignado—. Te conozco, Ethan. Te follas todo lo que se mueve.

Ethan fue incapaz de contener la risa.

—Exageras —se defendió, aunque sonaba poco convincente.

—¿Exagerar? Qué cara tienes —le respondió Asher con burla. Los cuatro se echaron a reír—. A Abby Jones ni la mires —le advirtió con las oscuras cejas enarcadas para dar más énfasis a sus palabras.

Ethan levantó las manos en son de paz.

—Está bien, como quieras —dijo, con actitud resignada.

Hubo unos segundos de silencio, mientras seguían degustando lo que les quedaba de tortita.

—Hacía un montón de años que no comía tortitas caseras —dijo Trevor, limpiándose la comisura de los labios con una servilleta.

—Yo también, ya ni me acuerdo —comentó Asher.

—Haley las hace a menudo porque a Nico le encantan, aunque la mitad de la tortita acaba desmenuzada entre sus manos —bromeó Samuel, con orgullo de padre. Se metió el último trozo en la boca y lo masticó mientras se limpiaba los dedos con una servilleta—. Por cierto, el mes que viene voy a cogerme una semana libre, Haley y yo queremos llevar a Nico a Australia para que esté con los padres de Kevin. No lo ven desde que nació.

—Mientras no tengas ningún juicio pendiente para esas fechas, puedes tomarte los días que quieras —dijo Asher.

—Ya estoy sobre ello —dijo Samuel.

—Perfecto, entonces —dijo Asher.

—Chicos, ahora que estamos todos juntos, yo quería comentaros algo —intervino Ethan.

Su voz, que unos minutos antes sonaba pícara y despreocupada, ahora era seria.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Trevor.

—Me han ofrecido dar clase en la universidad —dijo Ethan.

Trevor, Samuel y Asher le miraron.

—¿Vas a dejar el bufete? —fue la pregunta de Asher, y había cierta alarma en su tono de voz.

—¿Vas a dejarnos? —dijo Samuel.

—No —negó Ethan—. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza dejar el bufete. Este es mi trabajo y me apasiona. Mi intención es compaginarlo con las clases en la universidad.

—Y yo que ya estaba pensando un discurso de despedida de esos lacrimógenos —se mofó Samuel.

Ethan lo miró.

—¿Nunca te han dicho que eres un cabrón? —dijo con su habitual sarcasmo.

Samuel se quedó pensando.

—Más de una vez —contestó, desplegando en sus labios una sonrisa de oreja a oreja.

Y aunque el propio Samuel bromeó con el asunto, todos, incluido él, parecieron respirar aliviados cuando Ethan dijo que no tenía pensado dejar el bufete. Se podía decir que los cuatro formaban una familia; no eran solo socios ni compañeros de trabajo, eran amigos, eran como hermanos, que estaban ahí los unos para los otros para lo bueno y lo malo.

—Entonces, ¿ya has tomado la decisión? —quiso saber Asher.

—Sí, ya sabéis que siempre tengo que estar probando cosas nuevas, buscando nuevos retos, y creo que va a ser una experiencia muy enriquecedora.

—Desde luego que sí —comentó Trevor—. Además, engrosará tu currículum.

—Sí, eso también me ha resultado interesante a la hora de aceptar.

—¿Empiezas el próximo curso? —le preguntó Samuel.

—No, empiezo la semana que viene. Es precipitado, lo sé, pero uno de los profesores ha sufrido un accidente esquiando bastante grave y estará de baja varios meses —explicó Ethan.

—Si hay alguien que puede hacerlo, eres tú, Ethan. Tienes una mente brillante —aseveró Asher.

Y no era un halago banal o hueco, realmente Ethan tenía una mente brillante. A pesar de ser un cabeza loca (o dar esa sensación), se había graduado con honores *cum laude* en Harvard en solo dos años. Toda una proeza. Así que a los veinte ya era abogado y a los veinticuatro, los que tenía en aquel momento, había ganado más casos que un letrado de mediana edad.

—¿Qué asignaturas vas a impartir? —preguntó Samuel.

—Derecho Penal y Derecho Romano.

—Las más fáciles —se burló Trevor.

Era ironía, por supuesto. Todo estudiante de Derecho sabía que Derecho Penal y Derecho Romano eran dos asignaturas duras de roer, por su densidad y dificultad, y que podían volverse un verdadero quebradero de cabeza si se sumaba la complejidad que algunos profesores les añadían.

—No seas hijo de puta con tus alumnos —le advirtió Samuel.

—Haré lo que pueda —respondió Ethan.

—Vale, pues si ya hemos terminado de hablar y de comer tortitas, ¿podemos empezar la reunión? —dijo Asher con cierta impaciencia en la voz.

CAPÍTULO 14

Abby miraba hacia la pizarra, sin embargo, no estaba prestando atención a lo que decía en esos momentos el profesor sobre los problemas en la boca relacionados con la displasia ectodérmica. Estaba pensando en Asher Barclay.

Apoyó la barbilla en la mano.

—¿Dónde tienes la cabeza? —le preguntó en voz baja Finn, un compañero de clase y amigo, que estaba sentado a su lado.

Abby reaccionó a su voz y giró el rostro hacia él.

—¿Qué? —farfulló.

—¿Dónde tienes la cabeza? Porque no la tienes en los síntomas que provoca la displasia ectodérmica —dijo Finn con una sonrisilla en la boca.

—No, desde luego que no —respondió Abby.

—¿Entonces?

—En mi nuevo trabajo —mintió.

—Ah, sí, ¿qué tal te va? —se interesó Finn, mirando de vez en cuando fugazmente hacia el profesor. No quería que les pillase hablando y les echara la bronca.

—Bien. El niño que cuido es un encanto —susurró Abby.

—Eso está genial, ¿no? Hay niños que hacen la vida imposible a sus niñeras hasta que logran que se vayan —comentó Finn.

Abby sonrió.

—Tom no me da ningún problema —dijo.

No, no era Tom el que le daba problemas ni quebraderos de cabeza, sino el padre.

No había dejado de dar vueltas a la conversación —o discusión— que habían tenido (no sabía muy bien qué había sido). Lo peor era que, fuera lo que fuera, Abby se temía que no sería la última. Si antes no la despedía, claro.

Tal vez se estaba ganando a pulso que Asher Barclay la pusiera de patitas en la calle.

—Trabajas para Asher Barclay, ¿verdad? Uno de esos tíos a los que apodan los «Alfa de Chicago» —le preguntó Finn.

—Sí.

El profesor dio por finalizada la clase. Abby y Finn recogieron los libros y los apuntes y salieron del aula.

—¿Y qué tal es? ¿Es buen jefe? —dijo Finn, continuando con la conversación.

Abby encogió los hombros.

—Ya sabes… un jefe siempre es un jefe.

—Tiene pinta de chulo —comentó Finn—. No es que yo le conozca, pero le he visto en la tele y en algún que otro reportaje en los periódicos y esa es la impresión que da.

—No es un tipo prepotente —dijo Abby mientras caminaban por el pasillo de la universidad—, pero es muy estricto con la educación de su hijo. Tom vive como si estuviera en un campamento militar. Hay una hora estipulada para todo.

—Supongo que es la forma que tienen los ricos de educar a sus hijos —dijo Finn—. Asher Barclay es uno de los hombres más poderosos del país. No solo es de los mejores abogados que hay, es dueño de no sé cuántas empresas… —Finn hablaba de él con admiración, aunque no era para menos—. ¿Lo sabías?

Abby no sabía cuántas empresas tenía Asher ni a cuántos millones llegaba su fortuna (para ella era una cantidad incalculable), pero sabía que era uno de los hombres más guapos que había visto en su vida y que tenía algo que le llamaba mucho la atención, pese a que no debería. Era su jefe.

—No sé de cuántas empresas es dueño, pero desde luego, no es pobre, a juzgar

por el casoplón que tiene —dijo.

—Será una pasada, ¿verdad?

—No lo sabes bien. —Abby miró el reloj de muñeca—. Bueno, Finn, me voy, tengo que ir a buscar a Tom al colegio.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí. —Abby se acercó a él y le dio un beso rápido en la mejilla—. Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana —dijo él.

Abby empujó la puerta acristalada y salió a la calle. La mañana lucía con un inmaculado cielo azul, solo algunos retales de nubes blancas se divisaban en la lejanía.

Se dirigió al parking de la universidad, cogió el coche y puso rumbo al colegio de Tom.

Faltaban cinco minutos para que saliera de clase. Padres y niñeras se arremolinaban detrás de la verja de hierro forjado.

Abby vio a Tom bajar la escalinata de piedra que había en la entrada. Levantó el brazo y movió la mano de un lado a otro para que la viera.

Tom corrió hacia ella.

—Hola, cariño —lo saludó Abby. Se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Abby —dijo el niño.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el colegio?

—Bien.

—¿Tienes muchos deberes?

—No, pero tenemos que hacer un dibujo creativo, pero que no sea con lápiz, ni rotuladores, ni nada de eso…, que no sea de forma tra… tra… No me acuerdo de qué palabra ha utilizado la maestra.

—¿Tradicional? —dijo Abby.

—Sí, tradicional —afirmó Tom—. ¿Me ayudarás a hacerlo? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Está explicado en la agenda.

—Vale, cuando lleguemos a casa lo leeré y pensamos qué podemos hacer.

—¡Qué bien! —exclamó Tom—. La maestra ha dicho que nos tienen que ayudar los padres, pero yo sé que mi padre no va a tener tiempo.

Abby no lo verbalizó, pero ella también sabía que Asher Barclay no ayudaría a su hijo a hacer aquella tarea. Tendría mucho trabajo que hacer.

—No te preocupes, yo te ayudaré. Estoy segura de que algo se nos ocurrirá —lo animó, de camino al coche.

Después de comer el estofado de carne con verduras que había preparado Olive y que hizo que Abby y Tom se relamieran los labios de gusto, Tom se tumbó la siesta como era costumbre.

Embebida en el silencio reinante en la casa, Abby aprovechó para estudiar un rato y consultar la bibliografía de un trabajo que tenía que hacer para la asignatura de Cirugía Maxilofacial.

Cuando Tom se levantó, le ayudó a hacer unos deberes de matemáticas y después se pusieron manos a la obra con la figura creativa que les había mandado la maestra.

—¿Puede ser cualquier figura? —le preguntó a Tom.

—Sí.

—¿Qué te parece una flor?

Tom negó con la cabeza.

—¿Un animal? —propuso Abby.

—¡Sí, un animal! —dijo Tom.

—Tengo una idea de cómo podemos hacerlo. ¿Tienes acuarelas?

—Sí, hay una caja en mi habitación, me la regaló mi abuelo Edward, el padre de mi padre.

—Genial, ve a por ella mientras yo preparo todo lo necesario —dijo Abby.

Tom se bajó de la silla y salió disparado hacia su habitación. A Abby le encantó verle tan ilusionado.

—¿Qué te parece si hacemos la figura de un animal y lo rellenamos con tus huellas?

Las cejas de Tom se arrugaron un poco.

—¿Con mis huellas? —repitió.

—Sí. Puedes pintarte la yema de los dedos del color que quieras e ir dando forma al animal —explicó Abby.

—¡Qué buena idea, Abby! —exclamó el niño.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Pues vamos a ponernos manos a la obra.

A Tom se le ocurrió que podía hacer un ciempiés y que el cuerpo sería de varios colores, no solo de uno.

Con un pincel, Abby le fue pintando los distintos dedos de la mano derecha y plasmándolos en el papel para que quedara su huella en él. Después le dibujaron

las patas y en la cara, unos ojos negros y una boca con una encantadora sonrisa.

—¿Ves mucho a tu abuelo Edward? —le preguntó Abby a Tom mientras daban forma al ciempiés.

—Sí, viene a menudo a verme, y mi tío Bastian y mi tío Aaron, que son hermanos de mi padre, también. Y siempre me traen un regalo —le explicó Tom.

—¿Tu padre no tiene hermanas?

—No. —Tom negó con la cabeza—. Solo hermanos.

—¿Y se lleva bien con ellos? —le preguntó Abby tratando de sonar despreocupada, como si fuera una conversación casual.

Pero la verdad es que, si tenía que ser sincera consigo misma, se moría de ganas de saber más cosas de la vida de Asher Barclay. Aquel hombre era un libro cerrado que ejercía sobre ella un poderoso misterio que le encantaría descubrir. Sin embargo, no era cuestión de hacer un tercer grado a Tom. Era un niño muy inteligente y acabaría dándose cuenta.

—Sí, mis tíos quieren mucho a mi padre —contestó Tom. Pasó el pincel por el color negro de la tabla de acuarelas y le pintó una pata al ciempiés—. Un día mi tío Bastian me contó que me mi padre había cuidado mucho de mi tío Aaron y de él.

—¿Tu abuela trabajaba fuera de casa?

—Mi abuela se fue. —Tom alzó los hombros—. Un día salió de casa y creo

que nunca volvió.

Abby enarcó las cejas, sorprendida ante aquella afirmación. Ese era un dato interesante. ¿A Asher y a sus dos hermanos les había abandonado su madre cuando eran pequeños?

Abby divagaba entre aquella información cuando alguien llamó a la puerta.

—Es Melissa —anunció Olive desde la cocina.

—¿Quién es Melissa? —preguntó Abby a Tom en voz baja, mientras se limpiaba las manos en un paño.

—Mi tía. La hermana de mi madre —respondió él.

—Oh —susurró Abby.

—Desde que mi madre murió viene a verme muy a menudo.

—Normal, cariño, se preocupa por ti y quiere que estés bien —dijo Abby.

Tom no hizo ningún comentario al respecto.

—Abro yo, Olive —dijo Abby de camino a la puerta.

—Gracias —respondió ella.

Cuando Abby giró el pomo y abrió se encontró a una mujer de unos treinta años, con el pelo rubio oscuro largo y extremadamente liso y los ojos azules. Poseía una belleza artificial característica de aquellas personas que pasan mucho tiempo del día cultivando su imagen.

La tal Melissa iba, para gusto de Abby, demasiado arreglada, demasiado maquillada y demasiado peripuesta solo para visitar a su sobrino. Daba la sensación de que se había preparado para una gala.

Llevaba puesto un vestido de color beige que se ajustaba a la forma de su trabajada silueta, y unas botas altas negras con un tacón tan fino que Abby no quiso pensar en el dolor que sentiría en el pie la pobre persona a la que pisara.

Se parecía mucho a Beth, con la diferencia de que la madre de Tom era elegante y glamurosa, con una belleza natural, como había podido ver en la foto que Tom tenía de ella en su habitación. En cambio, Melissa era una mujer que se sacaba el máximo partido, nada más.

Al verla, Melissa frunció el ceño.

—¿Tú quién eres? —fue la pregunta que le hizo, sin ni siquiera saludarla, a la vez que la estudiaba con mirada altiva.

CAPÍTULO 15

—Hola —la saludó Abby con educación—. Soy Abby Jones, la niñera de Tom.

—¿La niñera de Tom? Asher no me ha comentado que tuviera pensado contratar a una niñera.

¿Qué narices le pasaba a aquella mujer?, dijo Abby para sus adentros.

—Bueno, puede preguntarle a él, si tiene alguna duda —repuso en voz alta.

Melissa la miró durante unos segundos de arriba abajo, como si la estuviera midiendo, o tratando de ver qué tipo de persona o mujer era.

—Soy Melissa, la hermana de Beth, ¿está mi sobrino en casa o se encuentra en alguna de las actividades extraescolares que tiene por las tardes?

—Está en la sala de juegos.

Melissa pasó al lado de Abby casi antes de que ella se apartara para dejarla

entrar, y enfiló el pasillo que llevaba a la sala de juegos. Más que andar parecía que desfilaba. Iba muy derecha y con el cuello muy recto.

Abby suspiró.

—Hola, Tom —saludó Melissa al niño.

—Hola, tía Melissa —correspondió él.

—¿No le vas a dar un beso a tu tía? —le dijo Melissa.

El pequeño bajó de la silla y se dirigió a ella.

—¿Con qué tienes las manos manchadas?

—Es acuarela. Abby y yo estamos haciendo un dibujo que nos ha pedido la maestra para mañana —contestó Tom.

Melissa hizo una mueca con la boca.

—Entonces ten cuidado y no me manches —dijo con voz remilgosa.

Melissa se inclinó y dio un beso al niño en la frente. En cuanto pudo, Tom se dio la vuelta y volvió a sentarse en la silla.

—Las manchas de acuarela se quitan sin problema en la lavadora porque están compuestas en su mayor parte de agua, sobre todo las acuarelas infantiles —intervino Abby, a quien no le había gustado el modo en que Melissa se había dirigido a Tom.

Ella la miró como si acabara de bajar de un ovni.

—Este vestido es de seda salvaje, prefiero mantener las acuarelas lejos de él —afirmó—, por mucha agua que tengan en su composición.

Resultaba que Melissa era una *esnob* y una pedante, pensó Abby con horror.

Melissa se acercó a la mesa.

—¿Qué estás haciendo? ¿Eso es un gusano? —le preguntó a Tom, aunque Abby advirtió en el tono de voz que no tenía mucho interés real en lo que estuviera haciendo su sobrino.

—Es un ciempiés.

—¿Qué más da? —comentó Melissa.

—Los gusanos no tienen patas —respondió Tom, sin apartar los ojos del dibujo.

Abby tuvo que apretar los labios. Ella no hubiera contestado mejor. No podía negar que Melissa merecía una respuesta así. Dios, era tan presuntuosa.

Melissa se volvió hacia Abby.

—¿Asher está en el despacho de arriba? —dijo.

—No —negó Abby.

¿Eso era todo lo que Melissa le iba a decir a su sobrino sobre el precioso ciempiés que había hecho? ¿Dónde estaba un «te ha quedado muy bien» o un «me encanta»?

Melissa, ajena a sus pensamientos, consultó su carísimo reloj de pulsera.

—¿No suele estar ya en casa a estas horas?

—Depende del día.

A Abby le pareció que mostraba más interés por el que había sido su cuñado que por Tom.

Justo en ese momento se abrió la puerta que daba al garaje y entró Asher con el maletín en la mano.

—Asher, estaba preguntando a la niñera por ti —se adelantó a decir Melissa, con una sonrisa tan amplia que le iba a dar la vuelta a la cara.

—¿Ah, sí? —dijo escuetamente él, tratando de sonar cordial.

Melissa se dirigió a Asher, le echó los brazos delgados alrededor del cuello y lo besó en la mejilla.

Nadie hubiera podido afirmar si él estaba cómodo con aquel gesto tan afectuoso… y efusivo, porque su rostro se mantuvo imperturbable.

—Sí. He venido a ver a Tom, pero me alegro de haberme encontrado contigo —dijo Melissa.

Algo le decía a Abby que aquello no era una casualidad, que todo estaba perfectamente calculado, como una operación matemática.

—Por cierto, no me habías comentado que tenías pensado contratar una niñera

—dijo Melissa a Asher.

Hablaba como si Abby no estuviera allí, o como si de pronto se hubiera esfumado por arte de magia.

Melissa deshizo el efusivo abrazo y Asher aprovechó para dar un paso hacia atrás.

—No tengo que hacerlo, Melissa —repuso con voz pausada, dejando el maletín encima de una silla.

Abby se acercó al niño.

—Tom, vamos a lavarnos las manos, es hora de cenar —le dijo, cuando percibió el talante que había adquirido la conversación.

—Vale —asintió él.

Abby cerró rápidamente la caja de las acuarelas y guardó el dibujo del ciempiés en una carpeta.

Tom se acercó a su padre. Asher se inclinó sobre él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Todo bien en el colegio? —le preguntó.

—Sí, papá.

—Muy bien.

Tom salió corriendo hacia la cocina. Abby fue detrás de él.

Cuando Melissa y Asher se quedaron solos en la sala de juegos, ella le dijo:

—Tom es mi sobrino, sabes que me he ofrecido a cuidar de él.

—Melissa, Tom necesita a alguien que le cuide a tiempo completo. Alguien que le lleve y que le recoja en el colegio; alguien que le levante, le ponga el desayuno y le ayude con las tareas. Tú no puedes hacerte cargo; tienes trabajo, vida…

Melissa se acarició los brazos.

—Visto así, tienes razón, pero… bueno, me gusta pasar tiempo con Tom, es el único recuerdo que me queda de mi hermana —dijo, con aire compungido.

—Y puedes venir a verlo siempre que quieras, ya te lo dicho —manifestó Asher—. Incluso puedes llevártelo un fin de semana y pasarlo con él. Es tu sobrino y entiendo que quieras estar tiempo a su lado.

—Sí, claro. —Melissa sonrió con una falsa dulzura y cambió de tema—. Esa chica, la niñera… ¿es interna? —curioseó.

—No, no quiero compartir mi casa con nadie —respondió Asher con contundencia—. Cuando llego del despacho lo último que me apetece es tener que lidiar con extraños.

—Lo comprendo, siempre has sido un hombre reservado y solitario —comentó Melissa—. Incluso casado con Beth necesitabas tu espacio. Nunca has permitido que nadie lo invadiera, ni siquiera mi hermana.

—Todos necesitamos momentos de soledad, Melissa. Estar con nosotros mismos, hacer introspección. Es la mejor fórmula para poner en orden las ideas —afirmó Asher.

—Sí, supongo. —Melissa se echó la melena hacia atrás con la mano. Un gesto que estaba lleno de coquetería—. Aunque yo soy más de compartir los problemas con amigos tomando una copa.

Asher lo sabía. Melissa era más de fiestas, de galas, y de juergas. No tenía nada que ver con Beth, y mucho menos con él. Eran como la noche y el día.

Beth era más hogareña, más discreta, aunque siempre había priorizado su carrera profesional por encima de todo.

—¿Quieres quedarte a cenar con Tom y conmigo? —le preguntó Asher.

—Sí, gracias. Me encantará pasar un rato contigo… y con Tom, por supuesto —dijo Melissa con una sonrisa complacida en los labios.

—Bien. Le diré a la señorita Jones que puede marcharse.

Asher entró en la cocina.

Tom se acababa de lavar las manos y estaba sentado en una silla enfrascado en

la lectura del libro del niño pirata que le había regalado Abby. Ella se encontraba de espaldas, sacando de la nevera la cena que había dejado hecha Olive.

—Señorita Jones, puede irse a casa —dijo Asher—. Melissa va a quedarse a cenar.

Abby dio media vuelta al escuchar su voz profunda detrás de ella.

—Ah, vale —masculló—. Olive ha dejado preparada merluza con salsa.

—Nosotros nos encargamos de sacarla de la nevera.

Tom levantó la vista del libro.

—Papá, ¿se puede quedar Abby a cenar con nosotros? —preguntó.

—No, Tom —negó Asher—. La señorita Jones ya ha terminado su jornada laboral y tiene que irse a casa.

—Pero yo quiero que cene con nosotros —insistió el niño.

Abby intervino en la conversación.

—Cariño, tu tía Melissa ha venido a verte y quiere estar un rato contigo —le dijo, acariciándole el pelo con la mano—. Tú y yo nos vamos a ver mañana.

—Vale —accedió Tom, transcurridos unos segundos.

Asher no pudo evitar fijarse en el modo que su hijo obedecía a la niñera. La señorita Jones se había ganados su cariño en poco más de dos semanas. Parecía comprender mejor al niño que él mismo, aún siendo su padre.

Abby se inclinó y le dio un beso a Tom en la cabeza.

—Hasta mañana —susurró.

—Hasta mañana, Abby —dijo el pequeño.

Después Abby se irguió y miró a Asher.

—Hasta mañana, señor Barclay —dijo, echando a andar hacia la puerta.

—Hasta mañana, señorita Jones —se despidió él, sin dejar de pensar en lo que acaba de ver.

Abby salió de la cocina y se fue a la habitación de invitados en la que solía dejar sus cosas. Cogió el bolso y las llaves del coche y se fue.

Por suerte no se encontró con Melissa. No sabía por qué, pero no le había caído bien.

CAPÍTULO 16

Al día siguiente, Tom salió del colegio dando saltos y con una sonrisa que se extendía en su rostro infantil de oreja a oreja.

—Abby, ¡me han puesto de bateador en el equipo de béisbol! —exclamó entusiasmado.

—¡Hey, eso está genial! —dijo ella, pasando el brazo por sus hombros y achuchándole contra su cuerpo.

Abby no era muy aficionada al béisbol, pero sabía que la posición de bateador era una de las más importantes y una de las que más gustaba a los niños.

—Enhorabuena, cariño.

—El entrenador me ha dicho que la semana que viene ya puedo jugar en esa posición —explicó Tom, mientras caminaban hacia el coche—. Ah, y he ganado el concurso de dibujo creativo. A mi maestra le ha gustado mucho mi ciempiés.

Abby bajó la mirada.

—Vaya, tenemos muchas cosas que celebrar. ¿Qué te parece si esta tarde, después de hacer los deberes, nos comemos un helado? —propuso.

—¿Podré elegir el sabor que quiera?

—Claro, ¿tu padre no te deja elegir sabor?

—No siempre, quiere que coma helados que no tengan azúcar.

Abby puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no me sorprende? —musitó, aunque sin dejar que Tom la oyera—. Pues hoy podrás elegir el sabor que quieras —dijo en voz alta.

—¡Bien! —Tom dio un salto—. Voy a pedir uno de chocolate muy grande —dijo.

Abby sonrió.

¿Por qué Asher Barclay nunca consentía a su hijo?

Abby detuvo el coche en un semáforo que acababa de ponerse en rojo, alzo los ojos y miró a Tom por el espejo retrovisor.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué tal te fue ayer en la cena con tu tía Melissa? —preguntó.

Intentó que pareciera una pregunta casual, aunque realmente se moría de curiosidad.

—Aburrida. Tía Melissa no es tan divertida como tú —dijo Tom.

Abby fue incapaz de no sonreír ante aquel comentario. Tom era para comérselo.

—¿Por qué fue aburrida?

—Porque mi tía no paró de hablar del último viaje que ha hecho a París. Solo sabe hablar de ropa y fiestas.

—¿Y tu padre qué hacía?

El semáforo cambió de color, Abby metió primera y siguió circulando por las atestadas calles de Chicago.

—Mi padre la escuchaba mientras se comía la merluza que había preparado Olive —dijo Tom—. Mi tía se fue nada más terminar de cenar. Mi padre le dijo que tenía trabajo que hacer.

«Asher Barclay y el trabajo», suspiró Abby para sus adentros.

Sin embargo, en aquella ocasión quería pensar que lo había puesto como excusa para deshacerse de su excuñada.

Se rio con una pizca de malicia para sí misma.

La mañana siguiente, cuando Abby entró en la cocina se encontró a Tom en pijama tomando sus cereales y a Asher sirviéndose una taza de café.

Miró su reloj, desconcertada.

—Tranquila, señorita Jones, no llega tarde —dijo Asher, al ver la expresión de su rostro.

Apoyado contra la encimera, dio un sorbo de café.

Por encima del borde de la taza, se fijó en Abby. Llevaba unos pantalones sueltos blancos, una blusa de color verde manzana y una cazadora vaquera. Tenía las uñas de las manos pintadas de blanco.

Un *look* casual que resultaba refrescante y juvenil. El pelo, como siempre, se lo había recogido. En aquella ocasión en un moño informal en lo alto de la cabeza.

El suave aroma a cítricos y flores silvestres de su fragancia llenó la cocina.

—Es que me sorprende que Tom esté despierto —repuso Abby.

Ella también se fijó en Asher. Iba vestido con un pantalón negro y una camisa también negra que llevaba remangada, exhibiendo parte de los músculos de sus

brazos.

Dios, era la representación del cuerpo perfecto de hombre.

No llevaba corbata ni chaqueta, por lo que Abby pensó que subiría a la habitación para terminar de vestirse.

—Tenía hambre y yo ya estaba levantado —le explicó Asher.

—Ah, perfecto —dijo Abby—. Buenos días, cariño. —Se acercó al niño y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, Abby —respondió Tom, alegre.

Por algún motivo desconocido, Asher se descubrió preguntándose cómo se vería Abby con el pelo suelto, como se vería si le cayera por los hombros como si fuera una cascada. Tenía una melena larga, densa, y estaba seguro de que sedosa. ¿Qué efecto haría en su rostro de rasgos aún aniñados?

No quiso seguir por ese camino.

—¿Has terminado tus cereales? —le preguntó a Tom.

—Sí —contestó él.

—Pues ve a lavarte los dientes. Después la señorita Jones subirá a vestirte y te llevará al colegio.

Tom salió de la cocina camino de su habitación.

Abby cogió la taza de encima de la mesa.

—Muy bonito el ciempiés —comentó Asher, apuntando con el dedo hacia la nevera.

Nada más llegar a casa el día anterior, tras volver del colegio, Abby había puesto el dibujo de Tom en la puerta del frigorífico, sujeto con un par de imanes.

—¿Ha visto la condecoración que le han dado? —le preguntó ella.

Abrió el lavavajillas y metió dentro la taza. Vio que estaba lleno y decidió ponerle, para ahorrar algo de trabajo a Olive.

—Sí —contestó Asher.

La maestra había hecho una especie de medalla con cartulina de varios colores y se la había entregado a los dos finalistas.

—¿El dibujo lo ha hecho él solo? —dijo Asher.

—Yo le di la idea de las huellas, ya que tenían que hacer un dibujo creativo, pero no de la manera tradicional. Pero no ha hecho trampas —dejó claro Abby —. La maestra les dijo que tenían que ayudarles los padres.

A Asher no le pasó desapercibido el tono en el que dijo aquella última frase y la mirada que Abby le dirigió. Desde luego, la niñera era muy expresiva. Su rostro era como un libro abierto.

—Me alegro de que usted le haya ayudado —repuso con voz deliberadamente tranquila—. A mí no se me hubiera ocurrido una idea mejor —añadió con una nota de algo que a Abby le pareció sarcasmo.

Ella arqueó una ceja en un gesto de escepticismo.

—¿No? Usted es abogado, y los abogados tienen mucha imaginación a la hora de plantear argumentos delante de un tribunal.

—No se si lo que acaba de decirme es un halago o insulto —comentó Asher.

—Un halago, por supuesto. Nunca osaría insultar a mi jefe —dijo Abby y, sin pretenderlo, se mordió con coquetería el labio inferior.

Asher la miró por encima de la taza con los ojos entornados. Abby hubiera jurado que había algo parecido a una sonrisa intentando asomar por la comisura de los labios.

—Ayer era un día especial, había que celebrar muchas cosas, así que salimos al parque y nos comimos un helado —continuó hablando Abby.

—De chocolate. Me lo ha contado Tom —afirmó Asher.

Abby observó su reacción. El niño le había confesado que su padre no le dejaba comer helados con azúcar.

—Espero que no le importe —dijo.

«Y que no se lo tomé como un desafío», añadió para sus adentros.

—No, mientras sea algo puntual. No me gusta que Tom tome azúcar —dijo Asher.

—Solo fue un helado. —Abby metió una pastilla de detergente en el

compartimento del lavavajillas.

—Un helado grande de dos bolas —apuntó Asher.

Vaya, Tom le había dado todos los detalles, pensó Abby mientras cerraba el electrodoméstico y pulsaba el botón para ponerlo en funcionamiento. Un zumbido suave y amortiguado llenó la cocina.

—Sí, bueno, había mucho que celebrar, como le he dicho: alzarse con el premio del dibujo creativo entre todos los niños de la clase y jugar como bateador en el equipo de béisbol —se justificó—. Tom está entusiasmado.

—Sí, me lo ha repetido como diez veces desde ayer.

—Seguro que le gustará que vaya a verlo a algún partido —sugirió Abby.

Asher se preguntó qué pensaría la señorita Jones de que su agenda estuviera tan llena de trabajo que apenas le quedara tiempo para estar con su hijo durante los próximos días. Conociéndola (y ya la conocía un poco), supuso que no le parecería bien. Aunque tampoco es que le importara demasiado.

No tuvo la oportunidad de responder porque sonó su teléfono, interrumpiendo la conversación. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y lo sacó.

—Dime, Trevor —dijo al descolgar, antes de enderezarse y salir de la cocina.

De camino a su habitación, Asher dio un sorbo del café que todavía le quedaba en la taza.

Abby terminó de recoger y subió a ayudar a Tom a prepararse para ir al colegio.

CAPÍTULO 17

Asher estudiaba los distintos folletos que tenía en las manos. Elegir un internado para Tom no era una tarea fácil. Había muchas cosas a tener en cuenta, y más en Londres.

Oyó el ruido del motor del coche de Abby en el jardín delantero, se levantó del sillón del despacho de casa, dejando los folletos sobre el escritorio, y se dirigió a la ventana.

Discretamente, descorrió un poco la cortina con los dedos. Lo suficiente para ver, pero no para ser visto.

Abby se apeó de su Mini Cooper verde chillón con su perenne sonrisa en los labios, y se dirigió a la puerta trasera. La abrió y ayudó a Tom a bajarse.

Observándola, Asher se dio cuenta de que tenía algo extraño. Le resultaba fascinante y desconcertante al mismo tiempo, y no sabía por qué.

Tom dijo algo y ella se echó a reír. Era un sonido armónico y contagioso.

Oírla reír era refrescante, como su energía; como una ráfaga de brisa fresca en verano.

Con el ceño fruncido, la observó entrar en casa. ¿De dónde se suponía que salían todos aquellos pensamientos?

Sacudió la cabeza con vehemencia, olvidándose de ellos.

Dio media vuelta, cogió los folletos de encima del escritorio y salió del despacho.

Abby y Tom entraban por la puerta cuando Asher bajaba la escalera.

—Buenas tardes, señor Barclay —lo saludó ella.

—Buenas tardes, señorita Jones.

—Hola, papá.

—Hola, pequeño.

Asher se acercó a su hijo, se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

—¿Qué es eso, papá? —le preguntó Tom.

—Son los folletos de los internados. Quiero que los veas para que me digas cuál es el que más te gusta —dijo Asher.

El rostro de Tom adoptó una expresión seria. Las risas con las que había entrado en la casa se esfumaron de golpe.

—No quiero verlos —dijo tajante con voz de enfado.

—Tom, quiero que me ayudes a decidir qué internado es mejor para ti —repuso Asher.

La respiración de Tom se agitó. Su pecho subía y bajaba de forma acelerada.

—¡He dicho que no quiero verlos! —gritó, con el rostro congestionado.

Dio un manotazo a los folletos, que se desperdigaron por el suelo del vestíbulo, y salió corriendo escaleras arriba a su habitación, con los ojos llenos de lágrimas.

La casa se sumió en un profundo silencio. Abby se agachó y ayudó a Asher a recoger los papeles. Se levantó y se los tendió.

—Gracias —masculló él.

Asher alzó los ojos para mirarla. La cara de Abby, tan expresiva como era, mostraba un gesto de censura.

—Es como un libro abierto, señorita Jones —le dijo, resignado.

Aquello no era nuevo para Abby. Más gente se lo había dicho. Holly se lo recordaba constantemente. Todo lo que pensaba se reflejaba en su rostro.

—No es la única persona que me lo ha dicho.

—Ya me imagino. —Asher se sentó en uno de los peldaños al pie de la escalera—. No le parece bien que lleve a Tom a un internado, ¿verdad? —le

preguntó.

—Prefiero no opinar al respecto —contestó ella, tratando de mantener distancia con el tema.

Aunque había pasado el periodo de prueba, Asher seguía teniendo todos los ases en la mano. Era su jefe y podía despedirla si se le antojaba.

Asher pensó que la cosa era peor de lo que creía si la señorita Jones no quería darle su opinión.

—¿Y si se lo ordeno? —dijo fríamente.

Abby cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Creo que lo peor que puede hacer en estos momentos es enviar a Tom a un internado —aseveró.

Si Asher Barclay quería saber su opinión, la sabría. Con todas las consecuencias.

—Quiero que reciba una buena educación.

—Esto no tiene nada que ver con la educación, señor Barclay.

Asher pareció sorprendido por su respuesta.

—¿Con qué tiene que ver, entonces?

—Tom ha perdido a su madre y tiene la sensación de que también va a perder a su padre.

—Tom no me va a perder. Me va a tener siempre para lo que necesite.

—Lo necesita ahora y usted va a estar al otro lado del Atlántico.

—¿Se lo ha dicho él? —quiso saber Asher.

—No, pero sé leer entre líneas. Creo que Tom tiene la impresión de que usted quiere deshacerse de él y, la verdad, es lo que parece.

Abby pronunció aquellas últimas palabras antes de que pudiera frenar su lengua. Quizá se había excedido, pero Asher Barclay había pedido su opinión, ¿no? Le había ordenado que se la diera.

Asher la miró con ojos indignados.

—¿Cómo puede afirmar algo así?

—Porque es lo que pienso y porque me ha ordenado que le dé mi opinión —respondió.

Abby ya había dicho todo lo que tenía que decir. Echó a andar hacia la escalera y comenzó a subirla.

—Voy a ver a Tom, no quiero que esté solo en este momento —dijo, cuando pasó al lado de Asher.

Él se quedó mirando hacia un punto indeterminado del vestíbulo, con los ojos perdidos y los folletos en la mano.

Abby tocó con los nudillos la puerta de la habitación de Tom. Al no responder, abrió y asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar? —le preguntó con voz suave.

Tom asintió un par de veces en silencio. Estaba sentado al estilo indio encima de la cama, con la cara agachada.

Abby atravesó la estancia y se acomodó a su lado.

—Cariño, ¿estás bien? —se preocupó.

—No quiero ir a un internado —dijo Tom.

Abby alzó la mano y le acarició el pelo de la sien con los dedos.

—Lo sé.

Se dio cuenta de que Tom estaba conteniendo el llanto.

—Quiero quedarme aquí, en mi casa, en mi colegio, con mis amigos —dijo, con la voz emocionada—. Mi padre es un… —Apretó los labios con fuerza para frenar el improperio que iba a salir de sus labios—. ¡Lo odio!

—Tom, tu padre cree que es lo mejor para ti —dijo Abby, tratando de consolarlo.

¿Qué otra cosa podía hacer? Sería muy desacertado por su parte echar más leña al fuego y decirle que la peor decisión que había tomado su padre era meterle en un internado.

—Pero no es lo mejor para mí. Los adultos no siempre saben que es lo mejor para los niños —refunfuñó Tom, que volvió a apretar los labios para contener el llanto—. Echo de menos a mi mamá —soltó de pronto con la voz quebrada.

Abby sintió que el corazón se le rompía en dos. Le acarició la espalda con ternura.

—Es normal, Tom —dijo—. Era tu madre.

—No quiero llorar —susurró él—. Los niños no lloran.

Aquel comentario hizo levantar una ceja a Abby.

—Claro que lloran, Tom. Todas las personas lloran. Necesitamos desahogarnos. Llorar es la manera de expresar la tristeza, igual que la risa expresa la alegría.

De forma inesperada, Tom se dejó caer sobre el regazo de Abby y con la cabeza apoyada en sus muslos, rompió a llorar desconsoladamente.

Ella le pasó la mano por la cabeza y por el hombro. Su cuerpecillo se sacudía como si se fuera a romper.

—Tranquilo, cariño. Llorar está bien. Te vas a sentir mucho mejor después —dijo, acariciándole con movimientos rítmicos y lentos.

—Quiero que mi madre esté aquí —sollozó Tom. Las lágrimas volvieron a rodar por su rostro.

Abby buscó en su mente el modo de reconfortarlo. Se le estaba destrozando el alma viendo a Tom así.

—Ella está aquí, aunque de distinta manera que nosotros —dijo.

Tom se irguió para mirarla a la cara. Sus ojos infantiles se abrieron con asombro.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, secándose las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas con las mangas del jersey.

Abby lo observó precavida. Tenía que echar mano de todo su tacto para tratar aquel tema. En aquel momento, Tom había bajado las barreras que lo protegían. Nunca antes había mencionado a su madre delante de ella.

—Las personas que se van, siguen estando de alguna forma con nosotros. Tu madre siempre va a estar contigo, Tom. Quizás no la veas, pero ella te acompañará allá dónde estés, y te cuidará —le explicó Abby, enjugándole una lágrima con ternura—. Cuando no sepas qué hacer o tengas algún problema, pregúntale a ella. De alguna forma te responderá.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Yo se lo pregunto a mis abuelos.

—¿Tus abuelos ya no están aquí?

—No, pero yo sé que, desde dónde estén, me protegen —respondió—. ¿Quieres que te cuente una cosa?

Tom afirmó varias veces con la cabeza.

—Yo necesitaba un trabajo temporal para poder continuar con mis estudios en la universidad, pero no encontraba nada que se adaptara a lo que quería —comenzó a explicarle Abby—. Una noche les pedí a mis abuelos que me ayudaran a encontrar un trabajo para mí. ¿Y sabes qué? Dos días después una amiga me comentó que tu padre estaba buscando una niñera. Envié mi currículum, hice la entrevista y ya ves, aquí estoy. —Abby sonrió—. Seguro que mis abuelos me ayudaron.

—Seguro que sí —dijo Tom.

El niño abrazó a Abby.

—Gracias por estar aquí —susurró.

CAPÍTULO 18

Sonó la alarma del despertador del móvil y Abby abrió los ojos a aquel ruido infernal. Extendió la mano y, a tientas, lo apagó.

Lo que más le apetecía era quedarse cinco minutos más en la cama, solo cinco minutos más, pero rechazó de inmediato caer en aquella tentación del diablo. Más de una vez se había quedado dormida y había llegado tarde a clase o al trabajo de turno.

Pensó que a Asher Barclay no le haría ninguna gracia que llegara tarde. Otros jefes eran más benevolentes con la impuntualidad, pero Asher no era uno de ellos.

Se levantó y se metió directamente en la ducha. Necesitaba espabilarse.

Cuando entró en la cocina, bosteando, Holly tenía la jarra de café en la mano.

Café, el elixir más preciado para comenzar el día.

—¿Café? —le preguntó su amiga.

Abby cogió su taza del armario y alargó el brazo hacia ella.

—Media jarra, por favor —respondió, volviendo a bostezar.

Holly sonrió.

—Apenas nos hemos visto los últimos días —dijo.

Abby se sentó a la mesa.

—Entre el trabajo y las clases, no me da la vida —bromeó.

Holly se sirvió café en su taza y se sentó frente a Abby.

—¿En el trabajo va todo bien?

—Ayer Tom lloró porque echa de menos a su madre —dijo Abby.

—Es normal. Su muerte es muy reciente.

Abby lanzó un suspiro.

—Lo peor es que su padre va a mandarlo a un internado el próximo curso y él no quiere ir.

Holly chasqueó la lengua.

—Se avecina drama —comentó, y dio un trago de café. Abby imitó su gesto.

—Trato de seguir tu consejo y no implicarme, pero me está resultando imposible.

—¿Por qué?

—Ayer le dije al señor Barclay que meter a su hijo en un internado era la peor decisión que podía tomar y que parecía que quería deshacerse de él.

Holly dejó de beber, bajó un poco la taza y miró a Abby como si acabara de decirle que había asesinado y descuartizado al vecino y que tenía los pedazos en el congelador.

—¿Que le dijiste qué? —Holly dejó la taza en la mesa—. Vale… —Movió las manos, haciendo un aspaviento con ellas—. Si no te ha despedido ya, te va a despedir. Sí, te va a despedir, pero que no cunda el pánico. Te ayudaré a buscar otro trabajo. —Empezó a hablar muy deprisa, mientras se pasaba la mano por la frente—. No te preocupes Abby, encontrarás algo. Madre mía, vas a tener que hacer un pacto con el Diablo para solucionar esto.

—¿Te quieres calmar, por favor? —dijo Abby ente risas. A Holly iba a darle algo—. Dios, ¿has visto lo trágica que te pones? Deberías dejar de ser ayudante de chef y apuntarte a teatro. No me va a despedir, por lo menos no en esta ocasión. Fue él el que me pidió mi opinión sobre el tema —le aclaró.

La expresión de Holly cambió totalmente. Su rostro se relajó.

—¿Te pidió tu opinión? —repitió.

—Más bien, me ordenó que le diera mi opinión.

Holly se recostó en la silla.

—¿Y no pudiste ser más… no sé… suave? ¿Utilizar algo de vaselina? Las

cosas no se dicen así, de sopetón.

Abby levantó su taza y dio un trago de café.

—No, porque es lo que pienso, Holly. Además, es lo que creo que piensa Tom, y creo que Asher debe saberlo.

Holly la apuntó con el dedo.

—Tientas demasiado a tu suerte, Abby —le dijo.

Ella negó con la cabeza.

Saltó de la silla cuando vio de refilón la hora en el reloj que tenían colgado en la pared de la cocina.

—¡Mierda, voy a llegar tarde! —exclamó.

Se terminó de un trago el café que le quedaba en la taza, dio un beso rápido a Holly en la mejilla y salió disparada.

—Te quiero y mil gracias por escuchar todos los devaneos que tengo en la cabeza —le gritó a la carrera.

Cogió el bolso del respaldo de la silla casi al vuelo cuando pasó por el salón, abrió la puerta y se fue.

Después de una mañana de locos en la universidad, Abby por fin salió de la última clase. Aquel día se le habían hecho eternas.

—¿Ya te vas? —le preguntó Finn.

—Por suerte, sí —respondió Abby.

—Yo todavía tengo que asistir a clase de Odontopediatría.

—Que te sea leve.

—Mañana te veo —se despidió Finn.

Se inclinó y dio un beso a Abby en la mejilla.

—Hasta mañana.

Finn se giró y tomó el pasillo que salía a la izquierda. Abby enfiló los pasos hacia la puerta.

Nada más salir del edificio observó el cielo. Unas nubes oscuras, que amenazaban lluvia, lo cubrían formando un espeso manto gris.

Un trueno restalló en lo alto.

Abby bajó el escalón y echó a correr hacia el aparcamiento. No tenía paraguas y todo hacía presagiar que iba a estallar la tormenta del siglo.

Justo cuando entró en el coche, empezaron a caer las primeras gotas.

Arrancó el motor, dio marcha atrás, giró el volante y puso rumbo al colegio de Tom.

Solo unos minutos después el cielo se deshacía en agua. Los parabrisas apenas eran capaces de limpiar la luna frontal.

Abby odiaba la lluvia y los días como ese.

Llegó al colegio de Tom justo cuando salía. Sin perder tiempo, se refugiaron bajo la cazadora de Abby, y se montaron en el coche.

Circuló con precaución por las calles de Chicago. No quería que el coche hiciera *aquaplaning* y tuvieran un susto.

Cuando por fin llegó a la mansión, respiró aliviada. Redujo la velocidad y paró delante de la verja de metal.

—Abby, mira. —Tom llamó de pronto su atención.

—¿Qué pasa?

—Mira. —El niño señaló algo que había al otro lado del cristal de la ventanilla.

Ella arrastró los ojos hacia el lugar donde Tom apuntaba con el dedo. Una especie de bola negra peluda se movía en mitad de un charco.

—¿Es un gatito? —preguntó.

Esperaba que fuera un dulce gatito y no una rata. No lo distinguía bien entre

las cortinas de agua que formaba la lluvia, pero fuera el animal que fuera, era oscuro.

—Creo que sí —dijo Tom—. Está empapado y tiritando.

—Pobrecito.

—Lo van a atropellar si se queda ahí.

—Sí, tienes razón.

—Tenemos que cogerlo y llevarlo a casa.

—No sé si a tu padre le va a hacer mucha gracia —dijo Abby con escepticismo.

De hecho, estaba segura de que pondría el grito en el cielo. Sí, pondría cara de horror.

—Pero no podemos dejarlo ahí con la tormenta que está cayendo —se lamentó Tom.

—Es verdad, sería una crueldad.

Sin pensárselo dos veces, Abby se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del coche. Lo rodeó por la parte delantera y fue hasta el charco donde se encontraba el gatito.

Bajo la atenta mirada de Tom, que no perdía ojo, lo cogió con cuidado para que no se asustara y lo envolvió en su cazadora. Abrió la puerta donde estaba

sentado el niño y se lo dio.

—Ten cuidado, podría arañarte —le advirtió.

Tom recibió al pequeño animal con una sonrisa.

—Es muy pequeño, no creo que arañe —dijo Tom, arropándole con la cazadora—. Pobrecito, no para de tiritar.

Abby se sentó de nuevo detrás del volante y atravesó la verja. Ya vería qué le decía a Asher Barclay.

CAPÍTULO 19

Durante el trayecto hasta la casa, el gato no dejó de maullar. Su tono lastimero se metía hasta el fondo de los huesos.

—Alguien tiene hambre —apuntó Abby, mirándolo por el espejo retrovisor.

—Tranquilo, ahora vas a comer —dijo Tom con voz cariñosa—. ¿Lo ha abandonado su madre? —preguntó.

—Quizá —contestó Abby.

—Si tu mamá te ha abandonado, nosotros te vamos a cuidar, pequeño. —Tom le acarició la cabecita.

—O puede ser que se haya perdido —dijo Abby.

Al llegar a casa, lo llevaron directamente a uno de los cuartos de baño que había en la planta baja.

Estaba empapado y lleno de barro. Tanto, que había manchado por completo la

cazadora de Abby con la que lo había envuelto.

—Vamos a tener que bañarlo —dijo ella.

Y se pusieron manos a la obra.

Una vez limpio y seco, descubrieron que era negro como el carbón y que tenía unos asombrosos ojos azules.

Mientras bebía un poco de leche en un platillo que había preparado Abby y se apaciguaban sus maullidos, le buscaron un nombre.

Después de comprobar que era macho, barajaron varios, pero ninguno parecía convencerles.

Abby ladeó la cabeza y lo observó. Era una monada.

—¿Te gusta Blackie? —sugirió.

Tom miró al gato durante unos segundos.

—Sí, me gusta mucho. Además, le pega porque es todo negro.

Abby alargó el brazo y acarició la cabecita del animal.

—Y a ti, pequeñín, ¿te gusta el nombre que te hemos puesto? —le preguntó.

El gato levantó los ojos al sonido de su voz y maulló. Abby sonrió.

—Nos lo tomaremos como un sí —dijo.

«Ahora tengo que pensar la manera de decírselo a Asher Barclay sin que nos

eche de casa a los tres», pensó en silencio.

Se mordió el labio inferior.

Estaba dándole vueltas a la cabeza a eso cuando sonó su teléfono móvil. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón vaquero y lo sacó.

Era Asher.

Miró la pantalla al tiempo que se devanaba los sesos intentando buscar la mejor forma de decírselo.

Descolgó.

—Buenas tardes, señor Barclay —lo saludó.

—Buenas tardes, señorita Jones. ¿Estáis ya en casa? —le preguntó, con una nota de preocupación en la voz que a Abby no le pasó desapercibida.

—Sí, llevamos un rato aquí —respondió.

—Me preocupaba que pudierais seguir en la carretera por la tormenta. Ha habido varios accidentes graves en la ciudad debido a la lluvia. Muchas calles están cortadas al tráfico y eso está provocando atascos y retenciones.

—No se preocupe, nosotros ya estamos en casa —lo tranquilizó Abby.

—Papá, ¡hemos encontrado un gato! —exclamó Tom detrás de ella.

Abby sintió que su rostro se vaciaba de sangre.

No. No. No.

«Joder con los niños y su espontaneidad», pensó.

Giró la cabeza y miró a Tom con los dientes apretados como diciendo: «no era esa la manera en que tenía pensado decírselo a tu padre».

No así, a bocajarro.

—¿Un gato? —repitió Asher, en tono extrañado.

Abby no podía verlo, pero se imaginaba que tendría el ceño fruncido de la manera que lo hacía él.

—Un gatito. Solo es un cachorro —le aclaró. Tragó saliva nerviosamente—. Estaba al lado de la verja de entrada… —le explicó—..., en un charco, empapado y lleno de barro.

Asher supo que había algo que la señorita Jones se estaba callando.

—¿Y…? —dijo, obligándola a hablar.

—Y lo cogimos.

Abby se medio encogió sobre sí misma e hizo una mueca con la boca, temiendo que Asher empezara a gruñirle.

Él, por su parte, se temió lo peor.

—Señorita Jones, ¿no me diga que lo ha llevado a casa?

—Bueno, no se lo diré si no quiere, pero está aquí —respondió Abby con voz dulce, mirando al gato.

Al otro lado de la línea, Asher cerró los ojos, se pinzó el puente de la nariz y suspiró, con algo parecido a resignación. No sabía si reír o llorar.

¿Qué clase de contestación era esa?

Puso los ojos en blanco y tuvo que apretar los labios para no reír. No sería producente reírle las gracias a la niñera, pero es que a veces…

Samuel, que lo estaba observando, hizo una mueca con el rostro cuando lo vio.

—¿Qué pasa? —vocalizó en silencio.

Asher agitó la mano en el aire, quitándole importancia.

—Señorita Jones, no es una buena idea, no quiero animales en mi casa.

—Estoy segura de que eso será hasta que lo vea, señor Barclay. Es pequeñito, negro y tiene unos preciosos ojos azules —dijo Abby.

—Quiero a ese gato fuera de casa —concluyó Asher—. Ahora tengo que dejarla.

Colgó la llamada y apoyó el móvil en su escritorio.

—A veces no sé si he contratado una niñera o he metido otra niña en casa —comentó.

—¿La tal señorita Jones no es responsable con Tom? —quiso saber Samuel.

—Sí, es muy responsable con él, no tengo ninguna queja en ese sentido: le lleva y le recoge en el colegio puntualmente, le ayuda con los deberes y con las actividades extraescolares… —respondió Asher—. Pero a veces parece una hermana mayor que le secunda en sus trastadas.

—¿Por qué dices eso?

Asher puso un brazo en jarra.

—Se han encontrado un gato en la verja de la entrada y lo han cogido. Al parecer es un cachorro.

—¿Así que ahora tienes gato? —dijo Samuel con sorna.

Asher negó reiteradamente con la cabeza.

—No, ni de coña dejo que ese animal se quede en mi casa —aseveró.

Samuel sonrió para sí mismo, como si supiera algo que Asher ignorara, como que aquel gato no saldría nunca más de su casa.

—Mucho me temo, Asher, que ese gatito no va a salir de tu casa —le advirtió.

—¿Que no? —Asher arqueó las cejas para dar énfasis a sus palabras—. En cuanto pase la tormenta, va fuera —contestó, haciendo un gesto con el dedo pulgar hacia la puerta.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente, lo primero que vio Asher al entrar en la cocina fue una cosa pequeña, negra y peluda caminando por las baldosas blancas.

Miró a Abby.

—El gato todavía sigue aquí —dijo serio—. Creo que dejé claro que quería al gato fuera de casa.

Abby se pasó la mano por el cuello.

—Ayer la tormenta duró hasta entrada la madrugada —se excusó—. Además, no podemos dejarlo en la calle sin más —añadió con cierto aire de reproche.

—¿Por qué no? —dijo Asher, ignorando el tono de su voz.

—Porque es muy pequeño. ¿Lo ha visto?

—Por desgracia sí, está en mi cocina.

El animalillo se dirigió a Asher, levantó las patas delanteras y se apoyó en sus

brillantes zapatos.

Abby tuvo la sensación de que eran como un ratón y un elefante. Asher podría aplastarle con solo levantar la pierna. Dios, ¿qué número de pie tenía? ¿Un cuarenta y ocho?

—Solo es un bebé —argumentó, centrándose en la conversación.

—¿Y qué?

—Pues que es muy pequeño y no puede defenderse solo. Además, Tom lo adora, y creo que le va a venir muy bien tenerlo de mascota. Necesita algo que cuidar. Le servirá para responsabilizarse de él y un gato es inofensivo —insistió Abby.

—Los gatitos maúllan a todas horas, hasta poner dolor de cabeza —rebatió Asher con burla, sin ceder ni un ápice en su postura.

—Si está bien alimentado y calentito, no maullará —refutó Abby—. Le prometo que haré que Tom lo cuide bien y que se haga cargo de él. Será mi responsabilidad.

Abby sonrió con dulzura, dejando ver sus dientes limpios y blancos, y Asher pensó que era la sonrisa más bonita y cálida que había visto en su vida.

Joder, era imposible negarse sin parecer un ogro.

—Y me aseguraré de que no le moleste —añadió Abby con un punto de mordacidad.

Asher suspiró resignado.

—Solo se quedará hasta que se haga adulto, y es su responsabilidad —dijo, y la sonrisa de Abby se ensanchó, iluminando su rostro y llenando toda la estancia —. Manténgalo alejado de mí o no respondo de las consecuencias.

—¡Sí, señor! —dijo Abby. Y a punto estuvo de hacer un saludo militar.

Asher la miró unos instantes. ¿Había estado a punto de hacer un saludo militar?

Abby pensó que tal vez la euforia del momento le había hecho excederse. Asher Barclay no era un hombre que se caracterizara precisamente por su sentido del humor.

Él la dejó por imposible, mientras se daba la vuelta con la sombra de una sonrisa en los labios, que Abby alcanzó a ver. La cosa no había ido tan mal como esperaba.

—Ah, por cierto, le hemos llamado Blackie —dijo a la espalda de Asher, poniéndose de puntillas en mitad de la cocina para hacerse oír.

—Ni se os ocurra ponerle un cascabel al cuello —dijo él, saliendo de la estancia y preguntándose por qué finalmente había accedió a dejar en casa a aquel gato. ¿Era para no desilusionar a la señorita Jones? ¿Para que no dejara de sonreír? ¿Para no ser el monstruo que pensaba que era? ¿Desde cuándo le importaba lo que pensaran de él las niñeras de su hijo?

Cuando desapareció tras la puerta, Abby alzó los puños e hizo un gesto de triunfo.

Tom entró en la cocina un rato después. Blackie salió a su encuentro y se enroscó en sus tobillos, ronroneando. El niño se agachó, lo tomó en brazos y lo acarició.

—Es precioso —dijo.

El gatito restregó la cabeza contra su pecho.

—Sí, lo es —afirmó Abby.

Lavado y seco su pelo brillaba como las alas de un cuervo y el azul de los ojos parecía desprender luz propia.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Tom.

—Sí, necesita que lo cuiden —contestó Abby.

—Pero… ¿qué va a decir mi padre? —preguntó el niño con reserva.

—Ya he hablado con él. Puedes quedártelo, siempre que lo cuides y que seas responsable con él.

—Sí, lo voy a ser. Lo cuidaré mucho, te lo prometo —dijo Tom, con los ojillos grisáceos brillantes por la emoción.

—Yo te voy a ayudar —dijo Abby.

—No sé cómo lo has hecho, cómo has convencido a mi padre. Él nunca me ha dejado tener mascota, ni siquiera una tortuga. Has hecho magia —dijo Tom, con el gatito acurrucado en sus brazos. Alzó los ojos para mirarla—. Muchísimas gracias, Abby —le agradeció, y le dedicó una sonrisa radiante.

—De nada, cariño.

Abby lo besó en la cabeza y se giró hacia la nevera para coger el tetra brik de leche y empezar a preparar el desayuno.

—Ah, procura que no se acerque a tu padre —le advirtió.

Tom rio.

—Vale —dijo.

—Y tampoco le pongas un cascabel. —Abby arrugó la nariz en un gesto divertido.

—Entendido —dijo Tom.

CAPÍTULO 21

Aquel día, a mitad de la tarde, Asher llamó a Abby para pedirle que se quedara con Tom hasta que él llegara. Tenía que terminar de preparar la defensa de un caso muy importante cuyo juicio se celebraría el día siguiente, y se tenía que quedar en el despacho con el cliente.

Abby oyó la cerradura de la puerta principal y un tintineo de llaves. Asher había llegado.

Ella estaba sentada a estilo indio en el sofá del salón, descalza, con un pantalón deportivo gris que le caía por la cadera y una camiseta amarilla corta con un mensaje que decía: «hoy es un buen día para sonreír».

Levantó la vista cuando Asher entró en el salón. Su presencia llenó de repente la estancia, como si hasta ese momento hubiera estado vacía.

—Buenas noches, señor Barclay —dijo.

—Buenas noches, señorita Jones.

Asher se quitó la chaqueta del traje y la dejó en el respaldo de una de las sillas.

—¿Tom ya está en la cama? —preguntó.

Abby se metió detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta.

—Sí, el pobre estaba agotado —dijo—. Ya han empezado los entrenamientos de béisbol y al parecer el entrenador no tiene piedad. Todos los niños salen arrastrándose por el suelo.

Asher sonrió.

—Todo sueño requiere de sacrificio —comentó—. ¿Y la señora Lindstrom?

—En la cocina, elaborando el menú de la semana.

Asher rodó los ojos de un lado a otro.

—¿Qué está haciendo? —dijo, al ver el desorden reinante alrededor de Abby. Había rotuladores, pegamento y cartulinas de distintos colores distribuidos por el sofá y la mesita auxiliar.

—Una careta de león.

—¿Para qué?

—Se la han pedido a Tom. Mañana tiene que llevarla al cole —dijo Abby—. Al parecer todos los niños tienen que ir con la careta de un animal, para promover su protección y bienestar. Pero Tom no se ha acordado de decírmelo

hasta última hora y él ni siquiera tenía fuerzas para coger las tijeras.

—¿Por qué mañana no entra en una tienda de disfraces antes de dejarle en el colegio y compra una? Creo que *Fantasy Costumes* le pilla de camino.

Abby esbozó una sonrisa en los labios.

—Tiene que ser casera, y los padres tiene que ayudarles a hacerlas.

Asher se pasó la mano por la cabeza.

—Que fijación tienen en este colegio por hacer que los padres participen en todo —dijo con cierto desdén—. Cuando yo era niño no era así.

Abby se imaginó a Asher siendo un crío y sonrió para sus adentros. ¿Cómo habría sido de niño? ¿Travieso? ¿Tranquilo? Seguro que tan serio y responsable como de mayor.

—Se supone que, al involucrar a los padres, se mejora el rendimiento de los hijos, entre otras cosas —comentó.

—Ya veo. —Asher volvió a mirar el despliegue de material que tenía Abby a su alrededor—. ¿Puedo hacer algo?

Abby dejó de recortar la cartulina y lo miró como si se acabara de transformar en Hulk.

—¿Quiere ayudarme? —preguntó.

Asher alzó los hombros.

—Sí, claro. Supongo que puedo hacer algo… —dijo, sentándose en un sillón situado en ángulo recto con el sofá.

—Puede ir cortando esta cartulina en tiras finas —le pidió Abby, mientras le entregaba unas tijeras y una cartulina de color naranja—. Es para el pelo del león.

Asher se desabrochó los puños de la camisa y se remangó, dejando ver parte de sus fuertes brazos. Abby trató de no quedarse mirando.

Sin decir nada, Asher obedeció a Abby y empezó a cortar la cartulina del modo que le había indicado.

Asher apartó los ojos de la tarea unos instantes y observó a Abby.

Era muy joven. En aquel momento parecía una adolescente, con el pelo recogido en una coleta medio deshecha y muy concentrada en las manualidades.

—Para no tener experiencia como niñera se le dan muy bien los niños —apuntó.

Era la primera vez que Asher le decía algo parecido a un halago. Abby sonrió.

—Bueno, ya le dije que tengo cinco hermanos y un montón de sobrinos a los que he cuidado muchas veces. Ellos han sido mi mejor escuela.

—Era la pequeña, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántos chicos y cuantas chicas?

—Tres chicos y tres chicas.

—Debió de ser una locura —comentó Asher.

Ladeó la cabeza, con toda la atención puesta en Abby.

—No lo sabe usted bien. En mi casa había mucho caos, mucho ruido y muy poco sitio, pero éramos felices —dijo ella, mientras pegaba los bigotes de alambre en la máscara—. Apenas cabíamos en la mesa cuando comíamos todos juntos. Nos dábamos codazos para hacernos un hueco.

Asher sonrió a su comentario, aunque él ni siquiera fue consciente de ello. No fue consciente tampoco de que le gustaba hablar con Abby, por lo menos cuando no le llevaba la contraria.

Abby era una persona jovial y vitalista, con una sonrisa contagiosa y una risa aún más contagiosa. Después de una jornada atestada de leyes, de sentencias, de resoluciones, de delitos, su conversación era como un vaso de agua en el desierto.

—Puedo imaginármelo —dijo Asher, reanudando su tarea de cortar aquella cartulina naranja en tiras finas.

—¿Y usted? Tom me ha hablado en alguna ocasión de su tío Bastian y su tío Aaron —le preguntó, aunque lo hizo tratando de sonar despreocupada, no sedienta de curiosidad, aunque se moría de ganas por saber cosas de la vida de

Asher. Era tan misterioso.

No iba a decirle, por supuesto, que a veces utilizaba al niño para sonsacarle información (en su justa medida, claro).

—Sí, son mis hermanos —contestó Asher.

—¿Son más pequeños?

—Sí, en mi caso yo soy el mayor.

—Seguro que como hermano mayor fue muy protector con ellos —dijo Abby.

Asher se quedó unos segundos pensando.

—Algo así —respondió, y Abby tuvo la sensación de que había contestado a regañadientes.

Levantó el rostro y se encontró un Asher sombrío y con una expresión circunspecta en el rostro. No parecía estar dispuesto a contarle nada de su infancia.

—Esto ya está —dijo, mostrando las tiras de la cartulina.

Abby estaba en lo cierto. Asher no iba decir ni una palabra más.

—Bien. Solo queda pegarlos en la máscara y estará lista… creo —dijo.

Partieron las tiras por la mitad y mano a mano las fueron pegando en la parte superior. Cuando terminaron, observaron el resultado de su creación.

—No está mal, ¿no? —opinó Abby.

Se giró hacia su jefe, que volvió el rostro hacia ella al mismo tiempo. Durante unos segundos se miraron. Una corriente de electricidad pareció circular entre ellos.

—Tendrá que servir —dijo Asher, volviendo la vista hacia la máscara—. Ya es hora de que se vaya a casa.

Abby miró el reloj.

Se levantó y comenzó a recoger todo el material disperso.

—Déjelo, yo me encargaré de recogerlo —se ofreció Asher.

Abby no pudo evitar su sorpresa, aunque trató de disimularla.

—Gracias —dijo—. Vale, entonces me voy.

Cogió el bolso colgado en la silla y se lo echó al hombro.

—Hasta mañana —se despidió de Asher, que se encontraba inclinado sobre la mesa auxiliar, recogiendo los rotuladores y las cartulinas.

—Hasta mañana —dijo él.

Abby salió del salón en dirección a la puerta.

Abrió y se fue.

CAPÍTULO 22

Cuando se metió en el coche, miró hacia la casa. ¿Qué había pasado? ¿Habían sido imaginaciones suyas o cuando Asher Barclay y ella se había mirado había saltado una chispa?

Negó para sí.

Tenían que haber sido imaginaciones suyas.

Metió la llave, la giró y dio al contacto, pero el motor se ahogó y no arrancó. Supuso que eran los nervios, así que lo intentó de nuevo, sin embargo el coche volvió a ahogarse.

—¡Mierda! —soltó, dando un golpe con la palma de las manos en el volante.

Trató de arrancarlo un par de veces más, pero el motor se negaba a ponerse en marcha.

No se dio cuenta de que Asher había salido al jardín al escuchar sus intentos de arrancarlo y que se dirigía hacia ella. Golpeó con los nudillos el cristal de la ventanilla.

Ella la bajó.

—¿No arranca? —le preguntó, inclinado sobre el coche.

—No. Lo he intentado varias veces, pero no hay forma —dijo Abby.

—Abra el capó, le echaré un vistazo —le indicó Asher.

Abby tiró de la palanca y con un *clic* se abrió. Asher levantó el capó y revisó la batería. Aparentemente, todo estaba bien.

—Pondré las pinzas con mi coche, para ver si arranca.

Asher entró en casa, cogió las llaves del coche y salió. Abrió el capó de su Rolls Royce y conectó las pinzas a ambas baterías mientras Abby lo observaba todo atentamente.

—Arranque —dijo Asher.

Abby hizo girar la llave en el contacto, pero el coche volvió a ahogarse.

Lo intentaron un par de veces más, pero no consiguieron nada.

—La batería no está gastada, pero quizá haya algún cable suelto —dijo Asher, mientras quitaba las pinzas y cerraba el capó del Mini de Abby.

—Le agradezco que lo haya mirado. Mañana llamaré a la grúa para que lo

lleve al taller.

—Será lo mejor.

—Voy a pedir un taxi para que venga a recogerme —dijo Abby, sacando el móvil del bolso.

—Yo la llevaré —se ofreció Asher.

—Oh, no se moleste, señor Barclay. Puedo pedir un taxi —dijo Abby de forma apresurada.

No sabía por qué, pero tenía la impresión de que ya había pasado demasiado tiempo «a solas» con Asher Barclay. Con él cerca, los cinco sentidos se le ponían a flor de piel.

—No es ninguna molestia. Suba a mi coche —indicó él—. Tom puede quedarse al cuidado de la señora Lindstrom hasta que yo vuelva.

Abby hizo lo que le dijo y se montó en su Rolls Royce, mientras Asher entraba en la mansión y le pedía a Olive que se quedara con Tom.

Dentro del vehículo olía a una extraña combinación de bosque, madera y una nota de mandarina. Un toque muy elegante que invitaba a cerrar los ojos y perderse en los pensamientos.

Abby observó a Asher sentarse detrás del volante, arrancar el motor y enfilar el sendero hacia la verja exterior.

Se fijó en que conducía con mucha elegancia, como esos ejecutivos que aparecían en las películas de ricos.

Miró al frente. Tenía que dejar de ver a Asher Barclay del modo que lo veía o se metería en un lío. En un buen lío.

Giró el rostro hacia la ventanilla.

Chicago era espectacular de noche. Cuando el azul oscuro teñía el cielo y los letreros de los negocios se iluminaban, la ciudad adquiría una atmósfera mágica. No tenía nada que envidiar a Nueva York, ni a ninguna otra urbe de Estados Unidos.

Abby apoyó la barbilla en la mano y se dedicó a contemplar la Ciudad de los Vientos, mientras escuchaba de fondo la música *lounge* que salía de la radio y que casi la obligaba a acurrucarse en el asiento.

En silencio, Asher apartó los ojos unos segundos del tráfico y la miró.

¿Por qué últimamente se fijaba tanto en ella? ¿Por qué la miraba tanto? Pero se preguntaba, sobre todo, por qué tenía esa obsesión por verla con el pelo suelto.

Ese pensamiento siempre le hacía dar un respingo.

—Es aquí, señor Barclay —dijo Abby señalando con el dedo, cuando Asher tomó la calle que salía a la derecha.

—¿Vive en este bloque? —preguntó, para asegurarse.

—Sí, en el del grafiti.

El edificio en el que vivía Abby se caracterizaba por tener un enorme grafiti rojo que abarcaba la puerta del garaje y una sección de la fachada.

Asher detuvo el coche justo delante. Abby volvió el rostro hacia él.

Las facciones de su rostro estaban sombreadas por el leve resplandor que emitían las farolas, perfilando su mandíbula y sus pómulos, y confiriéndole un atractivo más impactante todavía, si es que eso era posible.

Qué bien ganado se tenía aquel apelativo de «Alfa de Chicago».

—Muchas gracias por traerme, se lo agradezco —dijo en tono suave.

—No ha sido nada.

Abby se mordió el labio de abajo sin dejar de mirarlo y Asher le sostuvo la mirada.

—Hasta mañana, señor Barclay —se despidió.

—Hasta mañana, señorita Jones —dijo él.

En ningún momento se habían dejado de mirar, aunque ni siquiera ellos habían sido conscientes. Pero una tensión, tenue y sutil, consumía el aire del interior del coche.

Finalmente, Abby giró el rostro, abrió y salió del Rolls Royce.

Asher la siguió con la vista hasta que llegó a la puerta del edificio. La observó

buscar las llaves dentro del bolso y abrir.

Abby lo miró una última vez por encima del hombro antes de entrar, y se despidió con un gesto de la mano y una sonrisa. Asher levantó el brazo.

Se quedó mirando la puerta del edificio, ya vacía, durante un rato.

Algún transeúnte cruzaba de un lado a otro, pero Asher seguía ahí, en el coche, tratando de explicar qué le estaba sucediendo con la niñera de su hijo.

Cuando Abby abrió la puerta del piso, se encontró en el sofá del salón a Holly enrollándose con su último ligue, un tío al que había conocido hacía un par de fines de semana en un bar del centro de Chicago.

Abby se paró en mitad de la estancia y carraspeó para hacer notar su presencia.

Holly, que se encontraba encima del chico, metiéndole la lengua hasta la laringe, giró el rostro sobre el hombro y la vio. Abby desplegó en sus labios una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Queréis que os traiga una bombona de oxígeno? —bromeó.

—Opsss, perdón —dijo Holly.

Dando un salto se apartó del chico, que al darse cuenta de que les habían interrumpido, se apresuró a incorporarse y a sentarse en el sofá, tratando de guardar la compostura y el calentón.

—Os diría que no os preocuparais por mí y que continuarais con lo que estabais haciendo, pero no me apetecer ver cómo os exploráis las amígdalas mutuamente —dijo Abby en tono irónico.

Holly se subió por el hombro la chaqueta. Al parecer, las manos de su ligue ya habían empezado a deshacerse de la prenda.

—¿Te acuerdas de James? —le preguntó a Abby.

—Claro.

—Hola, Abby.

El chico se levantó del sofá y le tendió la mano. Ella se la estrechó.

—Hola, James. Estás en tu casa —dijo Abby con amabilidad.

—Gracias —respondió él.

—Llegas tarde —comentó Holly, mirando el reloj.

Alargó el brazo y cogió un dorito de un bol que había en la mesita auxiliar.

—Me ha tenido que traer mi jefe —contestó Abby.

Se inclinó, cogió un dorito y se lo metió en la boca. Entre unas cosas y otras no había cenado, y tenía hambre.

—¿Te ha traído Asher Barclay? —repitió Holly.

—Sí.

—¿Por qué?

—El coche se ha negado a arrancar, por más que lo hemos intentado. Incluso el señor Barclay ha puesto las pinzas a la batería de uno de los suyos, pero no ha habido manera.

Holly tomó otro dorito.

—Si quieres, James puede echarle un vistazo. Es mecánico —dijo.

La mirada de Abby se posó en él.

—Sí, trabajo en un taller —le confirmó James.

—Genial, mañana diré al conductor de la grúa que te lo lleve.

—Después te apunto la dirección.

—Ok, perfecto. Mi jefe piensa que puede ser algo de la batería, porque hace el amago de arrancar, pero al final no puede —le explicó Abby por encima.

—Si la batería no está gastada, puede ser algo que no permita que pase la corriente —dijo—. No te preocupes, seguro que no es nada de importancia.

Abby lanzó un suspiro.

—Eso espero, porque todavía me queda media semana para cobrar el primer

sueldo y no ando muy bien de pasta —comentó.

Holly se levantó del sofá y la agarró por los hombros de forma cariñosa.

—Estoy segura de que será una tontería, es un coche casi nuevo y si no, James puede hacerte un descuento —dijo. Miró al chico con expresión traviesa y rio—. Yo puedo pagárselo en carne —añadió, guiñándole un ojo entre risas pícaras.

Él entornó los ojos y le dedicó una mirada lobuna.

Holly le agarró la mano y tiró de James para que se levantara. Él lo hizo encantado.

—Nos vamos a mi habitación. Mañana hablamos —dijo a Abby entre risas cómplices.

—Hasta mañana —dijo Abby, dándole una pequeña palmadita en el culo.

—Hasta mañana —se despidieron Holly y James, que ya se dirigían a la habitación entre risas.

—¡Y no hagáis ruido! —gritó Abby—. Que yo estoy a dos velas.

Las risas se acentuaron.

Abby dio media vuelta y se fue a la cocina para prepararse algo de cena.

Resopló.

Asher Barclay estaba dando vueltas en su cabeza. Daba vueltas sin parar.

CAPÍTULO 23

Asher terminó de hablar por teléfono y bajó a la primera planta. Llevaba tres cuartos de hora conversando con el abogado de la defensa de un caso que acababa de aceptar.

Abby se había llevado ya a Tom al colegio, así que estaba solo en casa.

Bueno, solo del todo no…

Abrió la puerta de la cocina y se encontró a Blackie tumbado en la caja de arena que le habían puesto Abby y Tom al lado de los cristales de la terraza, buscando los cálidos rayos de sol de primera hora de la mañana.

—¡Oh, joder! —exclamó, al ver que, sobre las baldosas de color hueso, el gato había cagado, y por si no fuera suficiente, era diarrea.

Su cara compuso una expresión de asco cuando estuvo a punto de pisarlo.

Qué manera más maravillosa de empezar la mañana…

¿En qué maldita hora había aceptado dejar que aquel animalejo se quedara en su casa? ¡Con lo poco que le gustaban a él los gatos!

—Podías haber cagado dentro de la caja —le dijo—. Se supone que es para eso.

Blackie levantó la cabeza al sonido de su voz, pestañeó con sus enormes ojos azules, y volvió a enroscarse sobre sí mismo y a dormir.

Asher dio media vuelta y se fue.

Asher entró en la sala de juntas en la que él y los chicos solían reunirse a primera hora para comentar las novedades de los casos y ver si alguno podía aportar algo.

—Buenos días, Asher —Ethan lo saludó con una sonrisa—. ¿Está todo bien? Pareces malhumorado —observó.

—Lo estoy —contestó él.

Ethan y Trevor se miraron el uno al otro. Samuel aquel día no estaba, tenía un juicio.

—¿Qué pasa? —le preguntó Trevor.

—Decidme, por favor, que queda café en la cafetera.

—Sí, hay media jarra —contestó Ethan.

—Bendito sea Dios —murmuró Asher con un suspiro de anhelo—. Necesito un café ya.

—¿No has tomado ninguno todavía? Siempre sueles tomar un primer café en casa, para empezar el día —dijo Trevor.

Asher caminó hacia la mesita donde estaba la cafetera, los vasos, las cucharillas, el azúcar y demás.

—Hoy no he podido. —A mitad de camino se volvió bruscamente, miró a sus socios, y dijo—: Al gato le ha dado por vaciar sus intestinos en las baldosas de mi cocina. Y encima era diarrea.

Ethan y Trevor arrugaron la cara y empezaron a hacer aspavientos con las manos.

—Por Dios, Asher, no hace falta que seas tan explícito dando detalles —se quejó Ethan entre muecas de asco.

—Ni tan escatológico —añadió Trevor—. Acabamos de desayunar.

Asher cogió uno de los vasos de cartón de la torre que había al lado de la cafetera y vertió en él un buen chorro de café.

—Por cierto, ¿has dicho gato? —dijo Ethan—. ¿Qué hacía un gato en tu cocina?

—Sí, ¿qué hacía un gato en tu cocina? Tú odias los gatos —apuntó Trevor.

—No querréis saberlo —dijo Asher, echando una cucharada de azúcar en el vaso.

Ethan y Trevor volvieron a intercambiar una mirada.

—La verdad es que sí queremos —dijo Trevor.

Asher se llevó el vaso a los labios y se bebió la mitad del café de un solo trago.

—Abby y Tom se lo encontraron en la verja de entrada el día de la tormenta —le explicó—. Imaginaos, con la tromba de agua que cayó, en medio de un charco, mojado y lleno de barro…

—Lo cogieron —concluyó Trevor.

Asher asintió.

—¿Así que ahora tienes gato? —dijo Ethan en tono divertido.

Asher metió una mano en el bolsillo del pantalón, y dijo muy serio:

—No tengo gato ni lo voy a tener. Solo se va a quedar hasta que crezca un poco y pueda defenderse solo. Apenas es un cachorro.

Trevor soltó una risilla.

—Espero que seas consciente de que ese gato no va a salir de tu casa —dijo.

Asher alzó los ojos y lo miró.

—Por supuesto que va a salir de mi casa, ya os he dicho que se va a quedar hasta que crezca y se defienda solo. Sabéis que no soporto a los gatos. Son traicioneros, indiferentes a sus dueños…

Trevor movió la cabeza. Él, al igual que Samuel, sabía que aquel gato no saldría jamás de la casa de Asher. Ya no.

—¿Y quién te ha convencido para dejarlo en casa? —preguntó Ethan—. Nunca has permitido que Tom tenga mascota y nadie ha logrado convencerte de lo contrario. Ni siquiera nosotros, y eso que lo hemos intentado muchas veces.

—La niñera —respondió Asher.

Ethan no pudo evitar que sus ojos se abrieran.

—¿La niñera?

—Sí, la niñera. Empezó a decirme que sería bueno para Tom, que necesita algo que cuidar y que le servirá para responsabilizarse, y otras tantas cosas.

—¿Te estás ablandando con los años? —dijo Trevor, esbozando una sonrisilla en los labios.

—No me estoy ablandando, pero me miró de una forma que era imposible negarse sin parecer un ogro —dijo Asher.

—Eso es toda una novedad. ¿Desde cuándo te importa a ti que alguien piense que eres un ogro? —habló Ethan—. De hecho, hay mucha gente que lo piensa.

—No lo sé —contestó Asher, y con eso pretendía zanjar el tema—. Solo espero que al gato no le dé por trepar por las cortinas y romperlas, o afilarse las uñas con los muebles.

Se bebió el último trago de café que le quedaba, aplastó el vaso de cartón con la mano y lo lanzó a la papelera con buena puntería.

—Bien, cuál es la orden del día —comenzó a decir.

Estaba claro que no tenía ninguna intención de seguir hablando de la niñera de su hijo ni de por qué era la única persona que había sido capaz de convencerlo de tener un animal en casa. Él, que no era amigo de los animales.

Tampoco quería pararse a pensar por qué no dejaba de preguntarse qué sentiría si hundiera las manos en su larga melena de cabello castaño, ni por qué tenía la necesidad de sentir el tacto sedoso de su pelo entre los dedos.

Era inútil negar que le gustaba, cómo los mechones que a veces se le escapaban de la coleta o de la trenza, y que se agitaban suavemente con cada movimiento que hacía.

Pero no quería hablar de nada de eso.

CAPÍTULO 24

La mañana siguiente, cuando Asher entró de nuevo en la cocina, volvió a encontrarse una sorpresa. Blackie había decidido volver a vaciar los intestinos en las baldosas de color hueso.

Giró el rostro con expresión de asco.

—Joder, ¿pero qué le pasa a este gato en las tripas? —se preguntó malhumorado.

Sin pensárselo dos veces, cogió la libreta que había siempre en la nevera y dejó una nota a Abby.

Y al igual que hizo el día anterior, se dio la vuelta y salió de la cocina.

Llegó al despacho con un humor de perros y buscando café como un desesperado. Otro día que había salido corriendo de su propia casa.

—¡Estoy harto de ese maldito gato! —exclamó, echándose un buen chorro de café en un vaso.

Ethan estaba sentado en una de las sillas que había frente al escritorio de Asher.

—¿Hoy también te ha dejado un regalito en la cocina? —se burló, cruzando una pierna por encima de la otra a la altura del tobillo.

—Como un condenado —dijo Asher, antes de dar un trago largo de café, después de echarle una cucharada de azúcar, como era su costumbre—. No voy a tolerar que todas las mañanas entre en la cocina y me reciban las mierdas del gato.

—Lo de las mierdas es literal —apuntó Ethan en tono de mofa.

—Deja de reírte, Ethan —lo amonestó Asher.

—Vamos, no es para tanto, ya se le pasará —dijo él.

—Voy a tener que hablar muy seriamente con la niñera —aseveró Asher.

Abby entró en la cocina. Blackie se levantó al verla, fue hasta ella con pequeños saltitos y se restregó contra sus tobillos, mientras ronroneaba de gusto.

—Hola, pequeño —dijo.

Se agachó, lo tomó en brazos y le acarició la cabecita con los dedos. Fue al alzar los ojos cuando se fijó en que había una nota en la encimera.

Lo primero que pensó Abby es que era de Olive, para darle alguna indicación, como había hecho en otras ocasiones. Lo que no se esperaba es que fuera de Asher Barclay. La leyó.

«Señorita Jones, saque al jardín a ese maldito gato y no le deje pisar la casa. Estoy harto de entrar en la cocina por la mañana y encontrarme sus cacas».

Abby arrugó la nariz. Bajó la mirada hasta Blackie, que parecía muy feliz frotándose la cabeza contra su torso.

—Lo has vuelto a hacer, ¿eh? —le dijo—. No es bueno que hagas tus necesidades delante del jefe, o terminará echándonos a los dos a la calle.

Blackie maulló.

—¿No había quedado claro ayer? —murmuró Abby, aunque no había enfado en su voz—. Me vas a meter en un lío, si no estoy metida ya —añadió.

—El señor Barclay no está muy contento con Blackie —dijo Olive.

Abby se giró hacia ella.

Olive volvía del cuarto de la lavadora con un cesto de ropa seca y perfectamente doblada.

—Lo sé —dijo Abby con un suspiro, alzando la nota que le había dejado su jefe.

—Ni siquiera se queda a tomar el primer café, sale disparado de la cocina en cuanto lo ve —explicó Olive. Conocía lo suficiente a Asher como para saber que actuaba así, aparte de que él mismo se lo había dicho.

Abby torció la boca en una mueca de fastidio. La cosa pintaba peor de lo que pensaba.

—Supongo que lo has tenido que limpiar tú. Lo siento —se disculpó.

Olive dejó la cesta encima de la mesa y movió la mano en el aire.

—Tranquila, me crie en una granja en Texas. Imagínate la de excrementos que he limpiado allí —dijo, sin darle la menor importancia.

Abby se echó a reír.

—De todas formas, lo siento —repitió.

Olive miró a Abby.

—Conmigo no tienes problema, pero debes tener cuidado con el señor Barclay y no enfadarlo —le aconsejó.

—No te creas que no lo sé. No quería quedarse con el gato y me costó

convencerlo, así que esto no le está haciendo mucha gracia, a juzgar por la nota que me ha dejado —dijo Abby. Resopló—. Ya es mala suerte que a Blackie le dé por desocupar el vientre justo en el momento en el que él entra en la cocina.

—Bueno, somos seres de costumbres —comentó Olive en tono distendido.

Abby sonrió.

Abby trató de esquivar a Asher cuando llegó a casa. Confiaba en que se le pasara el enfado y así no tener que lidiar con una regañina. Sin embargo, la vio al pie de la escalera, cuando cruzaba el vestíbulo camino de la salida.

—Señorita Jones, quiero hablar con usted —oyó su voz profunda detrás de ella y apretó los labios.

Miró la puerta con anhelo. Mierda, había estado tan cerca…

Tomó aire, llenándose los pulmones, y se giró hacia él con la mano agarrando con fuerza el asa del bolso, como si fuera una tabla salvavidas.

Era consciente de que no era el momento adecuado, pero ¿por qué cada día que pasaba lo veía más guapo? ¿Por qué estaba ganando en atractivo a medida que lo conocía?

Sí, vale, no es que antes no fuera guapo. Era guapísimo. Por algo formaba parte de los «Alfa de Chicago», pero no se trataba de eso… ¿Acaso eran sus ojos los que lo veían diferente?

Cerró unos instantes los párpados y decidió aparcar esos pensamientos.

—Dígame, señor Barclay —dijo.

Sabía de sobra acerca de qué quería hablarle.

—Señorita Jones, quedamos en que el gato no daría problemas, por eso accedí a dejarlo aquí —dijo Asher, con expresión seria en el rostro.

Abby cambió el peso del cuerpo de un pie a otro sin soltar el asa del bolso.

—Lo sé, pero…

Asher no la dejó terminar.

—¿Qué demonios le pasa a ese animal? ¿Por qué todas las mañanas me tengo que topar con una de sus cacas en la cocina?

—Creemos que no le ha sentado bien la comida que le hemos dado. De ahí, ya sabe…, que sean más ligeras de lo normal. —Abby no encontraba la forma de hablar de la colitis de Blackie con su jefe—. Pero no se preocupe, ya le hemos comprado otra nueva adaptada a su tamaño y peso.

—Señorita Jones…

—Señor Barclay, estoy segura de que no volverá a suceder —lo cortó con

suavidad Abby—. No ha sido culpa de Blackie, ha sido culpa mía, que no escogí la comida adecuada para él —dijo con voz inocente. Abby terminó los argumentos con una sonrisa.

—No haga eso, señorita Jones —dijo de pronto Asher.

Su voz seria y extremadamente profunda provocó que Abby sintiera un escalofrío en la médula espinal. ¿A qué se refería? ¿Qué había hecho para que le hablara con ese tono tan…? No sabía ni cómo describirlo. Un tono que se metía hasta el fondo de los huesos.

—¿Hacer qué? —le preguntó, confusa.

Ella no había hecho nada. No en los últimos minutos.

—Sonreír de esa forma —contestó Asher, apretando los labios.

Aquella fue una de las pocas veces en las que Abby estaba sin palabras. No tenía ni idea de qué decir. Se quedó de piedra, y sintió cómo sus mejillas se ruborizaban y se llenaban de calor. Un calor que le ascendía hasta la raíz del pelo.

—¿Por q…? —titubeó. Quería preguntarle por qué, pero Asher no se lo permitió.

—Váyase a casa, se le está haciendo tarde —aseveró.

Y a Abby le sonó a orden. De hecho, era una orden.

Abby tenía la mente en blanco. Lo único que fue capaz de hacer es asentir mecánicamente con la cabeza.

—Vale —susurró. Se giró—. Hasta mañana —dijo de manera apresurada.

Abrió la puerta y se fue.

Mientras subía la escalera, Asher todavía no se creía que hubiera dicho eso en voz alta, que lo hubiera verbalizado, que le hubiera puesto voz a su pensamiento.

Joder, ¿dónde cojones tenía la cabeza?

Incluso lo del dichoso gato había pasado a un segundo plano.

Se pasó las manos por el pelo en un gesto de frustración, porque era consciente de que su reacción estaba movida por un sentimiento que no sabía identificar.

CAPÍTULO 25

A la mañana siguiente, Asher abrió con cuidado la puerta de la cocina y se asomó para ver si el gato había vuelto otra vez a desocupar el intestino en las baldosas. Pero el suelo estaba limpio y no había ni rastro de él.

Terminó de abrir la puerta y entró.

Alguien había hecho café, porque el aroma llenaba el aire.

Asher cogió la jarra y se sirvió un poco en su taza. Después de un par de tragos, Abby y Tom entraron en la cocina. Detrás de ellos iba Blackie.

—¡Buenos días, papá! —lo saludó Tom.

—Buenos días —dijo Asher.

Tom se acercó a él y le dio un beso en la mejilla cuando se inclinó.

—Buenos días, señor Barclay —dijo Abby.

—Buenos días, señorita Jones —contestó él.

Intercambiaron una mirada, pero nada más.

—Papá, esta tarde Abby y yo vamos a comprar un collar para Blackie —dijo Tom, visiblemente ilusionado.

—Por favor, que no tenga cascabel —le advirtió Asher, y parecía más una súplica.

Tom se echó a reír.

—No te preocupes, papá, no tendrá cascabel —dijo.

En aquel momento, el gato andaba alrededor de Asher, maullando.

Para que dejara de maullar, Abby echó un poco de leche en un platillo y lo puso al lado de la caja de arena.

—Esto es para ti —dijo.

Blackie se coló entre sus piernas, hundió la cabeza en el platillo y comenzó a beber la leche.

Abby se levantó.

—Ya ha hecho sus necesidades —le dijo a Asher—. Y eran… sólidas —añadió—. Al final era la comida.

—Me alegro —repuso Asher, escuetamente, sin ningún entusiasmo en la voz.

Olive entró en la cocina.

—Mirad a quien me he encontrado en la puerta —anunció. Miró a Abby de un modo que ella no supo interpretar, hasta que oyó la voz de Melissa.

—Buenos días —saludó la excuñada de Asher.

—Buenos días —le respondieron todos.

—Bueno, yo me voy a hacer las camas —intervino Olive, y Abby tuvo la sensación de que quería escapar de la cocina. Qué pena que ella no pudiera hacer lo mismo, que no se pudiera escabullir. Definitivamente aquella mujer no le caía bien. Pero no era a la única. Al parecer, a Olive tampoco.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó Asher a Melissa, después de que ella le saludara con un beso en la mejilla.

—Tengo que ir a *The Magnificent Mile* y como pilla de camino a tu despacho, he pensado que podías llevarme —contestó ella—. Ya sabes que no me gusta mucho conducir.

¿Es que no había en Chicago taxis, Uber, metro, autobuses? ¿Por qué demonios tenía que llevarla Asher?, se preguntó Abby, mientras se ocupaba de preparar los cereales de Tom.

Porque es su excuñada, la tía de su hijo, y su pobre hermana acaba de fallecer, se respondió a sí misma.

—¿Qué tal está mi sobrino preferido? —le dijo Melissa a Tom, depositando un

beso en su frente. Su voz no encerraba ninguna emoción.

—Bien, tía, gracias —dijo Tom con educación. Sin más.

Melissa se volvió hacia Abby.

—Disculpa, ¿cuál era tu nombre? —le preguntó.

—Abby —contestó ella.

—Sí, claro, Abby. Lo siento, es que soy muy mala para los nombres —dijo Melissa con un falso tono amable. Sonrió—. Abby, ¿me pones un café? —le pidió.

Abby levantó una de sus cejas. No le hubiera importado servir un café a Melissa, como no le importaría servírsele a Asher o a Olive, llegado el caso. Pero no le gustó nada el tono que aquella mujer había utilizado para pedírselo. Como si estuviera por encima de ella, como si fuera un ser superior. Ni siquiera Asher había usado ese tono con ella nunca.

—Melissa, la señorita Jones no es una criada, es la niñera de Tom. Está aquí para ocuparse y cuidar de él. Nada más. —La voz de Asher retumbó entre las paredes de la cocina.

—Pero es que la señora Landstrom no está para servírmelo —arguyó Melissa, con su acostumbrada indolencia y ese aire de superioridad que a Abby empezaba a sentarle como una patada en el estómago. ¿Quién se creía que era?

—Puedes servírtelo tú misma —dijo Asher—. Tienes tazas en ese armario y la

jarra llena de café en la encimera.

Abby se quedó alucinada, aunque trató de disimularlo. Nunca hubiera pensado que Asher sacaría la cara por ella y que pondría en su sitio a la prepotente de su excuñada.

—Y tienes suerte, porque está recién hecho —le dijo Abby, para poner la guinda al pastel.

Después de aquella mujer tratara de humillarla, no se iba a quedar callada. Por supuesto que no.

Melissa se dirigió a la encimera con la cara enrojecida como un gallo de pelea. Cogió una de las tazas del armario y se sirvió un café.

Cuando se giró, se fijó en Blackie.

—¿Ahora tenéis gato? —dijo en tono desdeñoso, mirando a Asher.

—Sí —contestó él.

—Pero si a ti no te gustan los gatos. —Melissa dio un sorbo de café.

—Solo estará con nosotros una temporada —aseveró Asher.

Abby sonrió para sus adentros ante aquella afirmación, mientras servía a Tom su desayuno y le guiñaba un ojo en un gesto de complicidad. Todo el mundo sabía que Blackie no saldría de aquella casa.

Si después de haber sufrido su colitis en las baldosas de la cocina durante dos

días seguidos, Asher no lo había echado a la calle, nada lo haría.

—A mí me pasa lo mismo que a ti, nunca me han gustado los gatos —opinó Melissa, con el mismo tono desdeñoso que había usado cuando lo había visto—. Son ariscos y huraños —añadió.

—Los gatos son muy cariñosos si se les da amor —intervino Tom, hundiendo la cuchara en los cereales y llevándosela a la boca.

Melissa giró el rostro hacia él.

—No hacen caso a nadie, son muy desobedientes —dijo.

—A mi Blackie me hace caso siempre —replicó Tom, visiblemente orgulloso.

—¿Se llama Blackie? —preguntó Melissa.

—Sí, porque es negro.

—Que nombre tan peculiar.

Abby quiso poner los ojos en blanco, pero se contuvo.

¿Qué nombre se supone que le tenían que poner a una mascota? ¿Carl Lagerfeld? ¿Louis Vuitton? ¿Carolina Herrera?, pensó.

—Cariño, ¿has terminado de desayunar? —le preguntó a Tom.

—Sí —dijo él.

—Entonces sube a lavarte los dientes para ir al colegio —dijo Abby.

Tom bajó de la silla, cogió a Blackie para dejarlo en su habitación, y salió de la cocina. Mientras, Abby había metido la taza y la cuchara en el lavavajillas.

—Hasta luego —se despidió de Asher y Melissa.

—Hasta luego, señorita Jones —dijo Asher.

Melissa ni siquiera se molestó en contestar. Siguió con la mirada a Abby hasta que su silueta desapareció tras la puerta. Después volvió el rostro hacia Asher.

—La niñera parece una chica muy… amable —comentó.

—Lo es —dijo Asher.

—Me sorprende que sea tan joven. Siempre has preferido niñeras mayores, más maduras y con experiencia. Esa chica, como mucho habrá hecho de canguro unas pocas veces —dijo Melissa con cierto menosprecio.

—La señorita Jones es la pequeña de seis hermanos y tiene muchos sobrinos a los que ha cuidado. No necesita haber estado años siendo niñera para saber cómo tratar a un niño. Además, ha sabido ganarse el cariño de Tom, y eso es suficiente para mí.

Melissa se cruzó de brazos y bufó.

—¿Dejando que tenga un gato y dándole todos los caprichos?

Asher miró fijamente a su excuñada.

—Aquí se siguen acatando mis normas, Melissa —le dijo con expresión seria

—. Tom acaba de perder a su madre, por si no te acuerdas. Necesita ilusionarse con algo y estar pendiente de ese gato le va a venir bien para distraerse.

Melissa cambió de actitud.

—No necesito que me lo recuerdes, Asher. Estás hablando de mi hermana. Yo también estoy sufriendo su perdida —dijo, llevándose la mano al pecho, compungida—. Pero tienes que entender que Tom es mi sobrino, y ahora que mi hermana no se encuentra entre nosotros, tengo que procurar que esté bien y velar por él.

—Con la señorita Jones está perfectamente, te lo aseguro —replicó Asher—. Beth estaría encantada de que fuera la niñera de Tom.

Melissa levantó ligeramente la barbilla.

Se sentía dolida de alguna forma, o quizá indignada. ¿A qué se debía esa férrea defensa de la niñera? No era más que una niñera, y solo temporal, como el maldito gato. Asher tenía pensado enviar a Tom a un internado cuando comenzara el curso escolar.

—Si te has terminado el café, nos vamos —fue lo siguiente que dijo Asher.

A Melissa se le habían quitado las ganas de seguir bebiendo café. Se acercó al fregadero y volcó los últimos tragos que le quedaban.

—Podemos irnos —dijo, dejando la taza en el fregadero.

CAPÍTULO 26

—Siento no haber podido mirar antes tu coche, Abby, pero es que hemos tenido unos días de locos. Dos de mis compañeros se han cogido la baja por una gastroenteritis, y el jefe y yo no damos abasto —le dijo James, por teléfono.

—No te preocupes, no hay problema —respondió ella, comprensiva—. ¿Sabes ya lo que le pasa?

—Sí, uno de los cables que conecta la batería con el motor se ha roto. He pedido ya el cable, así que en unos tres días lo tendré listo.

—¿Es una avería cara?

—Ah, no. Entre el cable y la mano de obra costará unos ochenta dólares.

Abby respiró aliviada.

—Es una buena noticia —dijo. James se echó a reír al otro lado de la línea—.

Gracias.

—A ti —dijo James.

—Un saludo.

—Un saludo, Abby.

Abby guardó el móvil en el bolso y sacó las llaves del portal.

—¡No cierres! —gritó Holly desde el otro lado de la calle.

Abby miró hacia atrás y la vio correr hacia ella.

—Te espero —le dijo.

—Es que creo que me he dejado las llaves en casa —explicó Holly cuando la alcanzó.

—Un día vas a perder la cabeza —dijo Abby.

—No creas que no lo sé.

Abby abrió la puerta y las dos se dirigieron al ascensor.

—Acabo de hablar con James —dijo, mientras esperaban que bajase.

—¿Con mi amorcito? —preguntó Holly.

Abby sonrió.

—¿Ya tiene categoría de «amorcito»?

Holly movió la mano.

—Bueno, ya sabes… Nos estamos conociendo —respondió.

Las puertas del ascensor se abrieron y entraron en él.

—¿Te ha dicho algo del coche?

—Sí, es un cable que se ha roto e impide que pase la corriente.

—¿Y de dinero? —Holly frunció los labios.

—Unos ochenta dólares —dijo Abby.

—Menos mal.

—¿Qué tal has tenido el día? —le preguntó Abby a Holly mientras abría la puerta del piso.

—Muy aburrido —dijo Holly—, ¿y el tuyo? ¿Hoy te ha vuelto a pedir Asher Barclay que no sonrías? —le preguntó.

Abby ya la había puesto al día.

—No, hoy he tenido que aguantar a la prepotente de su excuñada —dijo, dejando que Holly entrara en el piso en primer lugar y cerrando la puerta a su espalda.

—¿Otra vez ha estado allí?

—Sí. —Abby colgó el bolso en el respaldo de una de las sillas del salón y dejó caer las llaves sobre la mesa—. Tendrías que verla, se cree que la última Coca-Cola del desierto.

Holly rio.

—No te cae muy bien, ¿no?

—No me cae nada bien. —Abby se sentó en el sofá. Para ella el día había sido agotador—. Es de esas personas que no dan buen rollo. Aunque ella hace méritos. Esta mañana me ha pedido de forma muy despectiva que le sirviera un café, como si yo fuera la criada y ella la jefa.

—¿Y qué has hecho? —Holly se acomodó a su lado en el sofá.

—Pues para mi sorpresa, Asher le ha parado los pies.

—¿Ha sacado la cara por ti delante de ella?

—Sí, le ha dicho que yo no soy una criada, que soy la niñera de Tom y que estoy en esa casa solo para ocuparme de él.

—Pues no creo que le haya sentado muy bien —dijo Holly.

—No. De hecho, se ha puesto roja como un gallo de pelea dijo Abby. Holly soltó una carcajada—. Melissa va con la excusa de ver a su sobrino, pero yo creo que a quien va a ver realmente es a Asher. Le brillan los ojos cuando lo ve.

—¿Crees que está enamorada de él? —lanzó Holly, y lo dijo en un tono de voz que invitaba al cotilleo. A estar hablando de ese tema toda la noche.

—No lo sé, pero desde luego no va a su casa a ver a Tom. Sinceramente, creo que su sobrino es lo que menos le interesa —dijo Abby.

—Pero era el marido de su hermana —apuntó Holly.

—Ya no lo era. Asher y Beth estaban divorciados cuando ella murió. Creo que llevaban separados tres años.

—Aunque ya estuvieran separados, no sé… —Holly alzó los hombros—. A mí se me haría raro.

—A mí no me extraña que le guste —afirmó Abby—. Puedo llegar a entenderla. Asher es… —buscó una palabra que lo definiera—… perfecto. Todos los días trato de encontrarle algún defecto, en la cara, en el cuerpo…, y no hay manera.

—A lo mejor tiene los pies tan feos como un Bigfoot —bromeó Holly.

—No sé si feos, pero desde luego los tiene grandes porque es muy alto —rio Abby.

Holly giró el rostro hacia ella.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Claro que me gusta —respondió Abby, y lo hizo con la mayor naturalidad del mundo, como si lo raro fuera que un hombre como él no le gustase—. Tendría que estar ciega para que Asher Barclay no me gustara.

Holly esbozó una sonrisilla.

—¿Sus sonrisas te afectan tanto como al parecer las tuyas le afectan a él?

Aquel comentario provoco que Abby sonriera.

—No he dejado de pensar en ello, Holly —le confesó a su amiga—. Todavía no sé por qué dijo aquello y en aquel momento.

—Yo creo que fue un pensamiento en alto que se le escapó.

—Asher controla demasiado sus emociones como para que se le escape algo así.

—Asher es humano, Abby, tan humano como tú y como yo. No puede controlar sus emociones todo el tiempo. Tu sonrisa lo fascinó y lo soltó.

—¿Fascinar? —repitió ella con escepticismo.

—Por supuesto. Tienes una sonrisa preciosa. Amplia, abierta, sincera y de dientes perfectos —dijo Holly.

—Bueno, mis padres tuvieron que ahorrar mucho para pagarme la ortodoncia —bromeó Abby.

Holly se echó a reír.

—Entonces tienes que sacarla partido y sonreír mucho.

—Ya lo hago.

—¿Preparamos algo de cena? Estoy famélica —dijo Holly.

—Sí, yo también. —Abby se levantó del sofá.

—Si no como algo en el próximo cuarto de hora creo que me voy a desmayar —añadió Holly con su característico melodrama.

Abby agarró la mano de su amiga y tiró de ella para ayudarla a levantarse.

—¿En serio que no te has planteado nunca dedicarte al teatro? —le preguntó en tono divertido.

—Quizá algún día me lo tome en serio —dijo Holly.

Y entre risas se dirigieron a la cocina.

CAPÍTULO 27

Aquella tarde de viernes Tom estaba entusiasmado. Había convencido a su padre para ir a ver la última película de Pixar. Llevaban meses anunciándola a bombo y platillo en prensa, radio y televisión, y los niños de medio planeta se morían de ganas de verla. Se había montado un *boom* alrededor del film.

Habían acordado que Abby lo llevaría hasta el edificio donde estaba el despacho de Asher cuando acabara la jornada de trabajo, y que desde allí él y Tom se irían al *Rooselvert Collection*, un centro comercial con varias salas de cine que no estaba muy lejos del centro financiero, y en el que se podía ver de primera mano la esencia y la vitalidad de Chicago. Después Abby podría irse a casa.

Abby cruzó el semáforo. Llevaba a Tom agarrado de la mano. Con tanta gente y tanto tráfico no quería llevarse un disgusto.

Hacía un tiempo espléndido, con una temperatura ideal y un cielo despejado, y aunque corría un poco el aire, no era molesto.

Alcanzaron las enormes puertas de cristal de la entrada del imponente edificio justo cuando Asher salía. Solemne y elegante como siempre y con el maletín de la mano.

Al ver a Abby con Tom de la mano frunció ligeramente el ceño.

—¿Ha pasado algo, señorita Jones? —preguntó.

Abby y Tom lo miraron sin entender por qué les hacía esa pregunta.

—Vengo a traerle a Tom —respondió Abby.

La expresión de Asher se llenó de confusión.

—¿Por qué?

—Habíamos quedado en que se lo traería para que lo llevara al cine… —Asher seguía sin caer en lo que le decía—… para ver la última película de Pixar —añadió Abby.

¿Qué le pasaba a ese hombre? ¿Acaso se había olvidado? No, no podía ser. Tom se había encargado de recordárselo siempre que tenía ocasión.

En ese momento una bombilla se iluminó en la cabeza de Asher. Dejó caer los hombros y lanzó un suspiro.

—Joder… —masculló, pasándose la mano por el pelo oscuro.

—Papá, ¿te has olvidado de que íbamos a ir al cine? —preguntó Tom con un deje de reproche en la voz.

—Lo siento —se disculpó Asher.

Abby enarcó ligeramente una ceja.

—¿Se ha olvidado? —dijo. No se lo podía creer.

—He tenido un día de locos y se me ha ido el santo al cielo —se justificó Asher.

—Pero no importa —se apresuró a decir Tom, dando saltitos—. Puedes dejar el maletín en el despacho y venir al cine conmigo. Todavía queda mucho tiempo para que empiece, y Abby ha reservado las entradas por Internet para que no nos quedemos sin sitio. Va a ver mucha gente, papá.

La ilusión de Tom casi se podía palpar.

Asher dejó el maletín en el suelo y se acuclilló para estar a la altura del niño.

—No puedo ir, cariño —le dijo—. Tengo una reunión.

Tom se desinfló, con un globo al que se le deja escapar el aire.

—Pero, papá… —La voz de Tom se quebró.

Abby lo miró. Le temblaba la barbilla y estaba a punto de llorar. La decepción parecía una constante con Asher Barclay.

Se le encogió el corazón al verlo así.

Alzó los ojos hacia Asher cuando él se levantó y cogió el maletín del suelo, dispuesto a seguir con su jornada laboral como si nada.

—¿No puede aplazarla? —le preguntó. Bajó el tono de voz—. Tom está muy ilusionado. Ha estado todo el día hablando de ello.

Asher negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo —aseveró—. La persona con la que me voy a ver se va del país esta noche y no volverá hasta dentro de dos meses. Es imposible que aplace la reunión.

Abby se preguntó en silencio si lo que tuvieran que hablar no podían hacerlo por teléfono.

No verbalizó su desaprobación ante la actitud de Asher. No delante de Tom, pero Asher pudo verla reflejada en sus ojos castaños.

Abby deslizó de nuevo la mirada hacia Tom. Se agachó. Le agarró de la cintura para que se volviera hacia ella. Debía tener mucho tacto con aquella situación. Estaba en juego la ilusión de un niño.

—Ya que tenemos las entradas, ¿por qué no vamos juntos? —sugirió en tono alegre.

Tom levantó la cabeza y la miró. Tenía los ojos vidriosos, pero estaba aguantándose el llanto.

—¿Tú vas a venir conmigo, Abby? —preguntó con inocencia.

—¡Claro! —exclamó ella, al advertir que Tom estaba reaccionando bien a su sugerencia—. Yo también tenía pensado ir a ver la última película de Pixar, así que, ¿qué mejor que ir hoy, el día del estreno? —le sonrió con un gesto amplio y abierto, y el niño le devolvió la sonrisa—. Además, pediremos doble ración de palomitas y nos daremos un atracón. —Abby le guiñó un ojo en tono cómplice —. ¿Qué te parece?

—¿Y podemos comprar también una bolsa de gominolas? —preguntó Tom.

—Por supuesto —afirmó Abby, viendo que el rostro infantil del niño se había iluminado.

A esas alturas, no iba a pedirle permiso a Asher para comprarle gominolas a Tom. Sabía que no le gustaba que comiera cosas con azúcar, pero la situación requería de una medida urgente.

Abby consultó su reloj de pulsera.

—Tenemos que irnos o llegaremos tarde —anunció.

Se incorporó y enderezó la espalda, cogiendo la manita de Tom.

—Señorita Jones, no puedo pedirle que haga eso en su tiempo libre, un viernes por la tarde —dijo Asher.

—No lo ha hecho, me he ofrecido yo —contestó Abby con rostro serio.

Su habitual expresión risueña había desaparecido.

Asher Barclay podía ser el mejor abogado de la ciudad, uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos. Podría saber tratar con las mentes legales más brillantes del país o con el peor de los criminales, mantener siempre el control para que la situación nunca se le fuera de las manos. Pero con lo que respetaba a personas que apenas le llegaban a la cadera se encontraba completamente perdido y sin saber qué hacer y, sobre todo, con su hijo.

—¿Nos vamos? Pixar nos espera —dijo Abby a Tom.

El niño asintió.

—Sí —contestó.

Se giraron y echaron a andar hacia el centro comercial.

—Gracias —oyó Abby decir a Asher detrás de ella.

Cuando terminó la película, Abby y Tom se tomaron un batido en una cafetería cerca de los cines y después Abby pidió un Uber para llevarlo a casa.

No sabía a qué hora Asher Barclay terminaría su importante reunión y volvería. Así que bañó al niño, le ayudó a ponerse el pijama y, al ser viernes, le dejó jugar un rato con Blackie antes de irse a la cama.

Cuando llegó Asher, Abby estaba en la cocina, terminando de beberse un té blanco que se había preparado.

—Buenas noches, señorita Jones —la saludó.

—Buenas noches —respondió ella.

Su rostro permanecía serio, lejos de las expresiones risueñas con la que acostumbraba a recibirlo.

—¿Qué tal ha estado la película? —le preguntó Asher.

—Bien —contestó Abby, escueta.

Asher tomó aire.

—Señorita Jones, siento que haya tenido que trabajar fuera de su horario de forma imprevista, y más siendo viernes. Pero quiero que sepa que se lo agradezco mucho —dijo.

Abby levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—No lo he hecho por usted, señor Barclay, lo he hecho por Tom —dijo, y se sorprendió de que su voz sonara tan firme como pretendía.

Asher no podía decir que no se mereciera una contestación así.

—Sobra decir que le pagaré estas horas el doble de una hora normal.

Abby dejó escapar una sonrisilla, aunque sin rastro de humor.

—Claro —masculló.

Asher Barclay todo lo arreglaba con dinero.

El interfono sonó, interrumpiendo la conversación. Abby se levantó de la silla y lo cogió.

—Hola —saludó—. Sí, entra hasta el jardín delantero —le indicó—. Yo te esperaré ahí.

Pulsó el botón que abría la verja exterior y colgó.

Asher la miraba con una ceja arqueada. Cuando Abby vio la expresión de su cara, dijo:

—Un amigo ha venido a recogerme.

—¿Un amigo?

—Sí, Finn. Estudia conmigo en la universidad —respondió Abby.

Abby se veía obligada a darle a Asher algunas explicaciones. Al fin y al cabo, estaba en su casa, y no era cualquier persona. Era un hombre rico.

Ella confiaba plenamente en Finn; pondría la mano en el fuego por él (con independencia de que Finn pertenecía a una familia adinerada de Chicago), pero para Asher no era más que un desconocido.

—Finn es un buen chico. Se puede confiar al cien por cien en él —le dijo a Asher.

—No tendría que haber molestado a su amigo, yo podría haberla llevado a casa —propuso él.

Abby cogió de la mesa el vaso en el que se había tomado el té.

—Le agradezco el ofrecimiento, Señor Barclay, pero no es necesario. —Abrió el lavavajillas y lo colocó en una de las bandejas—. A Finn no le importa venir a buscarme.

—Ya veo.

En ese momento sonó el móvil de Abby. Era Finn avisándole de que ya estaba en el jardín.

Abby sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón vaquero y descolgó.

—Ya salgo, Finn —le dijo.

Cortó la llamada, se guardó rápidamente el móvil en el bolsillo, cogió el bolso de la silla y se lo colgó en el hombro.

—Hasta mañana, señor Barclay —se despidió, al tiempo que echaba a andar.

—Hasta mañana, señorita Jones —contestó él.

Salió de la cocina unos segundos después de Abby y se dirigió directamente al salón.

Se situó frente a una de las ventanas y con discreción, descorrió un par de centímetros la cortina, abriendo un hueco suficiente para ver el jardín, para ver

cómo era el tal Finn, el amigo de Abby que había ido a buscarla.

Asher vio a Abby subir al coche, un Mazda MX-5 descapotable rojo, aunque en ese momento llevaba la capota echada.

Trató de ver su rostro, de distinguir sus rasgos, pero el jardín estaba sumido en la oscuridad de la noche y el resplandor de la fuente no alcanzaba para verlo.

Fue cuando ladeó un poco la cabeza cuando se preguntó qué coño estaba haciendo.

¿Por qué demonios estaba espiando a la señorita Jones? ¿Por qué quería ver cómo era el amigo que había ido a buscarla?

¡Joder, él no era un crío! ¡Tenía treinta y tres años! Era un hombre hecho y derecho.

¿Cómo era posible que estuviera haciendo algo así?

Se trataba de la niñera de su hijo y le sacaba como diez años. ¿En qué estaba pensando?

Sin embargo, no apartó la vista hasta que el coche dio la vuelta en la pequeña rotonda que formaba la fuente y desapareció por el camino asfaltado franqueado por las filas de cipreses.

Cuando dejó caer la cortina, negó con la cabeza.

¿Qué se suponía que le estaba pasando con la señorita Jones? ¿Por qué había

hecho lo que acababa de hacer?

Dio media vuelta y salió del salón en dirección a su habitación. Había sido un día muy largo.

CAPÍTULO 28

Abby tenía pensado ayudar a Tom a hacer los deberes sentados en el cenador del jardín trasero, pero el sol que había resplandecido brillante por la mañana se había escondido tras un espeso manto de nubes grises que habían empezado a descargar agua a primera hora de la tarde.

No era una lluvia fuerte, pero sí suficiente para formar algunos charcos.

Tom miraba hacia el jardín, aburrido. Abby permanecía a su lado, contemplando la lluvia repiquetear contra los cristales, mientras Blackie jugaba con una pequeña pelota de pelo haciéndola girar para un lado y para otro detrás de ellos.

—Abby, ¿puedo salir a jugar bajo la lluvia? —le preguntó Tom.

Abby se lo pensó unos segundos.

—Vale, pero tendrás que ponerte el chubasquero y las botas de agua.

Tom sonrió y asintió con la cabeza antes de salir disparado hacia su habitación. Abby fue detrás de él, seguida muy cerca de Blackie, que parecía su sombra.

Mientras el niño se ponía el chubasquero y las botas, a Abby le pareció divertido unirse a él. Así que cogió el chubasquero plegable de color amarillo que siempre llevaba en el bolso y se lo puso encima.

—¿Listo? —le preguntó a Tom.

—Listo —dijo él, con una enorme sonrisa en los labios.

Bajaron y salieron al jardín trasero.

No hacía frío y la lluvia era reconfortante.

Abby levantó la cabeza hacia el cielo y dejó que el agua le emparara el rostro.

Sonrió.

Su memoria evocó de inmediato todas las veces que con sus hermanos había jugado a salpicarse debajo de la lluvia.

Tom comenzó a dar saltos en un charco que se había formado en el sendero que llevaba al cenador. Se le veía feliz.

Abby se acercó y le salpicó un poco con el pie. Tom imitó su gesto.

Entre carcajadas y gritos empezaron a salpicarse agua y barro uno a otro.

—¡Tom! —La voz de Asher sonó detrás de ellos—. ¡Sal de debajo de la lluvia

ahora mismo! —exclamó, con el tono de una persona acostumbrada a ser obedecida al instante.

Tom se tensó.

Tras dirigir una mirada a Abby, fue hacia su padre con las mejillas enrojecidas.

Abby lo siguió.

La severidad que reflejaba la expresión de Asher, que se encontraba de pie en mitad del pórtico de la parte trasera del jardín, no dejaba duda sobre lo inapropiado que le parecía lo que estaban haciendo.

¿Tan grave era?, se preguntó Abby.

Probablemente la había cagado. Y bien.

—Tom, entra y quítate esa ropa —le ordenó Asher.

—Pero papá…

—Si te quedas así de mojado vas a ponerte enfermo.

—Papá, ¿no podemos jugar un rato más? —dijo el niño.

Asher solo tuvo que entornar los ojos para silenciar cualquier otra protesta.

Tom se metió en casa sin decir nada más, pero refunfuñando entre dientes.

Blackie iba detrás de él, aunque estaba completamente seco. Como buen gato,

lo de mojarse no era lo suyo y no se había unido a Abby y a Tom. Había preferido observarlos desde el porche.

—¿Se puede saber que estaban haciendo? —inquirió Asher a Abby.

Abby se echó hacia atrás la capucha del chubasqueo. Asher vio que tenía una hoja pegada en el pelo. Su primera intención fue alargar la mano y quitársela, pero se contuvo en el último momento.

—Divirtiéndonos un poco. Nada más —respondió, y una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Empapándose bajo la lluvia? ¿No ha encontrado una manera mejor de divertirse? —le reprochó Asher con voz seria.

—¿Usted nunca ha jugado a meterse en los charcos y salpicar? —Abby lo preguntó como una obviedad. ¿No era algo que todo el mundo había hecho alguna vez siendo niño?

—Tom puede resfriarse —fue lo que recibió por respuesta.

—¿Resfriarse? —repitió Abby—. No estamos en pleno invierno, señor Barclay. ¿No ve la temperatura tan buena que hace?

El gesto de Asher se endureció.

—Señorita Jones, ¿es que siempre siente la imperiosa necesidad de contradecir todo lo que digo? —soltó.

—No, solo cuando no tiene razón —se atrevió a decir Abby, dando rienda suelta a su impetuosa lengua.

—Que, según usted, es siempre —replicó Asher.

Abby lo estaba mirando con el semblante de alguien que está a punto de echarle un sermón. Pero Asher no estaba de humor para sermones.

—Señor Barclay, tiene que dejar que su hijo sea, por una vez, un niño.

Y ahí estaba.

¿Por qué esa chica no podía morderse la lengua? ¿Por qué no se guardaba su opinión para sí misma? ¿Por qué no podía resistir la tentación de sermonearlo?

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—A que vive demasiado encorsetado —comenzó Abby. Asher puso los ojos en blanco en su mente—. Como cualquier niño de su edad, tiene que correr, que jugar, que hacer travesuras, que… meterse en los charcos y salpicar.

Abby pensó en silencio que quizá a Asher también le vendría bien meterse en los charcos y salpicar, bailar bajo la lluvia… ¡Dios, era tan serio! ¡Tan formal!

Pero a Asher aquel argumento no le convencía. Él sabía perfectamente cómo quería educar a su hijo y nada iba a hacer que cambiara de opinión.

—Señorita Jones, antes de que siga, quiero que sepa que hoy no estoy de humor para aguantar una charla de la niñera —soltó en tono áspero—. ¿Por qué

mejor no se lo ahorra? —Arqueó las cejas para enfatizar sus palabras.

—Se que esto no es de mi incumbencia, pero tengo mucho cariño a Tom —dijo Abby.

—Tiene razón, no es de su incumbencia.

¿Por qué se sorprendía de la reacción de Asher?, se preguntó Abby. Él solo pensaba en trabajar y en hacer dinero. Era como una puñetera máquina.

—Ya veo que no le gusta escuchar —afirmó.

—Lo que no me gusta es que una niñera entrometida me dé sermones de psicología barata.

Abby apretó los dientes, mientras se quedaba mirando a aquel hombre de facciones perfectas que era su jefe. Tuvo el impulso de darle un puñetazo. Un puñetazo bien fuerte.

—Por si se le ha olvidado —tomó de nuevo la palabra Asher—, la he contratado para que cuide de mi hijo, pero usted es peor que él. No quiero tener que estar vigilándolos a los dos.

Abby se sintió decepcionada de repente, incluso hasta el punto de olvidarse por qué quería pegarle un puñetazo. Mientras ella veía a Asher como un hombre, en mayúsculas, un tipo atractivo y *sexy* capaz de quitarle el aliento a cualquier mujer, él la veía como a una niña. Nada más.

¡Pero ella no era una niña! Por supuesto que no. Tenía veintitrés años.

Se cruzó de brazos.

—No soy una niña, señor Barclay —aseveró con contundencia.

Quería que él la viera como una mujer. No sabía exactamente por qué, pero quería que la viera como una mujer.

Asher le dirigió una mirada inescrutable, una mirada que Abby no supo interpretar.

—Créame, me he dado cuenta —dijo.

Sí, se había dado cuenta, más de lo que le gustaría. A esas alturas, era perfectamente consciente de que era una mujer.

Las cejas de Abby se arrugaron un poco, extrañada por su respuesta.

¿Qué significaba eso?

¿Por qué mierda Asher Barclay tenía que ser siempre tan misterioso? ¿Tan hermético? ¿Es que no sabía hablar claro?

—Es demasiado estricto con su hijo, demasiado formal, y Tom solo tiene cinco años —continuó Abby—. Debería darle un poco más de libertad.

¿Cómo se atrevía a decirle lo que tenía que hacer? ¿Le estaba indicando cómo ser padre?

Asher contrajo la mandíbula.

Las ganas de ponerla en su sitio eran casi tan fuertes como el deseo de besarla.

¡Mierda!

¡Maldición!

¡Diablos!

¿De dónde había salido ese pensamiento? ¿Esas ganas?

Lo último que necesitaba era desear a la niñera de su hijo.

Abrió la boca para coger una bocanada de aire.

—Vaya a darse una ducha y a cambiarse de ropa —farfulló.

Y con eso, dio por zanjada la discusión. Necesitaba poner distancia con Abby para volver a pensar con claridad.

—Pero… —Ella trató de hablar.

Asher la interrumpió, al borde de su límite. Si Abby no desparecía de su vista, terminaría empujándola contra la pared y besándola hasta dejarla sin aliento.

—Señorita Jones, hágame caso, aunque sea por una jodida vez, y vaya a darse una ducha y a cambiarse de ropa —masculló.

En aquella ocasión, Abby no rechistó. No se atrevió. No sabía muy bien qué había pasado, pero Asher parecía estar conteniéndose. Se fijó en que tenía el rostro en tensión y la mandíbula apretada.

Lo rodeó, ya que se encontraba plantado delante de ella como un portero de discoteca, y se metió en casa.

Asher no se movió. Permaneció allí de pie, con las manos en los bolsillos, mirando cómo caía la lluvia, como si estuviera esculpido en piedra.

Cuando Abby llegó a la habitación de invitados en la que tenía algunas cosas personales y cerró la puerta, lo primero que hizo después de quitarse el chubasquero fue coger el teléfono y llamar a Holly.

Estaba muy nerviosa. El enfrentamiento con Asher la había dejado alterada y confundida a partes iguales.

Holly no cogió la llamada. Abby supuso que estaría trabajando, o quizá con James, así que le dejó un mensaje en el buzón de voz.

—Holly, soy Abby. —Comenzó a dar paseos de un lado a otro de la habitación y a hablar muy deprisa—. He tenido una bronca monumental con Asher Barclay. Me va a despedir. Estoy segura de que me va a despedir. —Tomó aire para llenarse los pulmones y continuar—. Ya verás, Holly, va a hacer caldo con mis huesos. Va a hacer un sabroso caldo con mis huesos. —Abby se pasó la mano por la frente—. Todo ha empezado porque Tom y yo hemos salido al jardín a jugar bajo la lluvia y después…

Se detuvo en mitad de la habitación. No podía dejarle un mensaje de voz

relatándole lo que había sucedido. Así que abrevió.

—Me va a despedir —repitió—. Sí, me va a despedir. Cuando llegue a casa te lo cuento. Un beso.

Cortó la llamada y se mordió el labio.

Tras unos segundos en los que la cabeza le daba vueltas con mil pensamientos, ordenó a sus piernas que se pusieran en marcha. Necesitaba ducharse.

—¿Por qué mi padre siempre se tiene que enfadar por todo? —refunfuñó Tom frente al espejo del cuarto de baño de su habitación.

—Cariño, es tu padre… Para eso está —respondió Abby mientras le secaba el pelo con una toalla. No quería que Tom se enfadara con Asher.

—Los padres de mis amigos no son así —se quejó el niño.

—Bueno, hay que reconocer que el tuyo es un poco… —Abby buscó una palabra adecuada sin que fuera una falta de respeto—… carca —dijo finalmente.

—¿Qué es «carca»?

Abby esbozó una ligera sonrisa sin despegar los labios.

—Aburrido —dijo.

Levantó el rostro y buscó la mirada de color gris de Tom. Él también sonrió.

—Es verdad, mi padre es un carca —afirmó.

Asher solo tenía treinta y tres años, pero se comportaba como un hombre de ochenta, anclado en otro tiempo, en otra época. Era un llamado «*viejoven*», personas que áun siendo jóvenes, se comportaban como viejos.

«No le vendría mal desmelenarse un poco», pensó Abby para sus adentros.

Las puertas, tanto la de la habitación como la del cuarto de baño, estaban abiertas, y Asher alcanzó a oír lo que decían cuando se dirigía a su despacho.

¿Eso es lo que pensaba la señorita Jones de él? ¿Que era un carca? ¿Un aburrido?

Frunció el ceño con gravedad.

¿Le molestaba?

Tras unos segundos, echó a andar por el pasillo, pero se detuvo de forma abrupta en mitad de él y sacudió la cabeza, como si estuviera irritado consigo mismo.

Sí, estaba irritado.

Mucho.

¿Qué le importaba lo que pensara la señorita Jones de él?

Al parecer, más de lo que quería, más de lo que le gustaría y más de lo que necesitaba.

CAPÍTULO 29

Holly se paró en la puerta acristalada que daba a la pequeña terraza que tenía el piso.

—¿Asher Barclay te ha despedido ya? —fue lo primero que le preguntó a Abby al llegar a casa—. ¿Ha hecho caldo con tus huesos?

—Puede que lo haga mañana —respondió ella.

Abby estaba sentada en uno de los sillones de mimbre marrón que habían comprado en una tienda de segunda mano, junto con una mesita a juego y una larga tira de luces led que habían repartido por la pared, y que conferían al espacio un ambiente coqueto y cálido.

Movió el bote de nata arriba y abajo con fuerza, abrió la boca y se echó dentro un buen chorro.

—¿No crees que es un poco tarde para meterte un chute de nata de esas

características? —dijo Holly, dirigiéndose al sillón que quedaba libre.

Abby negó con la cabeza y se limpió las comisuras con el dorso de la mano.

—Necesito azúcar, mucho azúcar —dijo, y agitando de nuevo el bote de nata, volvió a llenarse la boca.

—Y calorías. Ahí te has metido como tres mil —dijo Holly entre risas—. Siento no haberte contestado al mensaje que me dejaste, cuando lo escuché era muy tarde. Estaba con James.

Abby levantó la mano mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Me lo imaginé, tranquila —dijo—. Te llamé porque tuve un momento en el que entré en pánico, pero luego se me pasó.

—¿En serio Asher Barclay te va a despedir?

Holly hizo un gesto con la mano a Abby para que le pasara el bote.

—No lo sé, pero tuvimos una bronca bastante fuerte —dijo ella, mientras alargaba el brazo.

—¿Por qué? —Holly agitó la nata y vertió un buen chorro en su boca.

Abby miró a su amiga.

—¿Todo bien con James? —le preguntó con una ceja arqueada.

Normalmente, esa forma de comerse la nata la dejaban para cuando había ocurrido algo gordo, cuando necesitaban darse un capricho para desestresarse.

Igual que comer chocolate.

—Sí, todo bien, es que estoy solidarizándome contigo —contestó Holly con buen humor. Abby sonrió—. Cuéntame por qué tuvisteis la bronca.

—Porque me regañó por dejar que Tom jugara debajo de la lluvia a pisar los charcos y salpicarnos —dijo Abby.

—¿Tú también estabas? —le preguntó Holly.

—No pude evitarlo. Recordé cuando mis hermanos y yo salíamos a la calle y nos pasábamos toda la tarde mojándonos. Además, Tom no tiene un hermano con el que jugar a esas cosas.

Abby se echó en la boca otro poco de nata.

—Yo también lo hacía con mi hermana —dijo Holly.

—¿Y quién no? —dijo Abby—. Joder, todo es tan encorsetado para mí, tan formal, tan serio... El ambiente en el que Asher está criando a Tom es demasiado acartonado, demasiado estricto. Con él, todo funciona con la máxima puntualidad. —Se quedó unos segundos pensando—. A veces creo que este trabajo no es para mí.

—Pero Asher Barclay te paga el doble que cualquier otra persona en un puesto similar —le recordó Holly.

—Ya.

—Además, Tom te necesita. Ese niño se moriría de aburrimiento si tú no fueras su niñera —añadió Holly.

Abby se recolocó en el sillón.

—Asher me ha dicho que soy peor que su hijo y que no quiere tener que estar vigilándonos a los dos. —Se mordió el labio—. Detesto que me vea como a una niña.

—¿Cómo quieres que te vea? ¿Cómo a una mujer? —le preguntó Holly.

—Como lo que soy, yo a él lo veo como a un hombre —dijo Abby—. Aunque es un carca. Parece un viejo de ochenta años, y cría a su hijo igual. Va a terminar pareciendo su abuelo más que su padre.

—Abby, te das cuenta de que Asher Barclay te gusta.

—Lo sospecho desde hace algunos días.

Holly le pegó un manotazo en el brazo.

—¿Y no me has dicho nada, perra? —le reprochó.

—Es una tontería, Holly. ¿Qué voy a hacer yo con Asher Barclay?

—Oye, el rollo ese de jefe-niñera a veces resulta.

—Sí, en las comedias románticas —dijo Abby—. Pero en realidad, Asher y yo somos de planetas totalmente diferentes. Él es un «Alfa de Chicago» y yo soy una mera «beta» en fase de pruebas.

Holly rio.

Abby cogió el bote de la nata, lo agitó y se echó un último chorro en la boca.

La mañana siguiente, Asher estaba sentado detrás de su escritorio, intentando prestar atención a la conversación que mantenía con Julia. Pero no era capaz de seguir el hilo.

La discusión que había mantenido con Abby la tarde anterior revoloteaba en su mente sin darle tregua. Pero no era la discusión en sí lo que hacía que no pudiera concentrarse en lo que estaba diciendo su secretaria, si no el deseo de besarla.

Ese deseo tan intenso y desprevenido que lo había dejado fuera de lugar, fuera de órbita, provocándole un anhelo que no sabía descifrar.

Todo aquello era ridículo. Ella era la niñera de su hijo, una chica que estaba comenzando a vivir y él ya tenía mucha experiencia. Se había casado, divorciado y tenía un hijo.

Eran algo más que opuestos; procedían de planetas distintos.

Tenía razón la señorita Jones cuando afirmaba que era un carca.

Quizá solo necesitara salir con una mujer. Hacía mucho tiempo que no quedaba con nadie, pero es que las últimas citas que había tenido lo habían aburrido sobremanera.

De pronto, un pensamiento lo asaltó.

¿Qué sentiría si le levantara a la señorita Jones una de esas camisetas que se ponía y la acariciara?

—¡Asher! —exclamó Julia.

—¿Eh? Te escucho —dijo él, tratando de concentrarse.

Pero ¿de dónde había salido ese pensamiento? Joder, definitivamente necesitaba tener una cita con una mujer.

YA.

—No me estás escuchando —inquirió su secretaria.

Asher suspiró, dándose por vencido.

Tendría que resultarle fácil dejar de pensar en la niñera de su hijo. Entonces, ¿por qué no lo hacía?

—Dime simplemente qué reuniones tengo esta mañana —dijo, tratando de simplificar su agenda a lo más inmediato.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Julia.

Asher se pinzó el puente de la nariz.

—Me duele la cabeza —dijo.

Aunque ese dolor de cabeza tenía nombre y apellido. ¡Mierda!

—¿Quieres que te traiga un analgésico?

—Sí, por favor.

Julia se giró con la libreta en las manos y salió del despacho. Volvió un minuto después con la pastilla y una botella de agua pequeña.

Se lo ofreció a Asher.

—Por cierto, al final no hablamos de la niñera, ¿qué tal con ella? —se interesó la secretaria.

Vaya, ¿no había otro momento?, se dijo Asher. Lo que menos necesitaba era hablar de la señorita Jones.

—Es fantástica —respondió, metiéndose el analgésico en la boca y dando un trago largo de agua.

—¿Por qué lo dices en ese tono?

—Aparte de que piensa que soy un carca, de que siente la imperiosa necesidad de contradecir todo lo que digo, y que le encanta jugar con Tom a meterse en los charcos y salpicarse el uno a otro, por su culpa ahora somos uno más en la familia.

Aquella última frase llamó la atención de Julia, que abrió los ojos de par en

par.

—¿Uno más? ¿De qué hablas?

—Sí, ahora tenemos un gato.

—¿Un gato? Pero si tú…

—Sí, odio los gatos —la interrumpió Asher—. Y, sin embargo, ahora tengo uno negro como el carbón paseando por casa —dijo.

—¿Y de dónde ha salido?

—La señorita Jones y Tom se lo encontraron en la verja exterior un día que llovía.

—¿Has dicho que es negro como el carbón?

—Totalmente negro.

—¿Eres supersticioso? Ya sabes lo que dicen de los gatos negros —le picó Julia, levantando las cejas.

—Por suerte, no lo soy. Me da igual un gato negro, que blanco, que verde fluorescente. A mí no me gusta ninguno.

—Por si acaso, anda con cuidado —se mofó Julia—. Pero ¿por qué accediste a dejarle en casa? Es verdad que tú no simpatizas mucho con los felinos.

—Me convenció la señorita Jones —dijo Asher automáticamente, sin pensarlo.

—Vaya, eso es interesante —comentó Julia, pasándose la mano por la barbilla.

Asher tomó aire y se acarició el pelo. No debería de haber dicho eso.

—En realidad había tenido un altercado con Tom por culpa de la elección del internado y fue una manera de… congraciarme con él —dijo.

—Claro —masculló Julia.

Le parecía muy interesante que Asher se hubiera dejado convencer por la señorita Jones para dejar el gato en su casa. Sí, era interesante.

—¿Todavía sigues con la idea de mandar a Tom a un internado el próximo curso? —le preguntó.

—Sí, es lo mejor —respondió Asher.

Julia no dijo nada en aquella ocasión (ya lo había hecho en otras muchas). Pero a nadie le parecía una buena idea, excepto a Asher. Y nadie tenía capacidad para convencerle de lo contrario, por más que lo intentaran. No escuchaba a nadie.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Asher.

Trevor abrió y entró.

—¿Estás muy ocupado? —le preguntó—. Me gustaría pedirte opinión respecto a un alegato que acabo de escribir.

—No, pasa —dijo Asher.

—Bueno, yo ya me voy —intervino Julia.

Se volvió y cuando se cruzó en el camino con Trevor, le dijo:

—Le duele la cabeza.

Trevor miró a su socio.

—Si te duele la cabeza podemos dejarlo para más tarde —sugirió.

Asher movió la mano.

—Me acabo de tomar un analgésico, se me pasará —contestó.

Trevor se subió un poco las perneras del pantalón del traje y se sentó frente a su mesa.

—¿Y qué te ha puesto dolor de cabeza? —quiso saber.

—La niñera —dijo Asher sin titubear.

Trevor frunció las cejas.

—¿Qué ha hecho?

Asher recogió la documentación que tenía encima de la mesa y la colocó en un montón.

—Ayer me dio un sermón de cómo debería criar a Tom, y no es la primera vez —se quejó—. Esa chica a veces es como un auténtico grano en el culo. Tiene

que ser siempre la nota discordante.

—Eso es algo bueno, significa que se preocupa por Tom —comentó Trevor.

—Supongo, pero me saca de quicio —dijo Asher—. Ayer, cuando llegué a casa, me los encontré jugando bajo la lluvia.

—Y la regañaste, claro —adivinó Trevor.

—Por supuesto, Tom se podía resfriar.

—No trates a tu hijo como si fuera un enfermo terminal, Asher. Está perfectamente sano. No le va a pasar nada por mojarse un poco.

Asher alzó la vista y miró a Trevor con los ojos entornados.

—¿Tú también vas a decirme como debo criar a mi hijo?

—Por supuesto que no. Yo no tengo ni idea de ser padre…

—¿Entonces? —lo interrumpió Asher.

—Es una cuestión de lógica —dijo Trevor.

Asher chasqueó la lengua.

—No sé por qué os ha dado a todos por decirme el modo en que debo educar a Tom —aseveró medio enfadado.

—No te lo tomes así, tío. Solo queremos lo mejor para él —dijo Trevor.

—¿Y acaso yo no? Joder, soy su padre.

CAPÍTULO 30

Abby atravesó el vestíbulo y abrió la puerta cuando sonó el timbre.

La silueta esbelta de Melissa se recortaba en el umbral, embutida en un vestido de punto de color rojo que realzaba, como siempre, su delgada figura.

—Buenas tardes —la saludó con voz fría.

—Buenas tardes, Melissa —contestó Abby.

Melissa entró en la mansión sin ni siquiera esperar a que Abby se hiciera a un lado. Se creía más dueña de esa casa que el propio Asher.

—Si quieres ver a Tom, está en la cocina. Vamos a empezar a comer —dijo Abby.

—Sí, claro —dijo Melissa.

Abby echó a andar por el pasillo y Melissa la siguió con el repiqueteo de los

tacones de sus zapatos.

—¿No está Asher? —le preguntó.

—No.

—¿No ha venido a comer?

—La mayor parte de los días el señor Barclay come fuera —respondió Abby con voz neutra.

—Hola, cielo —saludó Melissa a Tom, al entrar en la cocina.

Se acercó a él y le dio su acostumbrado y frío beso en la frente.

—Hola, tía —dijo el niño.

En cuanto Melissa entró en la cocina y Blackie la vio, se dirigió a ella. Dio varias vueltas alrededor de sus piernas y comenzó a ronronear restregándose contra sus tobillos.

—¿El gato sigue aquí? —farfulló Melissa de mala gana.

—Claro, tía, esta es su casa.

—Tu padre dijo que solo estaría aquí temporalmente.

—Abby y yo vamos a hacer todo lo posible para que se quede aquí para siempre —comentó Tom con inocencia.

Melissa miró a Abby con expresión de superioridad en el rostro perfectamente

maquillado.

—No creo que seáis capaces de convencer a Asher —aseveró, sin preocuparse por disfrazar su tono de desafío, como si para ella eso fuera un triunfo.

—Eso nunca se sabe… —Abby alzó ligeramente un hombro y sonrió, negándose a caer en la trampa de Melissa.

Aquella mujer cada día le caía peor. Era como si estuviera rodeada de un aura negativo que lo emponzoñara todo.

Sirvió en un plato el puré de patatas que había dejado preparado Olive, y lo puso delante de Tom, que se encontraba sentado a la mesa.

—Gracias, Abby —dijo el niño, esbozando una sonrisa.

—De nada, cariño.

Melissa advirtió la conexión que había entre su sobrino y la niñera. Tom lo estaba pasando muy mal con la muerte de su madre. No había dejado que nadie se le acerca los días posteriores. Ni si quiera ella. Sin embargo, la llegada de esa chica le estaba devolviendo la sonrisa.

—¿Quieres comer con nosotros? —preguntó Abby a Melissa mientras se llenaba el plato de puré.

Y lo hizo solo por compromiso.

«Que diga que no, que diga que no, que diga que no», repitió en silencio.

—Oh, no, no, llamaré a Asher para ir a comer con él —respondió Melissa.

«Claro, como iba a desaprovechar la ocasión», pensó Abby para sus adentros.

—Entonces, con tu permiso —dijo. Retiró una de las sillas y se sentó a la mesa—. No quiero que el puré se quede frío.

—Que aproveche —dijo Melissa.

Abby cogió la jarra y sirvió agua en los vasos sin prestar atención al desdén que parecía que encerraban todas las frases corteses que salían de la boca de aquella mujer.

Menos mal que había declinado la invitación de quedarse a comer.

Mientras, el gato seguía rondando los pies de Melissa.

Ella abrió la nevera, sacó una botella pequeña de agua y recostó la cadera en la encimera.

—Supongo que estarás encantada de trabajar para Asher. Es un jefe muy estricto, y a veces no es fácil de llevar; le gusta que las cosas se hagan cómo él ordena, pero no creo que nunca hayas vivido en una mansión como esta —dijo, abriendo los brazos para recorrer el espacio de la cocina.

—Yo no vivo aquí, no estoy interna. Todos los días duermo en mi casa —contestó Abby, sosteniéndole la mirada.

Si ese era el juego de Melissa, no tenía la intención de caer. Desde luego que

no. Aunque no podía negar que le encantaría tirarle el agua del vaso encima, solo para ver qué cara pondría. Pero optó mejor por contar hasta diez.

—Ya me entiendes… aunque vayas a dormir a tu casa, pasas muchas horas en esta mansión. Fíjate, si hasta comes aquí —dijo Melissa.

Quitó el tapón de la botella, dio un trago y volvió a cerrarla.

—Yo quiero que Abby viva aquí —intervino Tom, después de meterse en la boca un trozo de pan.

Y algo cambió en el rostro de Melissa al oír a su sobrino. Una sombra se posó en sus ojos como un cuervo en la cima de un risco.

Abby se giró hacia el niño y le dedicó una sonrisa.

—Es todo un halago, ¿verdad? —comentó a Melissa.

—Por supuesto —dijo ella entre dientes. Abby vio un destello de frialdad en su mirada—. ¿Y qué vas a hacer cuando termine el verano y tu contrato se acabe? ¿Vas a buscar otro trabajo de niñera?

—No —afirmó Abby—. Con lo que el señor Barclay me va a pagar estos meses, podré costearme el primer semestre de la universidad.

Aquellas palabras parecieron caer como un puñetazo en el estómago de Melissa, que frunció levemente el ceño, y aunque trató de disimularlo, no lo consiguió del todo.

—¿Estudias en la universidad?

—Sí, odontología —respondió Abby, irguiéndose en la silla con orgullo.

—¿Y no te dan beca?

—Mi beca no cubre el alojamiento ni el resto de los gastos que conlleva vivir en Chicago.

—Claro, Chicago es una ciudad cara.

—Sí, mucho.

Blackie se alzó en sus patitas delanteras y se apoyó en los zapatos de Melissa. Ella le dio un empujón con el pie.

El gatito se cayó de medio lado y maulló.

—¿Por qué acabas de empujar a Blackie? —le reprochó Abby de inmediato. Ella había visto como le daba con el pie.

Tom saltó de la silla, diligente, se agachó y tomó en brazos a Blackie.

—No tenías que haberle empujado, tía Melissa, él no te ha hecho nada —dijo, acariciándolo cariñosamente.

Melissa enderezó el cuerpo.

—Me está molestando. No se ha separado de mí desde que he entrado en la cocina —se quejó sin ningún tipo de arrepentimiento.

—Solo quiere un poco de atención —le dijo Abby—. Es un cachorro.

¿De qué mierda iba aquella mujer?

—Ya os tiene a vosotros para que le deis toda la atención que necesita —dijo con desprecio—. Deberíais dejarle en el jardín.

—Blackie no tiene por qué estar en el jardín solo. Tenemos el permiso del señor Barclay para que esté en casa —dijo Abby.

—Ya lo veo —farfulló Melissa.

Torció el gesto con desaprobación. No estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria.

—Tom, siéntate y termina de comer, si no se va a enfriar el puré —indicó Abby, para cambiar de tema. Le hervía la sangre. ¿Cómo podía Melissa tratar así a un pobre animalito?

Tom dejó a Blackie en el suelo y volvió a sentarse.

Los dos levantaron la vista de repente cuando escucharon el grito histérico de Melissa.

—¡Aaay! —exclamó, dando un salto.

Cuando Abby miró, Blackie estaba enganchado en su tobillo con las uñas.

Melissa sacudió el pie para quitárselo de encima, pero no lo consiguió. El gatito estaba pegado a ella como una lapa.

—¡Jodido gato! —ladró, molesta.

—¡Oh, Dios! —Abby se levantó corriendo de la silla y se acercó a Melissa—. No te muevas —le indicó, mientras que, con paciencia desprendía las uñas de Blackie de sus medias.

Estaba bien enganchado para ser tan pequeño.

Qué Dios o el Diablo la perdonase, pero Abby tuvo que morderse los labios para no reírse.

—Maldita sea, me ha roto las medias —gruñó Melissa, demasiado enfadada para disimular la rabia que se reflejaba en su cara.

Abby miró su pierna, varios agujeros con sus correspondientes carreras surcaban las medias de arriba abajo.

—Lo siento —dijo tratando de no romper a reír.

Melissa la fulminó con la mirada. Sus ojos echaban chispas.

—¡¿Tú sabes cuánto cuestan estás medias?! —gritó.

Abby supuso con mofa que lo mismo que el vestido de seda salvaje que no quería que Tom le manchara el día que estaba pintando con acuarelas el ciempiés.

—Es solo un gato, no lo ha hecho con mala intención —dijo Abby, para defenderlo.

—¡Es un gato del demonio! —bufó Melissa, como si pensara que Blackie estuviera poseído. Se enderezó de golpe—. Apártate —le pidió a Abby con brusquedad.

Ella retrocedió un paso. Melissa cruzó la cocina a zancadas en dirección a la puerta.

—¿Ya te vas? —le preguntó Abby, con ironía.

Melissa se volvió a mirarla, pero siguió caminando con pasos largos y, sin despedirse de Tom, se fue, dejando detrás de sí el denso olor de su perfume, como fiel testigo de que había estado allí.

Abby no quería reírse, de verdad que no quería, pero recordar la situación… A Blackie enganchado en el tobillo de Melissa y ella tratando de zafarse de él. Había sido tan cómico.

Se giró, dando la espalda a Tom, y carraspeó intentando disimular la risa que estaba a punto de atragantarla. No sería un buen ejemplo para él. Sin embargo, el niño también se estaba riendo mientras acariciaba a Blackie con la mano. El pobre animalillo se había asustado con tanto zarandeo.

—Te has defendido muy bien, Blackie —oyó que le dijo al gato.

Abby se volvió.

—No, Tom. Lo que ha hecho… —Parpadeó varias veces y tomó aire para que no se le escapase la risa—. Lo que ha hecho no está bien.

—Pero ella se lo ha buscado, porque le ha empujado con el pie —dijo Tom.

—Sí, pero… —Abby trataba de poner un poco de cordura, pero le era imposible—. Oh, Dios, no puedo seguir con esto —balbuceó. Y terminó echándose a reír sin poder contenerse—. Esto no está bien, Tom —dijo.

—Pero ha sido gracioso —afirmó él—. ¿Has visto el bote que ha dado mi tía?

—Sí —respondió Abby entre risas.

Estaba apoyada en la encimera, con la cabeza hacia abajo y la boca tapada con la mano. Aquello ya no había forma de pararlo.

—Y Blackie agarrado a ella como una lapa —continuó Tom.

Abby no podía parar de reír.

—Ya, Tom, tu padre nos mataría si supiera que nos estamos riendo de lo que el gato le ha hecho a tu tía —dijo, poniendo un poco de sensatez al momento—. Venga, ve a lavarte los dientes mientras yo recojo los platos y los meto en el lavavajillas.

CAPÍTULO 31

A la mañana siguiente, Abby pudo comprobar las consecuencias que había tenido aquel incidente.

Asher entró en la cocina cuando le estaba preparando el desayuno a Tom.

Tenía una expresión seria. Más seria de lo habitual y Abby supo que pasaba algo.

—Quiero hablar con vosotros dos —dijo, sin ni siquiera dar los «buenos días».

—¿Qué ocurre? —se adelantó Abby, dejando la caja de cereales sobre la mesa.

—¿Qué pasó ayer con el gato y Melissa? —preguntó Asher.

Abby no daba crédito. ¿Melissa se lo había contado?

Joder, le había faltado tiempo para irle con el cuento a Asher.

Menuda chivata.

¿Acaso no era consciente de que su sobrino se podía ganar una regañina por parte de su padre? Evidentemente no pensaba en Abby, pero debería haber pensado en Tom.

—Fue un incidente sin importancia —respondió Abby, tratando de restar hierro al asunto.

—Melissa me contó que el gato le arañó y le rompió las medias —dijo Asher.

—Tía Melissa dio un empujón con el pie a Blackie y lo cayó —intervino Tom.

—Tom, deja que hable la señorita Jones —le pidió su padre con cara de pocos amigos.

—Eso es exactamente lo que pasó —corroboró Abby, mirando a Asher.

—Blackie lo único que hizo fue defenderse —volvió a hablar el niño.

—¡Tom! —la simple exclamación sirvió para amonestarlo.

El niño se calló.

Abby se adelantó un paso, dispuesta a sacar la cara por Tom y por el gato.

—Blackie solo respondió al trato que le dio Melissa —dijo—. Ningún animal se merece que le den un empujón con el pie, y menos un cachorro. —Abby cruzó los brazos por delante del pecho—. Además, no creo que tenga ningún problema con que le rompiera las medias, debe tener como mil pares más en algún cajón de su casa —añadió sin poder morderse la lengua.

—Tenga cuidado con lo que dice, señorita Jones —le advirtió Asher—. Melissa es la hermana de mi exmujer y la tía de Tom.

«Pues a veces parece que a ella misma se le olvida», pensó Abby en silencio.

—A partir de ahora, el gato se queda fuera, en el jardín. Ponedle ahí el arenero y el comedero. Solo podrá entrar en tu habitación para dormir contigo, Tom. —Lo miró—. El resto del tiempo estará fuera.

Asher sabía, a pesar de todo, que la presencia del gato durante la noche ayudaba a su hijo a conciliar el sueño desde la muerte de su madre, y no quería privarle de eso.

—Papá, no puede quedarse en el jardín, es muy pequeño —protestó el niño.

Asher se volvió hacia él.

—¿Es que no me has oído, Tom? No es invierno, no se morirá de frío —arguyó.

Abby no podía creerlo.

—Señor Barclay, lo que está haciendo es muy injusto —dijo.

La mirara gris de Asher se posó en ella. Mostraba una expresión acerada.

—¿Alguna vez va a estar de acuerdo conmigo, señorita Jones? —le preguntó con un punto de mordacidad en la voz—. Empieza a cansarme que siempre tenga que llevarme la contraria. Es mi hijo, es mi casa y son mis normas, y si no le

gustan, ya sabe lo que puede hacer —sentenció.

Y sin dejarle replicar, dio media vuelta y se fue.

Tom, que había estado aguantando en silencio el llanto hasta ese momento, corrió hacia Abby y se abrazó a sus piernas con fuerza, apoyando la cara contra su muslo.

—Ya, cariño —susurró ella, acariciándole suavemente la cabeza en un gesto de consuelo.

Abby se quedó mirando el hueco de la puerta por el que acababa de salir Asher. Tenía los ojos vidriosos.

Últimamente Asher no dejaba de recordarle, de una u otra forma, que no era más que una empleada. Una de tantos como tenía en todas las empresas de las que era dueño.

Se mordió el labio de abajo.

—No te preocupes, Tom, Blackie va a estar bien —afirmó.

De camino al colegio, Abby reflexionó sobre lo que había pasado. Lo que había provocado Melissa no tenía nombre.

Y lo había hecho solo para ganar puntos con Asher. De eso Abby estaba segura.

¿Cómo podía haber contado lo que había sucedido como si fuera una tragedia griega y no como una simple anécdota?

Si Blackie le había roto las medias, la solución pasaba por comprarse otras y punto. Tal y como le había dicho a Asher, tendría otros mil pares guardados en un cajón.

Abby percibía que había algo raro entretejido en la forma de actuar de Melissa, como si hubiera una especie de competencia entre Tom y ella y Melissa. O para ser más específicos, entre ella y Melissa.

Melissa había conseguido que Asher les obligara a dejar a Blackie en el jardín y con toda probabilidad lo vería como un triunfo sobre Abby.

Era un juego muy sucio. Muy muy sucio.

¿Es que no pensaba en Tom? ¿En las consecuencias para él? Joder, era su sobrino.

Abby se preguntó qué diablos veía en ella para considerarla una rival a la que ganar en su estúpida competición infantil. Solo era la niñera.

Asher lo había dejado claro.

Y tenía razón.

Si no estaba conforme con las normas, podía largarse.

Alzó los ojos y miró a Tom por el espejo retrovisor. Tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla y dirigía la vista hacia un punto indeterminado del otro lado del cristal.

La decisión que había tomado Asher con respecto a Blackie lo había dejado alicaído.

Abby suspiró.

Le dolía verle así.

Se había encariñado mucho con él y, tal vez, solo tal vez, esa era una de las cosas que había hecho mal. En unos meses su contrato se acabaría y Tom y Asher saldrían de su vida para siempre, y ella de la vida de ellos.

Aquel trabajo era algo temporal. Ella solo era la niñera. De vez en cuando debería recordarlo.

Sin embargo, temporal o no. No quería ver triste a Tom.

—Oye, ¿qué te parece si esta tarde vamos a una tienda de mascotas y le compramos a Blackie una casita? He visto unas muy chulas en *Liz's Pet Shop*.

—Vale —contestó Tom, aunque sin mucho entusiasmo.

—La pondremos en el porche de la cocina para que esté resguardado. Ahora no hace frío y las cristaleras son enormes, así que va a ser como si estuviera en

casa —dijo, tratando de animarlo.

En aquella ocasión el niño no dijo nada, se limitó a seguir mirando por la ventanilla del coche.

Por muy tía de Tom que fuera, por mucha sangre y parentesco que compartieran, en aquel momento Abby quería matar a Melissa. A ser posible, con sus propias manos.

CAPÍTULO 32

Los días siguientes Abby se limitó a hacer su trabajo y a no abrir mucho la boca.

Tom estaba enfadado con su padre, con quien mantenía una actitud silenciosamente hostil, y también con su tía Melissa, a la que saludaba únicamente porque Asher le obligaba, pero a ella no parecía ser algo que le quitara el sueño.

Melissa tenía un objetivo claro, y no era su sobrino.

Abby procuraba evitarla, por Tom y por ella misma. No la soportaba, igual que Melissa (por la razón que fuera) no la soportaba a ella. Era algo que fluctuaba en el aire cuando estaban en la misma habitación. Algo que se podía llegar a palpar.

Una tarde Tom estaba jugando con Blackie en el porche de la cocina, el que daba al jardín trasero, donde habían puesto su casita para tumbarse y los

comederos.

El niño hacía rodar una pelota verde fluorescente que el gatito intentaba atrapar, dando saltitos de un lado a otro, observándola con los ojos entornados como si fuera el objeto más interesante del mundo.

Siguiendo un impulso, Abby se levantó del banco en el que estaba leyendo unos apuntes de Implantología, los dejó a un lado, y subió al despacho de Asher.

Él llevaba allí metido desde mitad de la tarde, trabajando, como siempre.

Abby subió la escalera del vestíbulo y cruzó el pasillo. Se detuvo frente a la puerta del despacho y respiró hondo. Finalmente alzó el brazo y llamó un par de veces con los nudillos.

—Adelante —oyó la voz profunda y concisa de Asher desde dentro.

Abby abrió la puerta.

—Señor Barclay, ¿tiene un par de minutos? —le preguntó, asomando la cabeza.

Asher dejó de teclear y levantó la mirada de la pantalla de su ordenador. El sol de media tarde daba a sus ojos un aspecto felino.

Asintió.

—Pase —dijo.

Abby se adentró un par de metros en el despacho, sopesando la idea de dejar la

puerta abierta, por si tenía que salir corriendo.

—Cierre la puerta —le ordenó Asher.

¡Vaya!, cualquiera diría que le había leído el pensamiento.

Abby cerró a su espalda, cruzó la estancia y se sentó en una de las sillas, frente a Asher.

Nunca había visto el despacho que Asher tenía en casa. Era un lugar sobrio y severo como el resto de la mansión, pero muy elegante. Los muebles eran marrón oscuro y las estanterías estaban colmadas de colecciones de libros numerados y archivadores atiborrados de papeles.

—Me gustaría hablar con usted —dijo, y se recolocó detrás de la oreja unos cuantos mechones que se le habían escapado del moño informal que llevaba en lo alto de la cabeza.

—¿Sobre qué quiere hablar conmigo, señorita Jones? —le preguntó Asher, mientras se hacía presente en el aire su suave fragancia de flores silvestres y cítricos.

Abby no se iba a andar por las ramas ni iba a dar rodeos.

—¿Cabría la posibilidad de que se replanteara que Blackie vuelva a quedarse en casa? —le preguntó.

Asher la miró a los ojos.

—No, señorita Jones, no cabe ninguna posibilidad. El gato se quedará donde está.

—Pero es que es injusto.

—Eso ya lo dijo el otro día, pero me alegro de que me haga partícipe de su parecer otra vez —dijo Asher con esa ironía sutil que tan bien manejaba.

Abby la ignoró.

—Pero es que lo es —insistió, a sabiendas de que probablemente estaba tensando demasiado la cuerda y de que se estaba jugando el puesto de trabajo—. Tom le echa mucho de menos y, por si no se ha dado cuenta, está muy desanimado desde que usted decidió que Blackie viviera en el jardín.

—Sí, y también me he dado cuenta de que está enfadado conmigo, pero tendrá que aprender a gestionarlo. A un niño no se le pueden dar todos los caprichos que pide.

—Esto no es un capricho.

—Señorita Jones, permito que el gato duerma con Tom, creo que estoy siendo bastante generoso —dijo Asher, y sus ojos, sin querer, repararon en el moño de Abby. Lo tenía sujeto simplemente con un pincho de metal que lo atravesaba de un lado a otro.

Asher se preguntó en silencio si tirando de él, su larga melena se soltaría.

Su propio pensamiento volvió a sorprenderlo, como hacía siempre. Se estaba

obsesionando con el deseo de verla cuando no tuviera el pelo recogido.

Se enderezó en la silla.

Definitivamente necesitaba tener una cita con alguna mujer. Buscaría en su agenda.

—Señor Barclay… —comenzó Abby.

—Señorita Jones, me empieza a preocupar que cuestione todo lo que digo —la cortó Asher. Cogió aire, armándose de paciencia—. Deje de insistir. ¿Es que usted no escucha?

Abby tuvo que morderse la lengua para no decirle que el que no escuchaba era él. Y no se trataba de que no la escuchara a ella, a quien no escuchaba era a su hijo.

—No voy a transigir en esto, no voy a ceder —añadió Asher, tajante.

Abby supo que había llegado el momento de parar. El tono acerado de su voz la advertía de que no debía abusar de la situación. Si seguía tirando de la cuerda, acabaría rompiéndola.

—Está bien, ya lo he entendido —dijo, asintiendo con la cabeza.

Asher esperaba que así fuera.

Abby echó la silla hacia atrás y se levantó.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, Asher apoyó los codos en la mesa y juntó las yemas de los dedos.

Si algo no se podía negar es que la señorita Jones era obstinada. Muy, muy obstinada. Defendía sus ideas y luchaba por lo que creía correcto hasta el final, incluso aunque se jugara su puesto de trabajo.

Era como un perro negándose a soltar un hueso.

Asher sintió admiración por ella, y cuando se dio cuenta de ese sentimiento, negó para sí.

Detestaba sentir interés por la señorita Jones, pero se había convertido en una especie de picor que no podía dejar de rascar.

Quería que le fuera indiferente, pero desde hacía algún tiempo, Abby le era todo menos indiferente.

Frustrado, bajó la mirada hasta el cajón superior de su escritorio, lo abrió y sacó una agenda con las solapas de cuero negro que había en el fondo.

Buscó un nombre en concreto. Una abogada que había tenido como oponente en un juicio celebrado un par de meses atrás, y que había mostrado interés en quedar con él. Asher le había dicho que quizá en otra ocasión, aduciendo que estaba muy ocupado.

Pues había llegado esa ocasión.

Esperaba que saliendo con Amanda se le quitara de la cabeza la señorita Jones

y esa maldita obsesión de verla con el pelo suelto y de meter los dedos entre sus mechones para acariciárselos.

Cogió el móvil apoyado en la mesa y marcó el número que aparecía en la tarjeta que sostenía en la mano.

Esperó un tono, dos, tres…

—¿Sí? —contestó una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿Amanda?

—Sí, soy yo.

—Soy Asher Barclay —se presentó.

CAPÍTULO 33

Abby se encontraba recogiendo unos juguetes de Tom cuando oyó la voz de Asher detrás de ella.

—Señorita Jones, ¿puedo hablar con usted?

—Claro —dijo.

Se giró hacia él con el montón de juguetes entre las manos.

—¿Podría quedarse el viernes por la noche con Tom? —le preguntó Asher.

—Sí, por supuesto —respondió Abby.

—Tengo una cita y no sé cuándo regresaré, así que es mejor que se quede a pasar la noche aquí —indicó Asher—. Le diré a la señora Lindstrom que le prepare la cama de la habitación en la que deja sus cosas.

Abby abrió la boca y trató de vocalizar un «Oh», pero nunca salió de su

garganta.

¿Asher iba a tener una cita? ¿Con una mujer?

Sintió calor en el rostro. ¿Se estaba ruborizando?

¡Mierda, no!

Uno de los juguetes que llevaba entre las manos se cayó al suelo. Algo que Abby agradeció, así podría ganar un poco de tiempo, tiempo que le vendría muy bien.

Le llevó varios segundos reaccionar. Tenía la sensación de que todo su cuerpo se había quedado sin fuerzas.

Se agachó y lo cogió. Cuando se levantó, puso su mejor cara de póker.

—Entonces, ¿no hay ningún problema? —le preguntó Asher.

—Ninguno —respondió ella, obligándose a sonreír.

Claro que no había ningún problema, excepto que tenía una cita. Una cita con una mujer.

Pero no dejaría que Asher viera que se sentía afectada por ello. No, bajo ningún concepto.

Tampoco es que tuviera derecho a estarlo. Solo era la niñera de su hijo. Asher Barclay podía salir con mil mujeres si quería.

Pero el caso era que sí la había afectado.

Desde que estaba trabajando para él, no había tenido una cita con ninguna mujer… hasta ese momento.

—Gracias —le agradeció.

—De nada —respondió Abby en tono neutro.

Asher salió del cuarto de juegos y Abby dejó caer de mala gana los juguetes que tenía en las manos, en el cajón donde se guardaban.

Menuda mierda.

Se mordió el labio de abajo.

«Haz tu trabajo y punto, Abby», se dijo.

No podía permitirse estar pendiente de la vida social de Asher Barclay. No, por supuesto que no. Tenía muchas cosas de las que ocuparse. Un niño que cuidar, unos estudios que sacar adelante…

Puso los brazos en jarra y resopló.

Apretando los labios dio media vuelta y bajó a la cocina para preparar la merienda de Tom.

Durante aquel viernes, Abby trató de mantener en todo momento una expresión neutra en el rostro. Sin embargo, no dejaba de preguntarse por qué le molestaba tanto que su jefe tuviera una cita.

Estaba viendo una película de dibujos animados con Tom cuando Asher entró en el salón, listo para irse.

Abby enmudeció al verle.

Llevaba un pantalón de traje negro y una camisa satinada gris, que se ajustaba a su torso de músculos perfectos como un guante. Se había dejado los botones superiores desabrochados. Algo que le daba un toque más informal de lo acostumbrado.

Asher siempre resultaba sexy, pero especialmente aquel día, pues había elegido una camisa que resaltaba el precioso color plateado de sus ojos.

Abby estuvo a punto de decírselo. Por suerte, en el último momento cerró la boca.

—Tom, pórtate bien —dijo Asher.

—Sí, papá —respondió escuetamente el niño.

Abby pensó para sus adentros que el que tenía que portarse bien era él y no su hijo, y tener las manos quietecitas.

—¿Todo bien, señorita Jones? —le preguntó Asher.

—Sí —dijo ella.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Abby se quedó escuchando el sonido de los zapatos de Asher hasta que se perdió tras la puerta que llevaba al garaje.

Después de ver la película, Abby acostó a Tom y recogió las sobras de las palomitas que se habían comido. Luego subió a la habitación de invitados y se sentó tras el escritorio para terminar un trabajo que tenía que presentar el martes de la siguiente semana.

Cuando se metió en la cama, le era imposible conciliar el sueño. De alguna manera, estaba esperando que Asher volviera a casa.

Esperaba oír la puerta abrirse, el sonido de las llaves, indicándole que ya había llegado y que la maldita cita había acabado por fin.

Abby abrió los ojos de golpe.

¿Y si no volvía porque había decidido pasar la noche en casa de la mujer con la que había tenido la cita?

Oh, Dios, ¿y si volvía a casa con ella?

Abby dudó de que, estando Tom allí, Asher se atreviera a llevar a una mujer. El niño podría encontrarse con ella al día siguiente. Aunque ese problema desaparecería si se fuera antes de que se levantara. Seguro que Asher lo había hecho así otras veces.

¡Mierda!

Abby apretó los labios, cogió la almohada y se la puso sobre la cabeza. Tenía que dejar de pensar tonterías y dormirse, si no, al día siguiente no podría mantenerse en pie. No quería pensar en las ojeras que tendría por la mañana.

CAPÍTULO 34

Exasperada por no dejar de dar vueltas, se incorporó en la cama. En un arrebato cogió la almohada y la lanzó al suelo.

Dios, era patético.

Ella resultaba patética en ese momento.

Necesitaba alguna bebida caliente que la hiciera dormir. Apartó las sábanas de un manotazo y se sentó en el borde de la cama. Dio la luz de la lámpara de la mesilla y deslizó los pies dentro de las pantuflas.

Consultó la hora en el móvil. Eran las dos de la madrugada.

—¿Solo? —gimió.

Aquella noche se estaba convirtiendo en la más larga de su vida.

Se puso de pie y salió de la habitación.

Bajó a la cocina con cuidado para no hacer ruido. No quería despertar a Tom. La casa estaba a oscuras excepto por el resplandor de los focos del jardín que se filtraba por los ventanales.

Asher no había vuelto, y Abby dudó que lo hiciera. Por lo menos, no tan pronto. Seguro que estaba follando salvajemente con quien fuera la mujer con la que había quedado.

La imagen le revolvió el estómago, porque le venían a la cabeza escenas que se podrían calificar como de cine porno.

La solución era sencilla. Simplemente tenía que dejar de encontrarle atractivo, sexy, fascinante… Por Dios Bendito, ¿de dónde salían todos aquellos calificativos?

Entró en la cocina y encendió la luz de la campana. Era más que suficiente para prepararse un té caliente.

Abrió el armario, sacó la cajita de madera donde los guardaba organizadamente y cogió una bolsita de té azul u oolong, que era bueno para reducir la ansiedad.

Asher entró en la casa oscura y silenciosa y dejó caer los hombros mientras

lanzaba un suspiro. Quizá de alivio. La cita con Amanda se le había hecho interminable.

Ella se había puesto un vestido de noche de color negro con un escote de vértigo; habían degustado una cena deliciosa y habían hablado tranquilamente, sobre todo de leyes, juicios y casos. Amanda había estado de acuerdo en todo lo que él comentaba, sin debate, sin discusión…, y Asher se había aburrido mortalmente.

Desde luego, Amanda no era como la señorita Jones, que siempre le llevaba la contraria, que siempre tenía preparado un «pero» en la punta de la lengua para darle un contrapunto, una réplica.

Asher cerró los ojos unos instantes y se apretó el puente de la nariz. La jugada le había salido mal. Muy mal.

Había pensado que una cita con Amanda serviría para apartar a Abby de su mente. Pero en lo único que pensaba mientras Amanda se le insinuaba, dándole a entender que estaba más que dispuesta a dejarle pasa la noche con ella en su casa, era en Abby y Tom sentados cómodamente en el sofá, atiborrándose de palomitas mientras veían una película. Asher había llegado a la conclusión, para su sorpresa, de que tal vez habría sido mejor plan.

La perspectiva de pasar la noche con Amanda lo había dejado, cuando menos, frío.

Aquella situación se iba haciendo más insostenible cada día que pasaba, pensó mientras se dirigía a la escalera.

Iba a subir a su habitación, cuando advirtió el tenue resplandor de color caramelo que salía de la cocina. Apartó la mano de la barandilla y cambió de dirección.

Vio a Abby sostener una taza entre las manos y dar un pequeño sorbo.

La larga trenza que recogía su pelo caía por uno de los hombros. Su boca, casi siempre curvada en una sonrisa, estaba fruncida en un gesto pensativo.

—Señorita Jones, ¿no puede dormir?

Al oír su voz, Abby dio un salto en la silla, haciendo caer la taza que tenía en las manos y derramando el té caliente por sus piernas.

Ahogó un grito.

Al verlo, Asher echó a correr hacia ella.

—¿Se ha quemado? —le preguntó, visiblemente preocupado.

—Creo que no —dijo Abby, que se quitaba el té con un paño que había encima de la mesa.

Asher se dirigió a la nevera, la abrió y sacó una jarra de agua fría.

—Déjeme —le pidió con voz suave.

Abby juntó las piernas y Asher empezó a echar lenta y cuidadosamente el

agua fría sobre sus muslos enrojecidos. Arrastró una silla frente a Abby y se sentó, mojó un paño con el agua fresca y le dio toquecitos sobre la piel.

Abby levantó la cabeza y lanzó un vistazo a la cocina, por si en la penumbra había alguna mujer.

No había nadie.

Asher había vuelto solo.

Su corazón empezó a latir de nuevo.

—Lo siento, no pensé que se fuera a asustar —se disculpó Asher, cortando el hilo de su pensamiento.

Abby le devolvió la atención al momento.

—No suelo sobresaltarme con facilidad —dijo—. Pero no sé… Supongo que no le esperaba.

«No tan pronto y no solo».

¿Le habría ido mal la cita?, se preguntó Abby. ¡Ojalá!

—Bueno, la cita ha sido muy aburrida —dijo Asher.

Abby se sorprendió de que le hubiera hecho aquella confesión, pero le sonó a música celestial en los oídos.

En el tiempo que llevaba trabajando para Asher Barclay, se había dado cuenta de que era un hombre reservado y serio, un hombre de pocas palabras. Al menos

con ella. Se preguntó si sería así con todo el mundo, o solo con la gente que no conocía bien. Aunque con su excuñada tampoco parecía ser muy hablador.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió decir.

Aunque no lo sentía. Ni un poco.

—No tiene importancia —respondió Asher.

Él no le dijo que últimamente las mujeres le aburrían sobremanera, por eso había dejado de tener citas. Al parecer, le aburrían todas menos ella.

—¿Le escuece? —le preguntó.

—Un poco —dijo Abby con una leve sonrisa.

—Tengo en el botiquín una crema con extracto de aloe vera especial para quemaduras, voy a por ella.

—No es necesario, mañana ya se me habrá pasado.

Asher se levantó de la silla, irguiéndose en toda su regia altura.

—Es la niñera de mi hijo y tengo que cuidarla, no quiero que me denuncie por intentar quemarle las piernas. ¿Se imagina que reputación tendría como jefe? —dijo—. Mucho peor de la que ya tengo ahora.

¿Eso había sido una broma? Parecía que aquel hombre tenía sentido del humor después de todo.

Asher sonrió de medio lado y Abby sintió que las mariposas de su estómago

echaban a volar.

Asher regresó al minuto. Se sentó de nuevo en la silla, destapó el bote de crema y con delicadeza le extendió un poco por los muslos aun enrojecidos.

—¿Siente alivio? —quiso saber.

—Sí, porque está fría.

Abby no pudo describir con palabras lo que sintió cuando sus dedos le acariciaron la piel. Pero un escalofrío le recorrió la espalda hasta erizarle el vello de la nunca.

Abby miró a Asher.

El resplandor de la campana perfilaba los rasgos de su rostro, resaltando los pómulos y el hueso de la mandíbula. Al tener la cabeza ligeramente inclinada, los mechones de pelo le caían hacia un lado de la frente, dándole un toque extremadamente *sexy*.

Abby se fijó en sus largas y densas pestañas y en la barba incipiente que oscurecía ligeramente su mandíbula; en las arruguitas alrededor de sus ojos y en sus sensuales labios.

Pensó que enamorarse de Asher Barclay podía acarrearle serios problemas. Aunque quizá no fuera evitable.

Abby bajó la mirada hacia sus piernas desnudas.

Había salido tan frustrada de la habitación por no poder conciliar el sueño que no se había preocupado de lo que tenía puesto y de que la camisola que llevaba apenas le cubría la mitad de los muslos. Por suerte le tapaba las braguitas.

Debido al susto que se había llevado al pensar que las quemaduras podían ser graves, Asher no había sido consciente de las piernas de Abby hasta ese momento.

Y no podía dejar de mirarlas.

Abby no era alta, pero sus piernas eran una delicia. Eran proporcionalmente largas y bien formadas y sus tobillos finos y delicados.

Asher se notó la boca seca, como si se hubiera bebido un vaso de arena.

Contra su voluntad pensó en lo que le haría si metiera la cabeza entre ellas.

¡Maldita fuera!

Apartó la mirada y su mandíbula se tensó imperceptiblemente.

—Creo que ya está —dijo.

Y se irguió en la silla.

—Gracias —le agradeció Abby, tratando de no pensar en lo cerca que estaban; en que el calor del cuerpo de Asher le producía deliciosos escalofríos.

Respiró hondo e intentó relajar sus nervios en tensión.

Asher le estaba empezando a volver loca y no tenía ni idea de ello.

—Será mejor que recoja todo esto —dijo Abby.

—No se preocupe, yo me encargo —repuso Asher.

Se levantó y retrocedió un paso. Necesitaba poner distancia con la señorita Jones. Sus piernas le estaban provocando pensamientos demasiado libidinosos.

—¿Seguro? No me importa. —Abby se levantó.

Asher tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarle las piernas.

—Vaya a dormir, señorita Jones —dijo.

—Pues gracias también por recoger todo.

—No tiene nada que agradecerme, he sido yo quien ha provocado que se tirase el té encima.

Abby le dedicó una tímida sonrisa y se despidió.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió Asher.

Abby cruzó la cocina y se marchó.

—Mierda… —farfulló Asher.

Lanzó un suspiro.

Qué irónica había resultado la noche. Amanda se había puesto despampanante con un elegante vestido y un escote que dejaba pocas cosas a la imaginación,

pero no le había excitado ni la mitad de lo que lo había hecho ver las piernas de Abby cubiertas por una sencilla camisola de algodón.

Cogió la fregona y se puso a recoger el agua del suelo en un intento de distraerse de sus pensamientos y de la reacción que había tenido su cuerpo. Pero no tuvo mucho éxito.

Necesitaba una ducha fría. Y a ser posible un trasplante de cerebro…

CAPÍTULO 35

Abby entró en la cocina estirando los brazos y bostezando, tratando de desperezarse. Pero cerró la boca de golpe cuando se encontró a Asher.

Tenía la boca tan abierta que podría haberle visto hasta las amígdalas.

—Uy perdón. No esperaba verlo aquí —dijo con su habitual naturalidad.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría despierto. Aunque el sol ya había salido lo suficiente para iluminar el interior de la cocina, aún era temprano. Pero Abby tuvo la impresión de que Asher llevaba bastante tiempo levantado.

Como era costumbre en él, estaba duchado, peinado y presentaba un aspecto inmaculado y asquerosamente perfecto.

Con un gesto de la mano señaló los platos con beicon, salchichas, tostadas y fruta fresca que había sobre la mesa. También había zumo de naranja en una jarra y café.

—Sírvase —le pidió.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó con escepticismo.

—Me he despertado demasiado temprano —se justificó Asher.

Después de recoger la cocina la anoche anterior, se había ido a la cama, pero el sueño no había venido con rapidez. Se quedó mucho tiempo despierto, mirando fijamente al techo, con el brazo por detrás de la cabeza, tratando de dar una explicación a lo que estaba sucediendo.

—No soy tan bueno como usted haciendo tortitas, pero me defiendo bien friendo el beicon —añadió Asher.

Abby no pudo evitar echarse a reír.

Asher tenía un sentido del humor muy particular, pero le gustaba.

—Esta semana haré unas pocas. Tom me las pide todos los días —dijo, al tiempo que se sentaba a la mesa.

Abrió los ojos con glotonería estudiando la oferta. Asher había preparado un desayuno como para una familia numerosa.

—No sé por dónde empezar —confesó animadamente mientras notaba cómo la boca se le hacía agua—. Suelo tomarme un café con leche y poco más.

Asher se acercó la taza a los labios y dio un sorbo.

—¿Qué tal tiene las piernas? —le preguntó.

—Bien, gracias. Ya no están enrojecidas y no me escuecen —respondió Abby, llenando una taza con café y leche.

—Me alegro.

Abby alzó la vista hacia Asher. Sus miradas se encontraron y ella sintió el impacto de sus penetrantes ojos grises. Un calor comenzó a recorrerle las venas.

Joder.

Necesitaba desactivar sus malditas hormonas, pero no sabía cómo hacerlo.

Asher la había contratado para cuidar de su hijo. Ese trabajo le daba la oportunidad de pagar la universidad y seguir con sus estudios. No podía arriesgarse a perderlo todo enamorándose del jefe.

—¿Siempre se recoge el pelo? —le preguntó de pronto Asher, observando los dos divertidos moñitos que se había hecho en lo alto de la cabeza.

Abby se quedó tan sorprendida, que tuvo que pedirle que le repitiera la pregunta, porque no se la esperaba y pensaba que había escuchado mal.

—¿Perdón? —dijo, mirándolo por el encima del borde de la taza.

—Siempre está con el pelo recogido.

—Tengo mucha cantidad y muy largo. Es más cómodo llevarlo recogido —contestó Abby—. Además, me da menos calor en este tiempo.

—Entiendo —repuso Asher.

Abby no sabía si esa pregunta era simplemente algo trivial para entablar conversación o tenía un trasfondo. Iba a pedirle que se lo aclarara, pero Tom entró en la cocina con Blackie en brazos, y el tema quedó suspendido en el aire.

—Buenos días —dijo en tono somnoliento.

—Buenos días, cariño —lo saludó Abby.

El niño se acercó a ella y Abby le dio un cariñoso beso en la mejilla. Después se acercó a Asher, que también le besó en la frente.

—Te has levantado muy pronto —le dijo.

—Es que Blackie tenía hambre —contestó Tom, frotándose un ojo con el puño.

—Entonces vamos a ponerle la comida —dijo Abby.

Se levantó, se dirigió a la despensa y cogió una de las latas de comida de Blackie, mientras Asher leía las noticias del día en el periódico.

Tom salió a la terraza y dejó al gatito en el suelo mientras Abby le servía el contenido de la lata en el comedero. Blackie enseguida metió la cabeza y comenzó a comer.

Tom miró a Asher.

—¿Se puede quedar la puerta de la terraza abierta mientras desayuno? —le preguntó.

Asher accedió, asintiendo con la cabeza.

—Sí —dijo.

Tom sonrió y se sentó a la mesa.

—Primero, lávate las manos —le ordenó Abby, con los brazos en jarra.

—¿Es necesario? —preguntó Tom.

—Es absolutamente necesario —afirmó Abby.

Tom hizo un mohín con la boca y lanzó un suspiro dramático, pero se bajó de la silla y, obediente, se dirigió al fregadero.

—Te advierto que voy a inspeccionarlas —dijo Abby.

—Sí, señora —respondió el niño, resignado.

Tom colocó el taburete adaptado a él, se subió, dio el grifo y con el jabón de manos con olor a limón se frotó las manos bajo el agua.

Asher observaba la situación en silencio. Una sonrisa se escapó de sus labios.

Contratar a la señorita Jones como niñera había resultado ser la mejor decisión, pese a todas las reticencias y dudas iniciales. Había conectado con Tom desde el primer día y era indiscutible que él la adoraba.

Abby estaba contribuyendo a que el duelo por la muerte de su madre fuera más llevadero. Tenía un tacto y una mano izquierda como pocas personas.

Tom se bajó del taburete.

—A ver —dijo Abby. El niño puso las manos bocarriba, enseñándole las palmas—. Muy bien —concluyó. Tomó un paño del cajón y se las secó—. Ahora ya puedes sentarte a desayunar.

Tom corrió hacia la mesa y se sentó de nuevo en la silla. Abby también se lavó las manos y se sentó.

—¿Quieres tostadas o cereales? —le preguntó a Tom.

—Tostadas —dijo el niño.

Mientras desayunaban, observaban a Blackie, que daba pequeños saltos con sus patitas intentando atrapar una mariposa que revoloteaba por encima de él.

Tom se partía de risa y Asher y Abby se contagiaban de sus carcajadas. La mariposa estaba consiguiendo volver loco a Blackie.

Abby miró al padre y al hijo y se dio cuenta de que era la primera vez que compartían mesa los tres, y tuvo la sensación de que eran una familia. Una familia un sábado por la mañana cualquiera, desayunando tranquilamente antes de empezar la jornada.

Cuando aquel pensamiento caló en su mente, y fue consciente de lo peligroso que era, negó para sí, horrorizada. ¿Cómo se le había ocurrido algo semejante? No debía de dar rienda suelta a ese tipo de visiones ni de ideas.

—Tom, ¿quieres zumo de naranja? —le preguntó, tratando de engañar a su

mente para que no fuera por ese camino.

—Sí —contestó él.

Asher cogió la jarra, que estaba en el otro extremo de la mesa, y se la pasó a Abby. Cuando ella la agarró, sus dedos se rozaron.

Estaban cálidos y suaves, y ambos evocaron en su mente el momento que habían vivido la noche anterior.

—Gracias —dijo Abby.

El móvil de Asher sonó.

¿Quién le llamaría tan pronto?, se preguntó Abby. Era sábado.

—Buenos días, Melissa —la saludó Asher al descolgar.

¡Claro, Melissa! ¿Quién más podía ser?

—Sí, estoy en casa.

—…

—Sí, yo te llevo.

—…

Abby puso los ojos en blanco sin que ni Asher ni Tom la vieran. ¿Es que Melissa no sabía lo que era un taxi? ¿Un Uber? ¿Andar?

¿Por qué a todos los sitios la tenía que llevar Asher? Le había convertido en su

chófer particular.

—Te espero aquí —se despidió él.

Parecía que Melissa había hecho la llamada desde la verja exterior, porque cinco minutos después estaba allí.

Cada vez que aquella mujer aparecía, Abby tenía la sensación de que invadía la casa de Asher.

En cuanto puso un pie en la cocina, aquel encantamiento en el que estaban inmersos los tres, Asher, Tom y ella, se hizo añicos, saltó por los aires como un barril de pólvora.

Melissa miró a Abby, que acababa de cerrar la puerta de la terraza para que Blackie no entrara. No quería que volviera a romperle sus caras medias, y montara un pollo.

—¿No es muy pronto para que estés aquí? —le preguntó.

¿Por qué tenía que estar tan pendiente de ella? ¿Por qué no, simplemente, la dejaba en paz?

—Abby se ha quedado esta noche conmigo porque papá ha tenido una cita —intervino Tom con la espontaneidad característica de los niños.

Y dio un mordisco a su tostada con mermelada de fresa.

Abby pensó que ella no le habría dado una respuesta mejor.

Melissa giró el rostro hacia Asher, que seguía leyendo el periódico. A Abby le recordó a esas serpientes que alzan medio cuerpo en alto y vuelven la cabeza observando a la presa.

—¿Tuviste una cita? —dijo.

—Sí —respondió escuetamente Asher.

El ambiente se cargó de tensión.

—¿Y… quién fue la afortunada? —Melissa intentaba que su voz sonara despreocupada, pero sus ojos escupían fuego. Una vena se le infló en el cuello, amenazando con explotar de un momento a otro.

—Una abogada con la que coincidí en un juicio —respondió Asher, que tenía pocas ganas de darle explicaciones a su excuñada.

—¿Y lo pasaste bien?

—Fue una cita sin más —dijo Asher. Cerró el periódico, lo dejó encima de la mesa, y se levantó de la silla—. Será mejor que nos vayamos, tengo una reunión con el ayudante del fiscal del distrito y no quiero llegar tarde.

Se acercó a Tom y le dio un beso en la cabeza.

—Hasta luego —se despidió.

—Adiós, papá —respondió él.

Melissa conocía demasiado bien a Asher como para saber que no iba a sacarle

ni una palabra más, por más que lo intentara o por más que quisiera satisfacer su viperina curiosidad. Así que sonrió con una falsa dulzura y salió con Asher de la cocina.

Abby se alegró de que Asher hubiera tenido con ella la suficiente confianza como para confesarle que había sido una cita aburrida y que a su excuñada no le diera más explicaciones.

—Tom, ¿tu tía Melissa ha pasado algún día contigo? —le preguntó. Ni siquiera se había despedido del niño.

—No —negó él—. Mi tía viene a ver a mi padre, no viene a verme a mí.

Abby se quedó perpleja. Tal y como había pensado desde el principio, Tom era un niño muy inteligente y perceptivo. Incluso a sus cinco años se había dado cuenta de que Melissa tenía más interés en su padre que en él. El niño parecía tenerlo normalizado, lo que llevó a Abby a la conclusión de que siempre había sido así.

—Bueno, ¿qué quieres que hagamos hoy después de ordenar la habitación y hacer los deberes que tienes que presentar el lunes en el cole? —le preguntó, mientras recogía la mesa.

Detrás de ellos, Blackie maullaba como un alma en pena, sentado frente a la puerta de cristal.

Abby se acercó y la abrió, dejando que entrara trotando en la cocina y corriera

a investigar cada uno de sus rincones.

Miró a Tom y se llevó el dedo índice a los labios.

—Shhh… —siseó con una sonrisa de complicidad con el niño.

Tom también sonrió.

Iban a estar solos en casa, así que Blackie podía quedarse con ellos un ratito, y Olive les guardaría el secreto.

CAPÍTULO 36

A media tarde, Abby y Tom estaban en el jardín trasero jugando con Blackie.

Sonó el timbre de la puerta, y Abby escuchó la voz de Olive diciendo que ella abría.

Unos segundos después se escucharon varias voces masculinas.

Abby apenas parpadeó ante la presencia de los tres hombres que estaban de pie en el umbral de la puerta acristalada que daba al jardín.

No conocía a ninguno y, aunque tenían rasgos diferentes, se adivinaba en ellos que eran indiscutiblemente Barclay. Altos, atléticos, atractivos y muy guapos.

—¿Dónde está nuestro sobrino favorito? —dijo uno de ellos con los brazos abiertos de par en par. Un hombre de unos treinta años con un extraordinario parecido a Asher, con el pelo oscuro y los ojos claros, pero con el mismo porte elegante e imponente que él.

Tom giró la cabeza.

—¡Tío Bastian! —gritó.

Se puso de pie rápidamente y corrió hacia él. Se tiró a sus brazos y Bastian lo cogió al vuelo.

—Hola, campeón —lo saludó su tío, dándole un cariñoso abrazo.

—¿Y para nosotros no hay un abrazo? —bromeó un hombre de unos sesenta y siete años aproximadamente, de aspecto atractivo a pesar de su edad, con el pelo y la barba con abundantes hebras plateadas.

—¡Abuelo! —dijo Tom.

El hombre lo cogió y al igual que Bastian, le dio un fuerte abrazo.

—Qué ganas tenía de verte —le dijo el hombre, achuchándole contra él.

—Y yo a ti, abuelo.

Después fue el turno del hombre más joven, que rondaría los veintiséis años y que también guardaba con los otros y con el propio Asher un gran parecido. Tenía el cabello oscuro, pero más claro que sus hermanos, aunque compartía el color de ojos con ellos.

—¡Tío Aaron!

—¡Arriba! —El hombre tomó a Tom en brazos y se lo apoyó en la cadera—. Hey, has crecido mucho desde la última vez que te vi. ¿Cuánto? ¿Quince

centímetros? —exageró.

Tom se echó a reír.

—No tanto, tío Aaron —dijo.

—Luego te mido.

—Vale.

—Oye, nos tienes que contar cómo te va como bateador oficial del equipo del cole —dijo Bastian.

—Dentro de algunas semanas vamos a jugar nuestro primer partido con público —respondió Tom, muy ilusionado.

—Estás hecho un *crack*.

—Te hemos traído una cosa —intervino su abuelo.

Aaron dio un beso en la mejilla a su sobrino y lo dejó en el suelo.

—¿Qué es? ¿Qué es? —dijo Tom, entusiasmado, dando palmas.

Su abuelo le tendió una bolsa de papel de una juguetería que el niño se apresuró a abrir. De ella sacó tres cajitas negras con letras amarillas.

—¡Tres coches para mi colección! —exclamó dando saltitos en el sitio.

En aquel momento Abby entendió de dónde había salido la extensa fila de coches en miniatura que había en una de las estanterías de la habitación de Tom

y que cuidaba como si fuera un tesoro.

—¡Muchas gracias! ¡Me encantan! —dijo el niño, abrazando de nuevo a cada uno de los hombres.

Su alegría y el brillo que destellaba en sus ojos infantiles se contagió a todos.

El abuelo alzó la vista hacia Abby.

—Esta chica se estará preguntando qué quiénes somos —tomó la palabra—. Lo menos que podemos hacer es presentarnos —dijo, avanzando un paso con el brazo extendido—. Tú debes de ser la señorita Jones —dijo.

—Prefiero que me llame Abby —contestó ella, algo abrumada y al mismo tiempo encantada de conocer al padre y a los hermanos de Asher.

—Lo entiendo, Abby. —El hombre sonrió—. Asher puede llegar a ser demasiado formal. Yo soy Edward Barclay, su padre.

—Mucho gusto —dijo ella, estrechándole la mano.

—Yo soy Bastian, el hermano mediano. Encantado, Abby.

—Igualmente.

Aaron dio un paso adelante.

—Yo soy el pequeño, Aaron.

—Mucho gusto, Aaron. —Abby le dio la mano que le ofrecía.

—Encantado —dijo él—. Asher nos ha hablado de ti, pero sobre todo Tom. Teníamos muchas ganas de conocerte.

—Te adora —afirmó Edward.

—Y yo a él.

—Mira, Abby —dijo en ese momento Tom, levantando los brazos y enseñándole los coches.

Abby se puso de cuclillas para estar a su nivel. Sabía que era la mejor forma de comunicarse con un niño, sin obligarle siempre a él a tener que alzar la cabeza y a mirar desde abajo.

—Son muy bonitos —dijo, compartiendo su entusiasmo.

—Sí, ¿verdad?

Abby asintió.

—Tenemos que abrir un hueco en la estantería para ponerlos —dijo.

Tom le mostró un coche clásico rojo con el número 11 en un lateral que parecía de carreras, aunque Abby no entendía mucho.

—Este es un Ferrari 625 F1 Mike Hawthorn.

—¿De qué año es? —le preguntó Bastian.

—De 1954 —respondió Tom sin dudarlo.

Se miraron entre sí.

—Es un portento —afirmó Aaron, con orgullo de tío—. Yo ni siquiera me acuerdo de lo que he desayunado —bromeó.

Soltaron una carcajada, y Abby empezó a sentirse menos abrumada.

Blackie, que también demandaba su cuota de atención, llegó trotando hasta ellos.

El primero que reparó en él fue Aaron, que enseguida se agachó y lo tomó en brazos.

—¿Y este gatito? —dijo, dejando entrever en el tono de su voz cierta sorpresa.

Blackie ronroneó a su caricia.

—Es Blackie —contestó Tom.

Tanto Edward como Bastian alargaron la mano y le hicieron unas cuantas carantoñas, a las que el gato respondió con más ronroneos.

—¿Qué hace un gato aquí? —preguntó Edward.

Conociendo a su hijo, le extrañaba ver un felino correteando por la casa.

—Abby y yo lo encontramos abandonado en la verja exterior un día que llovía mucho —explicó Tom—. Y Abby convenció a papá para que dejara que me lo quedara.

Bien era cierto que el plan de Asher era que su estancia fuera temporal, pero a

esas alturas incluso él mismo ya se había hecho a la idea de que el gato no saldría de casa.

Los ojos de Bastian se posaron en Abby.

—¿Convenciste a mi hermano para quedarse con el gato? —le preguntó.

—Sí.

—Pero si Asher odia los gatos —comentó Aaron—. Si estuviéramos en Navidad, diría que es un «milagro de Navidad».

—Es que Abby es muy buena convenciendo a papá —dijo Tom.

Los tres hombres miraron con curiosidad a Abby y, de alguna forma, los tres se estaban preguntando qué era lo que estaba ocurriendo. ¿Asher dejándose convencer de… algo? Y lo más llamativo, ¿dejándose convencer de tener un gato en casa?

—Al principio estaba en casa con nosotros, pero le rompió las medias a tía Melissa y papá nos obligó a dejarle en el jardín, aunque puede dormir conmigo —dijo Tom.

—¿Le rompió las medias a Melissa? —repitió Aaron con expresión divertida en el rostro.

—Sí, pero Blackie solo se estaba defendiendo, porque tía Melissa le empujó con el pie y le cayó —repuso Tom.

—¿Y solo le rompió las medias? ¿No hubo ningún pequeño arañazo? ¿Un poco de sangre? —agregó Aaron, en un tono de voz que daba a entender que le hubiera encantado que algo así hubiera sucedido.

—Solo le rompió las medias —contestó Tom.

Tanto los hermanos como el padre de Asher pusieron los ojos en blanco.

—Melissa… —suspiró Edward.

Y la forma en que pronunció el nombre le reveló muchas cosas a Abby. Para empezar, que ninguno de los tres la soportaba. ¿Por qué a Abby no le sorprendía?

—Bueno, más que una defensa fue una venganza —puntualizó Abby.

Todos se echaron a reír.

—Me gustaría haber visto su cara —dijo Bastian.

Si Tom no hubiera estado delante (al fin y al cabo, era su tía y eso lo tenía que respetar), Abby no dudaba de que tanto Edward como Aaron y Bastian hubieran hablado cosas muy jugosas de ella.

En ese momento la música del teléfono de Abby sonó. Lo sacó del bolsillo trasero del vaquero.

Era Asher.

Mientras Abby descolgaba la llamada, el padre y los hermanos de Asher se

pusieron a hablar con Tom y a jugar con Blackie.

—Dígame, señor Barclay —respondió Abby.

—Señorita Jones, mi padre y mis hermanos llegaran a casa más o menos en una hora. Vienen a cenar y a pasar la noche con Tom y conmigo.

—Ah, si…, ellos ya están aquí —le anunció Abby.

Hubo un par de segundos de silencio.

—¿Ya han llegado?

—Sí.

—Pero si me dijeron que llegarían a las seis —se quejó Asher.

Abby no se podía creer que fuera estricto incluso para eso. ¿Qué importaba si habían llegado antes? El mundo no iba a dejar de girar.

Aaron hizo una mueca a Abby.

—¿Es mi hermano? —le preguntó en voz baja.

Ella afirmó con la cabeza varias veces.

—Pásamelo, por favor —dijo Aaron, haciéndole una señal con los dedos.

Abby alargó el brazo y le dio el teléfono.

—Asher, deja de trabajar de una jodida vez y ven para acá —le soltó, con la confianza y la camaradería que hay entre hermanos.

—Me dijisteis que llegaríais a las seis —señaló Asher al otro lado de la línea telefónica.

Aaron suspiró.

—Joder, no puedes ser tan pesado —masculló.

—Estoy en el descanso de una reunión muy importante y no puedo salir hasta dentro de media hora.

—Es sábado. —Aaron lo dijo a modo de recordatorio.

—Sí, y mañana domingo —dijo Asher con mordacidad.

Aaron negó para sí. Su hermano era imposible.

—Aquí te esperamos —dijo, dando por zanjada la conversación.

—Pásame de nuevo con la señorita Jones —dijo Asher.

Aaron le devolvió el teléfono a Abby.

—Mi hermano quiere hablar contigo —dijo.

—Dígame, señor Barclay.

—Señorita Jones, no se asuste, mis hermanos a veces pueden llegar a ser muy… enérgicos.

Abby sonrió. Curiosa manera tenía Asher de definir a sus hermanos.

—Se le olvida que me crie en una familia el doble de numerosa que la suya —

bromeó. Pudo escuchar el tenue sonido de la sonrisa de Asher a través del teléfono—. No se preocupe, todo está bien —se apresuró a decir.

Y realmente todo estaba bien. Sus hermanos le habían caído genial. De hecho, eran menos imposibles de tratar que él.

—Llegaré lo antes posible —avisó Asher—. Después se puede marchar a su casa.

—Vale.

—Hasta luego, señorita Jones.

—Hasta luego, señor Barclay.

Abby colgó y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Asher sigue igual, casado con su trabajo —le oyó decir a Aaron en tono socarrón cuando se unió de nuevo al grupo.

Y ella estaba totalmente de acuerdo. Asher no tenía en su vida un lugar para que nada que no fuera su trabajo.

CAPÍTULO 37

Abby salió al jardín con una mochila de color rosa colgada al hombro.

—Yo ya me voy —dijo—. Encantada de conoceros, chicos —se despidió del padre y de los hermanos de Asher.

Él hacía un rato que había llegado a casa y, por tanto, la jornada laboral de Abby había terminado.

Tom, que estaba jugando con su tío Aaron a lanzarse una pelota, y Blackie a tratar de cogerla, salió corriendo hacia Abby.

—No, no te vayas, Abby. Quédate con nosotros —le suplicó.

—Cariño, tengo que irme. Es una cena familiar —le explicó ella.

El niño hizo un mohín con la boca.

—Pero yo quiero que te quedes. Por favor, por favor, por favor…

—No puedo, Tom —dijo Abby, suavizando su negativa con una sonrisa.

—Por favor, por favor, por favor… —insistió Tom.

—Sí, quédate, Abby, tenemos cena de sobra para todos —dijo Edward con amabilidad, haciéndole una invitación formal.

—Sí, quédate —dijeron también Bastian y Aaron.

Abby se mordió el labio.

Tanto el padre como los hermanos de Asher le habían caído genial, y de buena gana se quedaría a cenar con ellos. La velada se presentaba deliciosa, pero no quería incomodarlos o pecar de atrevida. Era una cena familiar.

Miró a Asher, que pareció ver sus dudas reflejadas en sus grandes ojos castaños.

—Señorita Jones, venga conmigo —dijo.

Abby se giró y le siguió por el jardín hasta llegar a la cocina.

—Si quiere quedarse a cenar con nosotros, tiene toda la libertad de hacerlo —comenzó Asher, apoyando la enorme mano en el borde de la isla. Abby se colocó frente a él.

—No quiero molestar —fue su respuesta.

Se moriría de vergüenza si el padre y los hermanos de Asher creyeran que era una *acoplada*, una inoportuna o que estaba interrumpiendo una reunión familiar

en la que, por supuesto, no debería estar.

—Usted nunca molesta —aseveró Asher.

Abby le dedicó una sonrisa rápida, sintiéndose halagada.

—Ya ha visto que Tom quiere que se quede, y mi padre y mis hermanos están encantados de contar con su presencia —dijo Asher.

Abby lo miró a los ojos. Con el sol del atardecer brillaban con un precioso destello plateado.

—¿Y usted? —se atrevió a preguntarle.

—Por supuesto —respondió Asher, sosteniéndole la mirada—. Pero de ningún modo quiero que se sienta obligada o forzada a quedarse a cenar solo porque Tom insiste. Ya sabe cómo son los niños.

—Creo que a estas alturas me conoce un poco como para saber que suelo decir siempre lo que pienso y que no me quedaría en un lugar en el que no quiero estar —arguyó Abby, segura de lo que decía.

Asher delineó en los labios algo parecido a una sonrisa.

—Sí, lo sé. Si algo la caracteriza es la sinceridad —dijo. Él lo sabía por propia experiencia—. Entonces, ¿se queda con nosotros? —le preguntó—. Por supuesto no estará en calidad de niñera, sino de invitada. Su jornada laboral ha terminado por hoy. Creo que este fin de semana ya ha trabajado suficiente para mí.

—Gracias —dijo Abby.

Asher alargó el brazo y le quitó la mochila que llevaba colgada en el hombro.

—Es mejor que deje esto aquí.

Abby la soltó y Asher la apoyó en una de las sillas.

—Salga a darle la noticia a Tom —dijo.

Abby sonrió y echó a andar hacia el jardín. Asher se giró para seguirla con la mirada.

—Abby, ¿te quedas a cenar con nosotros? —le preguntó Tom, impaciente.

Ella asintió con una sonrisa.

—Sí —respondió.

Tom corrió hacia Abby y le abrazó las piernas. Ella se inclinó sobre él y depositó un beso en su cabeza.

—Te sientas a mi lado, ¿vale, Abby? —dijo el niño.

—Vale —accedió ella.

—Ya puedes decir que has conquistado a un Barclay —bromeó Bastian, cuando Abby se acercó a la mesa en la que hablaban animadamente.

Estaba encantada con Tom, por supuesto, pero a ella le gustaría conquistar a otro Barclay muy distinto. A uno que medía casi un metro noventa, que tenía el

pelo negro y los ojos grises.

Disimuladamente miró hacia la cocina, donde había dejado a Asher. Se encontraba sacando unas cervezas de la nevera y colocándolas en una bandeja.

Se le escapó una sonrisa. Cuando se dio cuenta, miró a su alrededor esperando que nadie la hubiera visto.

Aprovechando el buen tiempo, prepararon entre todos una barbacoa en el jardín y cenaron al aire libre.

—Abby, ¿tienes hermanos? —le preguntó Edward.

Abby asintió con la cabeza mientras tragaba el trozo de panceta que tenía en la boca.

—Cinco —dijo.

—Vaya, ¿sois seis? —dijo Aaron, asombrado.

Abby se limpió las comisuras de los labios con una servilleta de papel.

—Sí, tres chicos y tres chicas.

—Tiene que ser genial tener una familia tan numerosa —comentó Bastian.

—Como siempre digo, mi casa era caos, ruido y algarabía casi las veinticuatro horas del día. En dos habitaciones nos metíamos los seis, imaginaos las situaciones que se montaban —les explicó—. Mis padres no paraban ni un segundo de regañarnos.

—¿Y tú eras muy traviesa? —le preguntó Tom a Abby.

Ella apretó los labios.

—No me estaba quieta ni un segundo —contestó.

—¿Por qué será que no me sorprende? —comentó Asher, que escuchaba a Abby con atención.

Ella lo miró y sonrió.

—Un día, a una de mis hermanas y a mí se nos ocurrió probar el horno nuevo que mis padres habían comprado —comenzó a relatar—. Así que entre las dos cogimos el pavo que mi madre tenía guardado en la nevera para el Día de Acción de Gracias, lo metimos en el horno y lo encendimos.

—¿Lo pusisteis en alguna bandeja? —preguntó Edward.

—Oh, no, lo pusimos directamente en la rejilla —dijo Abby—. Nos hacía mucha ilusión ver la luz interior del horno, hasta que se quemó.

—El pavo —intervino Bastian.

—El pavo y también el horno —respondió Abby.

Todos estallaron en risas.

—¿Quemasteis el horno? —dijo Asher.

—Sí, la resistencia no aguantó y se fundió.

—Oh, Dios mío —rio Aaron.

—¿Y qué hizo tu madre? —preguntó Tom.

—Nos persiguió con la escoba por toda la calle.

Tom miró a Asher.

—Papá, yo quiero tener muchos hermanos —dijo.

—No es tan fácil, cariño. ¿Con quién se supone que voy a tener más hijos? —le preguntó Asher, llevándose la lata de cerveza a los labios y dando un trago.

—Con Abby —soltó Tom con toda la naturalidad del mundo.

Asher tuvo un acceso de tos tan fuerte al escucharlo, que parte del trago de cerveza se le fue por la nariz.

Bastian, sentado a su lado, cogió una servilleta del montón y se la dio.

—¿Todo bien? —le preguntó con una sonrisa llena de mordacidad.

Asher lo miró de reojo mientras tomaba la servilleta y se limpiaba la boca.

—Se me ha ido la cerveza por otro lado —respondió.

—Ya lo hemos visto —dijo Aaron, también irónico.

A Abby, por su parte, le había pasado algo parecido con el bocado de perrito caliente que estaba masticando. Había tenido que ponerse inmediatamente la mano en la boca para que los trozos de salchicha no salieran disparados en modo ametralladora.

Como buenamente pudo se recompuso y sonrió, ruborizada hasta la raíz de pelo.

—Qué cosas tienen los niños —dijo.

—Pues a mí me parece una buena idea —recalcó Tom, ajeno al revuelo que se había formado.

Tiró con los dientes de un trozó de carne de la brocheta que tenía en la mano y lo masticó.

Asher y Abby se miraron. Ninguno de los dos pudo evitar sonreír al otro.

CAPÍTULO 38

La barbacoa se desarrolló en un ambiente divertido. La comida estaba riquísima y la luz dorada del atardecer contribuyó a que la atmosfera fuera distendida y relajada. Las bromas entre el padre y los hermanos de Asher a veces hicieron reír hasta la carcajada a Abby.

Después de una larga sobremesa en el que la noche se adueñó del cielo, se pusieron a quitar la mesa.

Allí todos colaboraban.

Mientras unos recogían los platos, los vasos y los cubiertos, otros los llevaban a la cocina.

Bastian se prestó como voluntario junto con Abby para colocarlo en el lavavajillas.

—Toma, Abby —dijo Tom, alzando los brazos y dándole su plato.

—Gracias, cariño —le agradeció ella con una sonrisa. Lo cogió y lo metió en el lavavajillas.

Tom dio media vuelta con Blackie pisándole los talones y trotando detrás de él y salió corriendo al jardín.

Bastian sonrió ante el gesto de su sobrino.

—Tom te adora —le comentó a Abby.

—Y yo a él. Es un niño encantador.

—Lo pasó muy mal con la muerte de su madre. Pero tú has operado un gran cambio en él. Su personalidad ha vuelto a resplandecer y eso es resultado de tu influencia. Estás haciendo un gran trabajo con mi sobrino.

Abby miró a Bastian sintiéndose halagada. No esperaba un comentario de ese tipo.

—Gracias —dijo.

Bastian se agachó y colocó en la cesta del lavavajillas un par de cuchillos sucios.

—No es ningún secreto que mi hermano es muy estricto con su educación, pero según parece tú estás suavizándolo un poco. Incluso tiene un gato correteando por la casa. Te aseguro que eso es algo inaudito viniendo de Asher.

Abby sonrió.

—Hago lo que puedo —repuso—. Aunque después de lo que sucedió con las medias de Melissa la cosa se complicó —bromeó.

Bastian rio.

—Supongo que no estará resultándote fácil trabajar para él. Asher es una persona muy compleja —aseveró, aunque en ningún momento lo hacía en tono de crítica o reproche—. Habrás notado que apenas habla de sí mismo.

Abby alzó el rostro y se fijó en los ojos de Bastian.

Los ojos de Asher tenían una expresión más seria y formal, mientras que la de Bastian y Aaron brillaba con un destello de humor y acidez.

—No sé si la palabra «compleja» es la más apropiada —dijo.

—Oh, sí, claro que lo es. ¡Asher puede llegar a ser una persona muy difícil! Lo conozco bien. Se cierra en sí mismo por completo. Si esperas que muestre algún sentimiento puedes darte cabezazos contra la pared. Te dará mejor resultado.

Abby agachó un poco la cabeza y dejó escapar una risilla. Le gustaba la espontaneidad y el modo que tenía Bastian de expresarse.

—La verdad es que es un hombre de pocas palabras —reconoció Abby.

—Asher no ha tenido la misma infancia que Aaron o yo. Cuando nuestra madre nos abandonó y se fue de casa, él nos cuidó y nos protegió. Asher sintió desde el primer momento que era su responsabilidad, por ser el mayor de los tres hermanos. Sin embargo, no era así. Era solo un niño cuidando de otros dos

niños.

—¿Cuántos años teníais cuando se fue vuestra madre? —Abby colocó en la cesta del lavavajillas unos cuantos platos. Bastián metió unos vasos.

—Asher tenía once, yo ocho y Aaron cuatro —contestó.

Abby torció el gesto. Era una edad muy temprana para lidiar con la ausencia de una madre.

—Los tres eráis unos niños —comentó, afectada por lo que ese hecho había supuesto para ellos.

—Asher, quizá por su edad, fue el más consciente de lo que había hecho nuestra madre. Además, estaba muy apegado a ella. La adoraba por encima de todo. Sufría eso que llaman «mamitis». —Bastian esbozó una débil sonrisa—. No iba sin ella a ningún lado y para él, que lo abandonara, fue una traición.

—La mayor traición de su vida —opinó Abby. Guardó silencio unos segundos —: ¿Puedo preguntarte por qué os abandonó?

—Porque quería buscar una vida mejor —respondió Bastian.

Abby frunció el ceño.

—¿Una vida mejor sin sus hijos? —No lograba entender cómo una madre podía irse sin más y dejar a tres niños atrás como si nada—. Puedo entender que una pareja deje de quererse, o tenga problemas, diferencias, pero que una madre sea capaz de abandonar a sus hijos, excede mi capacidad de comprensión.

En ese momento, Tom entró en la cocina portando en las manos cuatro platos sucios, interrumpiendo la conversación.

—Toma estos platos, tío Bastian.

—Gracias, pequeño.

Cuando el niño volvió al jardín, Abby dijo:

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Bastian encogió ligeramente un hombro.

—Para que entiendas un poco mejor a Asher —contestó—. Él se volcó con nosotros, aún siendo un niño. Mi padre trabajaba todo el día fuera de casa y Asher fue quien se encargó de cuidarnos y prácticamente de criarnos. Por eso es tan responsable, tan recto; tan estricto. Me acuerdo de verle cocinar. Apenas llegaba a los fogones, pero se las apañaba para tener listo algo de comida. Los primeros guisos eran atroces. Normal, teniendo en cuenta que los preparaba un niño de once años —dijo en tono comprensible—, pero tanto mi padre como Aaron y yo nos los comíamos sin rechistar, porque no nos sobrara el dinero ni los ánimos.

Abby se imaginó a Asher con once años, ocupándose de sus hermanos y tratando de sacarlos adelante junto con su padre.

Desvió la vista hacia el jardín. Asher se encontraba quitando los restos del carbón de la barbacoa junto con Aaron.

Admiró la determinación y el tesón de la expresión que mostraba su rostro, la firmeza de su mentón, y el cabello oscuro que la suave brisa mecía, dándole un aire informal poco habitual en él.

Probablemente había sido esa determinación y ese tesón que reflejaba su cara lo que le había convertido en uno de los hombres más poderosos de Chicago y del país.

A Asher Barclay le había tocado madurar muy pronto y muy deprisa, y se había cargado a la espalda la infancia de sus hermanos. Tenía en los hombros el peso de un pasado que había hecho de él lo que era. Un hombre recto, severo, reservado… Pero a veces eso no eran más que máscaras en las que refugiar la vulnerabilidad que se había sentido siendo un niño.

—Ahora entiendo algunas cosas —dijo Abby a Bastian.

—Por eso te he contado todo esto —repuso él.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó Asher, entrando en la cocina.

CAPÍTULO 39

—Yo —respondió Bastian en primer lugar.

—¿Y usted, señorita Jones? —dijo Asher.

—Sí, por favor.

Abby lanzó un vistazo a su alrededor y vio que no quedaba nada por meter en el lavavajillas, así que lo cerró y lo puso en funcionamiento.

Bastian salió al jardín para reunirse con Edward, Aaron y Tom, y dejó solos a Abby y a Asher en la cocina.

—¿Le ayudo? —preguntó Abby a Asher, al ver que estaba preparando el café.

Asher asintió.

—¿Puede sacar seis tazas del armario?

—Claro.

—La sexta taza es para Tom, quiere un batido de chocolate —dijo Asher.

—Yo me encargo de su batido —se adelantó a decir Abby.

Asher la miró mientras se estiraba para alcanzar las tazas. Su camiseta se subió, dejando ver parte de su preciosa cintura, y sintió como lo recorría un hormigueo. Sin embargo lo ignoró rápidamente.

Iba a apartar la vista, intentando comportarse con decoro, pero vio que Abby no alcanzaba a coger dos tazas que estaban en el fondo del armario.

—Espere —dijo, acercándose a ella.

Como había ocurrido una mañana, Asher alzó la mano por encima de ella y sin ningún esfuerzo cogió las tazas a las que Abby no llegaba.

Ella se giró.

Y se dio cuenta de que estaba atrapada entre la encimera y Asher.

Tuvo que levantar la vista para poder mirarlo a los ojos. Sus miradas se entrelazaron y se le aceleró el pulso. Su proximidad la hizo sentirse mareada.

—Siempre me pasa lo mismo —dijo con una sonrisilla nerviosa.

A Asher le resultó fascinante el súbito rubor que invadió sus mejillas.

El tiempo parecía haberse detenido.

Se habían quedado lo bastante cerca el uno del otro como para compartir el aliento, como para que Abby pudiera ver las arruguitas que Asher tenía

alrededor de los ojos.

—Gracias —dijo.

Se estremeció al sentirse envuelta en el calor y la fragancia de su cuerpo.

—De nada —contestó Asher, y su voz sonó mecánica, ausente, como si no estuviera allí, en la cocina, en su casa. En Chicago.

Durante un rato prolongado reinó el silencio. Una especie de extraña electricidad crepitaba entre ellos.

Los ojos de Abby eran enormes… y preciosos. Eran de un marrón café intenso, con unas motitas más claras punteando el iris. Nunca se había fijado en ellos antes, pensó Asher.

Era difícil intentar centrarse en el momento, en la situación, en algo que no fuera Abby.

¿A qué se debía el cosquilleo de la piel?, se preguntó.

Sin apenas ser consciente ello, Asher empezó a inclinar la cabeza sobre Abby.

—Papá, dice tío Aaron qué cuándo va a estar listo el café, que si lo vas a servir a la hora del desayuno. —Oír la voz de Tom en la cocina les hizo dar un respingo.

Asher se apartó de inmediato de Abby, que se puso roja como un tomate. Santo Dios, ¿qué habría pasado si él la hubiera besado? ¿Y si los hubiera visto

Tom, o alguno de sus hermanos?

Intercambiaron una última mirada antes de que Abby se girara para cerrar la puerta del armario y Asher se volviera hacia su hijo.

Carraspeó.

—Dile a tío Aaron que estará en cinco minutos —indicó, tratando de mantener la compostura, aunque le resultaba muy difícil después de lo que había sucedido —, y que no te envíe de mensajero, que levante el culo de la silla y venga él mismo.

—¿Puedo decir «culo»? —preguntó Tom, inocente, mirando a su padre.

—Sí, a tío Aaron puedes decírselo —respondió Asher.

Tom salió de la cocina dando saltos para llevar el recado a su tío.

—Tío Aaron, que dice mi padre que estará listo en cinco minutos y que no me mandes de mensajero a mí, que levantes el culo del asiento y vayas tú —repitió el niño de carrerilla.

Asher escuchó la risilla de Abby detrás de él. Se volvió y la miró.

—Será mejor que preparemos el café —dijo. Tenía que olvidarse como fuera de lo que había estado a punto de pasar.

—Sí —susurró Abby.

Se giró y cogió una bandeja para poner las tazas, esforzándose por disimular

su decepción. Joder, habían estado tan cerca, tan maravillosamente cerca. Si Tom hubiera entrado un minuto más tarde…

Abby alzó el brazo y dijo adiós con la mano.

—Adiós, chicos —se despidió.

—¿Ya te vas? —preguntó Edward con la amabilidad con la que la había tratado durante toda la velada.

—Sí.

—Ha sido un placer conocerte, Abby —dijo Bastian.

—Bastian habla en nombre de los tres —intervino Aaron.

Abby sonrió.

—Para mí también —dijo.

Tom llevaba ya media hora en la cama, junto con Blackie. Los pobres habían acabado agotados.

Abby echó a andar y Asher la siguió.

—Es tarde, ¿no quiere que la lleve a casa? —le preguntó en el vestíbulo.

—No es tan tarde —dijo ella—. Además, no es la primera vez que conduzco a estas horas por Chicago.

—¿Está segura? —quiso cerciorarse Asher. Abby asintió—. Tom puede quedarse con mi padre y mis hermanos mientras la llevo.

—No es necesario, gracias.

—Como quiera. ¿Le importaría llamarme cuando esté en casa? Para saber que ha llegado bien.

Abby lo miró sorprendida.

—Sí, claro —dijo.

—Hasta el lunes, señorita Jones —se despidió Asher.

—Hasta el lunes, señor Barclay.

Abby se obligó a mover las piernas. Se giró, abrió la puerta y se fue.

Mientras Chicago desplegaba su magnificencia a través de los cristales del coche, Abby se preguntaba una y otra vez qué estaba pasando entre Asher y ella.

¡Habían estado a punto de besarse! ¡A-pun-to!

Joder, si no hubiera entrado Tom en la cocina…

Soltó un largo suspiro.

Y mientras se habían tomado el café en la mesa del jardín, ella había sido insoportablemente consciente de él, de su cuerpo, de su presencia, de su olor, de su poderosa masculinidad.

Estaba tan absorta con todo lo que había pasado que incluso se había olvidado de mirar el móvil.

Cuando llegó a casa vio que tenía varias llamadas perdidas de Holly y como unos veinte WhatsApp en los que le preguntaba dónde estaba, si se encontraba bien, y le decía que si no le respondía a lo largo de la noche llamaría al FBI, a la CIA, a los de CSI y a los de Chicago P.D.

Sonrió. Holly y su devoción por el drama.

Abby dejó la mochila con sus cosas en el suelo del salón y se dirigió a la habitación de su amiga. Llamó a la puerta con un toque de nudillos. Al no obtener respuesta, abrió y asomó un poco la cabeza.

—Holly… —susurró.

Nada.

—Holly…

En la oscuridad, oyó el ruido de las sábanas al moverse.

—¡¡¿Quién está ahí?!! —dijo Holly, sobresaltada—. Te advierto que tengo un cuchillo debajo de la almohada.

Abby no pudo evitar echarse a reír.

—Soy yo —dijo.

—¡Jodida mierda!

—¿Estás despierta? —le preguntó Abby.

—Ahora ya sí —respondió su amiga con voz cavernosa—. ¿Dónde cojones has estado?

—¿Estás sola?

—Sí, James se ha ido después de cenar. No sé a qué tenía que ayudar a su padre —respondió Holly.

Estiró el brazo y con la mano tanteó la mesilla, buscando el interruptor de la lámpara. Cuando lo encontró, la encendió, y la habitación adquirió un tono acaramelado.

Abby se sentó en la cama y Holly se quitó el antifaz con estampado de leopardo con el que dormía. Miró a Abby con expresión somnolienta.

—¿Dónde mierda has estado? —repitió—. Me tenías preocupadísima.

—¿Por eso estabas durmiendo a pierna suelta? —se burló Abby.

—Has debido de pillarme en plena fase REM —se justificó Holly—. ¿Por qué

has llegado tan tarde?

—Lo siento, sé que tenía que haberte avisado, pero es que se me ha ido el santo al cielo.

—¿Dónde has estado?

—En casa de Asher.

—¿Hasta esta hora? —dijo Holly, ceñuda.

—A media tarde llegaron su padre y sus hermanos y cuando iba a irme, Tom insistió en que me quedara a cenar con ellos y los hermanos de Asher también me invitaron. Así que al final accedí. Han hecho una barbacoa en el jardín.

—Vaya, ¿así que has estado cenando con tu jefe, el padre de tu jefe y los hermanos de tu jefe?

—Sí. —Abby se mordió el labio—. Tengo que contarte algo que ha pasado, Holly —dijo.

Ella se sentó encima de la cama en posición de indio.

—¿Qué me tienes que contar?

Abby miró a los ojos a su amiga y respiró hondo.

—Asher y yo hemos estado a punto de besarnos —le confesó.

CAPÍTULO 40

—¡¿Qué?! —El grito de Holly se oyó hasta en Sebastopol. Si tenía algo de sueño, en ese momento se terminó de despertar—. Supongo que no estarás hablando de un beso en la mejilla.

—Claro que no.

—¡Abby, joder!

—Es muy fuerte, ¿verdad?

—Muy muy muy fuerte —confirmó Holly—. ¿Pero no os habéis besado?

—No, justo cuando íbamos a besarnos ha entrado Tom en la cocina —contestó Abby.

—Vaya, por Dios. ¿Y cómo ha sucedido? Cuéntamelo todo, por favor, necesito saberlo. —Holly se moría de curiosidad. Quería enterarse de todos los detalles.

—Ha sido después de cenar. Íbamos a preparar un café, yo estaba alcanzando unas tazas de un armario, pero no llegaba a las del fondo. Asher se ha acercado para ayudarme y cuando me he dado la vuelta, ahí estaba, tan cerca que podíamos tocarnos con solo alzar la mano. Nos hemos mirado a los ojos y…

—Hostias, Abby, que casi te besas con Asher Barclay —exclamó Holly, que estaba flipando en colores.

Abby soltó el aire que estaba conteniendo en los pulmones.

—No sé qué está pasando entre Asher y yo —dijo—. Bueno, si es que está pasando algo.

—Por supuesto que está pasando algo —aseveró Holly—. ¿Que casi os hayáis besado no te da una pista?

Abby levantó los ojos hacia su amiga.

—No sé, Holly, estoy súper confundida.

—No es para menos.

Holly alargó el brazo y abrió el cajón superior de la mesilla.

—Creo que lo vamos a necesitar —dijo, sacando una tableta de chocolate de su interior, para sorpresa de Abby.

—¿Tienes una tableta de chocolate en la mesilla de noche? —le preguntó, atónita.

—Siempre —afirmó rotunda Holly, mientras rompía el envoltorio, partía un trozo y se lo comía. Después ofreció la tableta a Abby.

Ella, al igual que Holly, partió un trozo de chocolate y se lo metió en la boca.

—La verdad es que no sé qué pensar —dijo, retomando el tema.

—Pues entonces, no pienses y déjate llevar… o, en su defecto, fóllatelo.

Abby la fulminó con la mirada.

—Holly, estamos hablando de mi jefe, porque, independientemente de que Asher Barclay sea Asher Barclay; es mi jefe.

—El sueño me tiene un poco espesa, porque no he entendido muy bien lo que has querido decir, pero no importa. —Holly manoteó en el aire.

Abby puso los ojos en blanco, le agarró las manos y tiró de ellas para que le prestara atención.

—Holly, por Dios, lo que quiero decir es que, aunque Asher Barclay sea uno de los tíos más jodidamente guapos de Chicago, es mi jefe. Estoy cuidando a su hijo.

—Vale, sí, entiendo lo que dices. —Holly paladeó el cuadradito de chocolate que tenía en la boca.

De pronto, Abby dio un saltó en la cama.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Holly.

—Asher me ha dicho que le llamara cuando estuviera en casa para decirle que había llegado bien —dijo Abby.

Sacó rápidamente el teléfono del bolsillo del pantalón, lo desbloqueó y buscó el número de Asher. Mientras lo marcaba, imitó a Holly y se sentó con las piernas en posición de indio.

—¿Señorita Jones? —contestó él al otro lado.

—Sí, soy yo.

—¿Está ya en casa?

—Sí.

—¿Acaba de llegar? —preguntó Asher, extrañado. Sabía dónde vivía Abby y el tiempo que se tardaba, y ella había tardado mucho.

—No, he llegado hace un rato —dijo Abby—. Lo que ha pasado es que me he encontrado a mi compañera de piso vomitando sin parar y me he quedado con ella. Cuidándola.

Holly abrió los ojos de par en par al escucharla, y empezó a hacer muecas con la boca. Abby se llevó el dedo índice a los labios advirtiéndole que se callara.

—Al parecer ha comido algo en mal estado —continuó hablando—. Ha dicho algo de unas almejas —añadió.

Holly se llevó las manos a la cabeza. Abby le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Lo siento, pero es que se me ha olvidado llamarle. La he visto tan mal cuando he llegado a casa…

—No importa. Lo importante es que no haya tenido ningún contratiempo por el camino, y que su amiga esté bien —dijo Asher al otro lado de la línea.

—Sí, parece que ya está mejor —dijo Abby.

Holly la apuntó con el dedo y vocalizó claramente un «te voy a matar». Abby le sacó la lengua.

—Vale, entonces que pase buena noche —le deseó Asher.

—Gracias, igualmente.

Abby colgó la llamada.

—Eres una maldita perra —ladró Holly.

—¿Qué querías que le contara? Si le hubiera dicho que se me ha olvidado llamarle me hubiera regañado. Ya sabes cómo es para esas cosas —se justificó Abby, dejando el móvil sobre la cama.

—¿Y le tienes que poner de excusa que tu compañera de piso está vomitando sin parar por una intoxicación de almejas? Abby, las almejas ni siquiera me gustan.

—No se me ha ocurrido otra cosa.

—Por cierto, es muy caballeroso por su parte que se preocupe de que llegues bien a casa —dijo Holly, que ya se había despejado por completo.

—Quería traerme él, pero he preferido volver sola en mi coche —comentó Abby—. Después de lo que ha ocurrido. Mejor dicho, de lo que ha estado a punto de ocurrir, necesitaba tomar distancia con el tema, pensar, saber qué coño está pasando.

Holly buscó la mirada de Abby.

—¿A ti te gustaría que pasara algo entre vosotros? —le preguntó—. Sé sincera.

Abby dejó escapar un suspiro.

—No te voy a negar que Asher me gusta —comenzó—, pero no sé si él está en el mismo punto vital de la vida en el que estoy yo, y yo no creo que pueda tener algo pasajero con él y salir ilesa.

—Entiendo.

—Tengo la sensación de que Asher no es de relaciones…

—Ha estado casado —dijo Holly.

Un trozo tras otro, la tableta de chocolate iba desapareciendo.

—Y su matrimonio no duró nada —repuso Abby—. Asher está casado con su

trabajo, vive por y para trabajar. —Abby se acordó de la conversación que había tenido con Bastian—. Uno de sus hermanos me ha hablado de su infancia.

—¿Y qué te ha contado?

—Ha sido por encima, pero su madre los abandonó cuando eran unos niños y Asher, que es el mayor de los tres hermanos, se hizo cargo de ellos porque su padre trabajaba muchas horas al día fuera de casa.

—¿Cuántos años tenía Asher?

—Once.

—¿Con once años cuidó de sus hermanos? —Holly estaba asombrada.

—Sí.

—Wow.

—Asher no tuvo infancia, Holly. Se la pasó yendo a la escuela, cuidando de sus hermanos, cocinando, limpiando… en definitiva, haciéndose cargo de una casa —dijo Abby.

Holly hizo una mueca con los labios.

—Se cargó con una mochila que no le correspondía —comentó.

—Sí, y eso le ha pasado factura a lo largo de la vida. Por eso es tan estricto, tan serio, tan severo con los que le rodean, incluido su propio hijo —opinó Abby —. Asher adora a Tom, no tengo ninguna duda de que lo ama por encima de

todo, pero creo que no sabe cómo tratarlo.

—Lo trata igual que probablemente trató a sus hermanos —dijo Holly—. Con once años tendría que buscar la manera de imponerse para que le hicieran caso, para que le obedecieran. Los tres eran unos niños.

—Bastian me ha contado que Asher era el que más estaba apegado a su madre, que la adoraba, que no iba a ningún lado sin ella, y que para él fue la mayor traición del mundo.

—Que quien tiene que cuidarte, te abandone, tiene que ser una de las peores sensaciones.

—Y uno de los peores traumas —apuntó Abby—. Bastian y Aaron lo tienen asumido y es un hecho que viven con mayor naturalidad que Asher.

—Por su edad, quizá Asher fue más consciente de la aberración que hizo su madre y del peso de la ausencia que dejó su abandono.

—Eso es lo que cree Bastian.

—¿Y no te ha sorprendido que te lo haya contado? —preguntó Holly.

—Sí, pero sabe que tener a su hermano mayor como jefe no es fácil. Yo también lo sé. —Abby esbozó una sonrisa rápida—. Asher es una persona compleja, y ahora sé por qué —respondió—. Por eso me lo ha contado Bastian, para que pueda comprenderlo mejor. ¿Sabes que me ha dado las gracias por la manera en la que cuido a Tom?

—Es que tú tienes muy buena mano con los niños —dijo Holly.

Abby esbozó una amplia sonrisa.

—Es cierto que se me dan bien. Mantener a raya a mis sobrinos y sobrinas me ha servido de entrenamiento — alegó, orgullosa.

—Un duro entrenamiento —puntualizó Holly—. Porque tus sobrinos son de cuidado.

Abby se echó a reír.

—Sí, algunos de ellos son unos auténticos terremotos.

El rostro de Abby adoptó una expresión seria.

—¿Crees que la gente puede cambiar? —preguntó a su amiga.

—Depende. ¿A mejor o a peor?

—A mejor.

—Es difícil, pero ¿por qué me haces esa pregunta?

—Si Asher sigue siendo tan autoritario y estricto con Tom, el niño copiará ese patrón y en un futuro él será igual con sus hijos. Será un círculo vicioso que probablemente se perpetúe a lo largo de generaciones. Como te he dicho antes, no tengo ninguna duda de que Asher adora a Tom, pero no sabe cómo tratarlo.

—Quizás tú puedas darle algunas pautas —dijo Holly.

Abby cogió una bocanada de aire.

—Lo intento, créeme que lo intento. Siempre trato de que pase más tiempo con Tom, de que se implique más con él, pero no lo consigo. Nunca tiene tiempo. Llega muy tarde a casa e incluso trabaja los sábados —explicó Abby.

—Joder, pues sí que parece que está casado con su trabajo.

—Hasta sus hermanos lo dicen. Y es verdad, en la vida de Asher no hay lugar para nada que no sea trabajo. No hay un lugar para el amor, y creo que ni siquiera hay un lugar para su hijo.

Holly se mordió el labio de abajo.

—¿No crees que Asher Barclay puede estar usando su trabajo como un escondite? —planteó.

Abby ladeó la cabeza y la miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Yo creo que Asher utiliza el trabajo como una vía de escape, para mantenerse alejado de todo lo demás —respondió Holly—. Como una excusa para huir de su propia vida.

Abby se quedó unos segundos reflexionando sobre aquellas palabras.

—Mucha gente lo hace —afirmó, dando la razón a su amiga—. Mucha gente utiliza el trabajo como vía de escape para no afrontar los problemas de la vida.

—Sí, lo hacen como un mecanismo para no pensar en otras cosas. Como si buscaran refugio de sus frustraciones en el trabajo, hasta que lo convierten en el centro de su vida.

Abby enarcó las cejas.

—Joder, te diría que estás describiendo la situación de Asher. Es un adicto al trabajo de libro —aseveró, al ver que coincidía con la forma en la que se comportaba.

—¿No tienes la sensación de que los socios de Asher, los que forman el grupo de los llamados «Alfa de Chicago» son hombres así? ¿Adictos al trabajo, que viven por y para trabajar y que por eso son tan exitosos?

—Sí, creo que es algo que sucede con los ejecutivos en general, pero Samuel, uno de los socios de Asher, ahora tiene familia —dijo Abby.

—¿Samuel es el que se hizo cargo del bebé de unos amigos que fallecieron en un accidente? —preguntó Holly.

—Sí.

—Esa historia es tremenda. Se convirtió en «padre» prácticamente de la noche a la mañana. —Holly hizo el gesto de las comillas con los dedos.

—Y terminó enamorándose de la mejor amiga de la madre biológica, con la que compartía tutela.

—El amor es como Dios, sus caminos son inescrutables —bromeó Holly. Dio

un mordisco al trozo de chocolate que tenía en la mano—. Yo me apostaría el cuello a que su matrimonio lo jodió Asher por su adición al trabajo —concluyó.

—Y va a joder la relación con su hijo —dijo Abby. Chasqueó la lengua, molesta—. Me gustaría poder convencerlo para que no meta a Tom en un internado. No está preparado —afirmó rotunda—. La muerte de su madre lo ha sumido en una etapa de vulnerabilidad. Necesita a su padre. Pero él parece que no se da cuenta.

—Y ahí es donde apareces tú. —Holly guiñó un ojo a Abby.

—Convencer a Asher de que haga o no haga algo no es fácil —arguyó ella—. Cuando se lo comenté por primera vez, tuvimos una buena bronca.

—Bueno, conseguiste que dejara a Blackie en casa, odiando a los gatos. Eso es una proeza.

—Sí, y por culpa de Melissa el pobre animal ahora está en el jardín —dijo Abby.

—No conozco a esa tía, pero me cae mal —dijo Holly.

Alzó los brazos, se quitó la goma que le sujetaba el pelo y se hizo de nuevo un moño, porque se le estaba deshaciendo.

—No eres la única. Por lo que he visto esta noche, a los hermanos de Asher tampoco les hace mucha gracia —repuso Abby—. Aaron incluso ha bromeado con que Blackie debería haberle arañado las piernas.

—Eso hubiera estado muy bien. —A Holly le atravesó una maldad por la cabeza—. ¿Te imaginas que un día Blackie se le tira encima y la araña de verdad? —lanzó con una expresión maliciosa—. Como en esa escena de *Friends* en la que un gato se echa encima de Ross y le araña el cuello.

—Oh, Dios, me encantaría que sucediera algo parecido —dijo Abby en tono de anhelo. Empezó a reírse recreando la escena—. Eso sería épico.

Las dos estuvieron descojonándose durante un rato.

Abby bostezó.

—Creo que es hora de dormir. Joder, ahora mismo no puedo ni con el culo —dijo, pasándose las manos por la cara.

Holly consultó la hora en su móvil.

—¡Son las cuatro y media de la madrugada! —exclamó—. Nos hemos liado a hablar y hemos perdido la noción del tiempo.

—Ni que lo digas. Menos mal que mañana no tenemos que madrugar. Tú trabajas por la tarde, ¿verdad?

—Sí, mi turno empieza a las tres, así que puedo dormir toda la mañana.

Abby se levantó de la cama y dio un abrazo a Holly.

—Como siempre, gracias por escucharme, y siento haberte despertado —se disculpó, al tiempo que deshacía el abrazo.

Hizo un mohín con la boca que provocó que Holly sonriera.

—Te hubiera matado si no lo hubieras hecho —dijo, amenazándola con el dedo—. Que casi te hayas besado con Asher Barclay es como para despertar a medio Chicago para darle la noticia.

Abby rio.

—Te quiero —le dijo a Holly.

—Y yo a ti —respondió ella.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Abby cruzó la habitación y se marchó.

CAPÍTULO 41

El lunes por la tarde, cuando Abby fue a recoger a Tom al colegio, lo notó triste. Estaba muy callado y caminaba como si la mochila le pesara una tonelada.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó después de ayudarle a hacer los deberes que tenía que presentar al día siguiente.

Estaban sentados en una de las mesas del jardín trasero, disfrutando del buen tiempo que les regalaba la primavera y de la brisa con aroma a flores frescas que les llevaba el aire.

Tom se limitó a guardar silencio y a encogerse de hombros.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? —lo animó ella—. A veces es bueno hablar, decir qué nos pasa para que no pese tanto.

—Echó de menos a mi mamá —le confesó finalmente Tom.

Abby sintió que se le encogía el corazón. Se acuclilló al lado de la silla para poder mirar al niño a los ojos. Era la segunda vez que Tom le manifestaba que echaba de menos a su madre.

Abby pensó que se lo decía a ella porque no se lo podía decir a su padre.

—¿Hoy te has acordado mucho de ella? —le preguntó.

El niño movió la cabeza varias veces, afirmando. Le temblaba la barbilla.

Abby le acarició el pelo, consolándole.

—Tú sabes que ella te ve desde el cielo, ¿cierto?

—Sí, ella está allí como tus abuelos. —Tom se acordaba de la historia que le había contado Abby.

—Así es —dijo ella. Tenía que levantarle el ánimo cómo fuera—. ¿Sabes lo que hago yo cuando echo de menos a mis abuelos?

—¿Qué? —preguntó el niño con curiosidad.

—Bailar. —Fue lo primero que se le ocurrió.

Lo bueno que tenían los niños era que tan pronto lloraban, como reían. Sus emociones eran menos complejas y rígidas que las de los adultos.

—¿Bailar? —repitió Tom.

—Sí, a mis abuelos les encantaba bailar, así que cuando yo estoy triste por ellos o les echo de menos, bailo. Bailo sin parar para sentirme cerca de ellos. ¿A

tu mamá le gustaba bailar?

—Sí, y a veces cantaba en la ducha. Yo la oía —dijo Tom.

Abby sonrió. Ese dato le venía genial.

—Entonces vamos a bailar y a cantar —dijo.

Tiró de la mano de Tom y lo ayudó a bajar de la silla. Después cogió el móvil y buscó entre sus *playlists* una que tuviera canciones que dieran buen rollito.

Temas de Katy Perry, Harry Style, Justin Bieber o Taylor Swift empezaron a sonar en el jardín.

—¡Venga, a bailar! —exclamó Abby.

Comenzó a moverse y al verla, Tom hizo lo mismo. Mientras Abby canturreaba la canción *I don't care* de Justin Bieber con Ed Sheeran, ambos se movían al ritmo de la música a todo volumen que salía del móvil.

—Blackie, tú también, ¡a bailar! —dijo Abby, blandiendo en sus labios una enorme sonrisa.

El gatito maulló sin entender qué hacían y los miró con los ojos muy abiertos. Pero de pronto se puso a dar saltitos como si pretendiera imitar sus movimientos.

Después sonó una canción de One Direction y cuando llegó el tema de Taylor Swift *Shake It Off*, Abby cogió lo primero que vio, que fue el estuche de Tom, y se lo acercó a la boca a modo de micrófono. Solo necesitó unos instantes para

meterse en la piel de Taylor Swift y empezar a cantar a pleno pulmón.

I stay out too late

Got nothing in my brain

That's what people say, mm-mm

That's what people say, mm-mm

En el estribillo, puso el estuche a unos centímetros de la boca de Tom para que cantara él. El niño enseguida se puso a canturrear la canción.

'Cause the players gonna play, play, play, play, play

And the haters gonna hate, hate, hate, hate, hate

Baby, I'm just gonna shake, shake, shake, shake, shake

I shake it off, I shake it off (hoo-hoo-hoo)

Abby seguía moviendo la cintura, las caderas y los hombros al ritmo de la música.

Improvisó una coreografía sacudiendo las manos y moviendo la cabeza que Tom imitó. Sus movimientos eran arrítmicos y descompasados, pero eso lo hacía mucho más divertido.

—Muy bien, cariño —lo animó Abby, al ver que su idea había servido para el fin que pretendía. Ver la sonrisa de Tom fue lo mejor de aquel día.

Al final del tema, cantaron juntos y entre risas con el estuche haciendo las veces de micrófono.

Shake it off, I shake it off

I, I, I shake it off, I shake it off

I, I, I shake it off, I shake it off

I, I, I shake it off, I shake it off (hoo-hoo-hoo)

Asher y Ethan contemplaban la escena sin pestañear desde el umbral de las puertas correderas del salón. Habían llegado unos cinco minutos antes y se habían encontrado a Abby y a Tom bailando, saltando y cantando, y a Blackie haciendo lo que buenamente podía para seguirles el paso.

—¿Siempre es así? —preguntó Ethan, mirando con curiosidad a Abby, que seguía bailando y cantando sin parar, con las risas de Tom de fondo.

—Sí —respondió Asher sin apartar la vista de ella—. La señorita Jones es alegre, vitalista, jovial, inquieta, ruidosa…

A Ethan le sorprendió la cantidad de adjetivos que había utilizado para describirla.

—Da la sensación de que has pasado mucho tiempo observándola —dijo con doble intención.

—Es la niñera de mi hijo —fue la respuesta de Asher.

—Ya, claro… —repuso Ethan sin mucha convicción—. Y también es muy guapa —apuntó, mirando de reojo a su socio y amigo.

—Eso no es relevante —dijo Asher,

—Hablas como si estuvieras en un juicio.

—Será deformación profesional.

Sin embargo, a Ethan le llamó la atención la manera en que Asher miraba a Abby. Nunca le había visto mirar así a ninguna mujer.

—¡Papá! —se oyó la voz de Tom, que en cuanto vio a Asher salió corriendo hacia él.

—Hola, pequeño —lo saludó él, agachándose y dándole un beso en la mejilla.

—Hola, Ethan —dijo el niño.

—Hola, campeón. —Ethan alargó el puño y el niño lo chocó con el suyo a modo de saludo—. ¿Qué tal va ese brazo de bateador? —le preguntó.

—Muy bien, mira. —El niño le mostró el brazo.

Ethan rio.

—Vas a ser el mejor bateador del Estado —lo animó. Tom sonrió a su halago —. Oye, te lo estás pasando muy bien —observó.

—Abby y yo estamos bailando y cantando —contestó el niño.

—Parece divertido —dijo Ethan.

—Es muy divertido —dijo Tom.

Abby se había girado cuando Tom había llamado a su padre y había salido disparado hacia él. Asher estaba en compañía de un hombre joven, muy guapo, con el pelo negro y los ojos castaños.

¿Cuánto tiempo llevaban ahí? ¿Los habían visto bailar? Al estar de espaldas a la puerta, Abby no sabía si acababan de llegar o ya llevaban ahí un rato.

Caminó hacia ellos con Blackie detrás.

—Buenas tardes, señor Barclay —lo saludó.

Tomó aire, tanto baile la había dejado casi sin aliento.

—Buenas tardes, señorita Jones —dijo él—. ¿Se divierten? —le preguntó, con una sonrisilla indescifrable en los labios. Gesto que hizo pensar a Abby que, efectivamente, los habían visto bailar y cantar.

Abby ladeó la cabeza.

—Tom estaba un poco bajo de ánimo. Hoy se ha acordado mucho de su madre —comenzó a explicar—. Y me ha parecido buena idea mover un poco el esqueleto, espero que no le parezca mal —dijo en tono cauteloso.

—Es una idea fantástica —afirmó Asher.

Abby esbozó una sonrisa.

—Me alegro de que piense así —dijo.

Asher se giró hacia Ethan.

—Le presento a Ethan Lawson, amigo y uno de los socios del bufete. Ethan, ella es Abby Jones.

Ethan, a quien Tom le estaba enseñando a Blackie, le ofreció a Abby la mano y ella se la estrechó.

—Mucho gusto de conocerte, Abby —dijo.

—Encantada —contestó ella, pensando que aquel hombre era otro de los afamados «Alfa de Chicago». Entendía perfectamente por qué.

Sin dejarse impresionar, aunque no le faltaría razón, consultó su reloj.

—Tom, es hora de merendar —dijo.

A Ethan le sonó el teléfono y lo sacó del bolsillo del pantalón.

—Disculpadme, tengo que cogerlo —dijo, mirando la pantalla.

Dio media vuelta y se alejó, buscando privacidad.

Asher echó a andar hacia el interior de la casa. Abby y Tom le seguían. Justo al cruzar el umbral, se volvió.

—Señorita Jones…

«Oh, oh», pensó Abby.

¿Qué maldito «pero» iba a ponerle?

—¿One Direction? —preguntó Asher, y le dirigió una mirada entre extrañada y recriminatoria.

Abby se quedó un poco desconcertada. Nunca se hubiera imaginado que Asher tirara de sentido del humor. Era un hombre tan serio.

—¿Qué?

—¿No desaparecieron allá por 2016?

—Sí, ¿y qué? ¿Acaso no hay gente que escucha a Mozart y lleva muerto más de doscientos años? —se defendió Abby.

—¿Está comparando a Mozart con One Direction? —dijo Asher, con ánimo de picarla.

—Vamos, a usted también debería gustarle One Direction. No es tan mayor —dijo Abby con toda la espontaneidad del mundo.

Asher volvió la cabeza y la miró por encima del hombro. Una de sus cejas estaba levantada en un gesto interrogativo.

—¿Tan mayor?

Abby no sabía si el comentario había sido oportuno o no, si le había sentado bien o no, pero ya estaba dicho.

—Sí, Harry Style tiene treinta años —dijo—. ¿No es más o menos de su edad?

Asher no pudo evitar sonreír, aunque Abby no le vio.

—Yo tengo treinta y tres —dijo.

—Ve, es más o menos de su edad. ¿O es que a usted le gusta más Mozart?

—*Lacrimosa* tiene su punto —respondió Asher, sin dejar de utilizar esa nota de humor.

Abby frunció el ceño.

—¿Lo dice en serio?

—Señorita Jones, es usted muy joven —aseveró Asher.

Abby puso los ojos en blanco.

—Tienes que saber, Abby, que tu jefe es un carca pese a sus treinta y tres años —intervino Ethan en la conversación.

Abby se volvió con una sonrisa en los labios. Ethan se encontraba unos pasos por detrás, guardándose el móvil en el bolsillo. Había terminado la conversación y se unía de nuevo a ellos.

—¿Tú también, Ethan? —Asher lo miró de reojo.

—Abby también dijo un día que papá era un carca —soltó de pronto Tom, con su característica ingenuidad.

La sonrisa se esfumó de golpe del rostro de Abby, que sintió cómo se ruborizaba violentamente. Un repentino calor circuló por su cuerpo.

¡Santo Dios, cómo se le ocurría decir eso a Tom!

Tragó saliva.

Carraspeó.

Respiró hondo.

No sabía qué hacer, se estaba poniendo de mil colores. Roja, amarilla, blanca… Un hilo de sudor frío se deslizó por su espalda.

Quería que un socavón se abriera bajos sus pies y que la engullera, que la engullera tan profundamente que la expulsara en el mismísimo infierno. ¿Cómo se le ocurría a Tom decir algo así? (Aunque fuera verdad).

Asher volvió lentamente la cabeza hacia ella. Tenía la mirada entrecerrada.

—¿Ah, sí? —dijo con una suavidad engañosa.

Él la había escuchado el día que lo dijo, por lo que no le sorprendió, pero le gustaba ver cómo se sonrojaba, cómo sus jugosas mejillas se teñían de rojo.

—Sí, bueno, creo que fue el día de la lluvia. —Abby carraspeó de nuevo—. Sí, fue el día de la lluvia, cuando me regañó por meternos en los charcos y salpicar —contestó, pasándose la mano por el cuello, visiblemente nerviosa.

Al ver el estado en el que estaba, Ethan salió en su defensa.

—No te preocupes, Asher no va a despedirte por hacer una observación que es cierta —dijo, al tiempo que dirigía una mirada divertida a su socio.

—¿Sabes que te puedo hacer la vida imposible en el bufete? —replicó Asher.

—Menos lobos, caperucita —dijo Ethan.

Asher lo fulminó con la mirada.

—No se preocupe, señorita Jones, me han llamado cosas peores —dijo.

—Uy, sí, mucho peores —aseveró Ethan.

Abby quería salir corriendo de allí.

—Me llevo a Tom a la cocina para que meriende —dijo, dando gracias a Dios de tener una excusa y un pasillo por el que desviarse—. Hasta luego —se despidió rápidamente—. Vamos, Tom.

—Adiós —se despidió Ethan, en el pie de la escalera—, y encantado de conocerte, Abby —añadió en tono socarrón, estirando el cuello para que lo oyera.

—Igualmente —dijo ella desde la distancia.

Cuando entró en la cocina, se llevó la mano al pecho y cogió una profunda bocanada de aire. Necesitaba oxígeno en los pulmones.

CAPÍTULO 42

Abby se negaba a pensar en lo que había ocurrido la noche que se había quedado a cenar con el padre y los hermanos de Asher.

Aunque bien era cierto que ese «casi beso» le había quitado el sueño más de lo que le gustaría por las noches. Sin embargo, no había vuelto a pasar nada significativo entre ella y Asher. También era cierto que, excepto el día que los había pillado bailando, no le había visto.

¿Ese «casi beso» habría sido algo fruto de la casualidad? ¿Del momento? ¿Habría sido producto de su imaginación?

No, estaba segura de que no.

Había estado a punto de besarse con Asher.

—Abby… Abby… —la llamó Tom.

—¿Sí? —dijo ella, reaccionando a su voz.

—Me has puesto el jersey del uniforme al revés —dijo el niño.

Abby bajó los ojos hasta la prenda y comprobó que tenía razón.

—Upss…, perdón, cariño. Me he despistado —se excusó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Tom, que se había dado cuenta de que Abby estaba en las nubes—. Tienes la misma cara que yo cuando habla la señora Harper en clase de Lengua.

Abby no pudo evitar sonreír al escuchar la comparación.

—Nada, cariño, cosas de adultos —dijo, sin darle importancia.

Terminó de vestirlo y bajaron juntos a la cocina.

Mientras le ponían la comida a Blackie y le llenaban el bebedero de agua, Asher entró a la carrera, anunció que tenía una reunión con los socios del bufete y se marchó sin ni siquiera tomarse un café.

Abby le había preguntado si quería desayunar con ellos, pero Asher había declinado la invitación. Como siempre, tenía prisa.

Abby se había sentido desilusionada con la negativa. En algún lugar de su mente fantaseaba con la idea de repetir aquel desayuno que habían hecho los tres juntos mientras se reían viendo a Blackie tratando de atrapar una mariposa.

Quizá estaba echando a volar demasiado su imaginación. Abby pensó que

últimamente se olvidaba muy a menudo de que solo era la niñera.

—Aquí tienes, cariño —dijo a Tom, poniendo delante de él una taza llena de cereales—. ¿Te has lavado las manos? —le preguntó.

—Sí —contestó él.

—¿Qué tal los entrenamientos? —dijo Abby, dando un trago del café que se había preparado para ella.

—Muy bien, dentro de dos semanas vamos a jugar el primer partido oficial —contestó Tom, hundiendo la cuchara en la taza llena de cereales y llevándosela a la boca.

—Wow, eso suena muy bien. ¿Tienes ganas?

Tom afirmó con la cabeza varias veces.

—Muchas —dijo con entusiasmo.

Oyeron un pequeño ruido proveniente de la puerta corredera de la terraza. Cuando levantaron la vista, vieron a Blackie que se había caído de bruces al saltar el marco, para intentar entrar en la cocina.

Había crecido desde que lo habían encontrado en medio de un charco en la verja exterior, pero seguía teniendo las patas muy cortas para según qué cosas.

Por suerte no se hizo daño, se levantó como si nada y sacudió la cabeza. Abby se acercó a él y lo cogió.

—Pequeño, ¿estás bien? —preguntó.

Blackie maulló.

Abby se inclinó sobre él y comenzó a llenarle de besos.

—Blackie es un gato muy fuerte —comentó Tom.

—Sí lo es, se ha dado un buen golpe —dijo Abby.

Se sentó de nuevo en la silla y colocó a Blackie en su regazo.

De pronto, la puerta de la cocina se abrió y apareció Asher.

—He olvidado unos documentos importantes —dijo, pero no se movió.

Durante unos segundos Abby y él se miraron a los ojos. Y parecía que se comunicaban con ellos.

—Vale —murmuró ella.

—Creo que tengo diez minutos para tomarme un café —dijo Asher.

Y aquello sí que sorprendió a Abby.

—Claro —dijo.

Se levantó de la silla y dejó a Blackie en la terraza.

—¡Qué bien, papá! —exclamó Tom.

—Antes voy a llamar al bufete —dijo Asher.

Mientras Abby le servía un café de la manera que a Asher le gustaba, él hizo

una llamada rápida a Ethan.

—Dime.

—Ethan, voy a llegar tarde a la reunión, empezad sin mí —indicó.

Ethan se alarmó.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó en tono preocupado. Asher no faltaba nunca al trabajo ni llegaba tarde a una reunión, a no ser que hubiera sucedido algo grave.

—No, todo está bien —respondió él—. Me voy a quedar a desayunar con Tom y la señorita Jones.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—Ah, perfecto —dijo Ethan finalmente.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Asher colgó la llamada, se guardó el móvil en el pantalón y se sentó a la mesa.

CAPÍTULO 43

En el centro de la ciudad, en el edificio que albergaba el bufete de los «Alfa de Chicago», Ethan estaba visiblemente sorprendido.

—Era Asher —anunció, dejando el teléfono encima de la mesa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Samuel.

—Me ha llamado para decirme que va a llegar tarde, que empecemos la reunión sin él.

—¿Ha pasado algo? —dijo Trevor.

—No —negó Ethan, pensativo. Miró a sus socios—. ¿Asher os ha hablado a alguno de la niñera? —les preguntó.

—¿En qué sentido? —dijo Samuel, sentado en una de las sillas colocada alrededor de la mesa de la sala de juntas.

—Creo que le gusta —aseveró Ethan.

Trevor y Samuel intercambiaron una mirada.

—¿A Asher le gusta la niñera de Tom? —dijo Samuel, sin disimular cierta incredulidad en sus palabras.

—Eso es imposible —afirmó Trevor—. Por lo que ha dicho en alguna ocasión, no hay dos personas más diferentes en el mundo que la niñera y él.

—Y eso es cierto —confirmó Ethan—. Abby es alegre, vitalista, jovial, inquieta, ruidosa… Estas son palabras textuales de Asher —puntualizó—. Pero yo creo que le gusta.

—¿Por qué lo dices? —habló Trevor.

—Ayer la conocí y me sorprendió muchísimo la forma en que Asher la mira.

Trevor enderezó la espalda y apoyó los codos en la mesa.

—¿Lo estás diciendo en serio? —dijo.

Ethan lo miró.

—Totalmente —contestó—. Cuando llegamos a su casa, Abby estaba bailando y cantando con Tom en el jardín. Asher era incapaz de apartar la mirada de ella. La contemplaba con la misma fascinación con que contempla un cuadro de esos que tanto le gustan, antes de comprarlo.

—Vaya…

—Además, es muy guapa —añadió Ethan. Miró a Samuel y a Trevor alternativamente—. Y no, no lo digo con ánimo de ligármela, cabrones, que seguro que es lo que estáis pensando —aclaró—. Lo digo como observación puramente objetiva.

—¿Tú siendo objetivo con una mujer? —dijo Trevor, poco convencido.

—Qué sí, joder —contestó Ethan.

—¿Y por qué no nos dice que le gusta? —lanzó Samuel.

Trevor giró la cabeza hacia él.

—¿Acaso nos dijiste tú que te gustaba Haley? —le preguntó con una nota de reproche en la voz.

—Sí que os dije que me gustaba físicamente —dijo Samuel.

—En primer lugar, te lo sonsacamos, como un corcho de una botella y, en segundo lugar, no me refiero a eso, no me refiero al atractivo físico —repuso Trevor.

—Pero es que yo no me di cuenta de que me estaba enamorando de Haley —se justificó Samuel.

—Pues Asher estará en esa fase —aseveró Trevor.

—Entonces, ¿no os ha comentado nada a ninguno? —preguntó Ethan.

Samuel y Trevor movieron la cabeza.

—No.

—Pues os aseguro que algo está pasando con esa chica —dijo Ethan—. Nunca he visto mirar a Asher a ninguna mujer como mira a Abby.

—¿No estarás exagerando? —dijo Samuel.

—No —respondió Ethan.

—¿Y creéis que Asher está en disposición de tener una relación, sea con esa chica o con cualquier otra? —preguntó Trevor.

—No —dijo Samuel, rotundo—. El divorcio con Beth fue una pelea encarnizada de la que salió escaldado, y su infancia con todo lo del abandono de su madre y tener que hacerse cargo del cuidado de sus hermanos lo marcó mucho.

—Asher es una persona muy compleja. Es difícil llegar hasta él —comentó Ethan.

—Yo creo que su infancia está forjando el resto de su vida —opinó Trevor.

—Eso nos pasa un poco a todos —intervino Samuel, que se había criado con sus abuelos maternos, porque su padre no se hacía cargo de ninguno de sus hijos, pese a tener seis.

—Por supuesto, cada uno tenemos lo nuestro —dijo Trevor.

—*Vosotros* tenéis lo vuestro, a mí no me metas —intervino Ethan en tono

socarrón.

Trevor y Samuel volvieron el rostro hacia él, fulminándole con los ojos.

—A saber qué taras tienes tú —afirmó Samuel.

Ethan dejó escapar una risilla.

Trevor puso los ojos en blanco y volvió a retomar la conversación.

—Asher es una de esas personas que nunca han sido realmente jóvenes. Me refiero a joven en el más amplio sentido de la palabra; con todas las virtudes y defectos inherentes a la edad, con la inconsciencia y la despreocupación de esos años.

—Asher siempre se ha sentido mayor por la consciencia de toda la responsabilidad que ha tenido, por el trabajo que ha pesado sobre él —dijo Samuel.

—Es a eso a lo que me refiero —afirmó Trevor—. Se pasó la infancia y la adolescencia sacrificando las diversiones propias de la edad, en aras de cosas trascendentes y serias, propias de adultos. Crio a sus hermanos pequeños cuando él solo era un niño, porque su padre se pasaba el día fuera, trabajando para llevar dinero, un sustento con el que poder alimentarlos. Es decir, que el peso de la casa quedó exclusivamente sobre él.

—Asher no habla nunca de ello, pero tuvo que ser muy duro para él, por todas las cosas que se ha perdido por el camino —repuso Samuel.

—Por eso es tan estricto, tan responsable, tan serio —dijo Trevor.

—Ya veis las broncas que nos echa cuando llegamos cinco minutos tarde. Nos regaña como si fuera nuestro padre —habló Ethan—. Pero ¿sabéis qué? Yo creo que Abby le está… —buscó la palabra adecuada mientras chasqueaba los dedos —… sacudiendo, por decirlo de alguna manera. Ella es todo lo contrario que él. Asher tiene razón cuando la describe como alegre, vitalista, inquieta, ruidosa… Yo mismo he comprobado que es así. Chicos, estaba con Tom en mitad del jardín bailando y cantando canciones de Katy Perry y Taylor Swift con un estuche como micrófono, y lo hacía como si no hubiera un mañana. Además, es muy joven, yo creo que tendrá un par de años menos que yo. No creo que supere los veintitrés o veinticuatro —dijo Ethan.

Samuel se recostó en la silla.

—Quizás tengas razón —repuso—. Yo flipé cuando me contó lo del gato. Dejó que Tom se lo quedara gracias a la niñera.

—Ese gato no va a salir de su casa —afirmó Trevor, echándose a reír.

—Eso mismo le dije yo —habló Samuel, riéndose con él.

—A estas alturas, no tengo dudas de que Asher también lo sabe —dijo Ethan —. Tom lo adora.

—Nadie ha sido capaz de convencer a Asher de que dejara tener una mascota a Tom. Ni nosotros pudimos ni tampoco Bastian y Aaron. Decía que tener un

animal en casa implicaba mucha responsabilidad y que el niño no estaba preparado.

—Y, sin embargo, esa chica lo ha conseguido —dijo Samuel, con admiración.

—Tiene todos mis respetos —aseveró Trevor.

Ethan sonrió.

—Pues os informo de que no solo ha conseguido eso, chicos —comenzó—. Ahora mismo Asher está desayunando con Tom y con ella.

Los ojos de Samuel y de Trevor se abrieron de par en par.

—¿Por eso va a llegar tarde? —preguntó Trevor.

—Sí —contestó Ethan.

Samuel levantó el dedo índice y lo agitó en el aire. Una sonrisa adornaba sus labios.

—Os digo que, cosas como esta o como lo del gato, pueden parecer anécdotas o algo trivial, algo circunstancial, visto desde fuera, pero conociendo a Asher como lo conocemos, significa algo. Ya lo creo que significa algo —dijo.

—Y está la invitación a la barbacoa del sábado —les recordó Ethan.

—Cierto —dijo Trevor.

—Pero se quedó a cenar porque insistió Tom, según me ha contado, y también sus hermanos —comentó Samuel.

Ethan apretó los labios y movió ligeramente la cabeza.

—Se quedó a cenar porque Asher quería que se quedara, si no la hubiera mandado a su casa con viento fresco. Ya sabemos cómo se las gasta…

—Ethan tiene razón. Si Asher no hubiera estado de acuerdo, ni Tom ni sus hermanos lo hubieran convencido —apuntó Trevor—. Y seguro que el muy cabrón se está guardando cosas —apuntó.

—Esa chica le gusta porque es todo lo contrario a él. Yo creo que ve en Abby todo lo que no es él; todo lo que no ha sido, o lo que no ha podido ser —dijo Ethan—. Pero os aseguro que algo le pasa con ella. Esa forma de mirarla no es normal en Asher.

—¿Se la comía con los ojos? —preguntó Trevor.

—Se la comía con los ojos por no poder comérsela con la boca —afirmó Ethan entre risas.

—Qué cabrón eres —dijo Samuel.

Trevor se apartó el puño de la camisa y consultó la hora en su Rolex.

—Empecemos la reunión de hoy, o cuando llegue Asher nos va a cortar la cabeza —dijo.

—Y más, si se entera de que hemos estado hablando de él —repuso Ethan.

—Sí, empecemos de una vez —dijo Samuel.

—¿Sabéis qué día se va a celebrar este año el picnic del Día del Trabajador? —preguntó Ethan.

—El próximo domingo —respondió Trevor.

CAPÍTULO 44

Abby se encontraba en el porche de la cocina cambiando el arenero de Blackie. Tom, que desde el primer momento se había responsabilizado del gatito y de todo lo que tenía que ver con su cuidado, la ayudaba echando arena limpia.

—¿Así, Abby? —le preguntó el niño.

Ella lanzó un vistazo.

—Sí, cariño. Así está perfecto —contestó.

Asher apareció en el porche con su siempre inmaculada y poderosa imagen. Abby supo que estaba allí incluso antes de que él hiciera notar su presencia.

—Señorita Jones, antes de que se marche quiero hablar con usted.

Abby se levantó, apartándose de la cara un mechón de pelo que se le había soltado de la trenza.

—Dígame —dijo.

Asher se fijó en el brillo que asomaba a sus ojos. El sol de la tarde hacía que aquella preciosa tonalidad café ganara intensidad, haciendo que su mirada fuera más profunda. La larga trenza le caía a un lado en uno de los hombros y varios mechones se habían escapado de ella, dándole un aire increíblemente femenino.

Estaba radiante, igual que ayer, y que el día anterior, y el anterior, y el anterior…

¿Por qué tenía que verla radiante? ¿Por qué le parecía tan guapa?

—Todos los años se celebra un picnic por el Día del Trabajador. Es una reunión a la que se acude con la familia, algo informal para pasar el día —comenzó a explicarle Asher—. A Tom le encanta ir porque hay atracciones infantiles y se junta con otros niños, y me gustaría que usted viniera con nosotros para que le eche un ojo.

—¡Sí, Abby, hay un castillo hinchable, y una piscina de bolas! —intervino Tom, emocionado ante la perspectiva.

Abby hizo una mueca con la boca.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Asher.

—¿No cree que me voy a sentir fuera de lugar? —dijo—. Van a estar allí todos sus compañeros de profesión, sus socios…

—Como le he dicho, es algo informal. No se preocupe. Además, viene

conmigo. —La voz de Asher al pronunciar aquel «viene conmigo» le produjo a Abby un extraño escalofrío.

Tom corrió hasta su lado y la agarró de la mano, para llamar su atención.

—¡Abby, ven con nosotros, por favor, por favor! —coreó, al tiempo que daba pequeños saltitos en el sitio.

Asher enarcó ligeramente una ceja.

Abby se preguntó si se lo había propuesto delante de Tom a propósito, para asegurarse de que dijera que sí, como una estrategia perfectamente orquestada. No le extrañaría. No en vano, Asher era uno de los mejores abogados del país por algo.

Se mordisqueó el labio, tratando de ignorar la presión que ejercían sobre ella sus ojos grises.

—Vale —accedió.

—¡¡Bien!! —exclamó Tom.

Abby bajó la mirada hasta él. Sonreía de oreja a oreja. Al verle, ella también sonrió.

—¿Cuándo es? —le preguntó a Asher.

—El domingo.

—¿Y qué debo ponerme?

—Cualquier cosa con lo que se sienta cómoda —dijo Asher.

Su respuesta dejó claro que no se requería etiqueta. Algo que Abby agradeció, porque nunca le habían gustado esos vestidos encorsetados que apenas dejan espacio a los pulmones para respirar.

—¡Nos lo vamos a pasar genial! —dijo Tom—. ¡Ya verás qué divertido va a ser!

—Seguro que sí —comentó Abby.

—Gracias —le dijo Asher.

—De nada.

Se sostuvieron la mirada y Abby sintió que el jardín daba vueltas a su alrededor. Era ridículo. ¿Cómo podía Asher producirle esas cosas?

—Vamos, Abby —la llamó Tom—, tenemos que terminar de limpiar el arenero de Blackie.

Abby apartó la vista de Asher e intentó recuperar la compostura para seguir con la tarea, para seguir con el día, para seguir con la vida.

Maldito fuera, ¿cómo podía afectarla solo con una mirada?

Asher terminó de leer el recurso que había escrito Ethan y que iba a presentar para la reapertura de un importante caso. Cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa.

Lo miró.

—Es muy bueno, creo que no hay espacio para que la parte contraria haga alegaciones —dijo a Ethan.

—Yo también lo pienso, me he preocupado al máximo para no dejar suelto ni un solo cabo —contestó él.

Asher se recostó en el respaldo del sillón de cuero.

—Me ha dicho Trevor que este año no vas a ir al picnic —comentó, cambiando de tema.

Ethan torció la boca en un gesto de desdén.

—Ya sabes lo que me aburre —dijo.

—Pero es bueno para el bufete —repuso Asher.

Ethan colocó una pierna por encima de la otra y se la agarró con las manos.

—No necesitamos promocionarnos —replicó—. Por algo nos llaman los «Alfa de Chicago».

—A mí tampoco me entusiasma ir, pero no viene mal.

—¿Vas a llevar a Tom? —le preguntó Ethan.

—No me perdonaría que no lo llevara. Él se lo pasa mejor que todos nosotros juntos —respondió Asher—. Ya le he pedido a la señorita Jones que nos acompañe.

El rostro de Ethan se iluminó de pronto. Su expresión cambió.

—¿Va a ir Abby? —dijo.

—Sí.

Ethan sonrió para sí mismo.

—De pronto el picnic se ha vuelto interesante, creo que voy a ir —comentó.

Asher lo miró con los ojos entornados.

—Abby no es para ti, no se te ocurra ligar con ella —aseveró, apuntándole amenazadoramente con el índice.

—Ya sé que no es para mí —afirmó Ethan.

—¿Entonces? —Asher alzó los hombros. No entendía nada.

Ethan abrió la boca para hablar, pero sonó el teléfono fijo del despacho, interrumpiendo lo que iba a decir.

Asher se inclinó hacia adelante sin dejar de mirar a su socio, como si estuviera estudiando la expresión de su cara, y cogió el auricular.

—Dime, Julia. —Finalmente apartó los ojos de Ethan.

—La señorita Melissa ha venido a verle.

—¿Melissa? Si hemos quedado a la una —dijo Asher.

—Pues está aquí —contestó su secretaria.

Asher cogió aire.

—Dile que pase.

En cuanto Ethan escuchó el nombre de Melissa, cogió la carpeta de encima de la mesa y se levantó de la silla.

—Este es un buen momento para irme —dijo apresuradamente, sin cortarse un pelo, haciendo patente que no soportaba a Melissa—. Suerte —le dijo a Asher en tono mordaz.

Asher movió la cabeza, negando.

Ethan dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Se topó con Melissa justo cuando giró el pomo y abrió.

—Adiós, Melissa —le dijo en tono seco, sin ni siquiera pararse a saludarla.

Ella lo miró ceñuda. Qué mal le caían los socios de Asher. No los aguantaba. No los había aguantado nunca.

—Adiós —se limitó a decir en tono airado.

Ethan cerró la puerta tras de sí y Melissa avanzó por el despacho hasta sentarse en la silla que acababa de dejar libre.

—Ethan es muy desagradable cuando quiere —dijo, sin poder callarse el comentario.

—No le hagas caso, sabes cómo es —contestó Asher, sin darle mayor importancia a las palabras de su excuñada—. Habíamos quedado a la una —dijo.

Melissa suspiró.

—Eres demasiado estricto, Asher. Deberías de ser más flexible; soltarte un poco —le aconsejó.

Alzó la mano y se echó la melena hacia atrás en un gesto de coquetería.

—No creo que cambie a estas alturas —arguyó él.

Melissa sonrió, dejando ver una dentadura blanquísima tras los labios pintados de rojo pasión.

—Simplemente estaba por el centro de Chicago haciendo unas cosas y adelanté nuestra cita —le explicó, y sin dejar que Asher hiciera ningún comentario volvió a hablar—. He oído que el domingo es el picnic que hacéis para celebrar el Día del Trabajador. ¿Vas a ir? —le preguntó, yendo directamente al meollo de la cuestión.

—Sí, a Tom le encanta ir —contestó Asher—. Ya le he dicho a la niñera que nos acompañe.

El rostro de Melissa se descompuso.

—¿Vas a llevarte a la niñera? —dijo en tono visiblemente desdeñoso.

Asher, que hasta ese momento estaba buscando el informe de una sentencia en uno de los muchos archivadores que tenía sobre la mesa, miró a su excuñada.

—Por supuesto, quiero que se ocupe de Tom.

—Si quieres que alguien se ocupe de Tom, podría haberlo hecho yo.

Asher bufó.

—Melissa, tú no aguantarías ni un cuarto de hora correteando detrás de él, menos un día entero —aseveró—. Todo el mundo sabe que no te gustan los niños.

—Pero Tom no es un niño cualquiera, es mi sobrino —trató de defenderse ella.

Asher no comentó nada al respecto.

—La señorita Jones es la persona más idónea para que lo cuide. Le entiende mejor que nadie y Tom la adora.

Melissa sintió que se le revolvían las tripas. La envidia le recorrió las venas como si fuera veneno. Nunca había oído a Asher hablar así de nadie. En su tono de voz se traslucía admiración, respeto y algo más que a Melissa no le gustaba.

Imaginarse a los tres comportándose como una familia, como el día que los vio desayunando juntos en la cocina, le ponía enferma.

Contrajo la mandíbula.

—¿La llevas solo por que es la niñera de Tom? —le preguntó de manera glacial.

Asher detuvo la búsqueda en el archivador y la miró.

—¿Por qué otra razón iba a querer que me acompañara? —dijo. Y su voz sonó suspicaz. Quizá más de lo que hubiera querido.

Joder, no era idiota, pensó Melissa. Había visto cómo miraba a la maldita niñera. Lo hacía como nunca la había mirado a ella.

Ni siquiera recordaba que hubiera mirado así a Beth.

«Cálmate, Melissa», se dijo.

Respiró hondo.

—Por nada —dijo.

Debía de tener cuidado. Asher podía decirle que con quién fuera al picnic no era asunto suyo. No le convenía tener un enfrenamiento con él.

Su plan de ir al picnic con Asher se había ido al traste, y todo por culpa de la maldita niñera.

CAPÍTULO 45

—Tom, no se salta en la cama —dijo Asher, pero él no le hizo caso.

Asher se dio cuenta de que vestir a un niño de cinco años con ganas de jugar era mucho más complicado de lo que pensaba.

En el siguiente salto, cogió al niño al vuelo con un brazo. Lo que hizo que Tom se echara a reír.

—Es que estoy muy contento de que Abby venga este año al picnic —dijo el niño, mientras su padre le ponía de pie sobre la cama.

—Te gusta, ¿verdad? —le preguntó Asher.

Le metió la camiseta blanca con la cara de un león azul por la cabeza.

—Sí, es la mejor niñera del mundo —contestó Tom—. Es muy buena conmigo. ¿A ti te gusta, papá? —le preguntó con ingenuidad.

—Sí, me gusta —dijo Asher.

—Es muy divertida, ¿a que sí? —Tom introdujo los brazos por las mangas.

—Sí —respondió Asher. No reconocerlo sería de necios.

Le bajó la camiseta por el torso y se la metió por dentro del pantalón corto que tenía puesto.

Asher pensó en Abby. En la manera en que se estaba colando en su vida. En la manera en que estaba empezando a llenar los escondites, a dar luz a las esquinas que siempre habían permanecido ocultas, sumidas en las sombras.

Recordó la mañana en la que después de declinar su invitación para desayunar con Tom y con ella, él había vuelto a casa con la excusa de que se había olvidado unos documentos importantes. En realidad no eran tan importantes (podría haber enviado a alguien a recogerlos), pero le había servido para regresar y desayunar con ellos.

Y ver cómo el rostro de Abby se iluminaba.

Había advertido en su expresión una nota de decepción cuando le había respondido que no podía quedarse, que tenía una reunión con los socios del bufete.

No se arrepentía de haber vuelto.

No.

Sentados los tres a la mesa, con la comida del desayuno en el centro y Blackie correteando por la cocina, Asher sintió que algo importante estaba sucediéndole, y que estaba relacionado con la llegada de Abby a su vida.

—Papá, antes de irnos hay que echar de comer a Blackie —dijo Tom.

Asher volvió a la realidad.

Tomó a Tom de la cintura con un brazo y le bajó al suelo.

—Vamos —dijo.

Abby abrió la verja de la mansión con el mando, recorrió con el coche la distancia que había hasta la entrada principal y aparcó al lado del Rolls Royce de Asher.

No podía negar que estaba nerviosa. No es que no le apeteciera ir al picnic, pero reconocía que se sentía intimidada por los asistentes. Estaba convencida de que se iba a sentir fuera de lugar.

—¡Papá, Abby ya ha llegado! —dijo Tom, que estaba mirando desde una de las ventanas del vestíbulo.

Salió disparado hacia la puerta y la abrió.

Abby apagó el motor y al ver a Tom en las escaleras del porche lo saludó con la mano. El niño le devolvió el saludo, emocionado.

Cuando Abby salió del coche, Asher se quedó sin aliento al verla.

Beneficiándose de que el día era soleado y hacía calor, y que había una temperatura ideal, lucía un bonito vestido sin mangas, con escote en pico en tonalidades verdes que le llegaba hasta los pies, tan vaporoso que parecía flotar a su alrededor, y se había enfundado unas sandalias planas de estilo griego de color negro. Era un cambio con respecto a la ropa que usaba los días normales para ir al trabajo o a la universidad.

Se había recogido el pelo en una cola de caballo que le llegaba hasta la mitad de la espalda, con las puntas ligeramente onduladas, y que se movía de un lado a otro al caminar.

—Buenos días —los saludó con una sonrisa, al alcanzarlos.

—Buenos días —correspondió Asher.

—Abby, estás muy guapa —dijo Tom. Alzó el rostro para mirar a Asher—. Papá, ¿a qué está muy guapa?

Asher no había apartado los ojos de ella ni un solo segundo. Nunca la había visto vestida así.

—Sí —respondió.

—Gracias —dijo ella, y trató por todos los medios de no ruborizarse, aunque

no estaba muy convencida de haberlo conseguido.

Asher llevaba unos chinos azul oscuro y un polo de color blanco. Aunque era un atuendo menos serio que el que utilizaba para trabajar, no dejaba de perder su esencia formal, pese a que se había calzado unas zapatillas negras.

Aún todo, a Abby se le caía la baba.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Asher.

—Sí —contestaron Abby y Tom al unísono.

—Entonces, vámonos —dijo Asher, cerrando la puerta de la mansión.

Tom se subió rápidamente al coche y Asher le colocó en la silla de seguridad. Mientras, Abby se acomodó en el asiento del copiloto.

—¿Dónde se hace el picnic? —preguntó a Asher cuando él se sentó tras el volante.

—En una zona habilitada en *Abraham Lincoln Park* —respondió, abrochándose el cinturón—. Al lado del lago.

—Me gusta mucho *Abraham Lincoln Park*. Además, en esta época está precioso —dijo Abby, al tiempo que Asher arrancaba el Rolls Royce y daba marcha atrás para salir del aparcamiento.

—Y está lleno de ardillas —intervino Tom en la conversación desde la parte trasera del coche.

Al nombrar a las ardillas, Abby se acordó del gato.

—Tom, ¿has dejado comida y agua a Blackie? —le preguntó.

—Sí, papá me ha ayudado —respondió el niño.

Abby giró la cabeza y miró a Asher con una expresión de extrañeza en los ojos. ¿Había ayudado a Tom? Si no podía ver al gato ni en pintura.

Asher apartó unos segundos la vista del camino asfaltado que llevaba al exterior para mirar a Abby.

—Teníamos un poco de prisa —dijo, justificando su acción—. A Tom le ha dado por saltar en la cama y no ha sido fácil vestirle.

Abby rio al imaginarse la escena. Tom saltando sin parar y Asher tratando de poner orden una y otra vez sin lograrlo.

—Es que estoy muy contento de que este año vengas con nosotros al picnic, Abby —dijo el niño.

—Yo también estoy muy contenta de ir —afirmó ella, y miró a Asher.

Aprovechando que estaban parados frente a la verja, esperando a que se abriera, él también la miraba, de reojo, en silencio, en un gesto quizá furtivo, quizá involuntario, con el inicio de una sonrisa en el extremo de los labios, como si le estuviera trasmitiendo algo en un lenguaje secreto que solo ellos conocían.

CAPÍTULO 46

Durante el trayecto, Tom no paró de hablar. Estaba tan emocionado que apenas podía mantener silencio.

—El año pasado llovió mucho y no pude subirme en el castillo hinchable, ¿verdad papá? —dijo.

—Verdad —contestó Asher, girando el volante para tomar el desvío que salía a la derecha.

—Pero este año sí que voy a poder subir —dijo Tom.

—Sí, porque hace un día genial —repuso Abby.

El cielo estaba de un azul pálido, apenas había nubes, y el sol brillaba en lo alto.

Después de pasar por un estricto control de seguridad, para acceder a la zona

en la que se iba a celebrar el picnic, Asher aparcó en la zona autorizada para ello, detrás de una larga fila de coches.

Se bajaron del Rolls Royce, Tom se agarró a la mano de Abby, y fueron andando hasta una explanada salpicada de árboles.

Abby lanzó un vistazo a su alrededor.

En los sitios de sombra, había merenderos de madera y sillas de plástico. Ya había llegado mucha gente, que permanecía de pie, formando grupos y hablando.

Al fondo, había un castillo hinchable de colores chillones, una piscina de bolas y unas camas elásticas, para que los niños se divirtieran. Al verlo, Abby entendió por qué Tom estaba tan emocionado. Se lo iba a pasar bomba.

El aire estaba lleno del murmullo de las conversaciones y de los gritos y risas de los niños, que ya correteaban por el césped de un lado a otro.

Cuando Ethan los vio, se dirigió a ellos.

—Hola —dijo.

—Hola —respondieron todos.

Ethan miró a Tom.

—¿Preparado para pasártelo genial? —le preguntó.

Tom dio un salto.

—¡Sí! —exclamó.

Ethan se echó a reír al ver su entusiasmo.

—Bienvenida, Abby —le dijo, con el descaro y la soltura que le caracterizaban.

—Gracias —dijo ella.

—¿Han llegado ya Trevor y Samuel? —le preguntó Asher.

—Sí, están tratando de que Nico suba al castillo hinchable —dijo Ethan.

Asher miró a Abby y le dijo:

—Venga, quiero presentarle al resto de socios del bufete.

Mientras cruzaban la explanada, Ethan se preguntó por qué mirando Asher del modo que miraba a Abby, seguía dirigiéndose a ella con un tratamiento formal. Aparte de que era una chica de veintipocos años, por Dios. No le pegaba nada, aunque fuera su empelada.

Después llegó a la conclusión de que todo estaba interrelacionado. Era una forma de mantener la distancia con ella, de no acceder a la familiaridad, ni a la confianza; de levantar y mantener un muro entre ellos que pretendía que fuera infranqueable, para no darle acceso a él.

Pero Ethan no estaba tan seguro de que Abby no fuera a romperlo… en mil pedazos.

Trevor, Samuel y Haley se encontraban de espaldas, observando cómo Nico

trataba de saltar en el castillo hinchable. Tenía ya un año y medio y se defendía bien andando, pero la atracción se le quedaba algo grande aún. Sin embargo, sonreía sin parar, daba grititos de alegría rodeado de tanto color, y se comunicaba con Haley y Samuel con su lengua de trapo.

—¡Hola! —Tom fue el primero en saludar al llegar al grupo.

Trevor, Samuel y Haley se giraron.

—Hola, corazón —dijo Haley con una amplia sonrisa en el rostro. Se agachó y le dio un abrazo.

Seguidamente lo saludaron Trevor y Samuel.

—¿Qué tal todo, chicos? —dijo Asher a modo de saludo.

—Todo bien —contestó Trevor.

—Ella es Abby Jones, la niñera de Tom —dijo Asher, haciendo la correspondiente presentación—. Él es Trevor, él Samuel, ella Haley y ese pequeñín que está ahí intentando saltar es Nico, su hijo.

—Encantado —dijeron Trevor y Samuel, estrechándole la mano.

—Igualmente —contestó ella.

Haley, más efusiva, le dio un par de besos en las mejillas y un abrazo.

—Mucho gusto, Abby.

—El gusto es mío. —Abby miró a Nico—. Tu hijo es precioso —dijo, para

romper el hielo y empezar a entablar una conversación.

—Muchas gracias.

En esos momentos, Nico se levantaba e intentaba ponerse de pie, pero el salto de una niña a su lado hizo que cayera de culo. Soltó una sonora carcajada que hizo que todos se echaran a reír.

—Como ves, todavía es muy pequeño para esto de los castillos hinchables, pero se divierte a su manera —comentó Haley.

—Abby, quiero subir al castillo —dijo Tom.

—Claro, cariño.

Tom se sentó en una de las sillas, mientras Abby se ponía de cuclillas y le quitaba las zapatillas.

En cuanto se vio sin calzado, Tom salió disparado hacia el castillo hinchable. Con una agilidad pasmosa se subió a él y empezó a dar saltos y a encaramarse en los obstáculos que había en un lado y en otro.

Después se fue a la piscina de bolas junto con otros niños que conocía del año anterior y luego a las camas elásticas.

Se había contratado un catering y una decena de camareros iban de un extremo a otro con bandejas llenas de bebida y canapés.

—Señorita Jones, ¿quiere algo de beber? —le preguntó Asher.

—Una Coca-Cola con hielo, por favor —contestó Abby.

Asher miró a su alrededor y alzó la mano para llamar la atención de uno de los camareros. Cuando el chico se acercó, cogió un vaso con Coca-Cola y un botellín de cerveza.

—Gracias —dijo Abby cuando le entregó el vaso.

—¿Se siente cómoda?

—Sí, muy cómoda. Está siendo un día fantástico.

Y lo estaba siendo.

Esos nervios iniciales que tenía Abby se esfumaron en cuanto Ethan, Trevor, Samuel y Haley empezaron a hablar con ella.

Nadie la trataba como a una extraña, y menos aún como una empelada. Cualquiera diría que los conocía de toda la vida.

Haley le cayó genial y congenió con ella desde el primer minuto. Además, a Abby se le caía la baba con Nico, que siempre estaba riendo.

CAPÍTULO 47

—Papá, ¿tú no puedes participar? —le preguntó Tom a Asher, cuando iba a dar comienzo la carrera de sacos.

—No, Tom, es solo para las mamás. Si yo participara, sería injusto.

—Pero es que yo quiero hacer la carrera de sacos —dijo el niño.

—Pequeño, no puede ser —aseveró Asher.

Tom miró con expresión de anhelo hacia el lugar donde se estaban llevando a cabo los preparativos de la carrera.

Al verle, Abby se agachó a su lado y le dijo:

—¿Quieres que corra yo en la carrera de sacos?

El rostro de Tom se iluminó de golpe.

—Abby, ¿tú correrías?

—Si tú quieres, sí —respondió ella.

Era Tom quien tenía que tomar la última decisión. Era una carrera de sacos para madres e hijos. Ella no era la madre de Tom, y no tenía ninguna intención de irrumpir en espacios que no le correspondía, pero si él quería, ella correría para que él pudiera participar.

—Sí, Abby —respondió. Y agarrando su mano, tiró de ella.

En primer lugar eran los niños los que tenían que correr metidos en el saco y dar el relevo a las madres, que correrían hasta la meta.

—¿Abby va a participar en la carrera de sacos con Tom? —preguntó Trevor, al ver que iban a inscribirse.

—Sí —dijo Asher.

—Entonces será mejor que nos acerquemos para poder animarlos —comentó Trevor.

Haley cogió en brazos a Nico y todos se dirigieron a las vallas que perimetraban el recorrido de la carrera.

Tom se metió en su saco y se colocó al lado del resto de los niños que iban a participar. Metros más adelante, Abby hacía lo mismo.

Buscó a Asher con la mirada. Cuando sus ojos se encontraron, él le sonrió. Ella le devolvió el gesto disimuladamente.

—Preparados…, listos… —dijo una voz masculina.

Abby agarró el saco con fuerza para cuando Tom le pasara el relevo.

—¡Ya! —gritó la voz.

Los niños salieron disparados dando saltos con sus sacos, entre ellos Tom, que avanzaba como buenamente podía por el recorrido de la carrera.

Padres y amigos estallaron en vítores y gritos de ánimo. Nombres de niños y de niñas se mezclaban unos con otros.

Un par de niños se cayeron en mitad del recorrido, sin embargo se levantaron y siguieron con la carrera. Tom tropezó y a punto estuvo de darse de bruces contra el suelo, pero finalmente pudo mantener el equilibrio y seguir.

—¡Vamos, Tom, vamos! ¡Corre, corre, corre! —le animaba Abby, sin soltar su saco.

Tom fue el tercer niño en pasar el relevo, pero Abby no iba a dejarse ganar. Se aferró al sacó con todas sus fuerzas para no tropezarse con él y en cuanto Tom le dio en la mano, se lanzó a la carrera. No iba a darse por vencida. Quería ganar.

Miró a un lado y vio que una de las mamás se había caído y no podía levantarse porque le había dado un ataque de risa. Otra mujer se resbaló y también dio con los huesos en el suelo, aunque no se hizo daño, pero quedaba mucha competencia.

Abby aceleró el paso y trató de dar los saltos más amplios. Le dolían las

piernas porque no estaba acostumbrada, pero le daba igual. Tenía que ganar.

—¡Vamos, Abby! ¡Tú puedes! —coreaban Haley, los socios del bufete de Asher y el mismo Asher, que levantaba los brazos en un gesto de triunfo. Incluso Nico la animaba con sus gorgoritos.

Una mamá iba un par de metros por delante de ella. Abby consiguió darle alcance y avanzaron a la par, pero cuando iba a traspasar la línea de meta, Abby se tiró en plancha, logrando entrar en primer lugar.

La gente congregada comenzó a aplaudir, celebrando su triunfo.

Después de recibir la efusiva felicitación de Asher, Tom fue corriendo y se echó encima de Abby.

—¡Hemos ganado, Abby! —exclamó, riéndose.

—Sí, hemos ganado.

Abby lo abrazó y rio con él. Estaba exhausta y el pecho le subía y bajaba por el esfuerzo.

Una algarabía empezó a formarse a su alrededor.

—Qué bien has corrido, Tom —dijo Ethan, apareciendo en escena.

Cogió al niño y se lo subió a los hombros.

—¡Hemos ganado! —gritó él.

—Enhorabuena, señorita Jones. —Abby giró la cabeza y miró el rostro del

hombre al que pertenecía aquella inconfundible voz.

Asher Barclay.

—Gracias —dijo, sacando las piernas del saco.

Asher estiró el brazo y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Ella la tomó y de un impulso se puso en pie.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó preocupado.

—Ah, no, estoy bien —contestó Abby, sacudiéndose los restos de hierba que se le habían quedado en la ropa.

Asher alargó la mano y le quitó una hoja que tenía en la cabeza. Abby miró desconcertada el movimiento que hacía su brazo.

—Tiene hojas en el pelo —explicó Asher.

Y le quitó otro par de ellas que estaban prendidas en la coleta.

—Lo ha hecho muy bien.

Abby sonrió.

En aquella ocasión solo para él. No quería que a nadie le llegara su sonrisa excepto a Asher.

Como ocurría últimamente, se sostuvieron la mirada durante unos instantes. Sin mediar palabra, dejando que el silencio hablara por ellos, dejando que el silencio les contara lo que estaba sucediendo.

Tom, que ya se había bajado de los hombros de Ethan, tiró de la mano de Asher.

—Papá, ¿has visto cómo Abby ha adelantado a la mamá de Greta? —dijo, con una mezcla en la voz entre admiración y entusiasmo.

—Sí —contestó él.

—¡¡Es *superAbby*!! —afirmó Tom, dando saltos.

—Señorita Jones, creo que a partir de ahora tiene un nuevo nombre —dijo Asher.

Abby se echó a reír.

Haley se adelantó un par de pasos y le dio un abrazo.

—Felicidades, lo has hecho genial —dijo.

—Gracias —contestó Abby.

Ethan, Trevor y Samuel también la felicitaron, al igual que a Tom.

Había sido divertido.

CAPÍTULO 48

La tarde transcurrió con normalidad entre risas y conversaciones agradables. Asher presentó a tanta gente a Abby que le resultó imposible recordar todos los nombres.

—Abby, quiero ir allí, esa niña tiene galletas de dinosaurio —dijo Tom, apuntando con el dedo a un grupo de niños que estaban sentados en un lado de la explanada, bajó la sombra de un árbol.

Abby le cogió de la mano y cruzaron el césped.

Mientras tanto, Ethan y Trevor, junto con otros dos hombres, recorrían el lugar encendiendo lamparillas de ondas ultravioleta para mantener los mosquitos a distancia y que no les comieran vivos. A esas horas se estaba poniendo muy pesados.

Asher se encontraba de pie al lado de la mesa de las bebidas, hablando con

Samuel.

En un determinado momento volvió la cabeza para buscar a Abby y la encontró en compañía de Haley. Todos los niños se habían reunido al amparo de la sombra de un árbol para jugar y comer galletas.

Su pelo castaño brillaba bajo el sol de primavera, mientras la suave brisa moldeaba la tela del vaporoso vestido contra su cuerpo.

Abby volvió el rostro hacia él como si hubiera notado la intensidad de su mirada, y sus ojos se encontraron. El estómago le dio un vuelco. Entreabrió los labios y respiró por la boca.

Tras unos segundos giró la cabeza para ocultar el rubor de sus mejillas. El corazón le latía a mil por hora.

—Abby es una tía estupenda —le dijo Samuel a Asher, al ver el objeto de su mirada.

Asher pestañeó un par de veces al darse cuenta de que se había quedado obnubilado mirando a Abby.

Carraspeó.

—Sí, lo es —dijo.

—No deberías dejarla escapar —dijo Samuel, mirándolo de reojo.

—Abby solo tiene un trabajo temporal —contestó Asher.

Samuel esbozó una sutil sonrisa en los labios.

—No me refiero a eso —repuso.

Asher lo miró con el ceño fruncido.

Iba a preguntarle que entonces a qué se refería, pero Samuel echó a andar hacia Haley, que requería ayuda con Nico.

Qué cojones había querido decir con…

—Al fin te has decidido a dar una oportunidad en tu vida a una mujer. —Asher se volvió y se encontró a Wyatt Lander a su lado—. Me alegro por ti —dijo el hombre.

Wyatt Lander tenía veintinueve años y una carrera bastante prometedora dentro del mundo de las leyes, aunque había quienes afirmaban que no contaba con muchos escrúpulos. Era un tipo atractivo, son el pelo rubio oscuro peinado hacia arriba y los ojos de un azul pálido; de complexión delgada y obsesionado con el gimnasio.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Asher.

—Hablo de… Se llama Abby, ¿verdad? Hablo de Abby. Es muy simpática —dijo Wyatt—, y también muy guapa —añadió.

Asher se descubrió queriéndole dar un puñetazo en la cara. No quería oír el nombre de Abby en boca de un hombre como Wyatt Lander. Ese tío tenía fama de mujeriego, de utilizar a las mujeres a su antojo y de otras cosas más nada

buenas.

—La señorita Jones trabaja para mí, es la niñera de mi hijo —respondió.

Wyatt levantó las cejas rubias y soltó una risilla.

—¿No estás saliendo con ella? ¿No estáis liados? —le preguntó, dejando entrever lo interesante que le resultaba esa información.

—No —dijo Asher.

—Entonces, supongo que no te importará que… charle con ella. Ya me entiendes…

Sí, claro que lo entendía. Por supuesto que lo entendía.

Sus palabras y el tono que había utilizado para decirlas golpearon a Asher en la boca del estómago. Pero antes de que pudiera darle réplica, o hacerle tragar los dientes, Wyatt se dirigía hacia Abby.

Asher lo vio alejarse y abrirse paso entre los grupos de personas para hablar con ella. Era como un jodido buitre al acecho de una nueva presa, de algo que llevarse a la boca… y a la cama.

Asher contrajo la mandíbula.

Sin quitar ojo, observó cómo Wyatt se presentaba a Abby con una sonrisa encantadora que estiraba de oreja a oreja y cómo ella se volvía hacia él para mirarlo.

Él inclinó la cabeza sobre ella y le dijo algo al oído. Abby se rio, y aunque desde allí Asher no podía escuchar el sonido de su risa, resonó en sus oídos como música.

Abby era alegre y vital y tenía un entusiasmo por vivir que resultaba contagioso, como su risa.

Wyatt le dijo algo más y ella asintió un par de veces con la cabeza, afirmando.

¿Qué le estaría contando?

Abby giró un momento el rostro para comprobar que Tom estaba bien y volvió a prestarle su atención a Wyatt Lander.

Asher respiró hondo.

Permanecían de pie, uno frente al otro, hablando. Él gesticulaba con las manos, ella se colocaba detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta.

Trevor se acercó a Asher con un par de botellines de cerveza y le ofreció uno. Él lo cogió.

—¿Qué pasa? —le preguntó Trevor.

Asher apuntó con la barbilla el lugar donde Wyatt estaba hablando con Abby. Aquel hombre parecía incapaz de mantener las manos apartadas de ella. Sintió el deseo de romperle los dedos.

—Ese imbécil de Lander anda como un baboso detrás de la señorita Jones —dijo en tono seco. Y ni Asher fue consciente de la aspereza con la que sonaba su voz.

Se acercó la cerveza a los labios y dio un trago. Tenía la garganta seca.

—Imbécil, baboso… No te estás guardando nada —comentó Trevor.

—¿Acaso no es verdad? —dijo Asher—. Todos sabemos qué tipo de tío es Wyatt Lander. —Sin apartar los ojos de la escena que se desarrollaba al otro lado de la explanada, continuó hablando—. ¿Tú dejarías que se acercara a una hermana? ¿A una amiga?

Trevor tenía la respuesta clara.

—No. Wyatt siempre alardea de llevarse a la mujer que quiere a la cama, de dejarla una vez que se la ha follado y seguir con su vida como si nada —dijo.

Efectivamente, ese tipo de comentarios eran los que salían de la boca de Wyatt Lander. Le habían oído decir que no repetía cita con ninguna mujer porque perdía todo el encanto, que era como montar dos veces en la misma montaña rusa: ya sabías las emociones que ibas a sentir. Aunque a cada una de ellas le juraba que había tenido un flechazo y que era poco menos que la mujer de su vida.

Asher apretó el botellín de cerveza con fuerza.

Uno podía ser todo lo mujeriego que quisiera, pero al menos debía de ser

honesto con la otra parte, y no hacerle creer que significaba más que un simple polvo.

Cuando Wyatt le acarició el hombro a Abby y comprobó que ella no se retiraba, Asher tuvo de pronto la impresión de que la cerveza que estaba tomando se había vuelto amarga.

—¿Qué cojones le estará diciendo? —preguntó Asher.

—Quizás le está pidiendo una cita —comentó Trevor.

Lo que fuera que le estuviera diciendo, parecía que Abby estaba de acuerdo, porque sonreía.

—Tengo que parar a ese imbécil —dijo Asher.

Echó a andar, pero Trevor le agarró del brazo, frenando su intención.

—¿Qué se supone que vas a hacer? —dijo.

—Quitarle ese buitre de encima a la señorita Jones —respondió Asher, rotundo.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes inmiscuirte en sus asuntos —argumentó Trevor—. Si ella quiere salir con Wyatt Lander es problema suyo, y si le hace daño, también es problema suyo. Tú solo eres su jefe.

Pero aquel razonamiento no convenció a Asher. Eso de que alguien pudiera hacer daño a Abby…

—Ese tío es un mamarracho —dijo, sin dar más explicaciones. Y girándose emprendió el camino hacia donde se encontraban.

—Asher, vas a meter la pata —le advirtió Trevor, pero él lo ignoró.

Se dirigía hacia ellos con paso firme, pero antes de alcanzarlos vio cómo Wyatt cogía la mano de Abby, se la llevaba a los labios y depositaba en ella un beso a modo de despedida. Después se alejó caminando hacia la zona de las mesas.

Joder, ¿se podía ser más idiota?, pensó Asher. ¿Qué hombre se despedía dando un beso en el dorso de la mano a una chica? ¿Acaso se creía que estaba en la época renacentista?

—Hola —lo saludó Abby cuando llegó a su altura.

—Hola —dijo Asher. Miró hacia donde estaba Wyatt—. He visto que ha estado hablando con Wyatt Lander, ¿le contaba algo interesante? —le preguntó.

—Ah, no —respondió Abby con un ligero titubeo.

Asher se tomó aquella pequeña vacilación como prueba de que no quería decirle que Wyatt Lander le había pedido una cita y ella había aceptado.

Sintió que le hervía la sangre.

—¿Le ha caído bien?

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo Abby.

—Simple curiosidad —respondió Asher.

Abby encogió los hombros.

—No lo conozco lo suficiente como para decir si me cae bien o mal.

—Wyatt no es…

—¡Asher! ¡Abby!

CAPÍTULO 49

Ambos giraron el rostro al oír sus nombres. Era Haley.

—La merienda está lista —les anunció.

Abby le dio en silencio las gracias a Haley. No podía haber escogido un momento más oportuno para llamarlos. Así podía poner fin a la conversación con Asher.

¿Por qué tenía tanto interés en saber de qué había hablado con Wyatt Lander? ¿Y en saber si le caía bien o mal?

Pensaría en ello luego.

Se volvió hacia el grupo de niños.

—Tom, ya está lista la merienda —dijo.

La merienda-cena que se hacía al caer la tarde era el momento en el que los

asistentes se sentaban alrededor de las mesas y comían con la familia y amigos.

El niño se levantó, se sacudió las manos y fue hasta Abby.

—¿Lo estás pasando bien, Tom? —le preguntó de camino a las mesas.

Asher se había adelantado para colocar una de las lámparas antimosquitos cerca del lugar donde se iban a sentar.

—Sí, muy bien —contestó él.

Abby lo sabía, solo había que ver su cara.

—Tengo una nueva amiga —dijo el niño.

—¿Ah, sí?

—Sí, se llama Victoria y va al mismo cole que yo.

—Eso es genial.

Tom alzó el rostro para mirar a Abby.

—¿Puedo invitarla un día a casa? —preguntó.

—Claro, cuando quieras —dijo Abby.

Todos se acomodaron alrededor de la mesa. Tom se sentó al lado de Abby y Asher lo hizo frente a ella.

—Me encanta tu vestido, Abby —comentó Haley mientras degustaban unas brochetas de carne y verduras.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa—. No te voy a engañar, me lo compré en el mercadillo que ponen en *Maxwell Street Market*.

—¿En serio? Es precioso —dijo Haley—. Voy a tener que pasarme por ese mercadillo.

—Si quieres te acompaño, yo voy de vez en cuando, tienen cosas muy chulas —repuso Abby.

—Ni que lo digas, y te queda muy bien —afirmó Haley.

—Eso es lo que le ha dicho a Abby el hombre que ha estado hablando con ella —soltó de pronto Tom.

Cogió el vaso de agua y bebió un sorbo. Abby dejó de masticar de golpe.

—¿Ha dicho eso? —preguntó Asher.

Para que Tom no derramara el agua, alargó el brazo por encima de la mesa, tomó el vaso de su mano y lo dejó delante del plato, pero en ningún momento apartó los ojos de Abby.

—Sí, que el vestido le quedaba muy bien —respondió el niño.

Asher estaba seguro de que en lo que menos se había fijado Wyatt Lander era en el vestido de Abby. Probablemente, si le preguntaran, ni siquiera sabría de qué color era.

—Y también le ha dicho que era muy guapa y que le encantaría invitarla a

cenar —añadió Tom.

«¡Mierda!», dijo Abby para sus adentros.

Notó que las mejillas se le llenaban de calor.

Tom lo estaba contando todo. En ningún momento a Abby se le había pasado por la cabeza que estuviera escuchando la conversación que había mantenido con Wyatt Lander.

Soltó una risita nerviosa y se refugió en un trago de la lata de refresco.

—¿Así que le ha dicho que le encantaría invitarla a cenar? —repitió Asher con una nota de mordacidad en la voz.

«A cenar y a la cama», pensó en silencio, sintiendo una punzada de celos.

—Wyatt no pierde ninguna oportunidad. Siempre está dispuesto a aprovechar cualquier ocasión que se presente —comentó Ethan en tono socarrón, hablando con Trevor.

—Ya sabes cómo es —dijo él. Todo el mundo sabía cómo era.

—Un payaso —musitó Asher en un tono inaudible.

Se moría de ganas de saber qué le había contestado Abby, y estaba seguro de que Tom lo iba a decir.

—Y Abby le dijo que… —comenzó Tom. Pero una niña pelirroja, con la cara llena de pecas y los ojos azules llegó corriendo e interrumpió la conversación. Se

trataba de Victoria, la niña que Tom había dicho que era su nueva amiga.

—Tom, una familia de patos ha salido del lago y está caminando por la orilla. ¿Quieres verlos? —le preguntó, emocionada.

—¡Sí! —contestó él.

—Coge pan para echárselo de comer —dijo la niña.

Tom tomó su cuscurro de pan y se bajó de la silla. Entonces se dio cuenta de que tenía que pedir permiso a Asher. Alzó sus grandes ojos grisáceos hacia él.

—¿Puedo ir, papá? —le preguntó.

—Sí, pero tened cuidado.

Abby vio una oportunidad de oro para escabullirse. Iba a entrar en combustión en cualquier momento. La mirada de Asher era como una taladradora.

—Iré con ellos para echarles un vistazo —dijo, al tiempo que se levantaba de la silla.

Dio media vuelta.

«Salvada por la campana», se dijo, respirando con alivio.

Aser cogió su vaso de agua y dio un trago mientras veía a Abby alejarse.

Se había quedado con las ganas de saber qué le había contestado al imbécil de Wyatt Lander. ¿Habría accedido y se iría a cenar con él?

Pensar en esa posibilidad hacía que le hirviera la sangre. Escuchó dentro de su cabeza una sirena de alarma, y aunque no quiso escucharla, no era difícil adivinar qué le pasaba.

Joder, estaba celoso.

Hacía siglos que no sentía celos. Debía tener dieciocho años cuando los sintió por última vez.

Ethan dio un codazo a Trevor, que a su vez llamó la atención de Samuel. Los tres miraron a Asher.

Ninguno dudó de qué estaba pasando por su cabeza, y las palabras de Ethan adquirieron todo el sentido y toda la fuerza en aquel momento. A Asher le pasaba algo con Abby Jones.

—¡Os lo dije! —comentó Ethan con vehemencia cuando se quedaron a solas.

Tom estaba agotado y había acabado durmiéndose en los brazos de Abby cuando ella estaba sentada. Así que, al caer la noche, habían decidido marcharse. Asher había tenido suficiente picnic por ese año.

Haley estaba de pie, junto a otras dos mamás, meciendo a Nico en la sillita.

—Creo que este año a Asher se le ha atragantado la celebración del Día del Trabajador —dijo Samuel.

—Wyatt Lander se ha convertido a partir de hoy en el enemigo número uno de Asher —se burló Trevor.

—Como un día se lo encuentre en un juicio como abogado contrario lo va a destrozar —dijo Ethan entre risas.

—¿Habéis visto su reacción? —dijo Samuel.

—Ha habido un momento que he pensado que iba a empezar a echar espuma por la boca —comentó Ethan, después de dar un trago de su cerveza sin alcohol.

—Sobre todo cuando Tom ha contado que Wyatt le había dicho a Abby que le encantaría invitarla a cenar —habló Trevor.

—Madre mía —dijo Samuel, pasándose la mano por la frente.

—Yo incluso he visto cómo se le movía un músculo de la mandíbula de la fuerza con la que la contraía —aseguró Ethan—. No le han saltado los dientes por los aires de milagro.

—Y no le habéis visto cuando Wyatt estaba hablando con Abby… Tenía cara de querer ir a buscarlo y matarlo allí mismo —relató Trevor—. De hecho, ha ido hacia ellos.

—¿Tú lo has visto? —le preguntó Ethan.

Trevor asintió.

—No sé lo que pretendía hacer, pero le he dicho que iba a meter la pata. ¿Os imagináis que le hubiera montado un pollo a Wyatt?

—Buah, Asher es capaz —dijo Samuel.

—¿Y qué es lo que lo ha impedido? —curioseó Ethan.

—Que Wyatt se ha marchado justo cuando él se estaba acercando —explicó Trevor.

—Pues menos mal —apuntó Ethan—. Lo digo por el pobre Wyatt.

—Asher lo negará, pero siente algo por Abby —afirmó Trevor, convencido de lo que decía.

—Es más que evidente —contestó Samuel

—Os lo dije, chicos, que la forma en que la mira no es normal —dijo Ethan.

Trevor se pasó la mano por el pelo.

—La verdad es que no me extraña que se haya puesto de uñas cuando haya visto a Wyatt Lander con Abby —dijo.

—Ni a mí. Joder, ese tío es de lo peor que te puedes encontrar —habló Samuel —. Yo no se lo desearía ni a mi peor enemiga.

Se echaron a reír.

—¿Creéis que Abby siente algo por Asher? —les preguntó Trevor.

Ethan entornó los ojos y su mirada de color marrón se volvió enigmática.

—Yo he visto miraditas y sonrisillas de su parte hacia él. Asher no le es indiferente —concluyó.

—Ojalá se liaran… o, no sé, hubiera algo entre ellos —afirmó Trevor—. Ella me cae muy bien.

—Y a mí —dijo Samuel—. Creo que es una buena tía.

—Yo tengo mucha fe puesta en ella —dijo Ethan.

—Siempre será mejor Abby que Melissa —comentó Samuel.

Ethan y Trevor reaccionaron de inmediato a su nombre.

—Oh, por Dios, Melissa —gruñó Ethan.

—Esa tía es una pesada —dijo Trevor, poniendo los ojos en blanco.

—Pues anda al acecho de Asher —les informó Samuel.

—¿Y cuándo no? —lanzó Ethan—. Está loca por Asher. Y que conste que lo de «loca» creo que es literal. Incluso con su hermana Beth por medio, cuando todavía estaba casada con Asher, andaba detrás de él.

—Asher me contó que quería venir con él al picnic —dijo Samuel—, y que se pilló un cabreo monumental cuando le dijo que le iba acompañar Abby para que cuidara de Tom.

—Yo no hubiera venido al picnic si Asher hubiera aparecido con Melissa. Prefiero clavarme agujas en los ojos que soportarla —aseveró Ethan.

—¡Joder! —exclamó Samuel entre risas.

Ethan miró a uno y a otro.

—Os lo digo en serio, no la trago.

—No sé cómo Asher la aguanta —comentó Trevor.

—Porque es la tía de Tom —respondió Samuel.

—Pero si no le hace ni puñetero caso —atajó Trevor—. Solo lo utiliza como excusa para ver a Asher.

—Pero a pesar de eso es el único vínculo que une a Tom con su madre. No tiene abuelos maternos y para bien o para mal, Melissa era hermana de Beth —dijo Samuel.

—Ha hecho más Abby por animar a Tom tras la muerte de su madre que Melissa, con ser su tía —afirmó Ethan—. El niño la adora.

—Y fijaos en el detalle que ha tenido con la carrera de sacos —recordó Trevor.

—Sí, ha sido muy generoso por su parte —dijo Samuel.

—¡Y encima ha ganado! —exclamó Ethan.

—Abby merece mucho la pena —dijo Trevor—, y Asher debería ser consciente de ello.

CAPÍTULO 50

El Rolls Royce de Asher circulaba por las calles de Chicago bajo el cielo oscuro de la noche. Aunque la ciudad siempre bullía con una actividad frenética, en aquel momento el tráfico era escaso y el ruido que había en las horas punta se había reducido hasta casi hacer protagonista al silencio.

—Señorita Jones, quería darle las gracias por participar en la carrera de sacos —dijo Asher, de camino a la mansión.

—No tiene que darme las gracias, lo haría mil veces más —contestó Abby.

—Para Tom ha sido muy importante. Yo no podía participar con las madres, pero gracias a usted él no se ha quedado fuera.

—Lo he hecho por eso. No quería que se sintiera discriminado.

Hubo un rato de silencio.

El resplandor de las luces de la ciudad iluminaba el interior del coche.

—¿Lo ha pasado bien? —le preguntó Asher al cabo de un rato.

—Me lo he pasado muy bien, gracias —respondió—. Me he divertido mucho más de lo que pensaba.

—Ya le dije que era una celebración informal, solo para pasar el día con familia y amigos.

Abby había pensado que estar rodeada de los famosos «Alfa de Chicago» iba a resultarle intimidante. Su reputación llevaba a esa impresión. Sin embargo, no había sido así. La habían tratado con mucha amabilidad y eso había hecho que la sensación de nerviosismo se desvaneciera al poco rato de estar con ellos.

Abby recordaría para siempre aquella celebración del Día del Trabajador; las tertulias, la comida, los temas de conversación, las risas… Las miradas furtivas con Asher, el intercambio de sonrisas.

Había sido un día inolvidable.

—Sus socios son muy simpáticos, al igual que Haley —dijo—. ¿Y qué decir de Nico? ¡Ese bebé es para comérselo!

Asher sonrió ante la espontaneidad de su comentario. La miró un instante.

—Usted tiene el don de hacerse querer. Les ha caído muy bien a todos —dijo, deteniendo el coche frente a la verja exterior. Sacó el mando a distancia y abrió.

—Pero porque ellos son encantadores —contestó Abby, sin ser consciente del todo de su don—. Igual que sus hermanos —añadió.

La verja se abrió de par en par y Asher se internó en el camino asfaltado.

—A ellos también les cayó muy bien —repuso—. Me hubieran matado si no se hubiera quedado a cenar con nosotros.

Abby se echó a reír. Le gustó el tono distendido y despreocupado que había utilizado Asher.

—Fue una velada genial. También me lo pasé muy bien —dijo, mientras el coche avanzaba hacia la mansión.

Al llegar a la explanada, Asher aparcó en el lugar donde acostumbraba a hacerlo cuando dejaba el coche fuera. Al lado estaba el de Abby.

Paró el motor.

Tom seguía dormido como un angelito en la silla de seguridad.

Todo estaba embebido en un silencio apacible que parecía inalterable. En aquella zona de Chicago el ruido de la ciudad se reducía a un mero susurro. Solo si se aguzaba el oído podía escucharse algo.

Abby dejó escapar un suspiro.

Sumidos en la intimidad que proporcionaba el interior del coche, ninguno parecía querer despedirse del otro.

—Me alegro de que se lo haya pasado bien —dijo Asher finalmente.

—Gracias —respondió Abby.

Algo flotaba en el aire. Era ese algo que surgía siempre que estaban juntos, siempre que compartían espacio. Esa especie de corriente que viajaba de uno a otro, que casi podía palparse.

Asher sopesó si debía advertirle a Abby cómo era Wyatt Lander, si debía decirle qué tipo de hombre era. Si se lo tomaría bien, si pensaría que estaba celoso (que lo estaba).

—Señorita Jones, antes de que se baje del coche quería comentarle una cosa.

—¿Qué?

—Sé que no es asunto mío, pero cuando quede con Wyatt Lander…

—Señor Barclay, no voy a quedar con Wyatt Lander —lo cortó Abby antes de que siguiera adelante.

Y Asher sintió de pronto un enorme alivio, como si le hubieran quitado una piedra de encima.

—Yo… solo quería prevenirla —dijo.

—Sé qué clase de hombre es Wyatt Lander, he lidiado con tipo así antes. —Abby sonrió.

Que hubiera sido amable con Wyatt durante la conversación que habían

mantenido no significaba que fuera a aceptar salir con él. Sí, sabía qué tipo de hombre era. Uno de los que no convenía dejar que se acercara.

La mirada plateada de Asher se intensificó. Abby se mordió el labio de abajo.

—Me gustaría que dejara de mirarme así —le dijo, haciendo gala de su tendencia a decir lo que pensaba.

—¿Le hago sentir incómoda? —le preguntó Asher.

—No. —No era precisamente eso lo que le hacía sentir. Ni mucho menos.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque no sé qué pensar.

—¿Sobre qué?

—Sobre usted —respondió Abby. Jugueteó nerviosa con el final de su coleta, pero se obligó a mantener las manos en el regazo—. Me confunde, señor Barclay. —Asher permaneció en silencio y Abby continuó—. A veces creo que no le soy indiferente —soltó.

—Usted no le es indiferente a nadie —dijo Asher.

Abby sonrió con suavidad.

—Esa respuesta tiene trampa —afirmó, mirando hacia la fuente rodeada de césped que estaba en el centro de la explanada—. Es tan aséptica que ni siquiera es una respuesta.

Asher la miró unos instantes. El rostro de Abby estaba inmerso en las sombras del coche.

—No me es indiferente, señorita Jones, en ningún aspecto —aseveró. Y con aquella respuesta dejó todo claro. Todo—. Si quiere que le sea sincero, no me gusta sorprenderme mirándola cómo la miro —añadió.

Aquellas últimas palabras hicieron fruncir el ceño a Abby. Se volvió hacia él.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó en tono cauteloso.

—Que lo que yo sienta no es importante —dijo Asher.

—Es lo más importante —rebatió Abby.

—Señorita Jones, es la niñera de mi hijo…

—Vaya, ¿es una cuestión de clases? —lo interrumpió bruscamente Abby, indignada.

Asher dejó escapar una risita.

—No es una cuestión de clases, yo vengo de una familia humilde —comenzó —. Es cuestión de que usted tiene… ¿cuántos años? ¿Veinticuatro?

—Veintitrés.

Asher hizo una mueca y negó con la cabeza.

—¿Es por la edad? —preguntó Abby con asombro en la voz—. ¿Realmente me ve como una niña?

—Es por todas las diferencias que hay entre nosotros —dijo Asher—. Señorita Jones, usted ni siquiera ha terminado la carrera universitaria y yo ya tengo a mis espaldas un matrimonio fallido, un hijo…

—Al que yo cuido; que me adora y al que yo adoro —volvió a interrumpirlo Abby.

Asher guardó silencio unos segundos.

—Yo… soy un hombre muy complicado, señorita Jones. —Alzó el rostro y miró al frente. La mansión estaba iluminada tenuemente por el resplandor que emitían los focos estratégicamente colocados entre el césped—. No sé lo que siento y no sé si quiero saberlo.

—¿Y ya? ¿Eso es todo? —dijo Abby.

Le lanzaba una bomba de ese calibre, le confesaba todo lo que le había confesado, ¿y ahí terminaba todo?

Asher se limitó a mantener silencio. Esa fue la respuesta que recibió Abby a sus preguntas.

Entonces ella se dio cuenta de que Asher estaba más atrapado en su mundo de rigidez de lo que había supuesto. Eso significaba que no tenía nada que hacer.

—Debería alejarse de mí, señorita Jones. No le aconsejo ser parte de mis complicaciones, podría hacerle daño. —Esas fueron las últimas palabras de Asher antes de que Abby se bajara de su coche y se fuera.

CAPÍTULO 51

Abby entró en la habitación de Holly como una centella, sin preocuparse de llamar a la puerta. Gracias a Dios no estaba con James, pero es que ni siquiera se había parado a pensarlo. El cerebro no le funcionaba. Lo tenía dando vueltas sobre todo lo que había hablado con Asher.

—Holly, Holly, Holly… —la llamó aceleradamente, dándole golpecitos en el hombro.

Holly se despertó de sopetón.

—Tengo un cuchillo debajo de la almohada y no dudaré en utilizarlo, si es necesario —dijo de carrerilla, incorporándose de golpe en la cama.

Otra vez con eso.

—Por Dios Santo, Holly, soy yo —dijo Abby.

Holly se quitó el antifaz que usaba para dormir y la miró con un ojo cerrado, sin entender qué estaba pasando. Joder, no sabía ni dónde estaba.

—¿Abby? —preguntó con voz somnolienta.

—¿Quién si no? —dijo ella en tono obvio.

—No sé… ¿un ladrón?, ¿un asesino en serie? —planteó Holly.

Abby puso los ojos en blanco.

—¿Crees que un ladrón o un asesino en serie te pondrían sobre aviso llamándote por tu nombre? —le preguntó.

—Supongo que no —contestó Holly. Bostezó y miró la hora en el móvil. Era la una de la madrugada—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me has despertado como si hubiera un incendio?

Abby se irguió y comenzó a caminar por la habitación.

—Asher se me ha declarado o medio declarado… —empezó a decir sin apenas respirar—. Bueno, en realidad no sé cómo definirlo…

—¿De qué coño estás hablando, Abby? —dijo Holly, perpleja.

Abby se pasó las manos por la cara.

—Ya te lo he dicho. Asher… Asher… —No sabía ni por dónde empezar—. A la vuelta del picnic nos hemos quedado hablando en su coche. Ya me conoces, Holly. —La miró un momento y siguió caminando de un lado a otro de la

habitación—. Le he dicho que a veces me parecía que no le era indiferente…, o algo así, y él ha terminado confesándome que yo no le era indiferente en ningún aspecto.

—¡Esto es muy fuerte! —exclamó Holly.

—Lo sé —dijo Abby.

Holly apartó las sábanas y se levantó de la cama.

—Necesitamos una buena dosis de chocolate para digerir esto —dijo.

Rodeó la cama, cogió a Abby de la mano y la arrastró con ella.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Abby mientras Holly tiraba de ella por el pasillo.

—A la cocina, hay un par de tabletas de chocolate en el armario.

—¿Y la que siempre guardas en el cajón de la mesilla de tu habitación?

—Quedaba la mitad y me la he comido mientras veía vídeos de bandas de K-pop en TikTok —respondió Holly.

—¿Sabe James lo de tu adicción a las bandas de chicos coreanos? —se burló Abby, entrando en la cocina.

—Esperaré algún tiempo más para informarle de la lista de mis defectos.

Holly abrió un armario y sacó las tabletas de chocolate. Abby se encargó de coger un par de vasos y la botella de leche de la nevera.

Lo del chocolate y la leche en plena madrugada no era su primera vez. Desde luego que no. Había costumbres que no se perdían nunca, como la del bote de nata.

Cuando se sentaron a la mesa, Holly dijo, partiendo un trozo de chocolate:

—Nos habíamos quedado en que Asher te había dicho que no le eras indiferente…

—Sí.

—¿Y que te ha dicho después? —Holly se llevó el chocolate a la boca.

—Pues algo que no te vas a creer —contestó Abby, llenando los vasos de leche.

—Joder, Abby, me tienes en ascuas —dijo Holly.

—Que debería alejarme de él y que me aconseja no ser parte de sus complicaciones, que podría hacerme daño.

Holly se quedó mirando a Abby como si estuviera sufriendo un derrame cerebral.

—¿Que te ha dicho qué? ¿Pero qué mierda es esa? —casi chilló.

—Una muy gorda —contestó Abby, royendo el trozo de chocolate que había cogido—. Dice que somos muy diferentes, que él tiene mucho pasado, que es un hombre muy complicado…

—¿Cómo que él tiene mucho pasado? ¿Acaso se cree que tú eres virgen? —se burló Holly.

Abby lanzó un sonoro suspiro.

—No sé, Holly, relacionarse con Asher no es fácil. Sé de lo que hablo porque es mi jefe. —Se quedó pensando unos segundos—. Es… como si estuviera lleno de recovecos a los que nadie puede acceder, rincones que él mismo se encarga de que permanezcan cerrados a cal y canto.

—¿Crees que Asher Barclay es un hombre de esos que no saben querer? Ya me entiendes… —dijo Holly.

Abby se encogió de hombros.

—Quizá.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Holly—. Porque si es así la cosa se pone chunga de cojones.

—Pegarme un tiro… o dos —contestó Abby. Resopló—. Asher me gusta, me gusta mucho. Creo que me gustó desde el primer día que le vi, aunque fuera el hombre más serio, más estricto y con la mente más cuadriculada que hubiera conocido en mi vida.

Pero Asher tenía todo lo que ella siempre había soñado en un hombre, aunque se hubiera limitado tan solo a eso, a soñarlo.

Él lo tenía todo.

—Y no es un mal tío —habló de nuevo—. No lo es. Es mucho mejor de lo que él mismo piensa.

CAPÍTULO 52

Trevor entró en el despacho de Asher para la reunión. Samuel ya estaba allí. Faltaba Ethan, pero tenía que dar un par de clases en la Facultad de Derecho y le era imposible acudir.

—¿Ya se te ha pasado el cabreo? —le preguntó Trevor a Asher, nada más sentarse en una de las sillas que había alrededor de la mesa.

—¿Qué cabreo? —dijo él.

—El que tenías con Wyatt Lander.

Asher enderezó el torso en el asiento, pero no respondió.

—¿Nos vas a decir qué te pasa con Abby? —le preguntó directamente Samuel —. Porque lo de ayer fue un ataque de celos en toda regla.

—Pasa que me gusta —aseveró Asher.

Samuel y Trevor se miraron con expresión de asombro en el rostro.

—Pensábamos que ibas a negarlo —dijo Trevor.

—¿Negar lo evidente? —dijo Asher.

—Sí, creíamos que estabas en esa fase de no reconocer que te gusta. Ya sabes, decir cosas como: «¿de qué estáis hablando? Yo no siento nada por Abby» o «son imaginaciones vuestras» —dijo Samuel.

Asher lo miró.

—¿Cómo hiciste tú con Haley? —le preguntó.

—Sí, más o menos. Es una fase bastante común en los hombres —se defendió Samuel.

—En mi caso sería una tontería negarlo —dijo Asher—. Desde hace un tiempo sé que me pasa algo con Abby. Incluso un día estuvimos a punto de besarnos.

—No jodas —dijo Trevor.

—Sí, el día de la barbacoa con mis hermanos. Si no llega a entrar Tom en la cocina, hubiéramos terminado dándonos un beso.

—Ya sabía yo que te estabas guardando cosas —afirmó Trevor.

—Y tengo una extraña fijación por ver cómo está con el pelo suelto.

Samuel enarcó las cejas.

—¿Por ver cómo está con el pelo suelto? —repitió.

—Sí. Abby siempre lleva el pelo recogido. Dice que le resulta más cómodo, porque tiene mucho y muy abundante —dijo Asher—. Pero casi desde los primeros días estoy obsesionado con verla con el pelo suelto. Es una obsesión estúpida, lo sé. —Asher chasqueó la lengua. Se sentía molesto consigo mismo —. Joder, a veces me comporto como si tuviera quince años. Ya visteis cómo me puse ayer cuando Wyatt mostró interés en ella. Quería darle un puñetazo y decirle que Abby no es una mujer para él y que cómo se le ocurriera hacerle daño, lo estrangularía lentamente con mis propias manos.

—La verdad es que ayer no había quien te lo nombrara —dijo Trevor—. Saliste hacia él con una determinación como si tuvieras pensado llegar andando a Alaska.

—Seguro que el payaso de Wyatt quería conseguir algo de Abby —dijo Asher —. Él siempre trata de sacar tajada.

—¿Abby va a tener una cita con él? —curioseó Samuel.

—Es que nos quedamos con las ganas de saberlo —añadió Trevor.

—No sabía que fuerais tan chismosos —dijo Asher.

—¿Quéee? —Trevor alzó los hombros y abrió los brazos—. Tom interrumpió el relato justo cuando iba a contar qué le había respondido Abby a Wyatt a su invitación a cenar —se justificó.

—No, no van a tener una cita. Abby es una chica lista y le caló de inmediato —contestó Asher con orgullo en la voz.

—Si mandó a Wyatt Lander a tomar viento, sí que es una chica lista, sí —dijo Trevor con una sonrisa de satisfacción.

—Por eso nos cayó tan bien —apostilló Samuel—. Yo creo que Abby sabe cuidarse sola. Probablemente lleve haciéndolo mucho tiempo.

—Y vosotros también le caísteis muy bien a ella. Gracias por acogerla del modo que lo hicisteis, chicos —agradeció Asher—. Al principio no estaba muy convencida de ir al picnic, me dijo que se sentiría fuera de lugar. Sin embargo, se lo pasó muy bien.

—Asher, ¿qué vas a hacer con respecto a ella? —le preguntó Samuel, adoptando un tono más serio y prudente de voz.

—Dejar las cosas como están —respondió él.

—¿Cómo que dejar las cosas como están? —dijo Trevor.

—Ayer, con todo esto de Wyatt Lander, Abby y yo hablamos… —Asher miró a sus socios y amigos—. Vosotros me conocéis, sabéis cómo soy. Tengo muchas aristas oscuras en mi personalidad, aristas que me convierten en una persona complicada de tratar. No quiero que Abby tenga que sufrirme, y terminar haciéndole daño. No quiero contaminarla. Abby es una persona noble, generosa, alegre… Yo lo único que voy a hacer es coartarla, cohibirla, restar en su vida.

Samuel y Trevor intercambiaron una mirada.

—Es muy injusto que te trates así, Asher —dijo Samuel en tono serio. No le gustaba esa visión que Asher tenía de sí mismo—. Es injusto para ti y también para Abby.

—Es cierto, te estás describiendo como si fueras un monstruo, y no es así —intervino Trevor, dando la razón a Samuel.

—No soy un monstruo, pero lo mejor es que Abby se mantenga lejos de mí —dijo Asher—. Sería una irresponsabilidad dejarla entrar en mi vida. Envolverla en mi maraña de complicaciones; en la forma de ser que tengo. No quiero que se repita la historia de Beth.

—No tiene por qué pasar lo mismo —comentó Samuel.

Asher encogió los hombros.

—No quiero arriesgarme. No con Abby —respondió—. Me casé enamorado de Beth, o creyendo que estaba enamorado, y lo único que hicimos durante nuestro matrimonio fue destrozarnos. Nos importaban más nuestros trabajos y nosotros mismos que nuestra relación. Sobre todo a mí. Yo fui el máximo responsable. Nunca fui capaz de dar prioridad a mi matrimonio y tampoco a Beth, y todo terminó saltando por los aires de la manera más bestia —explicó—. Ya visteis cómo fue el divorcio. Nos enzarzamos en una lucha encarnizada con Tom como damnificado.

—Pero después supisteis encarrilar la situación —dijo Trevor.

—Pero gran parte del daño ya estaba hecho —afirmó Asher.

—Tu punto de vista está equivocado —dijo Trevor—. La gente cambia. El tiempo y las experiencias nos cambian, a todos. Tú no eres el mismo que hace unos años.

—Yo sigo lleno de sombras —dijo Asher—. No voy a exponer a Abby a ellas.

Trevor y Samuel volvieron a mirarse. La cosa pintaba más seria de lo que creían.

Asher no se atrevía a expresarlo, porque era aterrador, pero ni siquiera estaba seguro de saber querer a su hijo, de hacerlo de forma correcta. ¿Cómo iba a poder querer a una mujer sin hacerle daño?

—Entonces, ¿ni siquiera vas a intentarlo? —le preguntó Samuel.

Asher cogió aire despacio y negó con la cabeza.

—No.

CAPÍTULO 53

Aquella noche, como había sucedido con la anterior, la del picnic, Asher estaba inquieto. Y como sabía que iba a costarle mucho trabajo dormirse, no se acostó hasta tarde.

Se sirvió en una copa un poco de *Ravenswood Old*, un vino tinto suave y exquisito, y se acomodó en una butaca de la habitación con un libro en la mano.

Se trataba de *Cometas en el Cielo* de Khaled Hosseini.

Y aunque trataba de sumergirse entre las letras de aquel relato intimista que narraba la historia de dos amigos en Afganistán y que exploraba temas como la amistad o la traición, la imagen de Abby asaltaba su cabeza… de manera inoportuna.

Inoportuna porque no era capaz de controlarla.

Inoportuna porque no avisaba.

Inoportuna porque lo hacía con demasiada frecuencia.

Cerró de golpe el libro y lo dejó de mala gana en la mesa situada al lado del sillón.

Soltó un juramento mientras se levantaba y recorría la habitación de arriba abajo.

Tendría que haber contratado como niñera a aquella mujer de mediana edad, bajita, con un bigote tan espeso que podría haberse cepillado los zapatos con él. Seguro que ella no se enredaría en sus pensamientos ni le provocaría acidez de estómago como lo estaba haciendo Abby.

Suspiró de forma sonora.

—¡Yo no necesito esto! —murmuró irritado.

Estaba irritado por no poder sacarse a Abby de la cabeza, porque no dejada de imaginársela con el pelo suelto, oliendo a cítricos y flores silvestres. Irritado porque no paraba de pensar en el beso que habían estado a punto de darse, e irritado por estar irritado.

—Me monté en el castillo inflable, en las camas elásticas y me metí en la

piscina de bolas —dijo Tom a Olive, que le escuchaba mientras sacaba un par de cazuelas de un armario. Aquel día tenía que hacer también la limpieza general y había llegado más temprano.

—Por lo que veo, te lo pasaste muy bien —dijo el ama de llaves.

—Sí, y Abby y yo ganamos la carrera de sacos.

Olive miró a Abby.

—Vaya, eso es toda una proeza —dijo, exagerando la hazaña.

—Es *superAbby* —afirmó Tom.

Abby sonrió mientras recogía la taza del niño.

La puerta de la cocina se abrió y entró Asher. No se habían visto desde la noche del picnic y de eso hacía dos días.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —correspondieron Abby y Olive.

Asher miró un instante a Abby sin decir palabra y luego se dirigió a Tom.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

Se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

—Muy bien, papá, gracias —respondió Tom.

Después de lo que habían hablado en la intimidad del coche, encontrarse por

primera vez delante de Olive y de Tom resultaba extraño.

Abby se preguntó si volvería a ver a Asher Barclay solo como su jefe, como alguien que le había dado un empleo para poder pagarse los estudios de la universidad.

Se giró y metió la taza del desayuno de Tom en el lavavajillas.

—Vamos a lavarnos los dientes —le dijo a Tom.

El niño se bajó de la silla y echó a andar con Abby detrás. Al pasar al lado de Asher, Abby lo miró de reojo.

—Que tenga buen día —murmuró.

—Igualmente —dijo Asher.

Y Abby sintió que Asher volvía a ser el señor Barclay. El hombre que la había contratado para cuidar de su hijo. O tal vez no lo había dejado de ser en ningún momento.

Mientras se dirigía al cuarto de baño con Tom, rezó en silencio para que no hubiera notado que le había mirado como una adolescente a su ídolo.

El perfume de Abby permaneció en el aire incluso después de marcharse, y Asher se quedó aspirándolo hasta que fue consciente de lo que estaba haciendo, y se sintió como un idiota.

—Aquí tiene su café —dijo Olive.

Asher cogió la taza que le ofrecía la mujer sin darse cuenta de que estaba muy caliente, se la llevó directamente a la boca, dio un sorbo, y se quemó la lengua.

—¡Mierda! —musitó.

Olive no vio el aspaviento que hizo. Por suerte estaba en la despensa cogiendo lo necesario para empezar a hacer la comida.

A Asher le había costado mucho dormirse, así que necesitaba más que nunca una buena dosis de café para mantenerse despierto durante el día, pero sin que le abrasara la boca.

—¿Está bien? —le preguntó Olive, al advertir la extraña expresión que había en su cara.

—Sí —dijo Asher.

Dejó la taza sobre la mesa y se giró, camino de la puerta. Iba tan enfrascado en sus pensamientos, que estuvo a punto de tropezarse con Blackie, que salió corriendo hacia la terraza.

—Maldito gato —bufó.

Estaba empezando a pensar que había una conspiración contra él.

CAPÍTULO 54

A Abby le faltaba poco para quedarse dormida. Trataba de mantener los ojos abiertos, pero a veces le costaba horrores.

Finn le dio un codazo y ella se irguió en el asiento. Por suerte estaba sentada en la última fila del aula.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás a punto de dar un cabezazo —le dijo Finn en voz baja.

—Llevo dos noches que apenas he pegado ojo —contestó Abby.

—¿Y eso?

No le iba a decir a Finn que se pasaba las noches con los ojos como una lechuza por culpa de Asher Barclay, su jefe y el hombre que la estaba volviendo loca.

—Por los exámenes y todos los trabajos que tenemos que hacer —mintió.

Que Dios la perdonara.

—¿Estás agobiada?

«Estoy hecha un puto lío, pero no por los exámenes ni por los trabajos pendientes», respondió Abby para sus adentros.

—Un poco, pero se me pasará —dijo—. Todos estamos nerviosos cuando comienzan a acercarse los exámenes finales.

—Sí, es verdad. Yo me mantengo despierto a base de cafeína. Ando retrasado con el temario de algunas asignaturas y me paso las noches bebiendo café. Voy a terminar con la cosecha de todos los cafetales de Colombia —dijo Finn.

Abby no pudo evitar echarse a reír.

La profesora de Implantología los miró, pero los dos se encogieron sobre sí mismo en los asientos para esconderse detrás del resto de los alumnos de la clase. Abby apretó los labios para contener la risa.

—¿Qué tal te fue en el picnic? —le preguntó Finn.

«Demasiado bien», pensó Abby.

—Bien, los socios de mi jefe fueron muy amables conmigo —respondió.

—¿Los «Alfa de Chicago» amables? —Finn arqueó un poco las cejas.

—Quien lo diría, ¿verdad? —dijo Abby, adivinando qué pasaba por la cabeza

de su amigo.

—Sí, parecen más bien perros de presa dispuestos a arrancarte la yugular si es necesario —comentó Finn.

Abby se llevó la mano a la boca para ahogar una risilla.

No podía culpar a Finn por pensar así de ellos, la fama de los «Alfa de Chicago» era precisamente esa, la de ser y comportarse como perros de presa.

Abby pensó que quizás fueran así dentro de un tribunal, pero fuera eran encantadores. Con ella lo habían sido.

—¿Y con Asher Barclay? ¿Te hace la vida imposible?

Abby se tensó involuntariamente.

—Menos que al principio —dijo— Ya voy cogiéndole el truco.

—¿No te has enamorado de él? —le preguntó Finn con naturalidad. No había ninguna doble intención en sus palabras.

Abby notó que se estaba ruborizando, así que bajó la cabeza para que Finn no la viera.

—¿Por qué dices eso? —dijo, extrañada.

—Porque las chicas de medio Chicago están enamoradas de esos tíos —contestó Finn con la misma naturalidad con la que había empezado aquella conversación—. Incluidas las adolescentes —añadió—. Yo estuve saliendo con

una chica que estaba loca por Ethan.

—Bueno, es que son muy guapos —apuntó Abby, tratando de dar a sus palabras la misma naturalidad que Finn.

Por un momento había pensado que llevaba escrito en la frente que le gustaba Asher Barclay hasta el punto de calcinar las bragas, pero Finn simplemente estaba haciendo un comentario aséptico y neutral.

—Lo sé, yo mismo dudo de mi heterosexualidad al verlos —bromeó Finn con el buen humor que siempre tenía.

Abby tuvo que volver a apretar los labios para no echarse a reír. La profesora de Implantología dirigió de nuevo una mirada hacia el lugar donde estaban sentados.

—Cállate, que nos van a echar de clase —susurró.

Abby respiró cuando la profesora dio por concluida la clase. ¡Por fin había acabado!

Finn y ella recogieron los apuntes y salieron del aula.

—Te aconsejo que te eches una siesta —le dijo Finn.

—Quizás lo haga. Tom tiene clases de piano a primera hora de la tarde. Puede que aproveche para echarme una cabezadita —comentó Abby.

Finn sonrió.

—Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana —dijo Abby.

Cuando Tom salió de sus clases de piano, Abby se encontró con que iba de la mano de Victoria, la niña que había conocido en el picnic del Día del Trabajador y de la que desde ese día no se separaba nunca. Tenía cuatro años y había hecho con Tom muy buenas migas.

Aparte de compartir colegio, compartían algunas de las actividades extraescolares, como las clases de piano.

Detrás de ellos iba la madre de Victoria, una mujer de unos treinta y cinco años, con el pelo rubio suelto y liso como una tabla, vestida con unos elegantes pantalones anchos negros, una camisa beige y un chaleco. Abby había intercambiado unas palabras con ella el día del picnic, cuando los niños disfrutaban echando de comer a la familia de patos que había salido del lago.

Abby saludó a los niños.

—Hola, Abby —dijo Tom.

—Hola —dijo Victoria con su vocecilla infantil.

Abby levantó el rostro y sonrió a la mamá de la niña.

—Hola, Abby —dijo ella.

—Hola, Betty.

La madre de Victoria tomó aire, apoyando las manos en los hombros de su hija.

—Victoria se ha empeñado en ir a casa de Tom para ver a un gato que tiene —comenzó.

—Sí, Blackie —dijo Abby.

—¿Puede ir con vosotros? He tratado un par de veces de hacerle entrar en razón, pero no hay manera, no se suelta de la mano de Tom.

Abby sonrió.

—Yo me la llevo para que vea a Blackie —dijo.

—¿No te importa? No quiero que cause molestias —dijo Betty.

—No es ninguna molestia, tranquila.

—¿Segura? Dos niños pueden ser muy guerreros —afirmó Betty.

La sonrisa de Abby se amplió.

—Tengo experiencia cuidando de varios niños a la vez. —Ante la expresión de sorpresa de Betty, Abby dijo—: Soy la pequeña de una familia de seis hermanos

y tengo un montón de sobrinos.

Betty rio.

—Vale —accedió finalmente—. Si Victoria te da algún problema, llámame, este es mi número de teléfono —indicó, pasándole una tarjeta.

—Victoria es una niña encantadora, estoy segura de que no dará ningún problema —dijo Abby, cogiendo la tarjeta que le ofrecía.

Tom se acercó al oído de Victoria.

—Ya te dije que Abby era muy buena convenciendo a la gente y que podrías venir a ver a Blackie. Es *superAbby* —dijo.

—Es verdad, es *superAbby* —afirmó Victoria.

Al escucharlo, Abby y Betty se miraron y se echaron a reír.

—Aquí tienes su merienda, también ha dicho que quiere merendar con Tom. —Betty le tendió una pequeña bolsa—. Es un sándwich y un plátano.

Abby la cogió.

—Me encargaré de que se lo coma todo —dijo.

Betty sonrió ante la amabilidad de Abby.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Voy a por la silla de seguridad para ponerla en tu coche —dijo Betty.

—Vale.

CAPÍTULO 55

Nada más llegar a casa, Abby hizo un trato con los dos niños. Si se comían toda la merienda, podrían jugar con Blackie en el jardín.

En menos de un cuarto de hora, tanto Tom como Victoria se había terminado la merienda. Y lo habían hecho sin rechistar.

Abby se sentó en uno de los asientos del cenador. Le encantaba estar en aquel lugar, leyendo o repasando apuntes, mientras Tom jugaba o correteaba por el jardín después de terminar los deberes.

Aquel día el niño y Victoria jugaban a pasarse una pequeña pelota mientras Blackie trataba de atraparla, saltando de un lado a otro.

Los ojos de la niña se habían iluminado al ver al gatito. Tom se lo colocó en los brazos y ella lo cogió y lo acarició con tanta suavidad como si se fuera a romper.

Abby se alegró de que tanto uno como otro respetaran de aquella forma a los animales.

A mitad de la tarde, después de la novedad de Blackie, empezaron a aburrirse, así que a Abby, que era una caja de ideas, se le ocurrió que podían hacer galletas.

—¿Os gustaría que hiciéramos galletas? —propuso.

—¿Hacer galletas? —repitieron ellos, pensando si sería divertido o no.

—Sí, ¿qué me decís?

Cuando sus sobrinos se ponían pesados, Abby siempre hacía con ellos galletas y siempre conseguía que se divirtieran. Le había enseñado su tía Liz, una hermana de su padre, que era la mejor pastelera del mundo. Hacía las mejores tartas y sus galletas se deshacían en la boca.

—¡Sí, queremos hacer galletas! —exclamaron casi al unísono.

—Victoria, ¿qué te parece si hacemos unas pocas más para que se las lleves a tus papás? —dijo Abby.

—¡Sí, sí, sí! —respondió la niña, dando saltitos.

—Entonces, a la lavarse las manos —ordenó Abby.

A falta de delantal para los niños, Abby se las ingenió para ponerles un paño atado a la cintura, de tal forma que les protegiera de posibles manchas, aunque alguna sería inevitable.

Ella hizo lo mismo, cogió un mandil de los que Olive tenía en la despensa y se lo puso.

—¿Listos? —dijo, mientras se lo ataba a la espalda.

—¡Listos! —contestaron ambos niños.

Asher llegaría a última hora de la tarde, como todos los días, así que le daría tiempo a hacer las galletas con Tom y Victoria y recoger la cocina después para que no pusiera el grito en el cielo.

Abby colocó dos sillas al lado de la larga encimera de mármol y subió a los niños en ellas para que pudieran ayudarla.

—Lo primero que necesitamos para ir haciendo la masa es harina, mantequilla, huevos y azúcar —comenzó Abby.

Los niños miraban con atención cómo ella mezclaba todos aquellos ingredientes. Parecían un par de científicos avizores observando una importante reacción química.

Abby separó un par de trozos de masa y se la dio a cada niño.

—Echad poco a poco la harina y mezclad —les indicó.

Animados e ilusionados con aquella actividad que no habían hecho nunca y que estaban descubriendo, Tom y Victoria se pusieron mano a ello.

Las risas empezaron a llenar el aire.

—¿Lo estoy haciendo bien, Abby? —le preguntó Victoria.

Ella echó un vistazo a su masa.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —le dijo.

La niña, feliz, continuó amasando.

—¿Y yo? —dijo Tom.

—Tú también lo estás haciendo muy bien. Sois unos magníficos pasteleros. —Abby sonrió.

Con unos moldes de estrella y luna que Abby encontró en un cajón de un armario de la despensa, dieron forma a la primera horneada de galletas que metieron en el horno.

Torres de cacharros llenaban el fregadero y la isla de la cocina. Los niños prácticamente se embadurnaron de harina, incluso la cara y el pelo. Blackie también se manchó, ya que andaba por la cocina.

Abby sacó la bandeja de galletas del horno, la dejó sobre la mesa, y metió la segunda.

—Papá —dijo Tom.

—No, cariño, todavía no puede llegar a casa. Y espero que tarde unas dos horas más —dijo mientras se quitaba las manoplas de tela.

Abby pensó que si Asher viera cómo estaba todo, le daría un ictus o algo

similar. Tan pulcro, ordenado y estricto como era, la manera en que estaba la cocina le parecería una aberración.

Rio para sí misma.

Pero entonces sintió a su espalda su presencia. Enérgica y varonil, llenando cada rincón como si fuera algo tangible. Un escalofrío le reptó por la columna vertebral.

Volvió la cabeza y vio en el umbral de la cocina a Asher tremendamente atractivo con un traje con chaleco gris y una expresión en la cara mezcla de horror y desconcierto. Se quedó helada.

—Oh, no —gimió en un hilo de voz.

No se atrevió a imaginarse lo que estaría pasando por su cabeza.

Era perfectamente consciente del desorden que había por todas partes. Había harina en el suelo, en la encimera, en los niños y hasta en Blackie. Cacharros amontonados de cualquier manera en un lado y en otro.

«Que Dios me pille confesada».

—Creí que estaba trabajando —dijo, retirándose con los dedos un mechón de pelo.

Por la expresión de Asher, no era ni mucho menos la escena ni el remanso de paz que había esperado encontrarse al llegar a casa.

—Estamos haciendo galletas —intervino en ese momento Tom. Asher echó un vistazo a su hijo, pero no hizo ningún comentario al respecto—. Las mías tienen forma de estrella y las de Victoria de luna.

Victoria le dedicó a Asher una mirada de aprensión. Sus ojos azules expresaban cierto temor.

Asher miró a Abby, ajeno a la niña.

—Señorita Jones, ¿puedo hablar con usted un momento? —dijo.

Sin esperar respuesta se dio la vuelta y salió al jardín por las puertas correderas. Abby suspiró.

Se sacudió toda la harina que tenía encima lo más rápido que pudo y lo siguió.

Asher se encontraba de espaldas, con la vista fija en algún punto indeterminado del jardín. Al oírla, se giró para mirarla. La expresión de su rostro era indescifrable.

—¿Se puede saber qué es todo ese desorden? ¿Y qué hace esa niña aquí?

—Estamos haciendo galletas —respondió Abby—. La niña es Victoria, es la amiguita que hizo Tom en el picnic. Van al mismo colegio y se han vuelto inseparables. Tom quería enseñarle a Blackie y la he traído a casa para que lo vea y pasen la tarde juntos —dijo—. Tengo el permiso de su madre —matizó, por si Asher pensaba que la había secuestrado.

—¿Y ha aprovechado que yo no estaba? —le preguntó él.

—Por supuesto que no. Simplemente ha surgido así —respondió Abby—. He pensado que sería divertido, con mis sobrinos surte efecto cuando se ponen pesados.

—¿Y dejaban la cocina como está la de mi casa en estos momentos? Es un completo desastre —dijo Asher, señalando la estancia con la mano.

—No pasa nada porque la cocina, por primera vez, no parezca salida de una revista de decoración —dijo Abby, exponiendo su argumento con la vehemencia que la caracterizaba y sin importarle que pudiera tener consecuencias—. Una casa impoluta es una casa donde nunca pasa nada, señor Barclay. De todas formas, no se preocupe, la dejaré impecable antes de la cena. Para mí, todo el desorden merece la pena. A Tom y a Victoria les está encantando hacer galletas. ¿No los oye?

Las risas y la algarabía de los dos niños salían hasta el jardín.

Abby siguió hablando.

—Los niños empiezan a tener recuerdos a partir de los cuatro o cinco años. Momentos como este se van a quedar para siempre en su memoria como recuerdos especiales. La infancia debería estar llena de momentos así, ¿no cree?

Asher se quedó callado unos segundos. Quizá pensando que en la suya no había habido una Abby que hiciera galletas, o que bailara y cantara como si no hubiera un mañana solo para animarle, o que saltara en los charcos bajo la lluvia

para salpicar.

—Sí —respondió.

—Merece la pena un poco de suciedad —dijo Abby.

Asher la miró de arriba abajo y ella fue muy consciente de su mirada.

—¿Por qué no se anima y viene a hacer galletas con nosotros? —propuso. Lo miró fijamente a los ojos, sus bonitos ojos grises, esperando que no se le notase la confusión que sentía en ese momento—. Estoy segura de que Tom se alegrará mucho.

—Señorita Jones, no tengo tiempo… —comenzó Asher, pero Abby no lo dejó terminar.

—¿De verdad? —lo cortó—. Solo será un rato. Ya casi estamos acabando —añadió para convencerlo.

Asher vaciló un momento.

—Puede ser divertido.

Asher finalmente accedió.

—Empieza a preocuparme seriamente que siempre termine saliéndose con la suya, señorita Jones —dijo en tono serio.

¿Cómo lo hacía?, se preguntó en silencio. ¿Cómo se las ingeniaba para llevarle a su terreno? ¿Para atraerlo hacia ella? ¿Para meterlo en sus enredos?

Abby le dirigió una de esas sonrisas tan especiales que a Asher le hacía desear atrapar con un beso.

Probablemente aquello no fuera una buena idea, pensó mientras se dirigían a la cocina.

CAPÍTULO 56

—Será mejor que se ponga un delantal —le dijo Abby a Asher mientras él se quitaba la chaqueta del traje y se remangaba—. Así evitaremos atascar la lavadora por culpa de la harina —bromeó.

Él cogió la prenda que le tendía con el inicio de una sonrisa en los labios.

—Ah, quería comentarle una cosa —habló de nuevo Abby, antes de llegar donde estaban los niños.

—¿No lo hay siempre? —refunfuñó Asher.

Abby lo ignoró y continuó.

—¿Podría mirar a Victoria con un poco más de…?

—¿De qué? —la cortó Asher con el ceño levemente fruncido.

—De amabilidad —contestó Abby—. No como un abogado interrogando a la

parte contraria. La asusta.

—¿La asusto? —El ceño de Asher se frunció más profundamente.

—Sí, antes ella lo ha mirado como si fuera el monstruo que los niños creen que se esconde debajo de la cama.

¿Qué clase de comparación era aquella?

—Señorita Jones…

—Señor Barclay, para una niña que mide poco más de un metro, usted, que mide casi el doble, resulta intimidante —argumentó Abby.

Asher dejó escapar un breve suspiro.

—Está bien —dijo.

—Y tampoco ayuda el permanente ceño fruncido y la voz grave y seria —añadió Abby, dirigiéndose hacia la encimera.

Asher la miró con los ojos entornados. Ella se limitó a girar el rostro y ver qué estaban haciendo los niños.

—Tenemos un ayudante nuevo —anunció.

Tom se volvió y vio a su padre.

—Papá, ¿vas a hacer galletas con nosotros? —le preguntó con la cara iluminada.

—Supongo que sí —respondió él, atándose el delantal.

—¡Bien! —exclamó el niño.

Asher y Abby intercambiaron una mirada de reojo. Asher se dio cuenta de que Abby tenía razón; a Tom le había entusiasmado la idea de que les ayudara a hacer galletas.

También tenía razón respecto a Victoria, lo miraba con temor en los ojos.

Asher carraspeó para aclararse la garganta. ¡Qué mal se le daban los niños, a pesar de tener un hijo de cinco años!

—Hola, te llamas Victoria, ¿verdad? —le preguntó, suavizando el tono de voz.

La niña se limitó a asentir varias veces con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Papá, Victoria es mi nueva amiga —intervino Tom con naturalidad.

Asher delineó una sonrisa en los labios. Las sonrisas transmitían calidez, ¿no?

—¿Te lo estás pasando bien? —dijo.

—Sí —respondió la niña.

Abby lo observaba detenidamente, consciente de que Asher se estaba esforzando.

—¿Y has hecho muchas galletas?

Victoria señaló con el dedo la encimera.

—Todas estas —respondió, rompiendo poco a poco la barrera inicial de timidez.

—Y le han quedado muy bien —dijo Abby para ayudarlo.

¿No merecería Asher sentirse un poco incómodo, aunque fuera solo por una vez? Parecía que con los niños le ocurría.

—Sí, es verdad. Te han quedado muy bien —dijo Asher.

La niña les sonrió, feliz con aquel piropo.

Asher se volvió hacia Abby.

—¿Qué puedo ir haciendo? —le preguntó.

—¿Le apetece cortar la masa con los moldes?

Asher miró la capa de masa que Abby ya tenía estirada sobre la encimera y el cachivache del molde.

—Sí, no parece muy difícil —contestó.

—No lo es —afirmó Abby, en un intento por darle ánimos.

Le cedió su lugar y Asher comenzó a hundir el molde en la masa para dar la forma a las galletas.

—No tienen que salir perfectas —dijo Abby—. Solo queremos divertirnos. Los niños no lo hacen bien, pero ver su cara de felicidad es la auténtica razón de hacer galletas.

—Claro —dijo Asher.

Para sorpresa de Abby, Asher se fue adaptando poco a poco a la situación y a los niños. Observó en silencio cómo Tom amasaba poniendo todo el empeño del mundo, y admiró cómo ambos espolvoreaban azúcar glaseado por encima de las galletas con la ayuda de Abby.

—¿Nunca ha hecho galletas? —le preguntó ella, tratando de que le contara algo de su infancia.

—Alguna vez con mis hermanos —contestó él sin querer profundizar en el tema—. Pero no creo que nos quedaran muy bien. —Dejó pasar unos segundos —. ¿Cuándo podremos comernos las galletas? —preguntó, cambiando de tema.

Abby supo que no conseguiría que Asher le hablara de su pasado.

—Cuando se enfríen. Así habrán cogido el sabor del azúcar que estamos echando por encima —dijo.

—¿Podemos jugar con Blackie en el jardín mientras se enfrían las galletas? —preguntó Tom.

—Sí —contestó Abby—. Pero antes hay que lavarse las manos.

Bajo la atenta mirada de Abby, los dos niños se turnaron para subirse al taburete que había colocado contra el fregadero y lavarse las manos. Después de ayudarles a secárselas con un poco de papel de cocina, salieron al jardín con Blackie.

—Voy a echar un vistazo a las galletas, no quiero que esta última hornada se queme —dijo Abby, acercándose al horno.

Encendió la luz interior y se inclinó para ver cómo iban. Sonrió al verlas doradas y jugosas.

Asher, curioso, porque era la hornada que había hecho él, agachó la cabeza y miró también por encima del hombro de Abby.

Ella sintió que se le aceleraba el corazón cuando Asher se colocó tan cerca.

—Parece que van bien, ¿no? —comentó él. Y su voz, tan próxima, justo a la altura del oído, le hizo estremecerse.

—Sí —dijo Abby en un hilo de voz.

Se giró y casi se chocó con él. El rostro de Asher estaba a escasos centímetros del suyo. Se quedó desconcertada al encontrarlo tan cerca como para percibir la fragancia que emanaba de su cuerpo.

El gris de sus ojos era más cálido de lo que ella había visto nunca y su mirada había adquirido una expresión dulce, una expresión que podía significar muchas cosas. Muchas cosas bonitas.

Dios, unos milímetros más cerca y sus labios podrían rozar los de Asher. Unos milímetros más y podría probar su sabor. Unos milímetros más y tocaría el Cielo.

Estaba tan jodidamente cerca.

El corazón le saltó a la boca. Notaba su latido en el cuello, golpeando como un tambor.

Asher extendió una mano y le limpió una mancha de la mejilla.

—Tenía un poco de harina —dijo.

El tiempo pareció detenerse. La cocina se difuminó, desapareciendo a su alrededor. Durante unos segundos, Abby tuvo la sensación de que solo estaban los dos; Asher y ella, en un mundo propio, apartado de todo y de todos.

Sintió la sangre agolparse violentamente en sus venas.

¿Qué pasaría si levantaba la cabeza y dejaba que sus labios se encontraban con los de Asher? ¿Qué pasaría si lo besara?

Estaba a punto de ceder.

De dejarse llevar.

De dejar que las ganas y el deseo la arrastraran.

Deseaba tanto tocarlo, saborearlo, sentir sus brazos alrededor de su cintura. Sentir su calor.

Alzó la vista y lo miró a los ojos. Quedó hechizada al ver cómo cambiaban de color, como adquirían un precioso tono plateado al ir aumentando el deseo.

Notaba los senos apretados contra el pecho duro de Asher, sus pezones sensibilizados rozando la tela del sujetador y enviando corrientes de calor por

todo su cuerpo.

De pronto y sin que nadie lo esperara, una tos en el umbral de la puerta de la cocina puso fin al momento. A Abby le llevó solo un segundo reconocer de quién se trataba.

CAPÍTULO 57

Melissa.

De repente el mundo perdió todo su brillo.

Asher enderezó la espalda y volvió la cabeza.

Estaban envueltos en una nube de harina y los cuencos sucios se apilaban en las encimeras en montones más altos que ellos.

—¿Interrumpo? —preguntó Melissa en tono mordaz, mientras arqueaba una ceja perfectamente depilada.

—No —negó Asher.

Se giró completamente hacia Melissa. Cuando se separó de Abby, ella sintió como si la golpeara una corriente de aire frío.

Tuvo la sensación de que se desinflaba como un globo. Nunca se había sentido

tan frustrada en toda su vida.

Aquella mujer tenía un don de la oportunidad que daba asco. Si lo hiciera a propósito no le saldría tan bien.

Abby hubiera querido gritar para sacudirse la frustración. Era como pegarle un manotazo en la boca cuando estaba a punto de comerse un caramelo.

Joder, había estado tan cerca. Él ya se había inclinado sobre ella para rozar sus labios.

—Me ha abierto la señora Landstrom —dijo Melissa—. Está claro que vosotros estabais muy ocupados y no habéis oído el interfono cuando he llamado —añadió con doble intención.

Era cierto, no lo habían oído. Estaban tan sumergidos en su mundo, en lo que estaba sucediendo entre ellos, en lo que estaban sintiendo, que no habían advertido el timbre del interfono.

Ni siquiera se habían acordado de que era el día que Olive dedicaba a planchar y a colocar la ropa.

—¿A qué has venido? —le preguntó Asher, quitándose el delantal y dejándolo en el respaldo de una silla.

El temporizador del horno empezó a sonar, indicando que las galletas estaban listas. Abby se dio la vuelta y abrió la pequeña puerta. Se puso los guantes de tela y sacó la bandeja. Al depositarla sobre la isla, un dulce y rico aroma llenó la

cocina.

Asher miró de reojo las galletas.

—¿Habéis estado de pasteleros? —dijo Melissa a su vez con voz tensa, sin responder a la pregunta de él.

—Sí, hemos estado haciendo galletas —repuso Asher.

Volvió el rostro y se pasó las manos por el pelo para quitarse posibles restos de harina.

—¿Ahora te ha dado por ser un *cocinillas*? —ironizó Melissa en un tono vagamente desdeñoso.

Por más que tratara de disimularlo bajo una máscara de cordialidad, o de amabilidad, o de lo que quisiera; por más que se empeñara en demostrar que no la afectaba, Abby supo que por dentro estaba escocida.

—Quería compartir tiempo con Tom —contestó Asher.

«Con Tom y con la niñera —pensó con rabia Melissa—. Al parecer, esa zorra se las está ingeniando muy bien para llevarse a Asher a su terreno».

—¿A qué has venido? —volvió a preguntarle Asher.

—Te he llamado varias veces, pero no me has cogido el teléfono. Quiero comentarte un problema legal que ha surgido con un contrato de trabajo que firmé hace unos meses —respondió Melissa.

—Vamos a mi despacho —dijo Asher, echando a andar hacia la puerta.

Cuando Asher se acercó a Melissa, esta alargó la mano y le limpió una mancha de harina que tenía en la barbilla. Abby apartó la mirada de inmediato y apretó los labios mientras bajaba los ojos hacia la bandeja de galletas.

Ese gesto tenía que haberlo hecho ella. Era suyo. Le correspondía. Negó para sí.

Antes de salir, Melissa giró la cabeza y echó un último vistazo a Abby por encima del hombro. Ella alzó el rostro y se encontró con su mirada altiva. Una mirada con la que le daba a entender que no tenía derecho a nada con Asher.

Melissa podía mirarla mil veces, podía fulminarla con la mirada, si quería, pero Abby tenía claro que no iba a dejarse intimidar por aquella mujer.

Cuando se alejaron por el pasillo se dirigió al jardín. Fuera, respiró hondo, llenándose los pulmones de aire.

—¿Quién quiere espolvorear el azúcar en las galletas? —preguntó a los niños, que estaban jugando con Blackie.

Los dos se levantaron de inmediato y echaron a correr hacia ella.

—¡Yo! ¡Yo! —exclamaron el uno y el otro.

Abby sonrió, esforzándose en disimular todo lo que sentía por dentro; tratando de gestionar la frustración, las ganas, la rabia. Toda la marabunta de sensaciones que abarcaban su interior en ese momento.

Después de llevar a Victoria a su casa (mientras Olive vigilaba a Tom), de dejar a su madre un túper lleno de galletas caseras y explicarle lo que habían hecho durante la tarde y que probablemente encontraría harina en el pelo pelirrojo de la niña, Abby volvió a la mansión para bañar y acostar a Tom.

Había sido un día largo, pensó mientras cruzaba el pasillo de la primera planta hacia la escalera. Se disponía a bajarla cuando Asher la llamó.

—Señorita Jones, ¿puede venir un momento? —le dijo.

Abby se preguntó qué querría de ella. Se giró.

—Claro —respondió.

Echó a andar. Asher se encontraba en el umbral de su despacho. La esperaba de pie, paciente, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Incólume con su casi metro noventa.

Cuando Abby lo alcanzó, se echó a un lado para cederle el paso. En cuanto entró, Asher alargó la mano hacia el pomo de la puerta y la cerró.

A Abby no le dio tiempo de ponerse nerviosa, no le dio tiempo de preguntar nada, Asher se volvió hacia ella y con suavidad tomó su cara entre las manos.

—Creo que antes se nos ha quedado algo pendiente —susurró.

Abby cerró los ojos cuando notó los labios de Asher sobre los suyos. Y en ese momento dejó de preocuparse por otra cosa que no fueran las sensaciones que la embargaban.

La boca de Asher rodeó la suya con sensualidad. Pasó una mano por su nuca y la atrajo hacia sí, al tiempo que separaba los labios con los suyos para profundizar en el beso.

Dios Bendito. Dios Bendito. Dios Bendito.

Sus lenguas se entrelazaron y Abby dejó escapar un suave gemido. Tuvo que agarrarse a los brazos de Asher para no caer. Notaba las piernas flojas, laxas, como si fueran de gelatina.

Asher separó la boca de la de Abby y ella emitió un sonido parecido a un anhelo, a un gruñido. A una mezcla de muchas cosas.

—Hasta mañana, señorita Jones —dijo él.

Abby abrió los ojos. Asher la miraba con los párpados caídos.

Ella tragó saliva.

Asher dio un paso hacia atrás para dejarla pasar. Abby no estaba segura de que las piernas fueran a responderle. Se sentía desconcertada, confusa, turbada, como si la hubieran arrojado al paraje inhóspito de otro planeta y tuviera que orientarse para saber hacia dónde dirigirse.

Le costó unos segundos darse cuenta de que la puerta se encontraba a la izquierda.

—Hasta mañana —se despidió, y las palabras emergieron de sus labios de forma mecánica, sin ser siquiera consciente de qué estaba diciendo.

Finalmente dio media vuelta, giró el pomo y salió, pero antes de cerrar, asomó la cabeza por la puerta.

Asher estaba con las manos metidas en los bolsillos, como al principio.

—Le he dejado… un plato de galletas encima de la mesa de la cocina —dijo Abby.

Volvieron a mirarse.

—Gracias —contestó él.

Sin ningún ruido en la mansión y con el resplandor de la luna creando claroscuros en los pasillos, Asher bajó a la cocina.

Allí se encontró con el plato de galletas que había dejado Abby. También había una nota al lado firmada por ella, Tom y Victoria, en la que podía leerse:

«Esperamos que te gusten»,

(y una carita sonriente debajo).

Tuvo que sonreír mientras sostenía el papel de la mano. ¿Cómo no hacerlo? Era inevitable con Abby pululando por ahí.

Dejó la nota sobre la mesa y cogió una galleta, una con forma de estrella. Se la llevó a la boca y le dio un mordisco. Durante unos segundos la paladeó, buscando su sabor.

Tenía que reconocer que estaban riquísimas. A Abby no solo se le daban bien las tortitas, las galletas de mantequilla también le quedaban genial.

Y aunque la sonrisa seguía en sus labios hasta ese momento, se esfumó en cuanto pensó en lo que había pasado, en el beso con Abby.

¿Qué justificación tenía? Ninguna… excepto que Abby le gustaba. Y esa era la más importante.

Mierda.

Mientras la besaba se había olvidado de todo lo que se había dicho a sí mismo, de todas las precauciones que había tomado, y de todo lo que se había propuesto. Había olvidado dónde estaba y también su promesa. Solo sabía que quería besarla y que la interrupción de Melissa le había dejado frustrado y al borde del abismo, sin permitirle caer al vacío, sin permitirle perderse en la boca de Abby.

No iba a engañarse, le había sentado como una patada en los huevos.

Asher no se lo podía creer, ¿cómo un simple beso había producido en su cuerpo una respuesta tan intensa?

De un par de zancadas llegó hasta el frigorífico y lo abrió.

No había comido nada en toda la tarde, pero le daba pereza hacerse algo más complicado que un sándwich vegetal. Así que cogió dos rebanadas de pan de molde, un tomate, unas hojas de lechuga, uno de los huevos cocidos que siempre tenía listo la señora Landstrom en un plato y un poco de atún. Agarró el bote de mahonesa y se volvió hacia la isla para prepararlo.

—Hasta en esto estoy cambiando —dijo con un punto de resignación, mientras se sentaba en el taburete.

Probablemente por la influencia atolondrada y jovial de Abby, que no le daba tanta importancia a las cosas, ni a los horarios, ni a la agenda, como lo hacía él.

Él nunca comía ningún plato que se saliera del menú que estrictamente elaboraba para que la señora Landstrom preparara durante la semana y, sin embargo, ahí estaba, cortando en rodajas un tomate para hacerse un simple sándwich vegetal.

El sándwich vegetal (o cualquier otro tipo de sándwich), estaba totalmente prohibido en el menú. Ni siquiera a Tom le dejaba comerlos en la merienda. Quería que fuera una comida más completa, con fruta y cereales.

Dio un mordisco y lanzó un suspiro.

—Abby, ¿qué demonios voy a hacer contigo? —susurró.

Y la pregunta tenía un cariz serio, severo, como si se enfrentara al mayor dilema de su vida.

Lo hacía.

CAPÍTULO 58

La mañana siguiente, Abby se encontró con Asher cuando salía de la habitación de Tom, que iba frotándose los ojos con los puños.

Asher la interceptó en mitad del pasillo.

—Señorita Jones, me gustaría hablar con usted —dijo.

—Por supuesto —respondió ella.

Asher miró a su hijo.

—Tom, ve bajando a la cocina. La señora Landstrom te pondrá el desayuno —indicó.

—Vale, papá —dijo él.

Ambos lo siguieron con la vista hasta que bajó la escalera que daba al vestíbulo. Con Tom dirigiéndose a la cocina, Abby volvió la mirada hacia Asher.

Estaba vestido de forma formal con un traje y un chaleco gris. Debajo llevaba una impoluta y perfectamente planchada camisa blanca. La corbata, de un azul oscuro, se ceñía a su potente cuello, que en ese momento parecía estar en tensión. Abby advirtió que tenía el pelo un poco húmedo todavía.

—Señorita Jones, lo que pasó ayer…

—Lo que pasó ayer es algo que los dos queríamos —lo cortó Abby.

—Eso no es excusa.

—¿Por qué?

—Porque quiero mantenerme alejado de usted —aseveró Asher.

Abby frunció el ceño al escucharlo.

—¿Por eso sigue tratándome de usted? ¿Por eso no me tutea? ¿Por eso no me llama Abby? ¿Para marcar distancia? —le refutó. Había reproche en sus palabras.

El silencio que siguió a sus preguntas fue la única respuesta que Abby necesitaba.

¿Después del beso que se habían dado, como él seguía tratándola con esa frialdad? ¿Cómo podía mantenerse impasible?

Claro, se había olvidado de que era abogado. Según decían era un hombre con los nervios de acero, un hombre que no permitía que nada lo afectara.

—No lo va a conseguir, señor Barclay —afirmó con sinceridad, sorprendida de que su voz sonara tan firme como lo había hecho—. Lo va a intentar, pero no lo va a conseguir. No va a poder mantenerse alejado de mí. No ahora.

No iba a dejar de decir lo que pensaba.

—No tengo intención de llevar esto más allá del beso que nos dimos ayer —dijo Asher.

—Sé que habla en serio, pero es algo que no depende de usted.

—¿Está sugiriendo que no puedo ser capaz de controlarme?

Abby se atrevió a dar un pasó adelante, acortando la distancia entre ellos. Alzó el rostro hacia él.

—No es necesario que sugiera nada. Estoy segura de que ahora mismo tiene ganas de besarme —aseveró, manteniendo en todo momento la regla tácita que había puesto él de no tutearse. No iba a ser ella quien la rompiera.

Asher luchó un momento consigo mismo. Abby comprobó que su mandíbula se había tensado.

—¿Me está desafiando, señorita Jones? —le preguntó.

Abby movió la cabeza, y trató de ocultar que le reventaba que la llamara así.

—No, solo digo que es una batalla que está abocada al fracaso —afirmó.

Abby estaba tan cerca que a Asher le costó trabajo apartar los ojos de aquella

mirada color café. Por suerte, sonó su teléfono.

Asher respiró aliviado mientras bajaba la cabeza y sacaba el móvil de uno de los bolsillos del pantalón. Consultó la pantalla. Era Trevor.

—Salvado por la campana —dijo Abby, con la cabeza ladeada y una sonrisilla reflejada en los labios.

Y sin más, se giró en redondo y se alejó por el pasillo bajo la atenta mirada de Asher.

Él sabía que, a pesar de haber superado aquella tentación, gracias en parte a la interrupción oportuna de la llamada de Trevor, necesitaría de toda su fuerza de voluntad para soportar otra.

Descolgó y se llevó el móvil al oído.

—Dime Trevor.

Asher entró en la cocina para tomarse un café rápido antes de irse al despacho. En ese momento, Tom y Abby, que iba detrás del niño, salían. Sus miradas se encontraron.

—Buenos días, papá —dijo el niño.

—Buenos días —correspondió Asher.

Tom se detuvo frente a su padre y él depositó un beso en su frente.

—Pórtate bien en el cole.

—Sí, me portaré bien.

—¿Le gustaron las galletas? —le preguntó Abby. Le brillaban los ojos.

Había adivinado que Asher había comido alguna porque faltaban en el plato que había dejado lleno por la noche.

—Estaban muy ricas, ¿verdad, papá? —se apresuró a decir Tom.

—Sí —respondió escuetamente él.

—Tiene más encima de la mesa —dijo Abby, sosteniéndole la mirada.

Aquel día iba vestida con un vaquero ancho, unas zapatillas Converse negras y una camiseta blanca corta que le llegaba justo por el borde de la cintura del pantalón, dejando ver de vez en cuando algún centímetro de piel, aunque de una manera muy discreta.

El pelo lo llevaba recogido en esos dos divertidos moñitos que le aniñaban los rasgos de la cara.

—Gracias —dijo Asher, tratando de no fijarse en cómo aquel atuendo casual le resultaba más sexy que cualquier vestido escotado de fiesta.

Abby siguió mirándolo al pasar delante de él.

—Que tenga un buen día, señor Barclay —dijo.

—Igualmente, señorita Jones —contestó Asher.

CAPÍTULO 59

Asher esperaba al resto de «Alfas de Chicago» en la cafetería que había en la esquina de la calle donde se encontraba el edificio en el que tenían los despachos.

Un lugar espacioso y lleno de mesas, decorado de forma elegante con paredes pintadas de negro y paneles de madera. Coquetas lámparas de mimbre con bombillas a las que se les veía el filamento caían del techo hasta media altura.

Hacía tiempo bebiendo café y releyendo las notas sobre un caso que tenía apuntadas en una libreta.

—¿Por qué cojones siempre tienes que llegar el primero? —le preguntó Samuel, de pie frente a la mesa.

Asher apartó los ojos de las notas, alzó el rostro y miró a su socio.

—Lo primero, «buenos días» —dijo—. ¿Dónde están tus modales? —le

recriminó.

—A estas horas, todavía en la cama —respondió Samuel—. No bostezo porque la cafetería está llena de gente y me da vergüenza.

—Y lo segundo —continuó hablando Asher, ignorando la queja de Samuel—, llego el primero porque soy el que más madruga.

—Tienes un problema con la puntualidad —dijo Samuel.

—¿Vosotros llegáis tarde y soy yo el que tiene un problema con la puntualidad? —ironizó.

—Desde luego que lo tienes. —Quien contestó a su pregunta fue Trevor, que acababa de llegar a la cafetería.

Una vez cada diez días más o menos, les gustaba reunirse en esa cafetería y salir de las cuatro paredes del bufete. Todos estaban de acuerdo en que había pocos lugares en la Ciudad de los Vientos que preparasen un café tan bueno. A ello contribuía que lo importaban directamente desde Colombia. Así que no tenía rival.

Samuel y Trevor se sentaron y uno de los camareros se acercó a ellos.

—¿Qué vais a tomar? ¿Lo de siempre? —les preguntó.

—Sí —respondió Trevor.

—El mío hoy que sea doble —dijo Samuel.

El camarero lo apuntó en su bloc y después de esbozar una sonrisa, se encaminó hacia la barra.

—¿Qué has estado haciendo durante la noche para necesitar un café doble? —le preguntó Trevor con mirada pícara.

—No lo que piensas —respondió Samuel—. Nico tenía pocas ganas de dormir, le apetecía más jugar. ¡A las cuatro de la madrugada! ¿Es que no hay suficientes horas en el día?

Trevor alargó la mano y le palmeó el hombro.

—Esos son los sacrificios de ser padre; jugar con tu hijo a las cuatro de la madrugada —rio.

Samuel giró el rostro hacia él.

—No te rías tanto, que ya te tocará a ti —inquirió.

—Me parece que no. Tener hijos no está en mis planes. Ni a corto ni a largo plazo.

—Eso lo dices ahora, pero ya verás como cambias de opinión cuando encuentres a la mujer de tu vida —dijo Samuel.

Trevor puso los ojos en blanco.

—Oh, por Dios, déjate de chorradas cursis —dijo—. Es muy temprano.

Asher los miró y negó con la cabeza.

—¡Los voy a suspender a todos! —exclamó Ethan muy enfadado al entrar en la cafetería.

Los tres alzaron la vista hacia él.

Ethan se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón del traje negro que llevaba y bufó.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —le preguntó Asher.

—Voy a poner un cero a todos mis alumnos —afirmó—. ¿Cómo se puede tener ese nivel tan nefasto? —Miró a sus socios—. Id haciéndoos a la idea de que no nos vamos a jubilar nunca, porque no va a haber abogados de reemplazo para sustituirnos —aseveró.

—¡A mí no me jodas! Que yo quiero retirarme en alguna isla del Caribe —dijo Trevor.

—Olvídate del Caribe porque no lo vas a pisar —dijo Ethan.

El camarero se acercó con una bandeja en la que llevaba los cafés de Trevor y Samuel.

—Ethan, ¿te pongo lo de siempre? —le preguntó el hombre, mientras depositaba las tazas encima de la mesa.

—No sé si pedir un café o un vodka —respondió él.

El camarero lo miró con una ceja arqueada.

—¿Un mal día? —le preguntó, con la confianza que le daba el número de horas que los cuatro «Alfa de Chicago» habían pasado y pasaban en aquella cafetería.

—Supongo —masculló Ethan. Suspiró resignado—. Sí, por favor, ponme lo de siempre —dijo, sentándose en la silla que quedaba libre.

—Ahora mismo —dijo el camarero.

—Respira hondo —le aconsejó Asher a Ethan en un tono burlón—. Está a punto de darte una apoplejía.

Ethan lo miró de reojo, queriéndole fulminar con la mirada.

Samuel se volvió un poco hacia él y apoyó la mano en su hombro.

—A ver, Ethan, que te conocemos… —comenzó—. Tienes una mente brillante, te graduaste con honores *cum laude* en Harvard en solo dos años y a los veinte ya eras abogado, no puedes pretender que todo el mundo esté a tu nivel.

—Es verdad, no puedes imponer ese ritmo a tus alumnos —intervino Trevor.

Ethan se pasó las manos por la cara.

—Lo sé, pero es que esos chicos no tiene ningún nivel. Ni mucho ni poco, nada —se quejó, gesticulando con las manos—. Equivocan conceptos, leyes, códigos… Solo les falta confundir acusación y defensa. Estoy por enviarlos de nuevo al instituto.

—En vez de un café, creo que deberías haberte pedido una tila —dijo Asher.

Ethan lanzó un suspiro. Estaba exasperado.

—Impartes las dos asignaturas más jodidas de la carrera y esos chicos están empezando…

Ethan miró a Asher.

—El primer curso está finalizando —apostilló con mordacidad.

—Sí, pero es su primer año en la universidad. El cambio del instituto a la facultad es chungo. Todos hemos pasado por ello, aunque nos apasionara el derecho —dijo Asher con sensatez.

—Ethan seguro que no —dijo Trevor.

—No, era demasiado listo —apuntó Samuel.

—Vale, vale, tenéis razón. —Ethan soltó una exhalación fuerte.

—Déjalos respirar —dijo Asher.

El café de Ethan llegó. Cogió la taza y dio un trago. Tal vez le hubiera ido bien una tila, como decía Asher.

Durante los siguientes minutos, Ethan, Trevor y Samuel se enfrascaron en conversaciones que fueron enlazando una con otra, mientras Asher permanecía con expresión meditabunda, sumergido en sus pensamientos.

No sabía por qué le había venido a la cabeza Melissa.

Nunca había caído en lo irritante que podía resultar.

Trevor chasqueó los dedos delante de su rostro para llamar su atención.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿A qué viene ese rostro de concentración? —quiso saber —. Parece que estás desactivando una bomba.

—Sí, ¿qué te pasa? Llevamos más de media hora hablando y tú no has intervenido en ningún momento —comentó Samuel.

—Estaba pensando en Melissa —respondió Asher.

Se formó un pequeño revuelo en la mesa.

—Deja de nombrar a las brujas, joder —dijo Ethan—. ¿No ves que va a traernos mala suerte?

Trevor y Samuel tocaron con los dedos la superficie de madera de la mesa, como si con ese gesto quisieran alejar el mal fario.

Asher pasó la mirada por cada uno de ellos.

—¿Queréis dejar de hacer gilipolleces? —dijo. Miró a Ethan—. Y de decirlas.

—No son gilipolleces, Asher. Seguro que, si dices su nombre tres veces, se nos aparece —dijo Ethan.

—¿Como Verónica? —preguntó Samuel.

—Igual.

Trevor, Samuel y Ethan echaron un vistazo a su alrededor con expresión de temor.

Asher puso los ojos en blanco y dejó escapar un sonoro suspiro.

—Tíos, no tenéis diez años —les recriminó.

Y los tres se empezaron a reír.

—Tienes razón —dijo Samuel—, pero no pronuncies su nombre tres veces seguidas. Ya sabes, por si acaso…

—Me dan ganas de daros una colleja —dijo Asher.

—Venga, dinos por qué estás pensando en Melissa —se interesó Trevor en un tono más serio.

—Por lo irritante que puede llegar a ser —contestó Asher.

—¿No te habías dado cuenta hasta ahora? —dijo Ethan, dejando ver su expresión de asombro.

Asher se recostó en la silla.

—No sé, me resultaba… indiferente —dijo, con un leve encogimiento de hombros.

—¿Cómo puede Melissa haberte sido indiferente todo este tiempo? Y lo digo en el mal sentido de la palabra. Esa tía no pasa desapercibida… para nadie. Es insufrible —dijo Trevor.

—¿Su risa no te rechina en los oídos como si alguien pasara las uñas por una pizarra? —dijo Samuel.

Ethan lo miró.

—Dios, sí, es así —afirmó.

—La verdad es que no sé cómo se me ha podido pasar lo superficial y fría que es —comentó Asher—. Supongo que antes no me importaba.

—¿Y por qué te importa ahora? —preguntó Trevor.

Asher no lo expresó en alto, pero la respuesta le llegó de sopetón.

Abby.

La culpa era de Abby.

—No sé —dijo, intentando sonar despreocupado.

No deseaba ahondar más en ese tema, sino Trevor, Ethan y Samuel terminarían sonsacándole lo que había pasado entre Abby y él, y no tenía ganas de hablar de ello.

—Yo no sé cómo la aguantas —comentó Ethan.

Asher sabía la animadversión que el socio más joven del bufete sentía hacia Melissa. No era nada nuevo. Para ser franco, ninguno la tragaba, pero Ethan no se había molestado en ocultarlo nunca. Ni siquiera delante de ella.

—Es la única familia directa que tiene Tom por parte materna —contestó

Asher—. Beth no tenía más hermanos y sus padres murieron hace años.

—Para tener a Melissa como familia, es mejor no tener nada —aseveró Ethan.

Se mordió la lengua para no decir que no era una tía muy cariñosa, precisamente. Tom no le importaba lo más mínimo, solo lo utilizaba como excusa para estar cerca de Asher. Pero eso él ya lo sabía.

Asher rodó los ojos hasta él.

—Pero sigue siendo su familia —dijo.

CAPÍTULO 60

Asher miró los folletos de los distintos internados y se dirigió al jardín. Tenía que abordar de nuevo el tema con Tom. Aunque él tomaría la última decisión, quería saber si su hijo se decantaba por alguno en especial.

La última vez que lo había intentado, el niño había terminado dándolos un manotazo. Esperaba tener más suerte en aquella ocasión. El tiempo pasaba y necesitaba elegir uno para hacer la matrícula antes de quedarse sin plaza.

—Tom, quiero hablar contigo, ¿puedes venir? —dijo.

El niño estaba tumbado en el césped, escuchando la interpretación a varias voces que hacía Abby de una de las aventuras del niño pirata que aparecían en el libro que le había regalado cuando lo conoció.

Levantó la cabeza al escuchar la voz de su padre. Miró a Abby.

—Ve, luego seguimos —dijo ella, con una sonrisa.

Abby adivinó lo que llevaba Asher en la mano y supo a lo que se iba a enfrentar Tom.

El niño se levantó de un salto y corrió hacia él.

Antes de entrar en la casa, Abby intercambió una mirada con Asher.

Tom siguió a su padre hasta el despacho. Asher giró el pomo y abrió la puerta, indicando al niño que se sentara en el sofá que había contra la pared. Asher se acomodó a su lado.

—Dime, papá —dijo Tom, solícito.

—Quiero que hablemos del internado, Tom —dijo Asher.

El rostro del niño adoptó una expresión ceñuda.

—No quiero ir a un internado —replicó.

—Cariño, es lo mejor para ti.

—¡No, papá! ¡No es lo mejor para mí, porque no quiero ir! —protestó Tom—. Quiero quedarme aquí, contigo, con mi abuelo, con tío Bastian y tío Aaron, con Abby, con Victoria…

Asher tomó una bocanada de aire, paciente. Tenía que hacer entrar en razón a su hijo.

—Tom, vas a educarte en uno de los mejores colegios del mundo —dijo.

—Me da igual, yo quiero educarme en mi colegio. No quiero irme lejos. No

quiero, papá —insistía él una y otra vez.

Asher contrajo las mandíbulas.

—Si no eliges uno que te guste, lo elegiré yo por ti —le advirtió—. El próximo curso vas a ir a un internado porque así lo he decidido, así que vete acostumbrando. —Su voz se endureció, mostrando su autoridad.

—Pero no quiero. —Tom se cruzó de brazos. Tenía los ojos vidriosos—. Allí no tengo amigos.

—Harás unos amigos nuevos.

—¡No! ¿Es que no me escuchas, papá? —dijo Tom, mirándolo a los ojos—. No quiero ir. —Una lágrima solitaria corrió por su mejilla.

—Me da igual si quieres ir o no, he tomado una decisión, y no voy a cambiar de opinión.

—¡Pues me iré con el abuelo, o con tío Bastian, o con tío Aaron, porque ellos sí que me quieren, no como tú, que no me quieres! —gritó Tom.

Se bajó del sofá, y antes de que Asher pudiera agarrarle del brazo para retenerle, salió corriendo hacia la puerta.

—Tom, vuelve aquí ahora mismo —le ordenó Asher con voz firme y autoritaria, poniéndose de pie. Pero el niño lo ignoró—. ¡Tom! —le llamó por última vez.

Sin embargo, Tom ya corría hacia su habitación.

Asher salió del despacho y se topó con Abby, que se dirigía a la sala de juegos a dejar unos juguetes.

Sus miradas se cruzaron.

Abby no necesitaba pronunciar ninguna palabra para saber que desaprobaba lo que estaba haciendo. La expresión de su rostro era como un libro abierto. Todo lo expresaba a través de él. Y aunque quisiera ocultarlo, jamás podría.

—No vaya con él —le ordenó Asher, consciente de que sería lo primero que Abby haría—. Y va a estar castigado cinco días sin salir de su habitación.

Abby abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe cuando Asher alzó la mano para silenciarla.

—No quiero escuchar nada —atajó él en tono seco y contundente—. Tiene que aprender a respetarme y saber quién tiene la autoridad aquí.

Abby podría decir muchas cosas al respecto, pero prefirió mantener silencio.

Nunca había visto a Asher tan serio. Los rasgos de su rostro parecían estar esculpidos en un mármol frío.

Estaba realmente enfadado. Lo notaba en la tensión que había en la base del cuello y en el músculo que titilaba de vez en cuando en la línea de su mandíbula.

Abby siguió su camino hacia la sala de juegos.

—Espero que no me desobedezca. —La voz de Asher tenía un frío tono de advertencia.

Pero Abby no lo tenía del todo seguro.

Entró en la sala de juegos, colocó los juguetes que llevaba en las manos en la estantería y enderezó algunos libros. Esperaría un rato antes de ir a ver a Tom. Si Asher la pillaba estaría perdida. Perdida de verdad. Abby no dudaba de que la echaría a patadas, pero, después de la discusión que Tom había tenido con su padre, no quería que estuviera solo.

Se distrajo ordenando un poco la sala de juegos.

Después de un rato, abrió la puerta y discretamente lanzó un vistazo a su alrededor. No había nadie a la vista y el silencio era sepulcral en la enorme mansión.

No sabía dónde podría estar Asher, se imaginó que se encontraría trabajando en su despacho, como siempre.

Dios, ese hombre tenía un serio problema de adicción al trabajo.

Cerró con cuidado tras de sí para no hacer ruido y se dirigió a la habitación de Tom casi de puntillas. Entró con mucho sigilo para no ser descubierta. No quería pensar en lo que haría Asher con ella si se daba cuenta de que lo estaba desobedeciendo.

Lo mejor era no pensar en ello.

—Tom… —lo llamó en un susurro, pero no obtuvo respuesta—. Tom, cariño…

Se acercó hasta la cama y vio que se había quedado dormido. Había estado llorando porque tenía el rostro húmedo por culpa de las lágrimas.

Alargó el brazo y le acarició la mejilla con la mano.

Tom lo estaba pasando realmente mal con el tema del internado. Era evidente que no quería ir. Lo había dicho claramente, pero su padre no parecía estar dispuesto a escucharlo. Estaba obcecado en que el próximo curso lo hiciera en un colegio de Londres.

Abby se mordió el labio.

Joder, Tom solo tenía cinco años y acababa de perder a su madre. Entraba dentro de la lógica que no quisiera alejarse de su entorno, de su padre, de sus tíos, de su amiga Victoria. En definitiva, de todo lo que le daba seguridad.

Mientras lo arropaba con una manta que cogió del armario, Abby sabía que Asher no cambiaría de opinión por más que trataran de convencerlo. Era un hombre de ideas fijas y cuando tomaba una decisión había pocas posibilidades de que cambiara de parecer.

Se inclinó para dar un beso a Tom en la frente. Después se giró y con el mismo sigilo con el que había entrado en la habitación, salió, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que no se cruzaría con Asher.

CAPÍTULO 61

La mañana siguiente, cuando Abby llegó a la mansión, y antes de levantar y vestir a Tom para llevarlo al colegio, Asher la requirió.

—Señorita Jones, ¿puede venir a mi despacho? —le preguntó con voz muy seria, en el umbral de la puerta de dicha estancia.

Abby lo único que pensó es que todavía no se había tomado ni un solo café. Se había levantado con la hora pegada y no le había dado tiempo, y enfrentarse a Asher Barclay sin ni siquiera un café en el cuerpo era algo así como una emboscada.

Ya había aprendido que encontrarse a Asher esperándola en la puerta del despacho no era la mejor forma de empezar el día.

Pero podía lidiarlo. Lo había hecho otras veces.

—Sí —contestó.

Asher se metió en el despacho y la esperó sentado detrás de la mesa. Abby inhaló hondo (le dieron ganas de santiguarse, pero al final no lo hizo) y enfiló los pasos hacia allí.

—Cierre la puerta —le pidió Asher cuando entró.

Abby se giró y cerró.

Imponía tanto con esa actitud que no se imaginaba a nadie desobedeciéndolo, aunque ella lo había hecho entrando en la habitación de Tom.

Era una jodida temeraria.

—Necesito que me haga un favor —comenzó Asher.

Parecía que tenía prisa porque ni siquiera medió un saludo entre ellos.

—Dígame.

Asher se echó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, levantando la mirada gris hacia Abby.

—Necesito que hable con Tom y lo convenza para que vaya a un internado el próximo curso —dijo en tono firme—. Se lleva muy bien con usted y creo que su influencia le hará cambiar de opinión.

Asher intensificó su mirada mientras esperaba la respuesta de Abby.

—Lo siento, señor Barclay, pero no voy a hablar con Tom —contestó ella, y su voz sonó tan firme como había sonado la de Asher al hacerle la petición.

—¿Por qué? —preguntó él, extrañado por la contestación de Abby.

—Porque no me parece una buena idea y no voy a tratar de convencerlo si no estoy de acuerdo.

—Señorita Jones, no tiene que estar de acuerdo o no, simplemente tiene que seguir mi instrucción.

—Pues no lo voy a hacer.

Asher apretó los dientes.

—¿Y si se lo ordeno? —la retó, entrecerrando los ojos.

Abby se irguió un poco más, como si quisiera reafirmar su posición.

—Entonces puede despedirme cuando disponga, porque no voy a obedecerle —aseveró sin titubeos.

Y estaba dispuesta a enfrentar las consecuencias que acarreara su decisión. Necesitaba aquel trabajo para costearse los estudios en la universidad, pero sabía perfectamente que negarse a obedecerle podría causar su despido, y si Asher la mandaba a la calle por no cumplir su orden, lo acataría.

Asher tendría que haberse sorprendido por aquella respuesta, pero tratándose de Abby no lo hizo. Ya había quebrantado una de sus órdenes al entrar en la habitación de Tom, incluso habiéndoselo prohibido, incluso habiéndole advertido que no le desobedeciera.

Se había dado cuenta al ver que el niño estaba arropado con una manta sobre la cama.

¿Quién podía haberlo arropado si no era Abby? *SuperAbby* como a veces la llamaba Tom.

Debería regañarla.

Había despedido a empleados por menos, pero… ¿a quién pretendía engañar? A esas alturas, Asher sabía muy bien que Abby había suavizado miles de durezas que tenía en su interior y con las que había luchado toda su vida. Se decía a sí mismo que ella no debería tener semejante poder sobre él. Pero lo tenía.

—Siempre fiel a sus principios y a su condición de decir lo que piensa, sin tener en cuenta los posibles problemas que se le vengan encima —dijo.

Abby pensó muy seriamente que Asher iba a despedirla. A él nadie lo desobedecía. Sin embargo, continuó hablando. Si ya estaba todo perdido…

—No está escuchando a Tom, señor Barclay, y está cometiendo un error al no hacerlo. Es pequeño, pero se da cuenta de las cosas perfectamente —dijo Abby —. Se encuentra inmerso en una etapa muy vulnerable por la pérdida de su madre y usted no va a hacer más que incrementar esa sensación de vulnerabilidad, y también de abandono, enviándolo a un internado.

Asher se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana. Se colocó de espaldas a Abby, con las manos guardadas en los bolsillos del pantalón. Ella lo siguió con

la mirada.

Se preguntó con curiosidad qué estaba pasando por su cabeza. Era tan hermético, tan reservado, que costaba adivinar siquiera en qué pensaba.

Al comprobar que mantenía silencio, Abby continuó hablando.

—No lo aparte de usted —dijo con voz dulce.

Abby abrió la boca y cogió aire despacio. Necesitaba elegir muy bien las palabras. No quería meter la pata. Quizá… No quería pensar en esa posibilidad, pero quizá pudiera hacer que Asher cambiara de idea respecto a llevar a Tom a un internado al otro lado del Atlántico.

—No dudo de que está haciendo su papel de padre lo mejor que puede —a pesar de que no era un padre amantísimo, pensó para sus adentros—, pero Tom necesita saber que lo quiere.

—Lo quiero, daría mi vida por él —aseveró Asher.

—Lo sé —dijo Abby—, pero es Tom quien necesita saberlo.

Transcurrieron unos segundos en un silencio que a Abby se le hicieron eternos.

—Puede irse, señorita Jones —dijo únicamente Asher.

Abby dejó escapar un suspiro quedo.

—Por favor, piense en lo que le he dicho —le pidió. Pero su petición chocó

contra un frío silencio. Un muro que probablemente nadie tuviera capacidad de traspasar.

Al ver que Asher no iba a decir nada más, Abby se dio la vuelta y salió del despacho.

Después de escuchar el sonido del pestillo al cerrarse la puerta, Asher permaneció de pie junto a la venta tanto rato que las piernas comenzaron a dormírsele.

Sus ojos vagaban por el jardín, pensando, reflexionando sobre las palabras de Abby. Sobre todo lo que le había dicho de Tom.

Él conocía perfectamente esa sensación de abandono de la que hablaba. La masticaba y trataba de digerir todos y cada uno de los días desde que su madre se había ido de casa, dejándole a él y a sus hermanos como si fueran perros.

Unos días la gestionaba con más tino que otros.

¿Quería eso para su hijo? La situación no era la misma, por supuesto, pero Tom era muy pequeño. No lo había visto hasta ese momento.

Sacó las manos de los bolsillos, abrió la chaqueta del traje y extrajo los folletos de los internados. Fue pasando uno por uno.

Suspiró.

CAPÍTULO 62

Asher estaba recostado contra el sillón del despacho de casa. Sobre la mesa, descolocados, se extendía los distintos folletos publicitarios de los internados que había mirado para Tom.

Jugueteaba con uno de ellos mientras pensaba sobre qué iba a hacer. Las palabras de Abby le estaban haciendo reflexionar acerca del futuro inmediato de su hijo. ¿Y si no era buena idea enviarle a un internado a Londres?

Se frotó la mandíbula con la mano, notando la barba incipiente en los dedos. Necesitaba afeitarse.

Unos nudillos tocaron la puerta.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y entró Olive con Melissa detrás, pisándole los talones.

—Señor Barclay, la señorita Melissa está aquí —anunció.

A Asher ni siquiera le dio tiempo de poner mala cara o de prepararse para enfrentarse a ella, porque Melissa ya cruzaba la estancia tiesa como un palo, camino de una de las sillas que había frente a su mesa.

—Hola —lo saludó.

—Hola, Melissa —dijo Asher.

Melissa tomó asiento y cruzó las piernas para ponerse cómoda.

—Te he traído la documentación que me pediste —dijo, tendiéndole una carpeta que llevaba en las manos.

Asher enderezó la espalda, alargó el brazo y la cogió. La abrió y hojeó los papeles que contenía su interior.

—Está todo —dijo—. Esta noche me pondré a ello —añadió, cerrando la carpeta y dejándola a un lado.

—Te lo agradezco mucho —contestó Melissa con voz melosa.

Deslizó los ojos por la superficie de la mesa y se fijó en los folletos. Tomó uno y le echó un vistazo.

—¿Estos son los internados que has elegido para llevar a Tom? —curioseó, cogiendo otro de ellos.

—Sí, pero ya no sé si voy a llevarlo a un internado —comentó Asher.

Melissa levantó la vista de los folletos y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—Porque no sé si es lo mejor para Tom en estos momentos —respondió Asher.

—Claro que es lo mejor para él, va a recibir la mejor formación del mundo —arguyó Melissa.

—Hace poco que ha perdido a su madre y no creo que sea un buen momento para separarlo de mí.

Melissa entornó los ojos.

—¿Y te has dado cuenta ahora? —dijo en tono suspicaz. Estaba segura de que la *maravillosa* Abby había tenido mucho que ver en ese cambio de idea de Asher. Esa chica se estaba metiendo en su vida más de lo que debía.

Él la miró fijamente, percibiendo de inmediato el deje malicioso de su voz.

—¿Qué quieres decir, Melissa? —le preguntó de forma directa.

Asher no era un hombre de dar rodeos. Era de pocas palabras, pero contundentes.

—¿No ha tenido nada que ver en tu cambió de opinión la niñera?

—¿Y qué si ha sido así?

Melissa bufó.

Estaba en lo cierto. Ese cambio de idea se debía a aquella maldita chica. Nadie conseguía convencer a Asher de nada, pero ella se lo estaba llevando poco a poco a su terreno. El asqueroso gato había sido su primer triunfo, persuadiendo a Asher de que lo dejara en casa, después los desayunos familiares, incluso había conseguido que hiciera galletas con ella.

Sintió que la ira le recorría todo el cuerpo.

—¿Así que es por esa zorra? —soltó de pronto, casi escupiendo las palabras. Su rostro estaba encendido como una hoguera—. Te la estás follando, ¿verdad? Seguro que no te ha costado mucho tirártela, parece una chica facilona —dijo con sumo desprecio.

Asher se levantó de golpe, y lo hizo con tanta fuerza que el sillón se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

Alzó el dedo índice y apuntó a Melissa con él.

—Si hablas otra vez así de la señorita Jones no volverás a pisar esta casa —dijo en un tono tan severo que las paredes podían haber temblado. Los ojos le echaban chispas, llenos de furia—. ¿Me has oído bien, Melissa? No te voy a volver a hacer esta advertencia.

Melissa cambió totalmente de talante, como si un minuto antes no hubieran salido de su boca todos aquellos insultos. Bajó la cabeza y empezó a tocarse nerviosamente el pelo con las manos, como si quisiera colocárselo de alguna

forma.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida?, se recriminó a sí misma con rabia.

Había metido la pata hasta el fondo. Se obligó a calmarse.

—Lo siento, yo… —Carraspeó. De pronto sentía la garganta cerrada, seca y acartonada—. No sé qué me ha pasado, lo siento —se disculpó. Alzó la cabeza. Asher la miraba erguido en toda su estatura con expresión impenetrable en el rostro—. Es que… —titubeó.

A ver cómo coño arreglaba eso. Como metiera la pata otra vez, Asher no dudaría en echarla a la puta calle.

«Piensa. Piensa. Piensa».

—Asher, no puedes dejar el futuro de Tom en una decisión de la niñera —comenzó. El tono de su voz bajó unas cuantas notas y se dulcificó—. Tom es… muy inteligente. Tiene un futuro brillante. Con una buena formación…

—En Chicago hay excelentes colegios —la cortó Asher.

No iba a aguantar ni una impertinencia más de Melissa. La salida de tono que había tenido era imperdonable.

—Sí, claro. —Nerviosa, Melissa se colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Puede quedarse un año más aquí, si ahora no te parece un buen momento por la muerte de mi hermana, y enviarle a un internado el próximo año.

Asher se preguntó por qué Melissa tenía tanto interés en que metiera a Tom en un internado. ¿En qué la beneficiaba a ella?

Era su hijo y la última decisión la tomaría él.

Asher exhaló con fuerza y se pinzó el puente de la nariz con los dedos.

—Melissa, me duele la cabeza —dijo, dando por zanjada la conversación. Tiró del sillón con la mano para acercarlo y se sentó de nuevo en él—. Echaré un vistazo a los documentos que me has traído y te diré algo en los próximos días —añadió, invitándola a irse. No aguantaba su presencia un minuto más.

Por no echarla a patadas, prefirió ser educado.

Por supuesto, ella pilló la indirecta a la primera.

—Sí, claro. —Se levantó de la silla—. Seguro que has tenido un día agotador. Descansa.

Asher no se molestó ni siquiera en despedirse. Melissa agarró el bolso, se giró y salió del despacho.

Ya sin ella, Asher se dejó caer en el respaldo del sillón, mesándose el pelo.

CAPÍTULO 63

Asher ultimaba frente al ordenador el escrito de un recurso que iba a presentar en un caso. La noche había caído hacía un rato, llenando los rincones de la mansión de azul oscuro.

Tecleaba con dedos presurosos cuando escuchó un maullido.

Miró por encima de la pantalla hacia la puerta del despacho, ligeramente abierta para poder oír a Tom si lo llamaba.

Blackie asomaba la cabecita negra. El animalillo miró a un lado y a otro inspeccionando aquel lugar. Asher solo le permitía estar en la habitación de Tom, así que el despacho era algo nuevo para él.

El gato volvió a maullar.

Asher se levantó del sillón y se dirigió a él. Blackie alzó la cabeza para mirarlo cuando se detuvo a su lado.

—¿Te has perdido? —dijo Asher.

Blackie volvió a maullar un par de veces. Dio unos cuantos pasos, adentrándose en la estancia, y se enroscó en los tobillos de Asher, ronroneando. Después apoyó las patitas en sus zapatos y maulló buscando su atención.

Él se agachó para cogerlo.

—No debes estar aquí, esta zona está prohibida —susurró, mientras observaba su cabecita.

Blackie lo miraba con sus preciosos ojos azules como si entendiera lo que le estaba diciendo.

Asher no pudo evitar sonreír.

—Creo que eres un gatito muy listo —comentó.

Blackie trepó por su brazo y se acomodó en su pecho. Asher pasó la mano por su suave pelo negro. El gato ronroneó de nuevo.

Con el gato en brazos, cruzó el pasillo y entró en la habitación de Tom haciendo el menor ruido posible para no despertarlo.

Se dirigió a la cama y comprobó que su hijo dormía plácidamente.

Alargó la mano y colocó a Blackie contra su pecho.

Blackie examinó la zona, dio un par de giros sobre sí mismo y se acomodó, enroscándose como un ovillo sobre sí mismo. Ya tumbado al lado de Tom, dejó

escapar un pequeño suspiro.

Aunque las ventanas estaban bajadas, la luz del exterior iluminaba la habitación lo suficiente para advertir el contorno de los muebles.

Asher se sentó con cuidado al borde de la cama y observó cómo su hijo dormía. Su pecho subía y bajaba a un ritmo acompasado, tranquilo. Era como un pequeño ángel.

En ese momento pensó que quizá había sido muy injusto con él, empeñado en meterlo en un internado al otro lado del Atlántico. Abby le había dicho que Tom creía que se quería deshacer de él, incluso ella lo pensaba. Le había comentado que el niño tenía la sensación de que iba a perderle, al igual que había perdido a su madre.

Asher soltó de golpe el aire que tenía en los pulmones.

Tom se movió un poco y Asher se quedó inmóvil, conteniendo la respiración para no despertarlo. Sin embargo, el niño abrió los ojos.

—Papá, ¿eres tú? —preguntó con voz somnolienta. Solo podía ver su silueta.

—Sí, soy yo —dijo Asher.

Tom se incorporó. Blackie, al sentir su movimiento, levantó la cabeza para inspeccionar la situación, pero volvió a tumbarse cuando vio que todo estaba bien.

—Papá, ¿sigues enfadado conmigo?

A Asher se le rompió el corazón.

—No, cariño.

—¿Aunque no quiera ir a un internado?

Si Asher tenía alguna duda respecto a ese tema, en aquel momento se aclaró por completo.

—Ya no tienes que preocuparte por eso, cariño —dijo.

—¿No? —Tom parecía sorprendido.

—No, no vas a ir a ningún internado —contestó Asher.

—¿De verdad? —Tom se frotó los ojos, tratando de desperezarse.

—De verdad.

El niño apartó las sábanas y se sentó sobre las piernas de Asher.

—¿Voy a quedarme en Chicago? ¿Contigo, con el abuelo, con tío Bastian, tío Aaron, Abby y mi amiga Victoria?

Asher sonrió ante la larga lista de personas. Era curioso que Tom nunca incluyera a Melissa en esa lista. Era su tía, pero no la tenía mucho en cuenta. Ella tampoco a él.

—Sí —dijo.

Tom pasó los brazos por el cuello de Asher y lo abrazó.

—Gracias, papá —susurró.

—No tienes que darme las gracias —habló él—. Era una decisión equivocada, pero he rectificado a tiempo —se sinceró.

«Gracias a Abby», pensó.

Ella era quien le había hecho ver que no era una buena idea llevar a Tom a un internado. No era el momento adecuado, y no lo sería nunca.

No volvería a plantearlo ni siquiera en un futuro, era algo que quedaba totalmente descartado.

Tom suspiró y se acurrucó contra su pecho.

—Te quiero mucho, papá —dijo.

Asher cerró los ojos y le acarició la espalda.

—Y yo a ti, Tom. No lo dudes nunca —le susurró al oído. Inclinó la cabeza y le dio un beso en el pelo.

Tom bostezó.

—Duerme, cariño. Todo está bien —dijo Asher.

Se mantuvo un rato así, con su hijo en brazos, hasta que la respiración de Tom volvió a ser suave y acompasada, indicando que había sucumbido al sueño de nuevo.

Cuando su menudo cuerpo se aflojó encima de él, lo tumbó con cuidado sobre

la cama.

Blackie maulló, se incorporó y buscó el calor de Tom. Dio un par de pasos y, enroscándose otra vez sobre sí mismo, se pegó a su pecho.

Asher sonrió con ternura. Alargó el brazo y acarició la cabeza de su hijo una última vez, después se levantó y salió de la habitación sin hacer ruido.

CAPÍTULO 64

Abby se encontraba en la habitación de Tom, preparando el material escolar que necesitaba para el día siguiente. Aquella tarde el niño estaba en sus clases de piano.

Levantó la cabeza cuando vio entrar a Asher.

—Buenas tardes, señorita Jones.

—Buenas tardes, señor Barclay —respondió al saludo, con el mismo tratamiento formal que utilizaba él y que tan poco le gustaba a esas alturas.

—Supongo que Tom ya le habrá dicho que no va a ir a un internado.

Abby asintió.

—Sí, me lo ha dicho. Está loco de contento, aunque yo ya lo sabía.

Asher sacudió la cabeza, extrañado.

—¿Ya lo sabía?

—Su cuñada…

—Excuñada —matizó Asher rápidamente.

—Su excuñada habla en voz muy alta —respondió Abby.

Asher se quedó petrificado en mitad de la habitación. Abby había oído lo que Melissa había dicho de ella.

—Escuchó lo que dijo —afirmó. No se molestó en preguntárselo.

—Sí. —Abby metió un libro en la mochila de Tom.

—Lo siento —dijo Asher.

—Usted no tiene que disculparse conmigo.

—No se lo tenga en cuenta.

Abby esbozó una débil sonrisa.

—Lo que Melissa diga de mí no me afecta. Ella no tiene capacidad para hacerme daño —afirmó.

«Además, lo hizo porque está celosa», pensó para sus adentros.

Abby era demasiado madura como para dejarse arrastrar por el victimismo.

—Se siente amenazada. Ve a una rival —aseveró Asher—. Supongo que… ha notado que no me es indiferente, señorita Jones. Melissa no es tonta.

—Está loca por usted.

Asher encogió los hombros.

—A mí no me interesa, viene a casa solo porque es la tía de Tom, y el único vínculo familiar que mi hijo tiene por parte materna, ya que los padres de Beth y Melissa murieron hace unos años.

—Entiendo. —Abby se quedó un poco sorprendida con esa noticia. Tom no tenía abuelos maternos.

Asher se quedó callado unos segundos. Luego alzó la vista y miró a Abby.

Respiró lentamente y se fijó en su pelo. Lo llevaba sujeto en un moño en lo alto de la cabeza, pero parecía que solo era el pasador que lo atravesaba de un lado a otro el que lo mantenía en su sitio.

Tuvo la insensata necesidad de tirar de él para quitárselo, y dejar que su larga melena castaña cayera libremente sobre su rostro.

Se metió las manos en los bolsillos para controlar el impulso.

Era tan dulce… Y tan distinta a las mujeres que había conocido.

Asher se maldijo por no poder dejar de pensar en ella. Le molestaba no poder quitársela de la cabeza.

—Melissa no debería verme como una amenaza, por lo menos, no una amenaza real —dijo Abby, cogiendo otro libro de la mesa y colocándolo en la

mochila de Tom. Era muy consciente de que Asher no tendría nunca nada con ella.

—Yo no estaría tan seguro de eso —contestó él—. Es divertida, inteligente, vital y muy guapa.

—Pero no es suficiente para usted.

Asher hizo el amago de sonreír.

—Le aseguro que no es eso, señorita Jones. Es más bien un intento de desterrar los sentimientos que tengo cuando está cerca.

—¿Y lo consigue? —le preguntó Abby. Lo miraba con un punto divertido.

Él sacudió la cabeza sin apartar los ojos de ella.

—Me molesta que altere mi habitual calma y que me impida concentrarme durante las reuniones, durante los juicios. —Se adelantó unos pasos—. Incluso durante mi cita con Amanda no salía de mi cabeza —confesó.

«Oh, Dios. ¿Por eso su cita con esa mujer no fue bien?», se preguntó Abby.

—No voy a decir que lo siento —dijo.

Asher estaba ya frente a ella, a unos pocos centímetros. Abby alzó la vista.

—Señorita Jones, deje de mirarme como si quisiera que la devorara… porque provoca que desee hacerlo —dijo.

Tenía tantas ganas de besarla que le dolía el cuerpo. Se moría por tomar su

boca, por probar de nuevo sus labios.

Se moría por tantas cosas…

Abby le sostuvo la mirada. No tenía ninguna intención de bajarla. No tenía ninguna intención de escapar. De huir. Quería incitar a Asher, llevarlo al límite. Sabía lo que sentía por ella; lo veía refulgir en sus ojos plateados.

Asher alargó el brazo hasta el pelo de Abby. Ella le dejó hacer. Él tiró del pasador que le sujetaba el moño, haciendo que la larga melena cayera en cascada alrededor de su cara.

Por fin.

—Llevo semanas esperando poder hacer esto —susurró.

A Abby se le encogió el estómago. En ese momento entendió por qué un día le había preguntado si siempre se recogía el pelo. A su manera, Asher le había ido dando señales, pistas de lo que sentía.

Él la miraba con los párpados pesados, como si le costara abrirlos, como si estuviera a punto de entrar en trance.

Introdujo los dedos en su cabello, se inclinó sobre ella y hundió la nariz en la sección de pelo que caía por el cuello.

Inhaló, absorbiendo con deleite el dulce aroma a cítricos y flores silvestres de Abby. Y sintió un cortocircuito en el cerebro.

Echó la cabeza hacia atrás unos centímetros, lo suficiente para mirar su rostro. Lo recorrió de arriba abajo con los ojos entrecerrados, estudiando cada ángulo, cada línea, cada forma, como si quisiera que quedara grabado en el fondo de sus pupilas.

—Es… —comenzó a decir, pero se detuvo para dejar atrás el tratamiento formal y tutearla—. Eres preciosa. Eres tantas cosas… —susurró.

Fueron los dedos acariciando el suave pelo de Abby y su olor los que abrieron las compuertas de Asher. Los que lo echaron todo abajo.

En ese momento su mundo programado, estricto y perfecto colapsó.

Trató de liberar aire mediante un suspiro, pero solo consiguió emitir una especie de jadeo, un sonido inconexo.

No pudo evitar bajar la boca, ansioso por besarla. Abby se puso de puntillas, inclinó el cuello y elevó instintivamente los labios hacia él.

Retuvo durante un instante el aire.

Iban a besarse.

Ni siquiera se atrevía a respirar por miedo a que Asher se arrepintiera y saliera corriendo. Había advertido en sus ojos la lucha interior que mantenía consigo mismo. Y era impredecible saber qué parte podía ganar. Tenía que ir tanteando el terreno, ir derribando poco a poco sus límites.

Un suspiro brotó de su garganta cuando sus labios por fin se encontraron.

«Dios, qué maravilla».

Tenía un aliento tan dulce y familiar que los sentidos le dieron vueltas.

Asher le recorrió la boca de extremo a extremo con movimientos sensuales, probando de nuevo su sabor. Mientras sus ganas estaban disparadas, su sentido común intentaba imponerse. Una y otra vez.

Era la primera vez en su vida que se dejaba llevar por un impulso. Y supo que ya no había marcha atrás.

Dejando caer las murallas de contención permitió que el deseo lo dominara.

Durante un rato se besaron como si obedecieran a algún instinto primitivo, vital.

—Abby... —Su nombre resonó en la habitación, y ella pensó que jamás se cansaría de oírlo en los labios y en la voz profunda y aterciopelada de Asher—. Yo… —continuó él.

Pero no fue capaz de recordar lo que iba a decir al sentir que Abby le agarraba del cuello de la camisa y lo atraía hacia ella.

—Tú, ¿qué? —Abby alzó la mirada hacia Asher y él supo que no podría resistirse.

No a ella.

Todo el control y todas las precauciones se esfumaron de su mente. Cerró los

ojos y la besó de nuevo.

Abby entreabrió los labios y empujó los de Asher para que los separara, con la lengua saboreó el interior de su boca. Asher la rodeó con los brazos y presionó su torso contra sus pechos sin apartar la boca de ella ni un solo instante.

Abby deslizó los brazos por su cuello para abrazarlo y atraer su cabeza hacia sí.

Durante un rato se besaron, alternando besos más suaves con otros más profundos. Devolviéndose beso por beso.

La Tierra pareció inclinarse, girar a toda velocidad y cubrirlos con un caleidoscopio de múltiples formas y colores.

Asher separó su boca de Abby a regañadientes, pero la mantuvo cerca de sus labios. Con ambas manos le retiró algunos mechones de pelo de la cara y vio que sus ojos castaños brillaban.

La encontraba fascinante.

—¿A qué hora tienes que ir a recoger a Tom a sus clases de piano? —murmuró sobre su boca, provocándole una deliciosa vibración.

Abby jadeaba. Pasó las manos por sus hombros, por su pecho y finalmente las dejó descansar en su cintura.

—A las seis —respondió.

Asher no pronunció más palabras, en silencio tomó la mano de Abby y tiró de ella para llevarla a su habitación.

Ella tenía el corazón totalmente acelerado. Latía apresuradamente contra su pecho.

Sentía como si su cuerpo fuese a disolverse.

CAPÍTULO 65

Asher abrió la puerta de su habitación y entró con Abby. Dentro, las largas y pesadas cortinas estaban corridas, matizando la atmósfera con una tenue luz dorada, y el sol de media tarde caldeaba cada rincón de la estancia.

La cama era enorme y Abby se imaginó las mil cosas que podrían hacer sobre ella. Aquel pensamiento provocó una sonrisilla en sus labios.

Se giró hacia Asher. Alargó el brazo, tomó su mano y tiró de él hacia sí para pegarle a ella.

«El juego va a empezar».

Levantó el rostro y lo miró diciendo con los ojos: «ya no tienes escapatoria, Asher Barclay».

Él lo sabía. Ya no había vuelta atrás.

No servía de nada negarlo, esconderse o huir. Tarde o temprano acabaría ocurriendo.

Había algo en Abby que no podía definir, pero que lo arrastraba hacia su cuerpo, que lo llamaba… como un canto ancestral. Y ese algo lo amenazaba con dejarlo sin aire si no se daba, si no se entregaba a ella, a lo que sentía.

Abby se acercó todavía un poco más y lo besó. Sin prisa sin pausa. Tenían mucho tiempo. Deslizó la lengua por su boca entreabierta, enroscándola con la Asher.

Asher introdujo las manos por debajo de la camiseta y las subió despacio por su espalda. Abby sintió una oleada de delicioso placer al notar sus palmas directamente sobre la piel, sin ninguna capa de ropa.

Se separó de la boca de Asher y respiró hondo. Necesitaba oxígeno.

Estiró los brazos y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. A medida que sus dedos descendían fue descubriendo los músculos perfectamente definidos de su torso.

«Virgen Santa».

Cogió aire despacio. Necesitaba oxígeno en los pulmones otra vez.

Pasó las manos por sus hombros para ayudarle a quitarse la camisa. Después las deslizó lentamente por su pecho y notó cómo sus pezones se endurecían bajo las palmas.

Lo miró.

Asher había intentado apartar los ojos de ella, pero no había podido.

—Es mi turno —le dijo.

Sus dedos largos y elegantes tomaron el primer botón de la hilera que cruzaba de arriba abajo la camiseta de Abby. Cuando había desabotonado la mitad, empezó a impacientarse.

—¿Cuántos botones tiene esto? —preguntó. Su voz reflejó exasperación.

—Los suficientes para volverte loco —respondió Abby con un deje divertido en la voz.

Asher hizo una pequeña mueca con los labios. Alzó los ojos hacia ella, pero sin levantar la cabeza y la miró por debajo del denso abanico de pestañas negras.

—Sabes perfectamente cómo volverme loco sin necesidad de tener que desabrochar mil botones —aseveró.

Abby se limitó a mirarlo con su expresión más inocente, al tiempo que contenía una sonrisa.

Uno a uno, los botones fueron dando paso a la piel, dejando el cuerpo de Abby al descubierto. Y también mostrándola, hasta cierto punto, vulnerable. Estaba ante Asher Barclay, el Poderoso, un hombre que nunca dejaba de resultar intimidante.

Asher agachó la cabeza y hundió la nariz en el hueco libre que había entre el cuello y la clavícula de Abby.

—Hueles muy bien, ¿lo sabes? —comentó.

Abby sonrió al sentir su respiración sobre la piel.

Asher depositó un beso en ese lugar y luego deslizó la boca hacia la línea de su garganta, presionando sus labios contra ella.

—Tú también —dijo Abby. Dejó escapar un débil gemido porque él pasó el borde de los dientes por la piel sensibilizada. El vello de la nuca se le erizó.

«Madre mía».

Abby no sabía cuál sería su siguiente movimiento, pero Asher no la decepcionó. Estaba segura de que no lo haría.

Él la sujetó por la cintura y se dejó caer en la cama con ella. En ese momento Abby notó un cambio, un giro en la situación. Ahora Asher estaba al mando.

Y le encantó.

Asher deslizó su boca por el cuello haciendo que se estremeciera. Comenzó a besarla desde la clavícula, pasando por el pecho. Abby se arqueó un poco, instando a que le lamiera los senos, pero la lengua de Asher se limitó a rozarle la piel.

Le daría lo que quería, pero a su tiempo.

Asher le puso la mano sobre el vientre y la empujó con suavidad hacia atrás para que se tumbara en la cama. Metió los pulgares bajo la tela de los pantalones y se los bajó del todo.

Asher dudó unos instantes antes de empujar sus braguitas negras y blancas por sus caderas y deshacerse de ellas, pero finalmente se las quitó. Lo siguiente fue el sujetador, que desapareció en un lado de la cama.

Abby notó sobre su piel desnuda el frescor de la suave brisa que se colaba por una de las ventanas. Algo que agradeció, porque tenía la sensación de que iba a entrar en combustión de un momento a otro.

Pero la sensación duró poco. El cuerpo de Asher la cubrió cuando se tumbó sobre ella. El calor de su cuerpo la envolvió por completo.

Abby cogió su rostro entre las manos y levantó un poco la cabeza para buscar sus labios. Asher se inclinó, capturando su boca y ella hundió la lengua en la suya. El beso se alargó un rato.

Asher apoyó las manos en la cama, y la contempló como si fuera una escultura del Museo Metropolitano de Arte. Admiró sus pechos pequeños, su vientre plano y la suave curva de sus caderas.

Abby contuvo la respiración al sentir sus manos sobre su cuerpo, acariciando su hombro, su pecho, sus costados. Se estremeció cuando pasó la punta del dedo índice alrededor de su ombligo.

Un calor placentero se disparó en todas direcciones, viajando hasta el último recoveco de su anatomía.

Asher estuvo interminables minutos acariciando sus pezones, haciéndolos rodar con la punta de su lengua entre los labios, endureciéndolos cada vez más.

Abby se tensó cuando él lamió el espacio que quedaba entre sus pechos, bajando por su estómago, su ombligo, hasta llegar al triángulo que formaba su entrepierna.

Un cosquilleo le trepó por la columna vertebral cuando Asher hundió la lengua entre sus muslos. Abby introdujo sus dedos entre los oscuros mechones de su pelo y lo empujó hacia ella mientras levantaba las caderas para aumentar el contacto.

Cerró los ojos y se concentró en las punzadas de placer que provocaba en su sexo la lengua de Asher, que recorría su clítoris de arriba abajo.

Gimió de placer una y otra vez, dejándose arrastrar por el intenso orgasmo que sintió.

No supo en qué momento Asher se había deshecho de los pantalones, porque se sentía abrumada y aturdida, pero no los tenía cuando se colocó encima de ella. Tampoco había sido consciente de cuándo se había puesto un preservativo.

«Joder, hasta ese punto he perdido la noción de las cosas».

Abrió las piernas para que Asher se acoplara entre ellas. Él estaba al borde del

precipicio, con una erección dura y tensa contra su vientre.

Asher bajó un poco y frotó su miembro contra el sexo húmedo de Abby, que gimió. Finalmente él empujó dentro de ella y sintió que estaba en el Cielo.

Apoyó los codos a ambos lados de su cabeza para afianzarse, y con los pulgares le acarició las mejillas. Mientras se movía en su interior, apoyó la frente en la suya. Abby suspiró, embriagada por el momento tan íntimo que estaban experimentando.

Asher nunca se había sentido tan cercano a nadie, ni siquiera a Beth, y había estado enamorado de ella.

Aquel descubrimiento lo aterrorizó.

Pero no quería pensar en nada.

Bajó la cabeza y besó a Abby, disolviendo entre sus labios todos los pensamientos que había en su mente.

Solo existía ese momento, y era perfecto.

Metió una mano bajo las caderas de Abby y las levantó para deslizarse un poco más profundo. Empezó a moverse con movimientos lentos y hondos, aumentando el placer.

La oyó gemir, notó cómo se apretaba a su alrededor y cómo estallaba en pedazos.

Y entonces se vio inmerso en su propia culminación. El placer, rápido, caliente y abrumador, lo sacudió de arriba abajo.

CAPÍTULO 66

Abby se incorporó en la cama y paseó la mirada a su alrededor. El suelo estaba salpicado de toda la ropa de Asher y de la suya propia. Parte de las sábanas también había terminado sobre la moqueta.

Se puso de lado, apoyada en un codo, y dirigió la vista al reloj digital que había encima de la mesilla.

—Tengo que ir a buscar a Tom —dijo.

Asher, que estaba echado a su lado, con una rodilla metida entre sus piernas, levantó la cabeza y le dio un beso en la nuca. Abby sintió un escalofrío y se estremeció.

—¿No nos da tiempo a un tercero? —dijo, introduciendo su enorme mano entre sus muslos, dirección a su entrepierna.

—No, por mucho que tú estés listo de nuevo —respondió Abby.

Sonrió al notar la mano de Asher en su sexo. Un suspiro se escapó de su boca cuando sus labios lamieron el lóbulo de su oreja.

Por Dios, tenía que parar aquello o llegaría tarde.

Agarró la mano de Asher y la apartó de su entrepierna. Él gruñó. Abby rio ante su reacción.

—¿Por qué no vienes a recoger a Tom conmigo? —le preguntó. Se puso bocarriba, con las manos sobre la tripa—. Estoy seguro de que le hará muy feliz.

—No puedo, tengo que empezar a estudiar un caso nuevo del que me voy a hacer cargo para ver qué estrategia sigo, y ya me he distraído bastante por hoy —dijo con doble intención, mirándola fijamente a los ojos a unos pocos centímetros de su rostro.

—Vale —suspiró ella, resignada.

Asher seguía siendo Asher, un hombre adicto al trabajo.

Él agachó la cabeza y la besó. Abby se recreó de nuevo en sus labios.

—¡Ya! —lo detuvo, dando un respingo—. Voy a llegar tarde —dijo, poniendo las palmas de la mano en el pecho de Asher.

Se lo quitó de encima y se levantó de la cama de un salto, antes de que él la atrapara. Asher se echó a reír.

Mientras Abby recogía su ropa esparcida por el suelo y se vestía, dijo:

—Ah, por cierto, gracias por cambiar de idea y no llevar a Tom a un internado.

—Gracias a ti por hacerme ver que era un error —repuso Asher.

—No es un buen momento para él.

—Ahora lo sé.

Abby le dedicó una sonrisa de esas que a Asher le gustaría atrapar y guardar en un tarrito de cristal, como un recuerdo eterno y atemporal.

—Por cierto, debería echarte una buena regañina —dijo Asher.

Abby lo miró con el ceño fruncido mientras terminaba de ponerse la camiseta.

—¿Por qué? —preguntó.

—Sé que fuiste a ver a Tom a su habitación el día que discutimos, aunque te ordené expresamente que no lo hicieras.

¿Lo sabía? ¿Cómo se había enterado, si se había asegurado de que no la viera? Daba igual.

Abby ladeó la cabeza.

—No iba a dejarlo solo —se excusó.

Asher la miró y suspiró.

—La verdad es que no me puedo enfadar contigo —dijo con voz templada—. Adoras a mi hijo y te preocupas por él más allá de lo que te corresponde como

niñera. Creo que Tom ha tenido mucha suerte al aparecer en su vida.

Asher estuvo a punto de decirle que él también había tenido mucha suerte, pero al final se arrepintió.

Abby alzó los brazos, se recogió el pelo con las manos y se hizo un moño rápido.

—Quiero muchísimo a Tom, Asher, y no quiero verlo sufrir —dijo.

—Lo sé.

Abby se acercó a la cama, hincó la rodilla en el colchón y le dio un beso en los labios. No tenía tiempo para más, y probablemente no volvería a verlo en toda la tarde si, como acostumbraba, se metía en el despacho a trabajar.

Asher la sujetó del cuello y presionó más aún los labios sobre su boca.

No podían empezar de nuevo. No en aquel momento. Abby colocó su mano sobre la de él y la retiró.

—En serio que voy a llegar tarde —susurró.

Asher se echó hacia atrás, recostando la espalda en el cabecero de la cama.

Ella se volvió sin dejar de sonreír y salió de la habitación.

Abby se metió en su Mini, arrancó el motor y giró para coger el camino asfaltado que llevaba a la verja exterior.

Se sentía cómo si estuviera caminando sobre una nube.

Mientras la verja se abría, alargó el brazo y llamó con el manos libres del coche a Holly. Necesitaba contarle lo que había pasado.

Quizá resultara patético que un polvo con Asher Barclay (bueno, mejor dicho, dos) hiciera que el mundo pareciera maravilloso. Pero en esos momentos a Abby se lo parecía.

—Hola, guapa —dijo Holly al responder a la llamada al tercer tono.

—Holly, ¿estás ocupada? —le preguntó Abby.

—No, ¿por qué?

—Es que… tengo que contarte algo.

—Abby, ¿qué pasa?

Ella se mordisqueó el labio de abajo.

—Me he liado con Asher —soltó de sopetón.

El silencio se prolongó unos segundos al otro lado de la línea.

—Holly, ¿me has oído?

—¿Te has follado a Asher Barclay? —dijo ella al cabo de unos segundos.

Abby puso los ojos en blanco, sonriendo.

—¿Te importaría ser un poco más romántica, por favor?

—Déjate de pamplinas, Abby. ¿Te lo has follado o no? —preguntó, impaciente.

—Sí. —Abby sintió que enrojecía hasta la raíz del pelo.

Holly dio un grito tan fuerte que Abby tuvo que bajar el volumen.

—Casi me rompes el tímpano —río.

—¿Y cómo ha sido?

—Te cuento los detalles luego, porque ahora no tengo mucho tiempo, voy a buscar a Tom a sus clases de piano —dijo.

—Ok, pero luego quiero todos y cada uno de los detalles —dijo Holly—. Prepararé un par de tabletas de chocolate y un bote de nata.

«Tal vez con eso no vamos a tener suficiente», pensó Abby mientras delineaba una sonrisa en los labios.

Giró el volante y se desvió a la derecha, enfilando la calle con el coche.

—Sabes que no te voy a contar ninguna obscenidad —se burló Abby—. Pero ha sido una puta pasada.

Holly chasqueó la lengua al otro lado del teléfono.

—Ya, a ti eso de describir guarradas no te va mucho —dijo.

Abby se echó a reír.

—Necesitaba contártelo.

—Sí, lo entiendo. ¿Y cómo estás? Eso es lo que importa, no si la tiene grande o pequeña.

Abby dejó escapar una carcajada.

—Ay, Holly…

—Abby, ¿cómo estás? —La voz de su amiga se volvió más seria.

—Ahora mismo como si estuviera caminando sobre maravillosas nubes de algodón.

Abby oyó cómo Holly cogía aire.

—Amiga, ten cuidado, ¿vale? Ya sabes un poco cómo es Asher —le avisó.

Abby aferró con fuerza las manos al volante.

—Sí, lo sé. —Aunque no era consciente realmente del alcance de sus recovecos ni de las sombras que los ocupaban.

—¿Cómo ha reaccionado después de que habéis hecho saltar los muelles del colchón? —le preguntó, poniendo una nota de humor.

—No ha salido corriendo —bromeó Abby.

Holly carcajeó.

—No está mal.

—No sé qué puede pasar a partir de ahora —habló de nuevo Abby—. Sé que esto es un punto de inflexión…

—¡Y tanto, tía! Te has follado a tu jefe.

—Madre mía —masculló Abby, acariciándose la frente con la mano.

—Ha tenido que ser un polvo muy bueno para que todavía estés flipando —rio Holly. Estaba feliz por su amiga.

—Dos —dijo Abby.

Redujo la velocidad y frenó para detener el coche. Dios, era un día maravilloso. Una furgoneta salía en ese mismo instante de un aparcamiento.

—¿Habéis echado dos polvos? Qué fieras —dijo Holly.

Abby sonrió, aunque para ser francos no había dejado de sonreír desde que había salido de la habitación de Asher.

—¿Sabes qué me produce mucha curiosidad? —dijo su amiga, tomando otra vez la palabra.

—¿Qué?

—Saber qué diría la víbora de Melissa si se enterara.

—Ufff… no me lo quiero imaginar. Ardería Chicago —contestó Abby, girando el volante a la izquierda para meterse en el estacionamiento.

—Ardería el Estado entero —rio Holly—. Es una pena que no se muerda la lengua y se inocule su propio veneno.

Abby tuvo que reír, ¿cómo no hacerlo? Echó el freno de mano y paró el motor.

—Holly, tengo que dejarte, luego hablamos. Ya he llegado a por Tom —dijo con prisa.

Varios niños empezaban a salir del aula donde se impartían las clases de piano.

—Vale, guapa.

Abby iba a colgar, pero la voz de Holly retuvo unos cuantos segundos más la llamada. Su mano quedó suspendida en el aire.

—Abby…

—Dime.

—Ve con precaución, ¿vale? —le aconsejó su amiga en tono sensato—. Ya sabes, Asher… es un hombre *especial*.

Probablemente usó el término especial, por no decir que era más raro que un perro verde.

Abby entendió a la primera lo que quería decir. Asher no era un hombre

común y corriente. Era poco comunicativo y arrastraba abismos llenos de oscuridad que moldeaban su carácter hasta hacerlo impredecible. Tendría que ir viendo hacia dónde los llevaba lo que sentían, si es que aquello los iba a llevar a alguna parte.

—Lo haré —contestó en un tono relajado, para que su amiga se quedara tranquila.

—Hasta luego —se despidió Holly, ya de nuevo con una sonrisa en los labios.

—Hasta luego. —Abby pulsó un botón en el ordenador de a bordo del salpicadero del coche y puso fin a la llamada. Abrió la puerta del Mini y salió corriendo.

—Hola, cariño —saludó a Tom en el momento en el que salía del edificio.

Había andado justita de tiempo, pero al final había llegado bien. Eso sí, estaba sudando como una condenada, aunque ese calor se debía a que no podía dejar de pensar en lo que había pasado entre Asher y ella.

—Hola, Abby —dijo Tom.

Abby se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Tom había tenido un cambio de ánimo desde que sabía que su padre no iba a llevarlo a un internado. Era un niño alegre y risueño de forma habitual, pero en esos momentos, mucho más.

Y a Abby eso le hacía feliz.

Quería a ese niño mucho más de lo que se hubiera imaginado cuando entró a trabajar como niñera para Asher Barclay.

CAPÍTULO 67

Tal y como ella misma había vaticinado, Abby no vio a Asher en toda la tarde. Pero no era algo que la sorprendiera. Él era así.

Necesitaba tiempo. Necesitaba espacio. Necesitaba respirar.

Asher vivía constantemente inmerso en una lucha consigo mismo por la sensación de abandono provocada por su madre. Tenía mil y una barreras a su alrededor. Barreras con las que se protegía del dolor, y que tal vez un día pudieran desaparecer.

Y aunque era un hombre impredecible, sí podía adelantarse a alguno de sus comportamientos, como que aquella tarde no lo vería.

Abby siguió con sus tareas diarias. Al llegar a casa, puso la merienda a Tom y le ayudó a hacer los deberes. Después jugaron con Blackie en el jardín.

Abby había comprado en una tienda para macotas un ratón hecho de cordón de

color amarillo fluorescente. Tom tiraba de él y Blackie lo perseguía divertido.

Desde su despacho, en el segundo piso, Asher observaba la escena.

El sol empezaba a bajar. Entrecerró los ojos contra el resplandor rojizo del inicio del crepúsculo.

Y se fijó en Abby.

Sonreía. Siempre sonreía. Con un gesto tan amplio y genuino que podría iluminar todo Chicago.

Nada podía apartarla de su cabeza.

Se preguntó si en algún momento lo conseguiría. Si en algún momento sería capaz de desterrar su imagen de los pliegues de su cerebro. Si no lo lograba, corría el peligro de perder el control estricto que había mantenido siempre sobre su vida y sus emociones.

Sabía que tenía que dejar de pensar en ella, que tenía que buscar la forma de recomponer su vida para que volviera a ser la misma que antes de que Abby apareciera.

¿Podría ser amor?

¿Podría estar enamorado?

No le gustaba aquella sensación. No le gustaba en absoluto. Se sentía como una hoja expuesta a la fuerza de un tornado. Indefenso y vulnerable.

Chasqueó la lengua.

¿A qué persona en su sano juicio le gustaría sentirse así?

El amor estaba sobrevalorado.

Y, sin embargo, era irritantemente consciente de que sería muy difícil resistirse a Abby. Sabía que cuando la tuviera cerca volvería a caer, que su cuerpo volvería a sentir ansias de ella.

A pesar de lo que había sucedido entre ellos solo un par de horas antes, no podía evitar desearla de nuevo. Simplemente verla estaba provocándole una sacudida entre las piernas.

La tarde siguiente, antes de que Abby diera por concluido su turno, Asher apareció en el pasillo. Era la primera vez que lo veía desde que se habían acostado. Sin poder evitarlo, las mejillas se le llenaron de calor. Dios Santo, estaba guapísimo con un pantalón y una camisa de color negro. La hebilla del cinturón brillaba plateada en su cintura, como si fuera un superhéroe.

—¿Tom ya está en la cama? —le preguntó Asher.

—Sí. El pobre estaba agotado. Esta tarde ha sido una de esas en las que el

entrenador de béisbol les ha dejado para el arrastre —le explicó Abby—. La próxima semana jugarán por primera vez en un partido con público. Tom está muy emocion… —Abby no pudo terminar la frase.

Asher se abalanzó sobre ella, le sujetó el rostro entre las manos y atrapó su boca con los labios. Literalmente.

«¡La Virgen! » , masculló Abby para sus adentros.

Iba a necesitar una botella de oxígeno.

Cuando Asher sació las ganas inmediatas de besarla, se separó. Bajó la cabeza y la miró de arriba abajo.

En lugar de sus habituales pantalones anchos y sus camisetas de estilo *casual*, llevaba un vestido blanco, con un estampado de flores amarillas.

Otra vez tenía botones. Una hilera de ellos.

—Me pregunto cuánto tiempo tardaría hoy en desabrocharte los numerosos botones de tu vestido —dijo.

A Abby se le subió el corazón a la garganta.

«Viene con ganas».

—Demasiado —contestó.

Asher observó la prenda como si estuviera estudiándola y su conclusión fue un gruñido ahogado.

—Puedo tardar solo unos segundos si te lo arranco —dijo, levantando una ceja.

Abby esbozó una sonrisilla.

—No te lo aconsejo. Fue un regalo de mi hermana Sylvia y no te lo perdonaría. Podrías sufrir la amputación de alguna extremidad. Menuda es —bromeó.

Asher rio con la boca abierta y Abby, que no estaba acostumbrada a verlo así, se quedó hipnotizada. El sonido de su risa era hondo y contagioso.

—Puede parecerte gracioso, pero yo no me reiría. Sylvia no tendría ninguna piedad contigo.

—Te creo. De verdad que te creo. Si se parece a ti…

—Ella es mucho peor.

—Vale, me conformaré con desabrocharlos uno por uno.

—¿Vas a tener tanta paciencia? —le preguntó Abby.

Asher se encogió de hombros.

—Vamos a ver —dijo.

La tomó suavemente de la mano y la guio hacia su dormitorio.

Cuando entraron, Asher cerró la puerta con el codo. Se giró hacia Abby y le dedicó una intensa mirada. Fue tan penetrante que ella la sintió como un tacto,

como si la hubiera acariciado con la mano.

No podía creerse que aquella mirada de deseo que mostraban sus ojos grises estuviera dirigida a ella. Asher había sido una especie de amor platónico desde que lo había visto en persona el día de la entrevista. Sin embargo, estaba allí, haciéndola sentir millones de cosas.

—No quiero que nada me distraiga —dijo Asher, refiriéndose a la hilera de botones.

—¿Distraerte de qué? —preguntó Abby.

—De ti —respondió él en voz baja, mientras deslizaba la mano por su cintura.

Abby sintió en el estómago una sensación de caída libre.

Asher rozó la punta de la nariz con la suya y apoyó la frente en la de Abby. Ella contuvo un segundo la respiración e inhaló su perfume. La cercanía de Asher la hizo sentirse mareada.

—Te deseo tanto que duele —dijo Asher contra sus labios, en un tono de voz aterciopelado.

Había intentado poner razón a todo lo que sentía, pero no lo había logrado. Un demonio interior había empezado a jugar con él, haciendo que perdiera el control. Así que cuando había visto a Abby, se había lanzado a ella como un león sobre una gacela.

A Abby se le aceleró el corazón al oír sus palabras.

—A mí también —susurró.

Y dejando a un lado el dictado de la razón, Asher la besó. Con una mezcla de algo tierno a lo que Abby no supo ponerle nombre.

Abrió los labios y él deslizó la lengua dentro. El modo en que movía la boca sobre la suya le hacía perder la cabeza.

Asher separó el rostro unos centímetros, alzó las manos y le quitó el lazo que sujetaba su pelo en una coleta. La larga melena de Abby se deslizó por sus hombros. Asher aferró varios mechones de pelo que le habían caído por el rostro y se los apartó.

—Estás preciosa con el cabello suelto —le dijo.

Abby recompensó su halago con una sonrisa y un beso. Le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y atrapó los labios con los suyos.

Asher la sujetó por la cintura y la estrechó contra su cuerpo.

Las capas de ropa no ayudaron a ocultar la respuesta de Asher a sus besos.

«Está más que preparado para el combate», pensó Abby, sonriendo para sí.

Asher le acarició la espalda.

Abby notó que su piel se acaloraba, se estremecía, se despertaba. Los pechos se le volvieron pesados y calientes y sintió una creciente humedad entre las piernas.

Ella también estaba lista.

Asher caminó con ella hasta la enorme cama sin dejar de besarse, y juntos se dejaron caer sobre el colchón.

Dios, Abby no quería que aquello terminara nunca.

CAPÍTULO 68

Abby tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Asher, que bajaba y subía pausadamente con cada respiración. Mientras su mano descansaba sobre sus abdominales, los dedos de Asher le acariciaban el pelo con suavidad.

—¿En qué piensas? —le preguntó Abby.

Había esperado toparse con una negativa. ¿Asher verbalizando lo que pasaba por su hermética cabeza? Sin embargo, se sorprendió cuando él respondió.

—En que, si tuvieras un mínimo de sentido común, me dirías que me apartara de ti —dijo.

Abby volvió la vista hacia él.

—Eso es lo que te gustaría ¿verdad? —le preguntó.

Asher se incorporó sobre un codo y se inclinó un poco sobre ella. Abby se

quedó tumbada bocarriba en la cama.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te gustaría que te lo pusiera fácil. Sería una excusa perfecta para ti.

Asher abrió la boca para responder, pero en ese momento el pomo de la puerta giró, haciendo que la cerrara de golpe.

—Papá —dijo Tom, entrando en la habitación.

Asher y Abby se miraron unas décimas de segundo con los ojos abiertos como platos y los rostros descompuestos. La incredulidad pintaba cada uno de sus rasgos. Aquello no podía estar sucediendo.

—¡Mierda! —oyó decir Abby a Asher antes de echarle la sábana encima para taparla por completo y saltar como un resorte de la cama.

En un segundo estaba de pie en mitad de la habitación. Pero es que quería evitar a cómo diera lugar que Tom viera a Abby. ¿Qué razón le daría a su hijo de por qué su niñera estaba metida con él en la cama?

—Papá —volvió a decir Tom con voz somnolienta.

Por suerte la habitación estaba en penumbra, devorada en su mayor parte por la oscuridad de la noche. Solo un rastro de luz blanquecina procedente de los focos del jardín entraba por la franja que había entre las cortinas.

—Dime, cariño. ¿Qué haces levantado? —le preguntó Asher, visiblemente

nervioso, mientras atrapaba a la carrera la bata apoyada en el respaldo del sillón y se la ponía. Estaba en bolas. Como Dios le trajo al mundo.

Se colocó delante de Tom, para que no pudiera ver a Abby. O el bulto que formaba su cuerpo bajo las sábanas.

—Me duelen mucho los brazos —respondió el niño, quejumbroso.

—Eso es de tanto batear —dijo Asher—. Me ha dicho la señorita Jones que hoy habéis tenido un entrenamiento muy duro —añadió con una voz ligeramente atropellada y la intención de distraerle.

Tom asintió, bostezando.

También era una suerte que estuviera medio dormido, pensó Asher.

Lo cogió en brazos y se lo apoyó en las caderas, y se colocó de tal modo que no pudiera girar el rostro hacia la cama.

—¿Quieres que te prepare un vaso de leche caliente y te dé un poco de la medicina que tomas cuando estás malito? —sugirió, al tiempo que echaba a andar hacia la puerta.

Como si se tratara de una misión, de un objetivo a llevar a cabo, lo único en lo que pensaba era en salir de la habitación cuanto antes.

—Sí —contestó Tom, abrazando a su padre por el cuello.

—Vale. Pues entonces vamos a la cocina. —Asher lanzó un último vistazo a la

cama y cerró la habitación.

Respiró aliviado.

Abby permanecía agazapada bajo las sábanas. Echa un ovillo. Sin moverse, sin atreverse siquiera a respirar. Rezando para que Asher se las apañara lo suficiente como para sacar al niño de la habitación sin que la viera.

Había palidecido, al igual que él, al oír la voz de Tom en el interior de la habitación.

El niño hubiera hecho numerosísimas preguntas si los hubiera visto desnudos en la misma cama.

Cuando el silenció reinó en la estancia, se quitó la sábana de la cara.

Joder, habían estado tan cerca.

Presa del susto y de los nervios del momento, tomó la decisión de irse. ¿Qué pasaría si a Tom le daba por pedirle a Asher que le dejara dormir con él?

No era algo que Asher le permitiera. No entraba dentro de sus estrictas normas. Pero ¿y si Tom se empeñaba y a él no le quedaba más opción?

Lo mejor era ser precavidos.

Apartó las sábanas y se levantó de la cama. Dio la luz de la lámpara de la mesilla y empezó a buscar su ropa, que permanecía esparcida otra vez por la moqueta.

Para no perder tiempo, se la iba poniendo a medida que la iba encontrando. Afortunadamente las bragas fue lo primero que localizó, al lado de la pata del sillón.

—Creo que ya está todo —musitó.

Cogió el bolso y miró a su alrededor, para asegurarse de que no había por ahí ninguna pista que delatara su presencia. Tom era muy listo y nunca se sabía a qué conclusiones podía llegar.

Todo parecía estar en su sitio. Atravesó la habitación, abrió la puerta y salió rumbo a la escalera con pasos sigilosos, para evitar ser descubierta.

Al pie de la escalinata, ya en el vestíbulo, volvió la cabeza hacia el pasillo que llevaba a la cocina.

Salió disparada hacia la puerta de entrada cuando escuchó a Asher proferir una maldición y a Blackie maullar.

Le hubiera gustado saber qué había pasado, pero no podía. Aunque no era difícil adivinar que algo relacionado con el gato.

Giró el picaporte, abrió y cerró la puerta a su espalda haciendo el menor ruido posible.

—Lo siento, no le he visto —dijo Asher a Tom, mientras iban por el pasillo que llevaba al vestíbulo.

Al salir de la cocina, no se había fijado que Blackie iba detrás de él y casi le

había pillado el rabo con la puerta.

—Menos mal que Blackie ha sido muy rápido y se ha quitado al ver el peligro —comentó Tom.

Llevaba al animalito en brazos y le acariciaba cariñosamente el lomo.

Y gracias a su rapidez y a su afán de escapar de las garras de la puerta, se había colado entre los enormes pies de Asher y a punto había estado de tropezarse y terminar de bruces en el suelo. De ahí la maldición que había salido de su boca.

—¿Estás mejor? —le preguntó a Tom.

—Sí —respondió él, y bostezó.

—Entonces, a la cama a dormir —dijo.

Asher no se imaginaba que iba a tener tantas ganas de dormir con Abby. La idea de pasar la noche acurrucado contra ella y de vez en cuando despertarla para dar rienda a la pasión una vez más, le arrancaba una sonrisa de los labios.

¿De dónde salían aquellas terribles ganas de estar con ella?

Cuando abrió la puerta de su habitación, después de acostar a Tom, y vio que Abby no estaba, sintió una punzada de desilusión.

Cruzó la estancia y se detuvo en el lado de la cama en el que había estado ella y que en ese momento se encontraba vacío. Solo las sábanas arrugadas y un sutil

vestigio de su fragancia eran testigos de que había estado allí.

Asher se pasó la mano por el pelo.

Suspiró.

Era la primera vez que su cama le parecía enorme.

La rodeó, se quitó la bata, dejándola de nuevo en el respaldo del sillón, y se tumbó. Se quedó un rato bocarriba, con la cabeza apoyada sobre el brazo derecho, mirando al techo.

El resplandor de los focos del jardín sumía la habitación en un juego de sombras.

Se negaba a analizar los sentimientos que había provocado la ausencia de Abby.

CAPÍTULO 69

A la mañana siguiente, Asher estaba tomándose su café matutino en la cocina cuando Abby y Tom entraron uno detrás del otro. El niño llevaba a Blackie en brazos.

Nada más traspasar el umbral, los ojos de Asher se fueron directamente a Abby. Ella notó de inmediato una sutil tensión en su mandíbula. Tenía una actitud tirante.

Se preguntó si había pasado algo. Evidentemente no con Tom, si no el niño se lo hubiera contado.

—Buenos días —dijo Abby.

—Buenos días, papá —lo saludó Tom, y se dirigió directamente a la terraza para echar de comer a Blackie y que pudiera hacer sus necesidades en la caja de arena.

—Buenos días —respondió él. La voz también sonaba con un deje tirante, como si las cuerdas vocales no le diesen suficientemente de sí.

Aprovechando que Tom estaba ocupado con Blackie, Abby se acercó a él.

—¿Está todo bien? —quiso saber, hablando en tono bajo.

—Ayer te fuiste. Cuando entré en mi habitación después de acostar a Tom, no estabas —dijo Asher en tono de reproche.

Abby miró de reojo hacia la terraza para asegurarse de que Tom no los oía. El niño estaba muy afanoso echando agua en el bebedero de Blackie.

—Creí que era lo mejor, no podíamos arriesgarnos a que Tom nos pillara —respondió en el mismo tono bajo, al tiempo que cogía la taza de Tom del armario para prepararle el desayuno.

—Tom se fue directamente a su cama —replicó Asher.

Abby esbozó una ligera sonrisa mientras ponía la caja de los cereales encima de la mesa. Asher parecía un niño con un berrinche porque las cosas no habían salido cómo él quería.

—¿Estás enfadado porque me has echado de menos? —le preguntó. En su rostro seguía luciendo una sonrisa.

Había lanzado la pregunta medio de broma, pero por el modo en que la miró Asher, tuvo la sensación de que había dado con la clave. Para sorpresa suya.

Asher bajó la cabeza, se acercó la taza de café a la boca y dio un sorbo.

—No te he echado de menos —se apresuró a decir, como si las palabras le quemaran en la boca. La expresión de su rostro era seria—. Simplemente…

No pudo terminar la frase, Tom entró en la cocina.

—Ayer papá casi pilló el rabo a Blackie con la puerta de la cocina —dijo mientras se acomodaba en la silla.

Abby le prestó toda la atención.

—Pobre Blackie —dijo, mirando a Asher de soslayo.

—No me di cuenta de que venía detrás de nosotros y cerré —explicó él.

—Pero Blackie fue muy rápido y no dejó que la puerta le atrapara el rabo —intervino Tom.

—Y a punto estuve de caerme de bruces porque se coló entre mis pies —puntualizó Asher.

En ese momento, Abby supo el por qué de aquella maldición que había proferido Asher y que había escuchado justo antes de salir de casa.

Asher dio el último trago a su café y se levantó de la mesa. Se giró, abrió el lavavajillas y metió la taza, antes de dirigirse a Tom.

—Hasta luego —dijo, depositando un beso en su frente.

—Hasta luego, papá.

—Luego hablamos, señorita Jones —dijo a Abby, mirándola por debajo de la espesa línea de pestañas.

—Hasta luego —contestó ella.

Abby se encontraba en el cenador del jardín, repasando unos apuntes, cuando llegó Melissa.

Tom había merendado y había hecho ya los deberes y correteaba con un pequeño patinete por los senderos de tierra, mientras Blackie trataba de perseguirlo.

Melissa iba vestida muy elegante con una falda de tubo negra y una blusa de tela ligera sin mangas con un lazo a un lado del cuello en color blanco. Caminaba tiesa como si estuviera modelando en una pasarela.

«¿Acaso se piensa que es una modelo profesional?», se dijo Abby a sí misma cuando la observaba acercarse.

Sin ni siquiera saludar a Tom, entró en el cenador y se sentó cómodamente frente a Abby, como si no tuviera intención de levantarse durante un rato. Se quitó las gafas de sol negras de marca cara que llevaba puestas y las dejó sobre la mesa con un aire de suficiencia que a Abby empezaba a sentarle como una

patada en el hígado.

—Asher no está —dijo, con la esperanza de que se fuera pronto.

—Lo sé —contestó Melissa.

Abby se preguntó en silencio para qué había ido.

—Se está muy bien aquí, ¿verdad? —le preguntó, lanzando un vistazo a todo lo que la rodeaba.

—Sí, este es mi lugar favorito de la casa —comentó Abby de forma escueta.

Los labios rellenados de ácido hialurónico de Melissa se abrieron en una sonrisa viperina al tiempo que se recostaba en la silla.

—No deberías acostumbrarte a nada de lo que hay en esta mansión, ni a Tom, ni mucho menos a Asher —dijo.

—¿De qué hablas? —le preguntó Abby.

—Conmigo no te hagas la tonta. —La voz de Melissa era engañosamente tranquila—. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que estás tratando de hacer?

Abby la miró detenidamente. No se iba a dejar intimidar por Melissa.

—No sé de qué hablas, pero estoy dispuesta a escucharte —dijo en tono tranquilo.

Apoyó los apuntes en la mesa.

—No me trates con condescendencia —le espetó Melissa, cortante. Echó el torso un poco hacia adelante en actitud amenazadora—. No eres más que una zorra bajo un disfraz de chica risueña y buena, bajo ese aspecto medio hippy que tienes —dijo con desprecio. Volvió a enderezar la espalda en el asiento—. ¿No me digas que piensas que vas a ser para Asher algo más que un rollo pasajero? —Se rio con burla ácida—. Se cansará pronto de ti, como se cansa de todas. Desde que se separó de mi hermana, él nunca se ha tomado en serio a ninguna mujer, y no lo hará contigo.

—Lo que yo tenga o no tenga con Asher, es algo que no voy a discutir contigo —dijo Abby en tono irónico.

Quería que aquella mujer pataleara de rabia. ¿Quién se creía que era para decirle todo lo que le había dicho? ¿Para humillarla del modo que lo estaba haciendo?

—Eres una pobre ilusa —soltó Melissa.

«Cuenta hasta diez, Abby. Cuenta hasta diez. Mejor, hasta veinte», pensó Abby.

Ladeó la cabeza y la miró fijamente, intentando mantener toda la calma posible, aunque se lo estaba poniendo muy difícil.

—Tan ilusa como tú. Debe de ser muy duro sentir un amor no correspondido —dijo. Melissa se puso tensa, pero Abby siguió—. ¿Es que no eres lo

suficientemente lista para darte cuenta de que Asher solo te ve como la tía de Tom?

Melissa le dedicó una sonrisa de desprecio.

—Eres peor de lo que pensaba —comentó.

Melissa deseaba un enfrentamiento. Por eso había ido allí.

—No me pases la mano por la boca y no te morderé —dijo Abby—. No soy una persona de esas que se queda callada cuando la insultan, y tú me estás insultando.

Transcurrieron unos segundos antes de que Melissa volviera a hablar.

—Tu tiempo en esta casa es limitado, tiene fecha de caducidad, pero yo, como bien has dicho, soy la tía de Tom, la única pariente que le queda por parte materna. Asher nunca romperá ese vínculo. Nunca. Yo soy parte de la familia y tú una simple empleada.

—Me preguntó si no estarás sobrevalorando demasiado tu poder —dijo Abby tranquilamente.

Melissa echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada histriónica.

—Eres una insolente. Ahora estás muy crecida porque le calientas la cama a Asher. —Abby notó cómo apretaba los dientes al decir aquello—. Todo esto debe de ser para ti una especie de… —pensó el término—… fantasía hecha realidad. —Abrió los brazos para enfatizar sus palabras—. La niñera enamorada

de su jefe millonario. Parece el argumento de una película romántica, ¿verdad? —se burló.

—Sí, una historia con villana incluida —contestó Abby, levantando una ceja.

«Una villana que es una hija de puta».

—Ten cuidado, Abby, esto para mí no es un juego —replicó Melissa.

Ya no se reía. Ya no había en su voz ni rastro de humor, ni siquiera fingido.

—No me amenaces, Melissa, no soy una niña.

—Lo sé.

Melissa cogió las gafas de sol y se las puso. Cuando echó la silla hacia atrás y se levantó, alargó el brazo y con malas pulgas agarró los apuntes de Abby que descansaban sobre la mesa y los lanzó al suelo, provocando que se esparcieran por la superficie del cenador, formando una alfombra blanca.

Después dio media vuelta y se fue.

—Abby, ¿mi tía Melissa te ha tirado los apuntes? —le preguntó Tom, que llegaba en ese momento.

Abby lo miró y forzó una sonrisa.

—No, cariño, ha sido una ráfaga de aire —respondió. No iba a meter al niño en los asuntos de los adultos.

Se agachó y comenzó a recogerlos, pensando en la conversación tan surrealista

que acababa de tener con Melissa. Aunque, hasta cierto punto, no la sorprendía.

Tom apoyó el pequeño patinete en los hierros forjados del cenador, se agachó a su lado y la ayudó a coger los papeles del suelo.

CAPÍTULO 70

Abby entró en la cocina y se encontró a Olive, que estaba preparando los menús.

—He visto lo que te ha hecho Melissa —dijo el ama de llaves, para sorpresa de Abby—. No sé de qué estabais hablando, pero he visto cómo te tiraba los apuntes al suelo.

Abby abrió la puerta de la nevera y sacó una botella pequeña de agua.

—Está celosa —comentó, sin querer dar importancia a lo que había sucedido.

Sabía que podía confiar en Olive. Era una mujer encantadora y se llevaban muy bien desde el primer día que había entrado a trabajar para Asher.

Se apoyó en la encimera de la cocina, quitó el tapón de la botella y dio un trago.

—Me imaginé que se trataba de algo de eso —repuso Olive, con una sonrisilla.

—¿Por qué? —le preguntó Abby.

—Melissa está enamorada del señor Barclay desde hace muchísimos años.

—¿Ya estaba enamorada de él cuando se casó con su hermana? —Era un dato que Abby siempre había sospechado.

Olive asintió.

—Según tengo entendido, fue Melissa quien presentó a Beth y al señor Barclay —le explicó.

—Y él prefirió a la hermana en vez de a ella —comentó Abby, dando otro trago de agua.

—Sí. Tu presencia la llena de pánico, por eso se comporta de esa manera.

—Lo sé.

—Eres diferente de otras niñeras que han pasado por aquí —dijo Olive—, constituyes la primera amenaza real para ella desde que el señor Barclay se divorció de su hermana. Además, no es tonta, y se ha dado cuenta de que le gustas al señor Barclay.

Abby se quedó rígida y no supo qué decir.

Olive la miró de reojo mientras troceaba un huevo sobre la tabla de madera. Se

echó a reír al ver la expresión de su cara.

—Tranquila, Abby, sé que entre vosotros hay algo…

Abby se rascó la cabeza, arrugando la nariz.

—¿Lo sabes?

—Por supuesto que sí. De hecho, me extraña que todavía no hayáis prendido fuego a las cortinas con las miradas que os echáis —comentó Olive.

Abby no pude evitar que sus mejillas se ruborizaran. Aunque tal vez era solo cuestión de tiempo que Olive se enterara.

—Vamos, no te pongas roja. Es algo normal —añadió la mujer. Sonrió en complicidad con Abby—. Ojalá tengáis algo bonito y duradero —les deseó, dando naturalidad al tema—. Tú eres una chica encantadora y el señor Barclay se merece encontrar a alguien que lo quiera de verdad. Su infancia no fue fácil.

—Lo sé, me lo contó Bastian el día de la barbacoa —dijo Abby.

—El señor Barclay tiene algunos recovecos en su corazón a los que no llega la luz… todavía.

—Es un hombre complicado —afirmó Abby.

—Nunca he conocido a un hombre que parezca necesitar menos a alguien que él —dijo Olive.

—Eso es exactamente lo que pienso yo.

—Esa es la impresión que da, pero a veces la verdad no es lo que aparece a primera vista, lo que hay en la superficie.

—Al principio pensaba que un hombre que tiene todo lo que tiene él debería ser más feliz, pero luego he ido conociéndolo y siendo consciente de su intrincada complejidad como ser humano. Siempre me preguntaba por qué apenas sonreía y por qué, cuando lo hacía, era como forzado.

Olive volvió a mirar a Abby de reojo.

—Bueno, yo ahora lo veo sonreír bastante más que antes —dijo con doble intención, guiñándole un ojo. Levantó la tabla y echó en la cazuela los trozos de huevo cocido.

Aquel comentario provocó precisamente que Abby sonriera.

—Pero no sé si Asher está dispuesto a correr riesgos con su corazón —le confesó al ama de llaves

—Quizá con la persona adecuada… —Olive dejó la frase suspendida en el aire.

—Sé que él ahora me está dando todo lo que puede dar de sí mismo.

—¿Y te gusta?

—Es maravilloso.

Olive sonrió al advertir el brillo que desprendían los ojos de Abby.

—Si quieres un consejo, ten paciencia con él.

Abby suspiró.

Si solo fuera cuestión de paciencia…

Algunas veces se preguntaba qué pasaría si lo que le daba Asher fuera lo único que podría darle siempre. Si no fuera capaz de entregarle más. De entregarle todo.

Cuando aquel pensamiento aparecía en su cabeza, se apresuraba a esconderlo en el rincón más profundo de su cerebro.

—Ah, y otro consejo: no te dejes intimidar por Melissa —agregó Olive con sentido del humor—. El señor Barclay nunca ha sentido nada por ella. Solo la ve como la tía de Tom.

—Lo sé —respondió Abby.

Olive le sonrió y empezó a trocear otro huevo.

—Esa tía es una auténtica rata. Una rata de dos patas —afirmó Holly cuando Abby le relató la conversación que había mantenido con Melissa.

Abby estaba sentada en posición de indio encima de la cama de Holly,

descalza, y abrazada a uno de los cojines con pelo de teleñeco que su amiga coleccionaba.

—Me he quedado flipada, te lo juro —dijo.

—No es para menos. ¿Pero que se ha pensado esa tía? ¿Que puede ir por ahí diciendo esas cosas? Si antes me caía mal, ahora mucho peor. —Holly levantó los ojos hacia Abby. Estaba sentada frente a ella—. Supongo que se lo contarás a Asher.

—No le voy a decir nada.

—¿Cómo que no le vas a decir nada? Abby, tiene que saberlo.

—¿Para qué?

—Para que sepa qué clase de excuñada tiene —dijo Holly con el ceño fruncido.

—Asher ya sabe qué clase de excuñada tiene, no es tonto —rebatió Abby.

—Yo creo que solo tiene una idea aproximada. Pero no creo que sea consciente de los límites que roza esa tía.

—Está celosa.

—Pero eso no justifica su comportamiento. Llega a un lugar y de la nada te dice todas las burradas que te ha dicho a ti y encima en un tono amenazante. —Holly alzó las manos—. Qué ganas dan de estrangularla.

—Lo mejor es pasar de ella.

—Lo mejor sería darle un escarmiento. —Holly levantó el puño.

Abby rio.

—No te voy a negar que a veces me gustaría sacarle todas las muelas sin anestesia —bromeó.

—Eso estaría muy bien —repuso Holly con voz maliciosa.

Abby adoptó una entonación más seria.

—Lo que le pasa a Melissa es que tiene mucho resentimiento guardado dentro —dijo—. Me ha dicho Olive que fue ella quien presentó a Asher y a Beth, y que está enamorada de él desde antes de que ellos se casaran.

—Pues yo creo que ya es hora de que se vaya dando cuenta de que no tiene nada que hacer con Asher. ¿Qué más señales necesita?

—Supongo que la muerte de su hermana le ha dejado en cierto modo el camino libre para intentarlo con él.

—¡Pero si Asher no le hace ni puto caso! —exclamó Holly con su desparpajo.

—Ya sabes cómo es el amor, Holly. No hay peor ciego que el que no quiere ver —dijo Abby.

—¿Amor? Amor tóxico, más bien, porque Melissa no creo que sea capaz de dar otro tipo de amor. Esa tía es tóxica de cojones.

Asher deambulaba de un lado a otro del despacho. Tenía el teléfono sujeto entre el rostro y el hombro y una carpeta llena de papeles abierta entre las manos. No podía abarcar nada más.

—Sí, espero —contestó a la persona que se encontraba al otro lado de la línea telefónica.

Tom entró en el despacho, que estaba con la puerta abierta.

—Papá, ¿puedo decirte una cosa? —le preguntó a Asher mientras él esperaba.

—Claro —dijo, aunque no estaba prestando atención al niño. Le había respondido de forma mecánica. Estaba más pendiente del teléfono.

—Esta tarde ha venido tía Melissa a casa y ha estado hablando con Abby. Tía Melissa ha cogido sus apuntas y…

La persona a la que estaba esperando Asher se puso por fin al teléfono.

—Hola, sí, soy Asher Barclay. —Miró a su hijo—. Luego me lo cuentas, ¿vale? —le dijo.

Tom hizo una mueca con los labios. Sabía que, en tales circunstancias, había poco que hacer.

—Vale —contestó.

Asher se dio la vuelta y se dirigió al escritorio, para apoyar la carpeta en él y seguir trabajando.

Tom se giró sobre sus talones y salió del despacho.

CAPÍTULO 71

Abby cerró con cuidado la puerta de la habitación de Tom, después de leerle uno de los capítulos del libro del niño pirata y de asegurarse de que se había quedado dormido.

Soltó el picaporte y aspirando el aire despacio, captó una suave esencia que le resultó familiar. Se giró y vio a Asher frente a ella. El corazón le dio un brinco dentro del pecho.

Sin mediar palabra, Asher agarró a Abby por la cintura, inclinó la cabeza y la besó en la boca. Ella sintió que el mundo se detenía bajo sus pies.

—Hoy no voy a dejar que te escapes —dijo Asher, pegado a sus labios.

Abby sonrió y Asher atrapó su sonrisa con otro beso. Suave, dulce, exquisito. Un beso que hizo que las piernas de Abby se aflojaran.

Se separaron unos pocos centímetros y se dieron varios picos, mientras se

sonreían mutuamente.

Finalmente Asher tiró de su mano para que lo siguiese hasta su habitación. No podía aguantarse las ganas que tenía de ella.

Entraron en el dormitorio entre risas cómplices y miradas de deseo.

En cuanto la puerta se cerró y se sumergieron en su pequeño mundo para dos, Asher le cogió la cara y volvió a besarla. Pero en aquella ocasión no fue un beso suave. Fue algo exigente, duro, voraz. Un beso que parecía reclamarla de alguna extraña manera.

Abby le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él. Sentir el poderoso cuerpo de Asher contra el suyo era una de las cosas más excitantes que había experimentado.

Bajó la mano hasta su entrepierna y le acarició el miembro. Asher gimió. Solo aquel contacto, por encima de la tela del pantalón, le provocó un espasmo.

«Dios Bendito».

Seguidamente, él desabrochó el pantalón de Abby y coló su mano por debajo de él hasta alcanzar su sexo. Ella apretó las piernas para retenerla allí en un acto involuntario. Pero es que su cuerpo respondía a Asher como si tuviera voluntad propia.

Sus hormonas habían tomado el control y su cerebro parecía haberse ido de vacaciones. ¿Qué le ocurría? Era como una especie de títere en manos del placer

que le proporcionaba Asher.

Él la sentó en el borde de la cama, se acuclilló delante de ella y le separó las piernas con las manos. Abby ya sabía lo que venía. Lo que se avecinaba.

Sin perder tiempo, Asher hundió la lengua en su interior. Abby se mordió los labios para no gemir, pero fue imposible. Un sonoro suspiro rompió la barrera y retumbó entre las cuatro paredes.

Y solo era el primero de muchos.

—¿Ya se te ha pasado el cabreo por haberme ido la otra noche y haberte dejado echándome de menos? —le preguntó Abby en un tono de voz que contenía una nota de diversión. Le gustaba picarle con eso.

Asher se tensó. Ella lo notó bajó sus manos, ya que tenía medio cuerpo apoyado sobre él.

—Abby, no hagas que entre nosotros parezca que hay más de lo que en realidad hay —dijo Asher, y lo decía más para él que para ella, como si necesitara convencerse a sí mismo de aquella afirmación.

La escuchó contener unos instantes la respiración y supo que no se esperaba

una respuesta así. Pero era necesaria. No podía dejar que Abby se hiciera una idea equivocada de lo que tenían.

Ni él tampoco.

Asher se sorprendía de las extrañas emociones que se apoderaban de él después de estar con Abby. Lo asaltaba una especie de vulnerabilidad y una necesidad infinita de ella.

Inmediatamente después se esforzaba por deshacerse de ellas y recuperar el sentido de la realidad, pero no era fácil. Con Abby no.

La deseaba, no podía evitarlo, pero tenía que luchar por que sus emociones no fueran más allá de ese punto.

—Lo siento, Abby. No he debido decírtelo así —habló de nuevo Asher.

Ella se incorporó para mirarlo.

—Lo que estás haciendo es levantar un muro entre nosotros. Un muro que te niegas a que traspase.

—No confundas mi deseo por ti con otra cosa. No quiero hacerte daño.

Abby no las tenía todas consigo, pero se arriesgó.

—Tienes miedo, Asher.

Él bufó.

—¿De qué hablas?

—Tienes miedo de sentir todo lo que sientes —dijo Abby, mirándolo a los ojos —. No habías contado con que todo fuera tan bien entre nosotros y tampoco habías contado con que empezaras a echarme de menos, con que empezaras a necesitarme.

Asher sintió aquellas palabras como un golpe en el estómago.

Le entró pánico al oír los pensamientos que pasaban constantemente por su cabeza pronunciados por Abby en voz alta.

Y odiaba sentirse asustado, vulnerable, como si volviera a tener once años y su madre lo abandonara.

—Yo no necesito a nadie, Abby —aseveró en tono tenso.

Se levantó, apartándose de ella, como si de repente quemara. Abby vio la distancia que había en su mirada gris y sintió que había alzado un muro entre ellos.

—Voy a darme una ducha —dijo. Salió de la cama, se dio media vuelta y se encaminó hacia el cuarto de baño.

Abby se dejó caer sobre la almohada y soltó un suspiro.

Asher Barclay quería noches de pasión, pero no quería amor. Le tenía miedo.

Cerró los ojos con fuerza.

Sin embargo…

Sin embargo estaba segura de que sentía algo más. Seguramente, esos sentimientos lo incomodaban, por eso reaccionaba del modo en que lo había hecho.

Recordó las palabras de Olive. La impresión que daba Asher era de no necesitar a nadie. Pero a veces la verdad no era lo que aparecía a primera vista, lo que había en la superficie…

¿Qué había en el fondo de Asher?

Quizá había metido la pata y había hablado de más. Pero era lo que pensaba.

Asher veía sus propios sentimientos como una amenaza y eso le hacía levantar y poner muros a su alrededor para que nadie los traspasara y pudiera alcanzarlo.

Se mordió el labio de abajo mientras negaba para sí.

Era un hombre más complicado de lo que creía.

Se sentó en la cama y miró la hora en el reloj de la mesilla. Por suerte, tenía que levantarse para empezar su jornada laboral.

Se vistió rápidamente y se fue a la habitación de invitados en la que tenía algunas cosas, como una muda limpia y algo de ropa para una emergencia. Aquella lo era.

En veinte minutos se ducharía y estaría lista.

CAPÍTULO 72

—Asher, ¿me has oído? —le preguntó Samuel con el ceño fruncido.

Asher giró el rostro hacia él como si acabara de aterrizar de un platillo volante y no supiera dónde se encontraba.

—¿Qué te ocurre? —tomó de nuevo la palabra Samuel—. Es la cuarta vez que te repito lo mismo.

Asher sacudió la cabeza y se pasó las manos por el pelo. Echó el sillón hacia atrás y se puso en pie, incapaz de permanecer sentado un segundo más. Se dirigió a los ventanales del despacho.

—No me pasa nada —respondió—. Es que no he dormido muy bien esta noche.

—¿Solo es eso? —preguntó Samuel, levantando una ceja con suspicacia.

—Todo el mundo puede tener una noche de insomnio.

Samuel no apartó la mirada de Asher, aunque él le estaba dando la espalda.

—¿Hay alguna cuestión relacionada con el bufete que los socios debamos saber? —insistió.

Asher exhaló un suspiro.

—Samuel, el bufete no tiene ningún problema.

—¿Todo está bien con Tom?

—Desde que decidí no enviarle a un internado, sí.

—Entonces, si tampoco es Tom, tiene que tratarse de Abby —afirmó Samuel.

Samuel era tremendamente intuitivo y persistente. Cualidades que lo habían hecho triunfar como abogado.

—No quiero hablar de ello —dijo Asher.

Samuel sabía que era misión casi imposible que Asher hablara de sus problemas personales. Sobre todo, cuando no quería hacerlo, porque se cerraba a cal y canto en sí mismo, pero siempre podía brindarle su apoyo o darle algún consejo velado.

—No sé qué puede haber pasado entre Abby y tú, pero, por si te sirve de algo, no te había visto tan feliz hasta hace unos días —dijo—. Solo te diré que, si crees que vale la pena, no la dejes escapar.

Y dicho aquello, dejó sobre la mesa el informe que había ido a llevarle y salió del despacho.

Asher metió las manos en los bolsillos y miró por el ventanal hacia el río Chicago. Varios barcos navegaban por sus tranquilas aguas mientras el sol de media tarde le arrancaba destellos plateados.

Si los chicos se estaban dando cuenta de lo que estaba ocurriendo, significaba que había llegado con Abby más lejos de lo que esperaba.

Le había permitido que se acercara demasiado a él, y ahora estaba pagando las consecuencias.

Se había propuesto a sí mismo que nunca volvería a implicarse con una mujer tanto como para perder el control de sus emociones… Pero es que Abby no era una mujer como las demás.

Samuel había dicho que si creía que valía la pena que no la dejara escapar.

¡Por supuesto que Abby valía la pena! Joder, era maravillosa.

El que quizá no valía tanto la pena era él.

El teléfono de Abby sonó mientras preparaba la merienda de Tom.

Lo sacó del bolsillo trasero del vaquero y miró la pantalla. Sonrió al ver que era su madre.

Descolgó.

—Hola, mamá —la saludó, sujetándose el móvil entre el hombro y la oreja.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal estás? —le preguntó su madre.

—Muy bien, ¿y vosotros? ¿Qué tal papá? —se interesó Abby, al tiempo que partía varias piezas de fruta en trozos sobre la tabla de madera.

—Está aquí, pintando uno más de sus soldaditos de plomo. Nos estamos quedando sin estanterías en casa para ponerlos a todos. Hay como unos cien mil.

Abby se echó a reír.

Había que reconocer que su madre era un poco exagerada.

Su padre coleccionaba soldaditos de plomo. Le gustaba pintarlos a él mismo y darles su toque personal. A su madre no es que le disgustara aquella afición suya. Siempre decía que prefería que pintara a que se fuera a los bares a beber y no se acordara de regresar a casa, pero estar rodeada de tanta figurita terminaba volviéndola loca, sobre todo a la hora de limpiar el polvo, y porque su padre no dejaba de ampliar el repertorio desde que se había jubilado.

—Siempre hay hueco para uno más —dijo Abby, echando la fruta partida en un plato.

—Eso mismo es lo que dice tu padre —replicó su madre—. Por cierto, te manda un abrazo.

—Yo le mando otro a él.

—Te quiero mucho —oyó que le decía su padre.

Los labios de Abby se abrieron en una sonrisa de oreja a oreja al escucharle.

—Yo también os quiero mucho a vosotros —dijo a través del teléfono.

—Tenemos muchas ganas de verte —dijo su madre.

—Y yo a vosotros. —Abby empezó a cortar un plátano en rodajas.

—¿Vas a venir pronto?

Abby se pasó el dorso de la mano por la frente.

—No lo sé, mamá. Ahora es una mala época. En nada empiezo con los exámenes finales y luego está el trabajo… —respondió.

—No te preocupes, cariño. Nosotros no nos vamos a mover de aquí —dijo su madre en tono comprensivo—. Estás haciendo un esfuerzo increíble estudiando y trabajando a la vez para sacarte la carrera. Además, mi cumpleaños y el verano están a la vuelta de la esquina. Este año voy a celebrarlo por todo lo alto con tus hermanos y tus sobrinos. Vamos a preparar una fiesta en el jardín.

—¿En serio?

—Sí.

—La casa llena de gente, ruido y caos… No me lo perdería por nada del mundo —dijo Abby.

Su madre sonrió.

—Cuídate mucho, ¿vale, mi amor?

—Te lo prometo. Vosotros también cuidaos mucho.

—Te lo prometemos —dijo su madre.

—Un beso —vociferó su padre.

—Un beso —dijo Abby.

Colgó la llamada, se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y siguió partiendo la fruta para la merienda de Tom.

No quería imaginarse la que iba a prepararse en casa el día del cumpleaños de su madre. Probablemente más de la mitad de los miembros de la familia terminarían en un manicomio.

Se rio para sí misma.

CAPÍTULO 73

Durante los siguientes días, Asher salía de casa cuando Abby estaba en la habitación de Tom para levantarlo y ayudarlo a vestirse. Por la noche se quedaba a trabajar hasta tarde y llegaba a casa justo en el momento en el que acababa la jornada laboral de Abby. Se metía directamente al despacho, por lo que no se veían.

Abby se esforzaba por aparentar que las palabras de Asher no le habían afectado tanto como en realidad lo habían hecho.

El orgullo le impedía demostrar que la había herido y lo escondía todo tras una máscara. Pero le estaba costando alguna que otra lágrima cuando se quedaba a solas.

Que Asher ni siquiera la hubiera buscado no ayudaba a sentirse mejor.

Pero es que él lo único que quería era escapar de los sentimientos que lo

acechaban día y noche. Había intentado ignorarlos, pero no lo había conseguido.

Estaban en cada latido de su corazón. En todos y cada uno de los jodidos latidos de su corazón.

Se sentía incapaz de enfrentarlos, de plantarles cara. Y no tenía la más mínima idea de qué hacer con ellos ni de cómo reaccionar, y día tras día permanecía encerrado en su silencio.

Maldición.

No quería acercarse a Abby y a la vez sí quería. Nada tenía ya sentido.

CAPÍTULO 74

Abby estiró el cuello y miró por encima de las cabezas de la gente si veía a Asher.

Nada.

Hizo una mueca de disgusto con la boca.

Se preguntó si se habría olvidado del partido de Tom. Esperaba que no, porque le había prometido ir.

El niño se acercó corriendo antes de que el árbitro pitara el comienzo. Tenía las mejillas coloreadas de rojo.

—Abby, ¿mi papá no ha llegado? —le preguntó.

—Todavía no, cariño, pero seguro que llega de un momento a otro —respondió ella, suplicando porque sus palabras se convirtieran en realidad.

El entrenador llamó a todos los niños para tener una última reunión y darles las correspondientes indicaciones.

—Tú sal ahí y dalo todo —lo animó Abby, recolocándole la gorra.

Tom asintió. Se giró y echó a correr hacia donde se encontraba el entrenador y el resto de niños que formaban el equipo.

Mientras todo el mundo iba tomando sus posiciones en el campo, Abby no dejaba de lanzar miradas furtivas hacia la entrada del recinto con la esperanza de ver a Asher. Pero no había ni rastro de él. Empezó a impacientarse.

Betty, con su hija Victoria en brazos, fue abriéndose camino entre la gente hasta alcanzar a Abby.

—¿Llegamos a tiempo? —le preguntó, ligeramente acalorada.

—Sí, el partido está a punto de empezar —dijo Abby.

Betty bajó a Victoria al suelo.

—Hola, cariño —la saludó Abby con una sonrisa. Se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, *superAbby* —dijo la niña con voz cantarina.

Abby y Betty sonrieron.

—Victoria quería venir a ver a Tom en su primer partido con público.

—Tom está entusiasmado.

—Y ya sabes qué ocurre cuando se juntan los dos —comentó Betty.

—Que tienen mucho peligro —dijo Abby.

—¿Asher no va a venir? —le preguntó Betty, aunque no lo hacía con ánimo de cotillear, solo por seguir la conversación.

—Sí que tiene pensado venir, porque se lo ha prometido a Tom. Supongo que habrá pillado algo de tráfico del despacho aquí —respondió Abby.

—Puede ser, porque Chicago últimamente está imposible. Los atascos son diarios, sobre todo en el centro.

Y aunque Abby trataba de justificar a Asher, algo le decía que no iba a ir, que iba a dejar plantado a su hijo en un día tan importante para él.

Negó para sí en silencio.

Esperaba equivocarse.

El partido dio comienzo entre los vítores y las voces de los familiares de los niños. Abby no se quedó atrás y lanzó ánimos a Tom. Al igual que Betty y la pequeña Victoria que, en primera fila, saltaba y aplaudía sin parar alentando a su amigo.

Tom bateó la pelota una y otra vez, llevándose con ello la ovación del público que se encontraba en el estadio.

—No entiendo mucho de béisbol, pero no se le da mal —comentó Betty.

—Parece que no —dijo Abby.

Aprovechando la algarabía de la gente y que Betty estaba hablando con Victoria, sacó el móvil para comprobar si tenía algún mensaje de Asher, alguna justificación que disculpara su retraso. La pantalla solo mostraba un aviso de un mensaje de publicidad, que Abby borró sin molestarse en leerlo.

Solo le preocupaba Tom.

¿Qué le diría si finalmente Asher no se presentaba en el partido? ¿Cómo lo consolaría?

Nunca lo había visto tan ilusionado como ante la idea de jugar su primer partido como bateador con público. Ni tan ilusionado de que su padre fuera a verlo, ya que no había ido a ninguno de los entrenamientos.

No solía llamar a Asher, pero en ese momento y dadas las circunstancias, decidió contactar con él para preguntarle por qué no estaba allí. Sin embargo, no se lo cogió. Insistió en otra ocasión, pero tampoco tuvo suerte.

Hicieron un pequeño descanso para que los niños bebieran agua.

Tom se acercó de nuevo corriendo, con el rostro iluminado pensando que se encontraría con su padre.

—¿Y mi papá? —le preguntó a Abby, buscándolo con la mirada.

Abby se quiso morir. Se mordió el labio.

—No ha llegado todavía, cariño —dijo con voz dulce, intentando suavizar el golpe.

El rostro infantil de Tom se llenó de desilusión.

—No va a venir —afirmó, bajando la mirada.

—Seguro que ha pillado un atasco —lo excusó Abby. No se le ocurría nada mejor que decir.

Tom negó con la cabeza.

—No, no va a venir. Él nunca tiene tiempo para mí —dijo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Abby se agachó.

—Seguro que le ha surgido algo importante, cariño. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. No te preocupes, jugarás muchos más partidos para que tu padre pueda venir a verte. Pero, mira, está aquí Victoria. —Abby sonrió, para tratar de animarlo. Se le estaba cayendo el alma a los pies. ¿Cómo Asher podía faltar a ese partido? ¿Cómo podía hacerle eso a su hijo? ¿Qué mierda le había pasado para no acudir?

—¡Tom, lo estás haciendo muy bien! —exclamó en ese momento Victoria.

Betty alargó la mano y le alborotó el pelo.

—Tienes al público entusiasmado —le dijo.

—Es cierto —intervino Abby en la conversación—. He oído por aquí detrás

que eres el mejor bateador del cole —añadió.

Aquellas palabras parecieron animar a Tom, y fueron capaces de arrancarle una sonrisa. Si algo dejaba claro aquella reacción era que el béisbol le entusiasmaba. Por eso se había sentido especialmente desilusionado al comprobar que su padre no había ido a verlo.

—¡Vamos, Tom, que tienes que jugar otra vez! —dijo Victoria, dando palmas.

Estaba tan entusiasmada como el propio Tom.

Para asombro de Betty y de la propia Abby, Victoria se acercó a él antes de que echara a correr hacia el campo, y le dio un tierno beso en la mejilla. Tom se ruborizó, pero la obsequió con una sonrisa.

Abby y Betty intercambiaron una mirada sin decir nada y se llevaron la mano a la boca para ocultar la sonrisilla que se les escapaba de los labios.

El partido terminó con la victoria del equipo de Tom. Los niños saltaron, abrazándose unos con otros y después corrieron a abrazar también al entrenador. El esfuerzo y todas las agujetas de las últimas semanas habían merecido la pena.

Las gradas del pequeño estadio se llenaron de algarabía, de gritos y de vítores.

—¡Lo habéis hecho genial! —exclamó Abby, cuando Tom llegó sudoroso y con la cara roja hasta donde se encontraban.

El niño ya no preguntó por su padre. Sabía que no había ido. Y, aunque estaba contento por la victoria de su equipo, Abby notó una sombra de tristeza y de

decepción en el fondo de sus grandes ojos grises.

—¡Eres el mejor, Tom! —dijo Victoria, que no paraba de saltar y de dar palmas.

Lo abrazó.

Tom sonrió.

—Gracias.

—Menudo partidazo —dijo Betty.

Todo el mundo lo alabó, porque Tom había demostrado su valía como bateador a pesar de sus cinco años, pero la sonrisa de sus labios no llegaba del todo a sus ojos. La falta de su padre lo tenía desconsolado.

Asher le había prometido ir y le había fallado.

Incluso Abby se sentía decepcionada y molesta. Se había encargado personalmente de que Asher acudiera a ver a Tom en su primer partido con público, pero le había dado igual, él había elegido su trabajo, como siempre.

CAPÍTULO 75

Al llegar a casa, Abby bañó a Tom y le cambió de ropa.

Durante el trayecto, la decepción del niño se había transformado en enfado.

Abby había tratado de justificar el comportamiento de Asher con mil y una excusas (excusas que Tom había oído en demasiadas ocasiones y que ya no se creía), pero no había conseguido que al niño se le pasara el enfado. No podía negar que tenía toda la razón del mundo en estar cabreado con su padre.

Cuando Asher llegó sobre las ocho y media de la tarde, Tom estaba cenando.

Al escuchar el sonido de la puerta del garaje, Abby se levantó de la silla y salió a su encuentro.

—Asher, quiero hablar contigo antes de que veas a Tom —dijo, cerrando la puerta de la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Prefiero que hablemos en el salón. No quiero que Tom nos oiga.

Asher no entendía nada, pero siguió a Abby hasta el salón.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó de nuevo.

Abby lo miró con el ceño fruncido.

—Cómo que, ¿qué es lo que pasa? —repitió—. No has ido al partido de Tom —le echó en cara.

—No he podido. He tenido una reunión que ha durado más de lo que había previsto —respondió Asher con tranquilidad.

—¿No has ido al partido de tu hijo por una reunión? —dijo Abby, dejando entrever en su voz su desaprobación.

—Era una reunión muy importante.

—¿Hay alguna que no lo sea?

—¿Qué cojones pasa? ¿A qué viene este numerito? —preguntó Asher, ligeramente molesto.

No entendía absolutamente nada.

—Pasa que Tom esperaba que fueras a verlo —contestó Abby.

—Habrá otros muchos partidos a los que pueda ir —se defendió Asher, sin

inmutarse.

Abby bufó, indignada. ¿Cómo podía darle tan poca importancia a las cosas de Tom?

Se plantó frente a él, como si fueran dos combatientes.

—¿Tienes algún interés en lo que tu hijo hace? —le preguntó, sin pararse a pensar si tenía derecho o no a hacerle una pregunta de ese calibre.

Asher la miró desconcertado.

—¿De verdad crees que puedes hacerme ese tipo de pregunta?

—Es que a veces no lo parece.

—Espero que no empieces ahora a darme un sermón sobre padres adictos al trabajo y todo eso —replicó Asher.

—No te voy a dar ningún sermón —atajó Abby.

—¿Ah, no?

—No.

—Entonces, dime, ¿de qué se trata? Te aconsejo que seas breve, Abby. No he tenido un buen día y lo único que quiero es darme una ducha y relajarme —dijo Asher, sin disimular su impaciencia.

Abby cogió una bocanada de aire.

—¿De verdad que no eres consciente de la desilusión que ha supuesto para Tom que no vinieras a verlo jugar? —le preguntó—. Era un partido muy especial para él, porque lleva semanas entrenando y, además, era la primera vez que jugaban con público.

—Ya te he dicho que me ha resultado imposible.

—Claro, nada debe interponerse entre tú y tu trabajo.

—Siempre me aseguro de tener los domingos libres.

—¡Vaya, qué considerado! —exclamó Abby en tono irónico.

Asher la miró entrecerrando los ojos.

—Abby, para, esto no te incumbe —le advirtió.

Sintiendo una fuerte necesidad de proteger a Tom, ella alzó la barbilla. No iba a dejarse amedrentar por Asher ni por la expresión de su rostro.

—Sí me incumbe, Asher, porque soy la responsable de Tom y tengo que mirar por su bienestar.

Asher inhalo lentamente.

—No tengo que darte explicaciones —dijo con voz gélida—. No acostumbro a dárselas a nadie, y no lo voy a hacer contigo.

—Tom necesita un padre —le dijo Abby directamente, sin miramientos—. Alguien que juegue y hable con él, alguien que interactúe a su nivel y vaya a

verlo jugar al béisbol.

Respiró hondo, y antes de que pudiera arrepentirse, soltó las palabras en un acalorado arrebato.

—Tú deberías saber mejor que nadie lo que es sentirse abandonado, lo viviste con tu madre.

Los ojos de Asher se oscurecieron. Una sombra pasó a través de ellos. Se inclinó ligeramente hacia Abby.

—¿Qué has dicho? —dijo con una calma engañosa—. ¿Quién te ha contado eso?

—Tu hermano Bastian.

Asher apretó con tanta fuerza los dientes que podría habérsele partido alguno.

—Vete —le dijo.

—¿Qué?

—Abby, vete —le repitió.

Asher cogió aire y Abby tuvo la impresión de que estaba controlando su ira. Sin embargo, no se movió del sitio.

Los ojos de Asher centellearon. Había un montón de emociones agitándose en su interior.

—¿Es que no me has oído? He dicho que te vayas, y no vengas el resto de la

semana.

Abby no daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿La estaba echando del trabajo?

—Así no vas a solucionar nada —dijo. Guardó silencio unos instantes antes de añadir—: Creo que no sabes lo afortunado que eres de tener un hijo como Tom.

Asher no hizo ningún comentario más.

Abby dio media vuelta y salió del salón.

La estancia se quedó inmersa en un silencio sepulcral.

Tom se metió en su habitación cuando la discusión telefónica entre Asher y Bastian comenzó en su despacho.

—No tenías ningún derecho a decírselo —le recriminó Asher a su hermano.

—¿Por qué? —dijo Bastian.

—Porque no, maldita sea.

Asher daba vueltas sin parar por la estancia.

—Debería ser algo que ya tendrías que haber superado, Asher —dijo Bastian

al otro lado de la línea, tratando de ser racional—. Pasó hace muchos años. Mamá nos abandonó para buscar una vida mejor. Punto. No sirve de nada darle vueltas al asunto ni preguntarnos por qué lo hizo. Era una persona adulta.

—Ya sé que nos abandonó. Yo sufrí las consecuencias de su marcha —aseveró Asher.

¿Acaso creía Bastian que sus palabras suponían para él algún tipo de alivio? Estaba equivocado.

—Y Aaron y yo también, Asher, aunque tú y papá fuisteis los mayores damnificados. Pero la vida sigue. No puedes permitir que lo que hizo mamá, ni la sensación constante de abandono que te persigue te destruya, ni destruya las cosas bonitas que tienes en la vida —dijo Bastian—. Abby tiene razón, hermano.

Pero él no quería escuchar a Bastian. No quería escuchar a nadie. Sin embargo, su hermano continuó hablando.

—Tú sabes lo que se siente al crecer sin una madre. No seas un padre ausente para Tom.

Tras el divorcio con Beth, Asher se había convertido casi en un extraño para su hijo, y la culpa había sido solo suya, porque los días que Tom pasaba con él, encargaba el trabajo a las niñeras que contrataba.

Pero con Abby eso había cambiado.

CAPÍTULO 76

Trevor, Samuel y Ethan miraron a Asher como si hubiera perdido el juicio.

—Supongo que no serás tan tonto de despedir a Abby —dijo Ethan.

—Puedo hacer lo que quiera —respondió Asher—. Lo que no voy a permitir es que me eche una reprimenda porque no he ido a ver un partido de Tom. ¿Es que se le ha olvidado que Tom es mi hijo?

—Es que esa reprimenda te la merecías —afirmó Trevor con contundencia. Asher giró el rostro hacia él y lo fulminó con la mirada—. Me da igual cómo me mires —aseveró su socio.

—Trevor tiene razón y lo sabes —intervino Samuel—. Tenías que haber ido a ver cómo Tom jugaba al béisbol.

—¿Qué coño sabréis vosotros? —dijo Asher.

—En estos momentos me están entrando unas enormes ganas de arrearte un puñetazo en la cara —dijo Ethan.

—Tú siempre tan espontáneo —comentó Asher sin rastro de humor.

—Mira, no estás acostumbrado a que nadie te diga cómo tienes que hacer las cosas, ni a que señalen tus errores. Mucho menos alguien que trabaja para ti. Pero Abby, ante todo, es una chica sincera, y simplemente te ha dicho lo que piensa —dijo Trevor.

Samuel llevaba un rato observando a Asher en silencio, desde el sofá de cuero de su despacho, donde se había sentado al entrar.

—Hay algo más —aseguró de pronto.

Trevor y Ethan lo miraron.

Trevor estaba sentado en una de las sillas que había delante del escritorio de Asher, y Ethan, más inquieto que los otros tres, permanecía de pie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ethan.

—Que no creo que Asher esté pensando despedir a Abby solo porque le ha regañado por no ir al partido de béisbol de Tom —respondió.

En ese momento, los ojos de Ethan y de Trevor se posaron en Asher.

—¿Qué nos estás ocultando? —dijo Trevor.

—¿Por qué siempre lo queréis saber todo? —lanzó Asher.

—Porque somos tus amigos —contestó Samuel.

—Por si no te has dado cuenta, acabas de dar la razón a Samuel: hay algo más —dijo Ethan.

Lo malo de que tus amigos fueran abogados, los mejores abogados del país, es que había demasiada perspicacia y demasiada inteligencia en el ambiente como para que algo pasara desapercibido.

—Sois unos cabrones —dijo Asher.

—Ya estás desembuchando —le ordenó Trevor, dando golpecitos con el dedo índice encima de la mesa para enfatizar sus palabras.

—No os voy a contar nada, ya soy mayorcito para arreglar solo mis propios problemas —atajó Asher.

Ethan se llevó las manos a la cabeza.

—Joder, ¿cómo puedes ser tan cabezota? —dijo, exasperado—. ¿No sabes que a veces el consejo de un amigo puede salvarte de un error fatal?

Asher puso los ojos en blanco.

—Ethan, por Dios Santo, déjame en paz —soltó.

Él levantó las manos, mostrando las palmas en son de paz.

—Está bien, como quieras —dijo.

—Sea lo que sea lo que pretendes, no lo vas a conseguir —afirmó Samuel.

—¿De qué hablas?

—Ya te lo he dicho, lo que sea que pretendas despidiendo a Abby, porque algo pretendes, no lo vas a conseguir.

Trevor inclinó un poco el torso sobre la mesa.

—Asher, ten cuidado con las huidas hacia adelante —dijo en tono sensato—. Pocas veces ese tipo de huidas se hace en la dirección acertada.

—Eso es verdad —intervino Ethan—. Las huidas hacia adelante son fruto de la desesperación, de las inseguridades y del miedo.

—Y no resuelven ningún problema. Por norma general, lo empeoran. Te lo digo por propia experiencia —aseveró Samuel.

Asher no pretendía hacer una huida hacia adelante, lo único que quería era proteger a Abby de él mismo y de todos los recovecos llenos de oscuridad que había en su corazón, y para eso ella tenía que estar fuera de su vida, lejos de él.

Había tomado una decisión, e iba a llevarla a cabo.

Por el bien de Abby.

CAPÍTULO 77

—Veo que no te has animado todavía a quitarte el *look* de vagabunda —dijo Holly a Abby, cuando al llegar del trabajo la vio con el mismo chándal que había llevado los últimos días.

—No tengo ganas de nada —contestó Abby.

Estaba prácticamente tirada en el sofá, con un bol al lado, comiendo doritos sin parar.

—Menos mal que por lo menos te duchas.

Abby miró a su amiga de reojo, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Holly dejó las llaves y el bolso en la mesa del salón y se sentó junto a Abby.

—Abby, tienes que cambiar de actitud —le dijo.

—Estoy en fase de duelo, Holly, tengo derecho a sentirme como una mierda.

—Sí, tienes razón, pero te sentirías menos mierda si continuaras con tu vida. Estos días ni siquiera has ido a clase. Tienes al pobre Finn trayéndote los apuntes todas las tardes.

Abby suspiró.

—Pobre Finn —repitió. Abrió la boca y se metió un dorito. Lo masticó, y dijo —: Es que no entiendo nada, Holly. No entiendo la actitud de Asher.

—Nadie la entiende, Abby, pero es que los hombres son así, y nadie dijo que Asher Barclay fuera un tipo fácil.

—¿Hay algún manual de niñeras que prohíba expresamente despellejar a tu jefe?

—Seguro que, si buscamos bien, encontramos algo. En Internet hay de todo.

Abby sonrió y Holly se unió a ella. Alargó el brazo, metió la mano en el bol, cogió un dorito y le dio un mordisco.

—Lo que es obvio es que Asher no está acostumbrado a que le digan de qué modo tiene que hacer las cosas con su hijo. Menos de alguien cuyos cheques él firma. Pero tú eres una tía muy sincera y no hubieras sido tú misma, no hubieras sido fiel a ti misma, si te hubieras mordido la lengua con respecto a un tema tan importante como son las necesidades de Tom, y él necesita a su padre.

—Pero Asher Barclay solo tiene tiempo para su trabajo —dijo Abby—. No se merece tener un hijo como Tom. Es un niño obediente y bueno.

—¿Sería mejor un hijo que le prendiera fuego a la casa todos los días? —bromeó Holly.

—Algo así.

Estaban tan concentradas en la conversación que se sobresaltaron cuando sonó el timbre.

Abby miró la hora. Eran las siete de la tarde.

Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta, mientras se apartaba un mechón de pelo del rostro.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó a Holly.

—Sí, a James —contestó su amiga.

Otro timbrazo, más impaciente que el anterior, hizo que Abby se lanzara a la puerta para abrirla. Qué poca paciencia tenía el novio de Holly.

Se le fue toda la sangre del rostro cuando se encontró con Asher en el umbral. A su lado estaba Tom.

—¡Abby! —gritó el niño en cuanto la vio, y se precipitó a ella para abrazarla.

—Hola, cariño —lo saludó, inclinándose sobre él para abrazarlo a su vez.

—Tenía muchas ganas de verte.

—¿Sí?

Tom movió la cabeza, afirmando.

—Yo también a ti —dijo Abby.

Enderezó la espalda y volvió a retirarse del rostro el mechón de pelo.

Dios, Asher estaba impresionante.

No iba con traje como acostumbraba a vestir a diario cuando trabajaba. Llevaba unos vaqueros desteñidos azul oscuro y una cazadora de cuero negro desgastada encima de una camiseta con escote de pico de color carbón que resaltaba sus ojos grises. Tenía la sombra de una barba incipiente en la línea de la mandíbula y el pelo ligeramente despeinado.

Con esa ropa le recordaba a un estudiante universitario, pero con el encanto de un hombre de treinta y tres años.

Joder, su atractivo derretiría a cualquiera.

A ella también, aunque estaba enfadada con él.

Nunca lo había visto vestido de forma casual, pero aquel atuendo le quitaba un montón de años de encima, dándole un aire más juvenil y alegre.

Entonces cayó en la cuenta de las pintas que ella tenía en aquel momento. Holly lo había definido muy bien: «look de vagabunda».

No quiso pararse a pensar en ello.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó, utilizando el tratamiento formal. Tom

estaba delante y era lo que correspondía.

—Le aseguro que estoy tan sorprendido como usted de estar aquí, pero no he tenido otra opción —respondió él.

—¿Por qué?

—Tom se niega a venir conmigo a ver el musical de Aladdín en el teatro, si no viene usted —le explicó Asher.

Abby bajó la mirada hasta Tom, que sonreía.

Asher se había visto obligado por las circunstancias a ir a casa de Abby para invitarla al musical de Aladdín. Tom se había sumido en un silencio hostil desde que le había dicho que Abby se había marchado, y no parecía tener pretensión de darle una tregua, como si le hubiera declarado una guerra silenciosa.

Las entradas para el musical que había comprado por adelantado habían sido recibidas sin ningún entusiasmo.

Estaba contra las cuerdas y aunque era consciente de que su hijo de cinco años lo estaba chantajeando, no tenía más remedio que cumplir su petición. De otro modo, reconciliarse con él por no haber ido a verlo al partido de béisbol sería un total fracaso.

—Señorita Jones, ¿puede acompañarnos? —le preguntó Asher.

Se pasó la mano por la cabeza con gesto impaciente.

—¡Por favor, Abby! ¡Ven con nosotros! —exclamó Tom, dando pequeños saltitos en el sitio.

Holly no perdía ni un solo detalle de la conversación desde su privilegiada posición en el sofá. Se había adueñado del bol de los doritos mientras veía y escuchaba todo como si se tratase de una película de cine.

—Sí, claro —contestó finalmente Abby.

—¡Bien! ¡Bien! —gritó Tom.

—Si me da unos minutos para cambiarme de ropa y ponerme algo un poco más… vistoso —dijo.

—Por supuesto —repuso Asher.

—Pasad. —Abby se apartó de la puerta y les cedió el paso.

Al llegar al centro del salón, dijo:

—Ella es Holly, mi amiga y compañera de piso.

Asher se adelantó un par de pasos con la mano extendida, mientras Holly dejaba el bol en la mesa auxiliar y se levantaba del sofá.

—Encantado, Holly, soy Asher Barclay —se presentó.

«Cómo si no supiera quién eres», pensó ella en silencio.

—Mucho gusto —contestó ella, estrechándole la mano.

—Y él es Tom —dijo Abby.

Holly revolvió cariñosamente el pelo al niño.

—Hola, Tom —dijo.

—Hola —respondió él.

—Bueno, voy a cambiarme, ¿vale? —habló de nuevo Abby.

Asher asintió.

Abby se dio media vuelta y se adentró en el estrecho pasillo que llevaba a su habitación.

Holly alargó el brazo y ofreció el bol a Asher y a Tom.

—¿Queréis un dorito? —les preguntó con una sonrisa amable.

Asher dijo que no, pero Tom cogió uno y se lo comió.

—Sentaros —dijo Holly.

Holly pensó que Abby se había quedado corta, muy corta, al decir que Asher era todavía mucho más guapo en persona que en las escasas fotos que había de él en las revistas. El tío estaba como quería. Madre de Dios.

Rezó para que James tardara un ratito en llegar y así poder deleitarse un poco más con las vistas que había en el salón.

CAPÍTULO 78

Abby se puso prácticamente lo primero que pilló en el armario. Algo casual como el atuendo de Asher. Iban a ver un musical infantil.

Una falda escalonada larga de tul blanca, tipo tutú, que tan de moda estaban, y una camiseta de manga corta de color rosa palo.

Salió disparada hacia el cuarto de baño. Frente al espejo se soltó el moño medio deshecho que llevaba en lo alto de la cabeza, se cepilló la melena y se ató un lazo rosa a modo de diadema.

Sin tiempo que perder, se puso un poco de *gloss* transparente en los labios y se dio un toque de color también rosa en las mejillas.

Trataba de escuchar lo que estaban hablando Holly, Asher y Tom en el salón, pero no alcanzaba a oír lo que decían, excepto las risas de Tom. Pero de Holly se podía esperar cualquier cosa. Se le daba muy bien la gente y era muy sociable,

aunque Asher fuera un hueso duro de roer.

Por último, Abby se perfumó con su colonia habitual y fue al salón después de respirar hondo un par de veces. No podía negar que estaba nerviosa.

—Estoy lista —dijo, esbozando una sonrisa.

Asher, que estaba de espaldas, giró la cabeza hacia ella. Al verla se quedó pasmado. Tuvo que tragar saliva.

Se levantó.

No es que Abby estuviera preciosa, es que *era* preciosa.

En aquel momento se dio cuenta de cuánto había echado de menos su maravillosa sonrisa.

No quiso pensar en eso, y trató de distraer su mente en algo que no fuera hundir los dedos en su pelo.

—¡Estás guapísima! —dijo Tom, con esa espontaneidad tan suya.

—Gracias —le dijo Abby, ampliando la sonrisa en sus labios.

Miró furtivamente a Holly, situada un par de pasos por detrás de Asher y Tom. Ella asintió con un movimiento casi imperceptible, pero que dio a entender a Abby que el atuendo que había elegido era perfecto.

—¿Nos vamos? —dijo.

—Sí —respondió Asher. Se volvió hacia Holly—. Encantado —se despidió.

—Igualmente.

—Adiós, Holly —canturreó Tom, agitando la mano.

—Adiós —dijo ella.

Al abrir la puerta, se encontraron con James a punto de llamar.

—Hola, James —lo saludó Abby—. Holly te está esperando dentro.

—Ah, vale —dijo él.

James entró en el piso y Abby, Asher y Tom salieron, cerrando la puerta a su espalda.

Mientras Asher acomodaba a Tom en la silla de seguridad del coche, Abby notó que el estómago se le llenaba de nudos.

Y de nervios.

Y de mariposas…

Aquello no era una cita, pero lo parecía. Ella se sentía como si lo fuera.

«No, Abby, es algo casual, algo que ha propiciado Tom. No algo que haya buscado Asher», se dijo, para tratar de aplacar los nervios.

Asher se acomodó detrás del volante y miró a Abby antes de arrancar el motor.

—Gracias por acompañarnos —le agradeció.

—No es nada —dijo Abby.

Él finalmente arrancó el coche y enfiló la calle hacia el centro de Chicago.

—Tenemos que ver si podemos comprar una entrada para la señorita Jones en la taquilla del teatro —le dijo Asher a Tom, mirándole por el espejo retrovisor interior.

—Papá, no es la «señorita Jones», es Abby. Papá, es Abby. Abby —dijo Tom con naturalidad, repitiendo varias veces su nombre.

Asher y Abby intercambiaron una mirada entre los claroscuros del coche. Una sonrisa de medio lado apareció en sus labios.

Para Tom, Abby ya no era solo su niñera. Era un miembro más de la familia. Con nombre propio. Así era cómo la identificaba.

A Asher no le extrañó, Abby se había convertido en una pieza clave en la vida de su hijo.

—Vale, pues tenemos que ver si podemos comprar una entrada para Abby en la taquilla del teatro, yo solo adquirí dos —repitió, ya sin formalismos.

—Si no hay entradas para Abby, podemos ir al cine a ver una película —dijo Tom—, o a cualquier otro sitio donde podamos estar los tres. A mí me da igual.

Estaba claro que sin Abby, Tom no estaba dispuesto a entrar en ningún sitio.

—A lo mejor tenemos suerte —dijo Abby.

Y la tuvieron.

En la taquilla pudieron comprar una entrada para ella, así que finalmente vieron el musical de Aladdín los tres juntos.

Tom se sentó en medio de Asher y de Abby, y ella lo agradeció porque estaba terriblemente nerviosa y necesitaba que entre ellos hubiera cierta distancia.

Respiró hondo e intentó relajarse. Pero incluso en la oscuridad en la que quedó sumido el teatro cuando se apagaron las luces podía ver el rostro de Asher; recordar las noches que habían pasado juntos, los besos, las caricias… Y desear que pasara otra vez.

Alzó la vista hacia el escenario y trató de no hacer caso a lo que decía su corazón.

No sabía muy bien en calidad de qué estaba allí.

«De niñera de Tom».

Eso tampoco era exacto. Ella ya no trabajaba para Asher.

Por su salud mental, le convenía no echar la imaginación a volar.

«Abby, deja los pies en la Tierra», se aconsejó.

La noche supuraba tranquilidad pese a que era viernes.

—Papá, ¿podemos cenar en un McDonald’s? —preguntó Tom a la salida del musical—. Todos mis amigos van.

—Sabes que no me gustan los sitios de comida rápida —contestó Asher.

—Pero solo será hoy —insistió Tom—. No pasa nada por comer un día en un McDonald’s.

Asher desvió la mirada hacia Abby, pero ella se mantuvo en silencio.

—Está bien, iremos a cenar a un McDonald’s —accedió finalmente.

Después de lo que había pasado con el partido de béisbol, debía congraciarse con su hijo. Además, tenía razón, no pasaba nada por cenar de vez en cuando en un restaurante de comida rápida.

—Nunca te he preguntado qué estudias —dijo Asher a Abby, mientras degustaban una McRoyal Deluxe y un Happy Meal.

—Odontología —respondió ella.

—Vaya, vas a ser una futura sacamuelas —dijo Asher en tono de broma.

Abby lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué todo el mundo dice lo mismo?

—Porque es verdad, ¿no? No me gustaría ser enemigo tuyo e ir a tu consulta.

—No te lo recomiendo —dijo Abby, siguiéndole la broma—. Puede ser que sin querer ponga menos anestesia de la debida.

Asher se echó a reír.

—A mí se me está empezando a mover un diente —intervino Tom.

—Cuando se te caiga, lo tienes que poner debajo de la almohada para que el Hada de los Dientes (Tooth Fairy) te traiga un regalo —explicó Abby.

—¿Un regalo? —dijo Tom.

—Sí, el Hada de los Dientes se lleva el diente y a cambio te deja una sorpresa, para que te acuerdes de que se te ha caído un diente.

—¿Y cuando se te cae un diente duele? —preguntó Tom.

—Un poco, por eso también el Hada de los Dientes deja una sorpresa —dijo Abby.

—Ya tengo ganas de que se me caiga uno, para ver que me deja el Hada de los Dientes.

Abby sonrió.

Asher la observaba interactuar con Tom y durante un momento se olvidó de su hijo y de que estaban en un McDonald’s rodeados de gente. Solo podía pensar en lo guapa que era y en las ganas que tenía de besarla.

Por eso quería mantener a Abby lejos de él, o él mantenerse lejos de ella, porque cuando la tenía cerca lo único que le apetecía era besarla.

CAPÍTULO 79

Los edificios de Chicago se alzaban como enormes joyas doradas en medio de la oscuridad de la noche.

El resplandor de las luces iluminaba el cielo con un cálido color ámbar, mientras disfrutaban del ambiente por uno de los paseos marítimos situados al lado del río.

Tom miró a su padre y después a Abby. Se colocó en medio de ambos y tomó la mano de uno y de otro como algo natural, como si lo hubiera hecho otras veces. Ellos miraron su gesto y la escena que había creado.

Parecían una familia.

Luego Asher y Abby levantaron la vista y se miraron. Sonrieron tímidamente.

Durante un rato caminaron los tres agarrados de la mano, en silencio, disfrutando de las vistas que ofrecía la Ciudad de los Vientos.

Tom alzó la cabeza, buscando a Abby.

—¿Cuándo vas a volver a casa para cuidarme? —le preguntó.

Abby notó que el rostro se le llenaba de calor. En aquel momento, esa era una pregunta difícil de responder.

—Tom… —comenzó.

—Cuando ella quiera —la cortó Asher, y la miró.

—¡¿Mañana?! —se adelantó a decir Tom.

—Cielo, las cosas no pueden ser tan rápidas. Mañana es sábado —contestó Asher—. Y a lo mejor se lo tiene que pensar.

—No tengo que pensar nada —atajó Abby—. Pero mañana no puedo. He quedado con un compañero de la universidad para hacer un trabajo de fin de curso.

—¿Entonces, el lunes? —preguntó Asher con una ceja levantada.

Abby asintió.

—Sí, el lunes.

A pesar de todo lo que había pasado entre Asher y ella, seguía necesitando el dinero del empleo para pagarse los estudios y, además, adoraba a Tom.

—La señora Phillis no me gusta —dijo de pronto el niño.

—¿Quién es la señora Phillis? —preguntó Abby.

—Una niñera que me enviaron de urgencia desde la agencia que contraté —contestó Asher.

—Oh… —se le escapó decir a Abby.

—Es muy aburrida —comentó Tom—. Es mayor, y no baila ni canta, ni hace galletas, ni juega con Blackie, ni me deja comer una gominola cuando termino los deberes pronto.

Al escuchar aquello último, Asher giró el rostro hacia Abby con una ceja enarcada, pidiéndole una explicación. Él no dejaba comer chucherías a Tom.

Abby lo miró y encogió ligeramente un hombro.

—Es solo una de vez en cuando —se excusó.

Asher negó con la cabeza para sí.

«Abby, Abby, Abby».

—Además, tiene bigote —dijo Tom.

Abby y Asher se tuvieron que reír.

Un rato después, Tom se soltó de sus manos y empezó a corretear de un lado a otro. Tan pronto se subía a una acera y saltaba el bordillo, como se paraba para ver algo que le llamaba la atención en un escaparate.

Abby y Asher caminaban detrás de él, siguiendo su ritmo.

—Abby, siento mucho el modo en que te traté el día de la discusión —dijo Asher, mirando al frente con las manos en los bolsillos.

—Yo no debí nombrarte a tu madre ni hacer la comparación que hice —repuso ella.

—No dijiste nada que no fuera cierto.

—Tú no has abandonado a tu hijo.

Asher torció el gesto.

—No de la manera que lo hizo mi madre con mis hermanos y conmigo, pero es cierto que siempre he delegado el peso de su cuidado en las niñeras. Yo solo he puesto las normas y las reglas a seguir. Tanto cuando vivía Beth como después de su muerte. —Cogió una profunda bocanada de aire, preparándose para lo que iba a decir—. Temo ser tan mal padre con él que me mantengo alejado, mientras dejo que sus niñeras hagan lo que me corresponde hacer a mí.

Aquella confesión dejó a Abby de piedra.

—Criaste a tus hermanos —apuntó.

—Eso fue cuando era un crío y me vi en la obligación. Era el mayor y mi padre estaba fuera de casa la mayor parte del día.

—Pero lo hiciste, y por lo que he podido ver, muy bien. —Asher sonrió con aire forzado—. Bastian y Aaron tuvieron mucha suerte, Asher.

Se detuvieron en mitad de la acera cuando Tom se paró para acariciar al perro que una madre y su hija llevaban de paseo.

—Bastian tiene razón cuando dice que todavía no he superado el abandono de nuestra madre, y no sé si algún día seré capaz de hacerlo.

Abby se mordisqueó el interior del carrillo. Dudó un momento.

—¿La marcha de tu madre fue… inesperada, o sospechabais algo? —se decidió a preguntar.

Durante unos instantes, Abby pensó que Asher se negaría a contestar, pero pensó en la pregunta.

—Fue como si nos hubiera caído encima una bomba atómica. Nuestras vidas saltaron por los aires haciéndose pedazos, sin que supiéramos qué había pasado —dijo Asher—. Un día estaba en casa y al día siguiente no había ni rastro de ella. Había desaparecido.

Abby sintió que un escalofrío le reptaba por la espalda. Tuvo que ser terrible.

—¿Las cosas entre tu padre y ella no iban bien?

Asher se encogió de hombros.

—No solían discutir, pero eso tampoco es señal de nada, ni siquiera de que se llevaran bien —dijo—. Mi padre apenas ha hablado del tema durante estos años. Creo que él tampoco ha terminado de superarlo —comentó con sinceridad—. Pero nos contó que mi madre se sentía insatisfecha con la vida que llevaba, con su papel de ama de casa. Ella se había licenciado en Derecho, pero no había podido desarrollar su carrera porque sé casó con mi padre y enseguida me tuvieron a mí.

Asher narraba la historia en un tono neutro, incluso indiferente, pero no era difícil intuir todas las emociones que se escondían en su interior: la angustia, la incertidumbre de no saber qué iba a pasar, la rabia por haber sido abandonado por su madre cuando solo era un niño.

Los ojos de Asher se dirigieron a su hijo. Tom le estaba contando a la madre y a la hija dueñas del perro que él tenía un gato negro con los ojos azules que se llamaba Blackie.

—¿No la has visto después? —le preguntó Abby.

Asher negó con la cabeza.

—Se sentía atrapada en su propia familia y sus hijos no eran más que un estorbo para emprender una nueva vida. Cuando se fue, se olvidó completamente de nosotros. Es como si un día fuese tu madre y al siguiente una extraña, una

desconocida.

Abby sintió unas enormes ganas de abrazarlo, de consolar al niño que una vez había sido, al niño que se había tenido que encargar de llevar una casa y cuidar de sus hermanos pequeños. Pero sabía que, probablemente, no fuera bien recibido por Asher.

Aún todo, aunque la rechazara, acercó su mano a la de Asher y se la cogió. Él la miró como si no esperara un gesto así, pero no la retiró. Y Abby sonrió. Ella estaba ahí.

Sin embargo, tuvieron que separarse de inmediato porque Tom se acercó a ellos para contarles que acababa de conocer a una perrita que se llamaba Luna y que había sido adoptada por una familia muy buena que le había dado un hogar.

CAPÍTULO 80

Siguieron con el paseo.

Tom se paró junto a la barandilla para ver un barco que pasaba en ese momento por el río. Estaba iluminado por luces amarillas y verdes y había gente en la cubierta celebrando una fiesta.

Abby y Asher se quedaron detrás de él, observándole.

—Es increíble la nula capacidad de rencor que tiene Tom —comentó Asher. Lo decía por que el niño no estaba resentido con él por no haber ido a verle jugar al béisbol.

Abby sonrió.

—Los problemas que ahora tienes con tu hijo todavía se arreglan con un perdón y un helado de chocolate.

Asher sonrió.

—Sí, tienes razón. Aunque el helado tiene que ser de tres bolas grandes.

Abby se echó a reír. Tom era un niño muy inteligente.

La brisa empezó a levantarse y Abby se pasó las manos por los brazos porque sentía fresco en ellos. Asher se dio cuenta.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—Tenía que haberme traído una cazadora —fue la respuesta de Abby.

—No te preocupes —dijo Asher, al tiempo que se quitaba su cazadora de cuero—. Ponte la mía.

—Oh, no, no. Entonces tú te vas a quedar frío —le rebatió Abby.

—Tranquila, estoy bien.

Asher alargó los brazos y le ayudó a ponerse su cazadora. Como no podía ser de otro modo, le quedaba enorme, sin embargo Abby agradeció el calor que le proporcionaba.

Enseguida el olor de Asher le llenó las fosas nasales, envolviéndola en una agradable nube. Era como tener sus brazos alrededor de ella.

—Me llega hasta las rodillas —se rio Abby, echándose un vistazo de arriba abajo.

—Si fueras *influencer,* mañana la mitad de la ciudad llevaría una igual —

comentó Asher.

—Seguro —dijo Abby.

—¿Estás mejor?

—Sí. Pero ¿tú no vas a pasar frío? —dijo Abby.

—No, estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Mientras hablaban, no se habían dejado de mirar ni un solo segundo. Asher se erguía frente a ella, alto, poderoso y tan jodidamente atractivo como siempre.

Él estiró la mano y le sacó un mechón de pelo que se le había quedado pillado con el cuello de la cazadora.

Abby sintió una descarga eléctrica cuando notó el contacto de sus dedos largos y vibrantes en su nuca, provocando una reacción en cadena que recorrió todo su cuerpo con una intensidad que jamás hubiera imaginado.

—Abby, mira, ahí hay un animal, pero no sé qué es —dijo Tom, llamando su atención.

El niño cogió su mano y tiró de ella para que lo viera. Abby aguzó la vista, tratando de diferenciarlo. Se encontraba en el agua.

—Creo que es una nutria —se aventuró a decir.

Tomó a Tom en brazos para levantarlo y que pudiera verla mejor. Durante unos minutos rieron e intercambiaron impresiones. Asher los observaba en silencio.

Cuando volvieron a reanudar el paseo, Asher dijo:

—Si te soy sincero, Abby, admito que a veces te tengo envidia.

Abby giró la cabeza y lo miró desconcertada.

—¿Por qué?

—Por cómo te llevas con Tom. Te has convertido en alguien muy importante para él. Cuando está contigo se muestra alegre, relajado. Libre —concluyó—. A mí me mira en busca de aprobación o para pedirme permiso, pero no me ve como una persona con la que poder divertirse.

—Pero eso puedes cambiarlo cuando quieras, Asher.

—No estoy seguro. Soy un padre autoritario y estricto, y eso es incompatible con poder ser su amigo.

—Asher, es precisamente eso lo que tienes que cambiar. Con esa actitud lo alejas de ti. Por supuesto que un niño necesita reglas y normas que seguir, para eso se les educa. Pero a lo mejor no necesita tantas, ni que le pongas tantos límites.

Asher se pasó la mano por el cuello.

—No lo estoy haciendo bien —admitió con un deje de frustración en la voz.

Abby sonrió con condescendencia.

—Ahora que Tom no tiene madre, tú tienes una tarea muy dura como padre, que es educarlo, protegerlo y dejar que poco a poco encuentre su camino. Pero no lo hagas alejándote de él. No pongas barreras con tu hijo. Tom solo necesita que le quieras y que se lo demuestres. Solo necesita que le dediques algo de tu tiempo, no solo lo que te sobra cuando dejas de trabajar —dijo con una sensatez aplastante—. Tu mayor error es levantar muros delante de los que te rodean y no dejar que lleguen a ti.

El amago de una sonrisa se abrió paso en los labios de Asher.

—¿Eso lo dices por ti? —le preguntó.

—En parte sí, pero también lo hago extensible a la gente que te rodea.

—Sé que el último día que estuvimos juntos te hice daño —dijo Asher.

—Sí, lo hiciste —repuso Abby.

Asher apretó los labios, mientras avanzaban por el paseo marítimo.

—¿Hubieras preferido una mentira?

«Hubiera preferido haberte hecho caso y haberme alejado de ti antes de enamorarme», pensó Abby para sus adentros.

—No —respondió contundente.

Transcurrieron unos segundos antes de que Asher volviera a hablar.

—No se me da bien confiar en la gente —dijo.

Abby pensó que aquella era una de las secuelas que Asher arrastraba del abandono de su madre.

—¿Por qué luchas con tanto empeño por combatir lo que sientes? ¿Lo que ha surgido entre nosotros?

—Porque no creo en ello.

Abby sintió cómo si le hubieran dado un golpe en la boca del estómago. Cerró los ojos unos instantes para aliviar el dolor. Quizá no tenía que haber hecho esa pregunta.

—Yo creo que en el fondo tienes miedo de creer en ello, miedo de creer en lo que sientes. Miedo de que te estés enamoran…

Asher no la dejó terminar.

—Abby, no —la cortó.

Ella se calló de golpe.

Asher cogió aire despacio.

—No quiero hacerte daño. No me lo perdonaría nunca.

—¿Por qué piensas que me vas a hacer daño? —le preguntó Abby.

—Porque es lo que termino haciendo a la gente que está a mi lado —respondió Asher con convicción—. Hice daño a Beth, y he hecho daño a mi hijo sin ni siquiera ser consciente de ello. Imagínate el que te podría hacer a ti.

Una sombra de dolor cruzó el rostro de Abby.

—Alejarme emocionalmente de ti no es la solución —dijo.

—Es la única solución, Abby —aseveró él.

Se quedó mirándolo cuando él se adelantó unos pasos por delante de ella en busca de Tom.

Quizá tuviera razón.

¿Algún día Asher Barclay se arriesgaría por amor? ¿Algún día se sentiría lo bastante seguro para apartar aquella armadura que lo obligaba a ser tan rígido consigo mismo?

Probablemente no.

—Papá, ¿me compras un globo? —dijo de pronto Tom.

Asher bajó la mirada hacia su hijo, que apuntaba a una señora de origen latino que llevaba un ramillete de globos de helio en la mano.

—Claro —respondió.

Se acercaron a la mujer, de tez morena y con el pelo rizado, mientras Abby dejaba que su mirada vagara por la otra orilla del río, donde los suntuosos

edificios se alzaban con su acostumbrada majestuosidad.

Alzó la vista hacia el cielo. Había una luna creciente, salpicada de millones de puntos de luz. Era una noche vibrante que hacía vibrar más aún a Chicago.

—¿Cuál quieres? —le preguntó Asher a Tom.

—A Rocky, de la Patrulla Canina.

La señora cogió el globo y se lo dio al niño.

—Gracias —dijo educadamente Tom.

Ella sonrió.

Asher se fijó en que la mujer también vendía rosas.

—¿Me puede dar una, por favor?

—Por supuesto, señor.

La mujer sacó una rosa del ramillete y se la tendió. Asher le pagó con un billete de cincuenta dólares y le indicó que no le devolviera el cambio.

Se giró hacia Abby, que estaba junto a la barandilla, de espaldas a ellos.

—¿Vas a regalar una rosa a Abby, papá? —curioseó Tom.

—Sí, por haber aceptado venir con nosotros hoy —contestó Asher.

—Seguro que le gusta mucho.

El niño se acercó a ella dando saltos.

—Mira mi globo, Abby —dijo.

Ella se dio la vuelta.

—Es Rocky, de la Patrulla Canina —comentó.

—Sí, mi preferido —dijo Tom.

Con la oscuridad de la noche, Abby no había visto la rosa de tallo largo que Asher llevaba en la mano, así que cuando se la tendió, se quedó boquiabierta.

—Esto es para ti —dijo él, alargando la mano.

Abby la observó como si no fuese real, como si lo estuviera soñando.

—Una rosa.

—¿Te gusta?

—Mucho. —Abby sonrió.

Se la acercó a la nariz e inhaló. Su aroma era fresco, intenso y vivificante y el tacto de los pétalos aterciopelado.

—¿Por qué me regalas una rosa? —le preguntó, cuando emprendieron de nuevo la marcha.

—He visto que las vendía la señora y me he acordado de ti —dijo él.

—Esto es tan…

—¿Espontáneo?

Abby lo miró. Iba a decir romántico, pero era un concepto que no pegaba con Asher.

—Extraño —dijo.

CAPÍTULO 81

La noche del viernes había sido tan intensa que el sábado cuando Abby quedó con Finn para hacer el trabajo de fin de curso estaba de resaca emocional.

Eran tantas cosas las que había hablado con Asher, tanto lo que había sentido, que parecía que ella sola se había bebido dos botellas enteras de whisky.

—¿Por qué de entre todos los hombres que hay en el mundo, tenía que enamorarme precisamente de uno que no quiere que lo amen? —preguntó a Holly.

Suspiró.

—Porque está muy bueno —respondió su amiga, poniendo una nota de humor al asunto—. El viernes cuando lo vi en persona te juro que pensé que me ponía a babear delante de él.

Abby no pudo evitar reír.

Ya en un tono más serio, Holly dijo:

—La verdad es que has ido a enamorarte del tío más complicado del mundo. Porque Asher es complicado de cojones.

Abby se había pasado el fin de semana tratando de desgranar su complejidad para poder entenderlo, pero le resultaba imposible. Era como un galimatías.

—No le gusta que nadie se acerque a él demasiado y cuando logras filtrarte por alguna de sus brechas, te aleja o es él quien se aleja —dijo.

—Asher necesita mantener la distancia contigo para sentirse seguro, para que no hagas tambalear todo su mundo.

—Me parece que mi historia con Asher Barclay ha llegado hasta aquí.

Holly la abrazó.

El lunes, Abby volvió a la mansión de Asher para llevar a Tom al colegio.

A partir de ese día, Asher dejaría de ser Asher y pasaría a ser otra vez el señor Barclay, aunque se tutearan. Pasaría a ser única y exclusivamente su jefe.

Lo tenía todo claro en su mente.

Había historias que se terminaban antes de empezar y no pasaba nada. Había sido bonito mientras había durado.

El viernes antes de la celebración del Día del Padre en Estados Unidos, que era el tercer domingo de junio, Tom salió del colegio con una sonrisa de oreja a oreja.

—Abby, mira lo que he hecho a papá por el Día del Padre —dijo.

Abby lo cogió. Era un bote para dejar los bolígrafos. Estaba pintado de verde y blanco, con rayas negras, y un «Te quiero, papá», aparecía en el medio en letras de color plateado, rodeado de estrellitas del mismo color.

—Es precioso, Tom. A tu padre le va a encantar.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Podrá ponerlo en el despacho.

—¿Querrá ponerlo en su despacho? —dudó Tom.

—Estoy segura —respondió Abby—. Lo envolveremos en un bonito papel de regalo y se lo daremos el domingo. ¿Qué te parece?

—Muy bien.

—¡Felicidades, papá! —gritó Tom, cuando Asher apareció en la cocina.

Él sonrió cuando el niño corrió hacia él para abrazarlo.

—Muchas gracias, cariño.

Abby se mantenía de pie en mitad de la estancia. Aunque era domingo estaba allí porque Asher había tenido una gala benéfica el sábado por la noche a la que había tenido que acudir y le había pedido que por favor se quedara con Tom.

—Te he hecho esto en el cole —dijo el niño.

Levantó sus cortos brazos y le entregó el bote para los bolígrafos envuelto en un papel de regalo de color dorado.

—A ver qué es, qué es… —jugueteó Asher.

Cogió el paquete y lo desenvolvió.

—¿Te gusta? —se adelantó a decir Tom, que estaba impaciente por saber la opinión de su padre.

—Me encanta, cariño.

—Abby me ha ayudado a envolverlo.

Asher levantó la mirada hacia ella.

—Felicidades —dijo Abby con una sonrisa cuando sus ojos se encontraron.

—Gracias —contestó Asher.

—Papá, ¿lo vas a poner en tu despacho? —le preguntó Tom, ilusionado.

—Claro que sí —dijo Asher—. Mañana me lo llevaré al bufete y lo colocaré sobre mi mesa.

—¡Bien! —exclamó el niño.

Con todo lo que había pasado a raíz del partido de béisbol y lo que había hablado con Abby, Asher había decidido pasar más tiempo con Tom y mostrarse más accesible a él. Se había replanteado sus prioridades, y ahora lo más importante era su hijo.

Poco a poco y con la ayuda de Abby conseguiría acercarse a Tom y mantener con él una relación más estrecha. No quería ser un padre ausente, no quería que su hijo se sintiera como él se sentía por el abandono de su madre.

CAPÍTULO 82

Abby cogió aire y se armó de paciencia cuando abrió la puerta y vio a Melissa en el umbral, tan tiesa y altiva como siempre.

¿Para qué habría ido en aquella ocasión? ¿Tendría pensado insultarla de nuevo?

—Asher no está —se apresuró a decir. A ver si con un poco de suerte se iba.

—Lo sé, he venido a ver a Tom —dijo Melissa.

Abby frunció el ceño.

¿Melissa estaba de visita para ver *realmente* a su sobrino y no utilizarlo como excusa para ver a Asher? ¿Ahora le había dado por ser una tía amantísima con su sobrino?

Abby se echó hacia un lado para que pasara.

—Está en su habitación, haciendo los deberes —indicó.

—Gracias —dijo Melissa, mirándola de reojo cuando pasó a su lado camino de la escalera.

Melissa estuvo un rato con Tom. Entretanto, Abby aprovechó para ordenar la sala de juegos. Salía de allí cuando se topó con Melissa en lo alto de la escalera.

—No sabes cómo me molesta tener que verte siempre que vengo —le espetó, con el desprecio habitual que utilizaba siempre con Abby.

—Melissa, no empieces, porque no voy a entrar en tu juego —dijo Abby.

Melissa volvía a buscar deliberadamente un enfrentamiento con ella, y no le iba a dar el gusto. Aquella mujer la aburría.

Por ella se podía ir a la mierda. Si a Melissa le molestaba su presencia, a Abby también le molestaba la suya.

—No sé qué le has hecho a Asher, de qué forma le has hechizado…

—No soy una bruja —aseveró Abby.

«No como tú», añadió en silencio para sus adentros.

—Yo no estoy tan segura. Asher nunca ha sido un hombre especialmente romántico, ni siquiera con Beth, a pesar de casarse con ella, y a ti te anda regalando rositas mientras paseáis por las calles de Chicago.

Abby frunció aún más el ceño.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó.

—Me lo ha contado Tom.

El cerebro de Abby funcionaba a toda velocidad.

—¿Has venido para sonsacar información a Tom? —adivinó.

—En el amor y en la guerra todo vale.

Melissa era despreciable.

—¿Cómo puedes ser así con tu sobrino?

Melissa esbozó una sonrisa de medio lado.

—Déjate de moralidades conmigo —dijo—. Tú no has perdido la oportunidad de follarte a tu jefe rico para trepar en el escalafón.

Abby irguió la espalda con los hombros tensos.

—Estás amargada, Melissa —fue su respuesta. Se negaba a entrar en su juego.

La sonrisa de Melissa se amplió, volviéndose un gesto malicioso y astuto.

—Pero yo voy a acabar con eso —dijo, como si tuviera un monólogo consigo

misma, como si estuviera ida.

Abby sacudió la cabeza.

—¿De qué hablas?

Abby no lo vio venir. Ni en cien años lo hubiera visto.

Todo ocurrió tan precipitadamente que no pudo ni siquiera reaccionar.

Melissa alargó los brazos con un movimiento rápido y le dio un fuerte empujón a la altura de los hombros, provocando que cayera escaleras abajo.

Abby trató de agarrarse a la barandilla, trató de sujetarse de alguna manera, incluso creyó rozar con la yema de los dedos el suave metal, pero no fue suficiente.

Su cuerpo empezó a rodar un peldaño tras otro.

Sintió como el mármol le golpeaba la cabeza, la espalda, los costados, las rodillas. Notó como cada una de las vértebras de la columna vertebral crujían, como su cuerpo se magullaba mientras caía y caía sin parar.

Todo sucedió muy rápido y al mismo tiempo muy lento. Como si la Tierra girara muy deprisa y a la vez muy despacio. Todo era confuso, caótico, irreal, como si estuviera inmersa en las garras de una pesadilla.

Abby nunca había experimentado tanto miedo en toda su vida; sabía que iba a morir…

Su única obsesión en ese momento era poder agarrarse a algo que la frenara, que detuviera aquel dolor inhumano que sentía con cada golpe que recibía su cuerpo, pero no lo lograba. No conseguía asirse a nada, mientras presentía que en cualquier momento todo se acabaría.

Hasta que de repente todo se quedó a oscuras, todo se apagó. Todo se llenó de sombras, de noche, de dolor, y de muerte.

En lo alto de la escalera, Melissa había contemplado la escena como si se tratara simplemente de una película, con una indolencia que rayaba la locura.

Ya había hecho lo mismo en una ocasión. ¿Por qué no iba a salir bien una segunda vez?

Descendió la larga escalinata sin ningún remordimiento y esquivó el cuerpo de Abby, que yacía en el suelo del vestíbulo con un charco de sangre bajo la cabeza.

Se detuvo unos segundos a su lado.

—No iba a dejar que te salieras con la tuya. No después de haber esperado tanto —susurró.

Y, sin más, se fue.

Tom terminó de abrir la puerta de su habitación y corrió por el pasillo hacia la escalera. Estalló en sollozos cuando vio a Abby al pie de los peldaños con la cabeza ensangrentada y sin moverse.

Bajó las escaleras lo más rápido que pudo y se colocó a su lado.

—Abby… Abby… —la llamó.

Pero ella no contestaba. Ni siquiera abría los ojos.

—Abby, abre los ojos, despierta —le pedía Tom entre lágrimas—. Abby… Abby…

Al ver que no respondía, corrió a por el teléfono inalámbrico. Lo cogió de la base y se fue con él hacia el vestíbulo. De nuevo al lado de Abby, buscó en la agenda el número de Asher. Su padre le había enseñado a utilizarlo en caso de emergencia.

CAPÍTULO 83

Se oyó una vibración debajo de los papeles que Asher tenía sobre la mesa del despacho. Estaba tan concentrado que tardó unos segundos en comprender que se trataba de su móvil.

Apartó los documentos en los que estaba trabajando y cogió el teléfono.

Era una llamada desde casa. ¿Habría pasado algo?

Asher rezó en silencio para que a Abby no le hubiera dado por meter a otro gato, o a un perrito o a un pajarillo desvalido. Esa chica tenía mucho peligro con los animales abandonados. Con Blackie correteando por la casa tenía más que suficiente.

Descolgó.

—Dime, Abby…

Los sollozos ahogados de Tom lo alertaron.

—Papá…

—Tom, ¿qué pasa? ¿Por qué estás llorando?

—Abby, papá, se ha caído por la escalera —dijo Tom.

Asher notó que el corazón se le paraba. La historia se repetía.

—Pero ¿puedes hablar con ella?

—No, papá —lloraba sin consuelo Tom—. No dice nada, no se mueve y tiene mucha sangre en la cabeza.

El rostro de Asher se descompuso. Tardó unos segundos en reaccionar, pero necesitaba mantener la cabeza fría para actuar de manera correcta.

—Tom, cálmate —comenzó, intentando que su voz sonara segura—. Quédate todo el tiempo al lado de Abby, pero no la muevas ni la toques, ¿vale?

—Vale, papá.

—Yo voy para allá ahora mismo.

Asher ya se había levantado del sillón y atravesaba el despacho a zancadas. No veía la hora de llegar a casa para ver a Abby.

Mientras marcaba el número de emergencias para que enviaran una ambulancia, se encontró a Trevor.

—Asher, ¿qué pasa? —le preguntó, preocupado al ver su rostro.

—Abby se ha caído por la escalera de casa, Tom está con ella —dijo.

—Pero ¿está consciente? —quiso saber Trevor.

—No, es Tom el que me ha llamado.

Se escuchó el grito ahogado de la secretaria de Asher.

—Oh, Dios —musitó Julia.

—Voy a avisar a Ethan —dijo Trevor de forma diligente—. Samuel está en un juicio.

Ethan dejó lo que estaba haciendo en cuanto Trevor le informó de lo que había sucedido, y se presentó en el *hall* junto a él. Asher se encontraba ya dando las correspondientes explicaciones a los servicios de emergencias.

Trevor giró el rostro mientras iban de camino a la zona de los ascensores.

—Julia, cancela toda la agenda de Asher para esta tarde, y diles a nuestras secretarias que hagan lo mismo con la de Ethan y con la mía —dijo.

—Por supuesto —contestó ella, antes de que las puertas metalizadas del ascensor se cerraran.

—Ethan hoy se ha traído la moto, así que vamos en mi coche, Asher —propuso Trevor—. No estás en condiciones óptimas para conducir.

Él se limitó a asentir con la cabeza en silencio, mientras daba por teléfono las

últimas indicaciones al servicio de emergencias.

Cuando colgó, guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Chicos, ¿me dejáis alguno vuestro teléfono? Quiero hablar con Tom hasta que lleguemos a casa, pero prefiero mantener el mío libre por si me llaman los de emergencias.

—Claro.

Ethan fue el primero en sacarlo y se lo entregó.

Asher marcó el número de su casa. Tom descolgó rápidamente.

—Tom, cariño, ¿cómo está Abby? —le preguntó.

—Mal, papá. No se ha movido, ni ha hablado, ni ha abierto los ojos… —lloró el niño.

Asher tomó aire. No quería imaginarse cómo se estaría sintiendo su hijo al ver en aquel estado a su adorada Abby. Si él estaba medio desquiciado desde que se había enterado, si estaba a punto de darle algo, su pequeño lo debía de estar pasando fatal.

—Tom, lo estás haciendo muy bien —lo alentó, al tiempo que el ascensor bajaba.

No quería que le diera un ataque de ansiedad. En ese momento era su único nexo con Abby y el único que podía ayudarla si ella recobraba el conocimiento.

—La ambulancia ya va para casa y yo también. En unos minutos estaremos allí, ¿vale?

—Vale, papá. —Tom sorbió por la nariz.

—Abby se va a poner bien —afirmó Asher, y no solo trataba de convencer a Tom, si no también trataba de convencerse a sí mismo.

Abby no podía morir.

Solo pensarlo hacía que se le parase el corazón.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, Asher, Trevor y Ethan salieron corriendo hacia el coche de Trevor, aparcado en la plaza que tenía habilitada para ello.

Sin perder tiempo entraron en el vehículo y salieron pitando hacia la mansión de Asher.

Trevor era un conductor experto y volaba con el coche por las calles de Chicago, aunque tuvo que comerse más de un pitazo. Sin embargo a Asher el trayecto se le estaba haciendo eterno, parecía que no tenía fin.

Ver a Abby al pie de la escalera, pálida, encima de un charco de sangre y con

Tom a su lado, con Blackie en brazos, acariciándole a Abby la mejilla con una dulzura como si se fuera a romper, esperando a que despertara, fue una de las escenas más terribles que Asher presenciaría en su vida.

Dio un cariñoso abrazo a su hijo para tranquilizarlo y después fue Ethan el que se encargó de él. Aunque Tom quería quedarse con Abby, no podía. Ya había visto demasiadas cosas.

Por suerte, la ambulancia y los paramédicos llegaron a la mansión de Asher unos pocos minutos después de que lo hicieran los chicos.

Asher estaba arrodillado al lado de Abby cuando Trevor les abrió la puerta.

—Abby… Abby, soy Asher —la llamó con voz tierna—. Abby, mi amor…

No se atrevía a tocarla por miedo a hacerle algún daño. Solo apoyó las yemas de los dedos en la base del cuello para comprobar que aún respiraba.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando consiguió encontrarle el pulso.

Trevor no pudo evitar alzar levemente las cejas al oír a Asher decirle «mi amor» a Abby. Lo había pronunciado con una dulzura inmensa, como si… estuviera enamorado de ella.

Lo observó.

Estaba tan pálido como la propia Abby y temblaba como una hoja, aunque midiera casi un metro noventa.

En aquel momento Trevor se dio cuenta de que Asher estaba enamorado de Abby.

Enseguida los médicos le pidieron que se levantara porque iban a ocuparse de ella.

Le tomaron las constantes vitales y le cortaron la hemorragia de la cabeza.

Un rato después, ya estable, le colocaron un collarín en el cuello y la subieron en la camilla.

—Nos la llevamos al hospital —dijo uno de los paramédicos.

—¿Cómo está? —preguntó Asher con impaciencia.

—Hemos podido frenar la hemorragia craneal y se encuentra estable, pero será en el hospital dónde le hagan las pruebas necesarias para ver la gravedad del golpe —le explicó el paramédico mientras la metían en la ambulancia.

Asher asintió.

—¿A qué hospital la llevan?

—Al Northwestern Memorial.

—Gracias.

Asher salió al jardín y le explicó todo a Tom. El niño necesitaba saber lo que le había dicho el médico sobre Abby para poder asimilar poco a poco el hecho al que había tenido que hacer frente.

—Papá, ¿Abby se va a morir como mamá? —le preguntó Tom a Asher, con la mejilla apretada contra su camisa blanca.

Y en ese instante el corazón de Asher se rompió en mil pedazos. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para recuperar el habla.

—No, cariño, no se va a morir —dijo, rodeándolo con los brazos para que se sintiera protegido.

Ethan se quedó cuidando de Tom, mientras Asher y Trevor se dirigían al hospital.

CAPÍTULO 84

Asher recorría de arriba abajo la sala de espera de Urgencias.

—¿Por qué cojones nadie nos dice nada? —dijo de mal humor.

—Porque la acaban de meter para hacerle todas las pruebas pertinentes —respondió Trevor.

Asher seguía andando de un lado a otro.

—¿Vamos a tener que sacarles las respuestas con sacacorchos a las enfermeras todo el tiempo?

A Trevor le quedó claro que Asher lo estaba ignorando.

Asher se giró hacia él.

—Trevor, ¿y si Abby se muere? —dijo de pronto—. ¿Y si no sobrevive? —Asher sintió que un sudor frío lo invadía.

—Abby es una chica fuerte.

—Beth también era fuerte y murió al precipitarse por una escalera, como Abby.

Asher se dejó caer en una de las sillas de la sala de espera.

El comportamiento que había tenido con Abby cayó sobre su cabeza como un jarro de agua fría.

Un regusto a miedo llenó su boca.

—Trevor, estoy aterrado.

No quería perder a Abby. Por nada del mundo quería perderla. Ella se había convertido en la persona más importante del mundo para él, y no quería perderla.

No, no, no.

No quería perderla. Sin embargo, la posibilidad en ese momento era muy real. Muy muy real. Tanto que le producía escalofríos.

Y sentía tanto por ella.

Abby lo sorprendía con su forma de ser y su alegría; lo sacudía, y él necesitaba eso. Había mantenido un obstinado control sobre sus emociones durante toda su vida, hasta el punto de casi haber privado a su hijo de su padre. Y se estaba dando cuenta en ese momento.

Precisamente en ese momento…

Samuel apareció en la sala de espera.

—Ethan me ha llamado para contarme lo que ha pasado —dijo—. ¿Sabéis algo de Abby?

—Todavía no —contestó Asher.

—Asher, ¿estás bien? —le preguntó a su amigo, porque se le veía muy nervioso.

—¡No, no estoy bien! ¡Y nadie me dice nada! —se quejó, frustrado.

Samuel intercambió una mirada con Trevor.

—Asher, he oído cómo llamabas a Abby cuando la has visto tendida en el suelo. La has llamado «mi amor» —dijo Trevor.

Samuel se quedó de piedra al escucharlo.

Hubo unos instantes de silencio.

—Estoy enamorado de ella hasta lo más profundo de los huesos —respondió Asher sin titubear.

Trevor y Samuel permanecieron callados, dando a Asher espacio y tiempo para hablar.

—Hemos estado juntos, pero decidí mantenerla alejada de mí.

—¿Por qué? —preguntó Trevor.

—Porque no quería hacerle daño —dijo Asher.

—¿Otra vez con eso? —le regañó Samuel—. Tío, me revienta que tengas ese concepto tan malo de ti.

Trevor miró a Samuel. No era el momento de reproches.

—Asher, si estáis enamorados el uno del otro y tú te alejas de ella, ya le estás haciendo daño, porque ella quiere estar contigo, pero tú no se lo permites. Ahora mismo Abby está sufriendo.

Samuel se acuclilló frente a él.

—Asher, a veces hay que ser valiente, arriesgarse en algo. A veces hay que darlo todo por una persona. Apostarlo todo, absolutamente todo a una persona. Yo lo hice con Haley —dijo—. Abby nunca te hará daño de manera consciente, ni tú a ella. Y si no sale bien y termina haciéndote daño, ¿qué más da? Si algo he entendido en este tiempo que llevo con Haley es que la vida es así. Que la vida también es sufrimiento, dolor… Y que no pasa nada.

Asher agachó la cabeza y se pasó las manos por el pelo.

—Abby no tiene que estar al borde de la muerte para darme cuenta de que estoy enamorado de ella, lo sé desde hace tiempo. Pero la posibilidad real de perderla, de perderla para siempre… Ahora mismo no soy capaz de imaginarme la posibilidad de un futuro sin ella, de que no esté en mi vida. —Alzó los ojos y miró a sus amigos—. ¿Os lo podéis creer?

—Sí —afirmó Samuel—. ¿De verdad pensaste que podrías conseguir huir del amor que sientes por Abby?

Asher no contestó.

—¿No fuiste tú el que me dijo a mí cuando todos los líos con Haley que no podría correr lo bastante rápido ni irme lo bastante lejos como para dejar atrás lo que sentía? ¿Por qué no te lo has aplicado a ti mismo? —añadió.

—Porque yo no soy como tú, Samuel —rebatió Asher.

Samuel se incorporó y negó con la cabeza.

—En eso te equivocas, Asher. Ante el amor, todos somos iguales.

Trevor le dirigió una mirada como diciendo: «¿cómo se puede ser tan cursi?».

Samuel reparó en ella.

—No me mires así, Trevor. Tanto tú como el vanidoso de Ethan acabaréis cayendo más tarde o más temprano.

—Puedes hablar por Ethan, pero no por mí —aseveró Trevor.

Samuel sonrió de forma enigmática.

—Ya me darás la razón —dijo—. Si el amor ha llegado a tocar el corazón de Asher, puede tocar el de cualquiera. El más duro de roer era él.

—El más duro de roer es Ethan —intervino Asher.

Frustrado porque nadie le dijera nada sobre el estado de Abby, Asher se levantó del asiento y se acercó de nuevo al mostrador de las enfermeras. Quería asegurarse de que no había habido complicaciones.

—Todavía no sabemos nada, señor Barclay —respondió la enfermera, levantando los ojos para mirarlo—. Tenga un poco de paciencia, por favor.

Asher se giró en redondo.

—Paciencia, paciencia, paciencia… —masculló una y otra vez con visible enfado—. ¿Es que no saben decir otra cosa?

—¿Y qué tal está Tom? —se interesó Samuel.

—Muy nervioso, pero bien. Él ha sido el que se ha encontrado a Abby —dijo Asher.

—Menudo *shock* ha tenido que ser para él.

—No me quiero imaginar todas las cosas que han tenido que pasar por su cabeza —comentó Trevor.

—Sobre todo, porque adora a Abby —dijo Asher—. Voy a llamar a Ethan para ver cómo está.

Sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número de su socio.

—¿Cómo está Abby? —fue lo primero que le preguntó Ethan nada más descolgar.

—Todavía no sabemos nada —dijo Asher.

—¿Es mi papá? —oyó decir por detrás a Tom.

—Sí —contestó Ethan.

—Quiero hablar con él.

—Te paso a Tom, ¿vale, Asher?

—Sí, gracias.

—Papá, quiero ver a Abby —dijo Tom con voz firme.

—Tom, no puede ser.

—Sí que puede ser, papá. Yo quiero verla —insistió el niño.

—Cariño, un hospital no es un lugar para un niño —trató de convencerlo Asher.

—Me da igual, me quedaré contigo en la sala de espera, para cuando despierte, pero quiero estar allí, quiero verla.

Asher suspiró.

No podía decir que no entendiera a su hijo. Tom estaba igual que él. Podría quedarse en la sala de espera con ellos y si la espera se alargaba, podrían dar algún paseo por la calle. Tom era un niño obediente que no daba problemas. Sabía que se portaría muy bien.

—Vale —accedió—. Pasa el teléfono a Ethan.

—Vale, papá.

—Dime, Asher.

—Ethan, ¿te importa traer a Tom hasta el Hospital Northwestern Memorial?

—Claro que no. Ahora mismo salimos para allá.

—Coge uno de mis coches. Las llaves están en el vestíbulo.

—Perfecto.

Asher colgó justo en el momento en el que un médico salía de la sala donde habían metido a Abby.

—¿Asher Barclay? —preguntó.

—Soy yo —dijo Asher, adelantándose un paso.

Trevor y Samuel se quedaron de pie detrás de él.

—¿Cómo está Abby? —preguntó Asher.

—Por fortuna, el golpe en la cabeza ha sido una contusión en la superficie del cráneo que no reviste gravedad. Aunque hay que observarla, pero no tiene daños intracraneales. —Asher respiró aliviado al escuchar aquella noticia—. Tiene la pierna derecha rota a la altura del peroné, y hay que operarla. Estamos preparando el quirófano.

—¿Puedo verla?

—Me temo que no, señor Barclay. Queremos intervenirla cuanto antes para evitar posibles complicaciones, y ya está anestesiada, pero podrá verla cuando salga.

—Gracias —dijo Asher.

Trevor y Samuel le dieron unas palmaditas en el hombro. Cuando Asher se volvió hacia ellos, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ya está —lo consoló Samuel, dándole un abrazo.

Después lo abrazó Trevor.

CAPÍTULO 85

Una enfermera se acercó a Asher y le entregó en una bolsa las pertenencias de Abby, entre ellas el móvil, que casualmente empezó a sonar.

Asher lo sacó de la bolsa.

—Son los padres de Abby —le dijo a Trevor y a Samuel, cuando vio que ponía en la pantalla «Papá y mamá».

—Coge la llamada y explícales lo que ha pasado —le aconsejó Trevor.

En cuanto Asher les dijo quién era y les comunicó lo sucedido, los padres de Abby hablaron con sus hermanos. No les fue posible a todos en ese momento, pero algunos pusieron rumbo a Chicago de inmediato desde las ciudades en las que vivían, junto a los padres, que tenían que desplazarse desde el estado de Missouri.

No iban a dejar sola a Abby en un momento así. Eran una piña y en

circunstancias como esa era cuando lo demostraban.

En la hora siguiente, Ethan apareció con Tom. Dejó el coche de Asher en el aparcamiento del hospital para cuando él regresara a la mansión, y Samuel lo llevó a casa para coger su moto.

A Tom se le iluminó la cara cuando Asher le contó lo que le había dicho el médico. Abby se iba a poner bien. Eso era lo único que le importaba, que *superAbby* se e iba a poner bien.

—Papá, ¿puedo contarte una cosa? —dijo Tom, en un momento de la tarde.

Asher se acuclilló frente al niño para estar a su altura. Abby le había explicado que era la mejor actitud, para que el niño, al hablar, no tuviera que alzar la vista y estar al mismo nivel que el adulto.

—Por supuesto, Tom. Dime.

—Fue tía Melissa.

—¿Qué quieres decir?

—Fue tía Melissa la que empujó a Abby por las escaleras —soltó Tom de carrerilla—. Abby se cayó porque tía Melissa la empujó.

Asher posó la mano en la espalda del niño.

—Tom, ¿estás seguro? —le preguntó.

—Sí, papá. Tía Melissa empezó a decirle cosas muy feas a Abby y luego la

empujó. Yo la vi desde mi habitación. Al escuchar la discusión, abrí un poco la puerta y me quedé mirando.

La seguridad y convicción que vibraban en la voz del niño fue suficiente para que Asher le creyera.

—Hija de puta —masculló con los dientes apretados.

Ethan, Samuel y Trevor se miraron unos a otros. De Melissa podían esperarse muchas cosas, pero llegar a ese extremo…

—Y un día le tiró al suelo sus apuntes. Te lo quise contar, pero estabas hablando por teléfono —añadió Tom.

—Lo siento —se disculpó Asher con su hijo.

—Será mejor que llamemos a la policía —dijo Trevor.

Asher se irguió. Temblaba de indignación.

—Vosotros llamad a la policía —indicó, echando a andar hacia la puerta—. Yo voy a ajustar cuentas con esa hija de puta.

Los chicos volvieron a mirarse.

Samuel dio un par de zancadas y se puso delante de Asher, cortándole el paso.

—¿Adónde se supone que vas?

—Ya os lo he dicho —contestó Asher, zafándose de Samuel—. Quedaos con Tom.

—Asher, no puedes…

Pero Asher ya no le escuchaba, había abierto la puerta de la sala de espera y se había ido, como alma perseguida por el Diablo.

—Será mejor que lo siga —dijo Ethan.

—No lo pierdas de vista —le advirtió Trevor.

—Con la moto será más fácil seguirlo.

—Y no le dejes cometer una locura —vociferó Samuel cuando Ethan ya había abandonado la sala de espera.

—¿Adónde va mi padre? —preguntó Tom.

Trevor lo miró.

—A hablar con tu tía Melissa —respondió.

—Esperemos que solo hable con ella —añadió Samuel.

Asher había salido del aparcamiento del hospital y había hundido el pie en el acelerador hasta hacer chirriar las ruedas, rumbo a casa de Melissa.

Ni una bomba cayendo en la carretera lo habría distraído de su cometido.

Tenía las manos apretadas alrededor del volante con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Melissa vivía en una casa independiente de una sola planta en *Mulligan Avenue*.

Salía por la puerta cuando Asher giró bruscamente y frenó de golpe al lado de su coche. Melissa frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con recelo.

—Creo que sabes de sobra por qué estoy aquí, Melissa —dijo Asher con el rostro pétreo.

Melissa echó a correr y se subió a su coche. Metió rápidamente la llave en el contacto y arrancó el motor.

—¡Para! —le ordenó Asher, dando un fuerte golpe con la palma de la mano sobre el capó.

Pero Melissa no le hizo caso, dio marcha atrás bajo la mirada asesina de Asher, giró para enderezar la dirección y salió disparada calle arriba.

Asher lanzó un juramento y siguió sus pasos. Entró en el coche y, haciendo las mismas maniobras que Melissa, fue en su busca.

¿Acaso se pensaba que iba a llegar muy lejos? El coche de su excuñada tenía mucha cilindrada, pero el suyo tenía el doble.

Hundió otra vez el pie en el acelerador y salió disparado. Iba a darle alcance a como diera lugar.

Ethan sabía dónde vivía Melissa, así que era fácil predecir que Asher se dirigía hacia allí.

Vio su coche de refilón cuando se desvió a la derecha para tomar *Mulligan Avenue*. Giró el puño de la moto para acelerar, y fue detrás de él.

No podía permitirse perderlo de vista, como había dicho Trevor. Asher estaba fuera de sí y nadie sabía qué era capaz de hacer.

Salieron a carretera abierta, dejando Chicago atrás.

Ethan trató de acortar distancias con ambos coches, pero le resultaba imposible, porque era una vía de doble sentido y no dejaban de pasar vehículos en dirección contraria.

Aceleró y rebasó a dos coches. Y aunque parecía que estaba más cerca de Asher, él adelantó a otro par de vehículos. Ethan chasqueó la lengua con fastidio dentro del casco.

Aceleró un poco más, forzando la máquina.

Asher se mantenía con los ojos fijos en la carretera, sin perder de vista el coche de Melissa.

Mientras trataba de darle alcance, su cabeza iba a mil por hora. ¿No era mucha casualidad que Beth hubiera muerto tras caerse por la escalera de su casa, y que Abby hubiera estado a punto de hacerlo de la misma manera?

La única conexión que había entre ellas era Melissa. ¿Se había atrevido Melissa a empujar a su propia hermana por la escalera?

Asher no quiso creerlo, pero si Melissa lo había hecho con Abby, también podía haberlo hecho con su hermana.

Pensar en esa posibilidad le produjo un escalofrío.

¿Había Melissa matado a su propia hermana? ¿Había llegado a ese extremo?

Sacudió la cabeza.

Observó que aquel tramo de la carretera era menos transitado y que estaba despejado. Era el momento de entrar en acción.

Aceleró hasta poner el coche al límite y adelantó a Melissa. Sus miradas se encontraron a través de la ventanilla de los coches.

Asher terminó de rebasarla y dio un volantazo a la derecha, cruzándose en

medio del carril. Le era indiferente si Melissa chocaba con él, su coche aguantaría el impacto. Lo único que quería era cortarle el paso.

Melissa frenó de golpe y gritó. El coche se detuvo a unos pocos centímetros del Rolls Royce de Asher. Abrió rápidamente la puerta de su vehículo y bajó. Fue a echar a correr cuando Asher se interpuso en su camino.

—Eres una maldita hija de puta —le espetó él, con toda la rabia que había ido macerando dentro mientras había durado la persecución.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo Melissa.

—¡¿Y todavía me lo preguntas?! —gritó con frialdad Asher, acercándose a ella.

—No sé de qué hablas…

—Tom me lo ha contado todo. Me ha dicho que has empujado a Abby para que se cayera por las escaleras.

—Es mentira —se defendió Melissa.

—¡Es verdad! —la contradijo Asher, lanzándole una mirada penetrante.

—Tom es un mentiroso. No es más que un mocoso al que tenías que haber metido hace tiempo en un internado para que dejara de molestar. Se ha inventado todo eso de que yo he empujado a Abby porque me odia —dijo Melissa, enfurecida.

—Cuidado con lo que dices de mi hijo, Melissa —le advirtió Asher con expresión de pocos amigos—. Tom no miente. La que miente eres tú. Y resultas patética.

Melissa apretó los dientes con rabia. Al ver que no podía ganar, de repente alzó la barbilla y miró a Asher de frente, con una expresión de desprecio.

—¡Sí, la he empujado! ¿Y qué? —explotó—. Ella no es buena para ti, Asher. No es más que una zorra que se ha metido en tu cama…

Melissa no pudo terminar la frase, la enorme mano de Asher se cerró sobre su cuello como un grillete.

—Cierra la puta boca, Melissa, o te juro que no respondo —dijo Asher con expresión glacial. Su voz sonó como un trueno—. No voy a dejar que sigas insultándola. Por tu culpa casi se muere.

Entonces, ¿estaba viva? Eso llenó de furia a Melissa.

—Es una pena que no haya muerto —dijo, con la espalda contra uno de los laterales del coche.

Asher apretó más la mano. Melissa tosió, o trató de toser, pero solo le salió un gemido ronco. El aire empezaba a pasarle con dificultad por la garganta.

—No tenía que haberse metido entre tú y yo —aseveró—. Al igual que mi hermana.

—¿De qué hablas? —Asher aflojó un poco la presión de los dedos para que

Melissa pudiera hablar, pero no la soltó.

—¡Tenías que haberte enamorado de mí, tenías que haberte casado conmigo y Tom tendría que ser hijo mío! —exclamó Melissa.

—Estás loca —dijo Asher.

—Siempre he estado loca por ti, sí. Pero yo te conocí antes que Beth, fui yo quien te la presentó. Ella no tenía ningún derecho a entrometerse. Tú tenías que haber sido para mí.

—Las cosas no funcionan así. Yo me enamoré de tu hermana —replicó Asher.

Melissa tenía los ojos inyectados en sangre. La rabia que sentía por dentro la estaba consumiendo.

—Por eso la maté —confesó con crueldad—. Fue tan fácil… —Sonrió un poco—. Estaba bien y, de pronto, un empujoncito la hizo caer por la escalera y romperse el cuello —dijo con burla.

Un sonido ronco salió de la garganta de Asher. Melissa continuó hablando.

—Ella quería volver contigo, ¿sabes? Me lo dijo. —La sonrisa de Melissa adquirió un cariz de maldad—. Pero yo no se lo iba a permitir, como tampoco se lo iba a permitir a Abby.

Asher se inclinó sobre ella, contrayendo la mandíbula en un gesto agresivo. Volvió a apretar la mano alrededor del cuello de Melissa.

—Suéltame —siseó ella, arrastrando las palabras por su garganta.

Pero Asher ignoró su petición.

—Asher, por favor… —Levantó las manos y trató de aflojar los dedos de Asher, pero no lo consiguió.

—Has dejado huérfano a mi hijo y has estado a punto de matar al amor de mi vida.

Tenía los ojos clavados en Melissa, como si quisiera atravesarla con ellos.

Asher apenas respiraba. Estaba tan quieto que parecía haberse convertido en una estatua.

En aquel momento, Ethan le puso la mano sobre el hombro, pero él ni siquiera reaccionó.

—Asher, no merece la pena —le dijo.

—Mató a Beth, y ha estado a punto de matar a Abby —respondió Asher, como si quisiera justificar lo que iba a hacer.

Melissa ya se había puesto de puntillas para intentar aliviar la presión que sentía en la garganta.

—Asher, no puedo respirar… —gimoteó, con el rostro congestionado.

La irá se fue apoderando de él como una droga. Podía sentirla en el sabor amargo de la lengua. Respiró hondo, tratando de dominarse.

—Mereces morir —aseveró.

—Pero tú no mereces cargar con su muerte —oyó la voz de Ethan detrás de él y notó la mano sujetándole el hombro, tratando de impedir que estrangulara a Melissa—. Nos encargaremos de que no vuelva a pisar la calle.

Asher reflexionó unos instantes.

Abby y Tom lo necesitaban. Tenía mucha vida que vivir y compartir con ellos. Ethan tenía razón: él no merecía cargar con la muerte de Melissa a sus espaldas. La justicia se encargaría de ella.

La justicia… y él como abogado.

Aflojó la mano, lo suficiente para que Melissa pudiera coger una profunda bocanada de aire. Ella se acarició el cuello mientras dedicaba una mirada de absoluto desprecio a Asher.

—Voy a hacer que te pudras en la cárcel, y me lo voy a tomar como algo personal —le dijo él—. Vas a ser mi mejor victoria, Melissa —sentenció.

—La policía ya está en camino —anunció Ethan.

CAPÍTULO 86

Cuando entraron en la sala de espera, Trevor y Samuel se levantaron de las sillas.

—¿Qué mierda ha pasado? Nos teníais preocupadísimos —dijo Trevor, mirando a uno y a otro con impaciencia.

Tom estaba hablando con un niño de unos siete años que se encontraba con su familia esperando a que naciera su hermanito.

—Asher ha estado a punto de estrangular a Melissa —dijo Ethan en voz baja, no quería que Tom los oyera.

Las miradas de Samuel y Trevor se posaron en Asher.

—¡¿Estás loco?! ¿Cómo se te ocurre hacer algo semejante? —le recriminó Samuel, dándole un pequeño golpe en el hombro.

—Melissa ha confesado que mató a Beth —fue la respuesta de Asher.

Los rostros de Trevor y Samuel se llenaron de asombro.

—¿Qué…? —balbuceó Trevor.

Apenas eran capaces de articular palabra.

—Es una maldita asesina —aseveró Asher.

—Hostias, qué fuerte —musitó Samuel, pasándose la mano por el pelo.

—Y ha pretendido hacer lo mismo con Abby, utilizando el mismo *modus operandi* —concluyó Trevor.

Asher apretó los labios, asintiendo.

—Qué hija de puta —dijo Trevor, sin poder morderse la lengua.

—¡Papá! —Tom se levantó y fue hacia Asher.

Asher se acuclilló y le dio un abrazo.

—Hola, cariño.

—¿Qué ha pasado con tía Melissa?

—Se la ha llevado la policía. —Asher no quería mentir a su hijo, aunque tendría que pensar detenidamente en qué momento y cómo le contaría que su tía había matado a su madre, y que por eso él se había quedado medio huérfano.

Tom no comentó nada. Era un niño muy listo y sabía que lo que había hecho

su tía era algo muy malo, y que tenía que pagar por ello.

Asher se incorporó y dejó escapar un suspiro. Estaba tan cansado... Se sentía como si necesitara dormir durante un mes.

—¿Os han dicho algo de Abby? —preguntó.

—Está en la sala de recuperación. La operación ha sido un éxito.

Asher se llevó la mano al pecho y respiró aliviado.

—Gracias a Dios —susurró.

Se giró y fue al mostrador de las enfermeras.

—¿Puedo entrar a ver a Abby Jones? —le preguntó.

—Está en la sala número 1, preguntaré si puede pasar —respondió una de las enfermeras, al tiempo que levantaba el teléfono.

Pero Asher no esperó ningún permiso. Echó a andar a zancadas, bajo la mirada inquisitiva de la enfermera, y se internó en el pasillo. Que llamara al personal de seguridad si quería, a él ya le daba igual. Cuando localizó la sala número 1, entró.

En su interior se encontraban el médico que le había dado el diagnóstico en Urgencias y una enfermera.

—¿Abby? —dijo.

—¿Asher? —susurró ella.

Oír su voz de nuevo fue algo indescriptible para Asher.

Abby alzó levemente la cabeza para poder verlo. El corazón le dio un vuelco.

Asher se acercó a la cama y se inclinó sobre ella. Tenía parte de la cabeza vendada a causa del traumatismo que había sufrido, la pierna escayolada y una vía en el brazo con un gotero.

—Abby… —volvió a decir, esbozando una sonrisa.

El médico se giró hacia Asher.

—Señor Barclay, solo podrá estar con ella diez minutos. La señorita Jones se está recuperando de una conmoción cerebral y acaba de despertar de una operación. Es importante que no se mueva y que descanse.

—Yo me encargaré de que no se mueva ni un centímetro —dijo Asher en tono autoritario, sin apartar la mirada de ella—. De momento diez minutos es suficiente —añadió.

—Bien —accedió el médico.

Se giró junto con la enfermera y salieron de la sala.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Asher a Abby con voz dulce.

—Me duele un poco la cabeza —contestó ella.

Asher le pasó la mano por la frente con mucho cuidado.

—Es normal, te has dado un golpe muy fuerte.

Abby frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿No te acuerdas?

—No.

Asher cogió la mano de Abby y la envolvió entre las suyas.

—Melissa te empujó por la escalera de mi casa —dijo.

Abby trató de hacer memoria, recordar algo de lo que había pasado.

—Dios mío… —musitó.

—Tom lo vio y me lo contó. Ya la ha detenido la policía. —Por el momento era información suficiente. Ya le contaría el resto—. Nos has dado un susto de muerte, Abby. Cuando te vi tirada en el suelo del vestíbulo…

La voz se le rompió. Abby estiró la mano y le acarició la mejilla. Se preguntó si estaba sufriendo una alucinación por culpa de la medicación. ¿Tenía Asher los ojos llenos de lágrimas?

—Me voy a poner bien —le dijo.

Asher cogió su mano y depositó un beso suave sobre ella.

—Tengo que decirte muchas cosas, Abby. Muchas —enfatizó—. Pero será luego, ¿vale?

—Vale —dijo ella.

Asher agachó la cabeza y le dio un beso en la frente.

—Tom está deseando verte —le dijo.

Abby esbozó una sonrisa.

—Y yo a él.

—Él es quien me llamó para decirme lo que había pasado. Se puso muy nervioso cuando vio que estabas inconsciente y sangrando.

—Oh, Dios mío —masculló Abby, haciéndose una idea de lo mal que había tenido que sentirse—. Dile que me voy a poner bien.

—Está en la sala de espera. En cuanto pueda, pasará a verte.

—¿Está en el hospital?

—He tenido que traerlo, necesita verte y estar cerca de ti.

Abby notó que los ojos se le humedecían.

—Mi niño…

—También están Trevor, Samuel y Ethan. Haley ha dejado a Nico con su madre al salir del trabajo y viene para acá y tus padres y parte de tus hermanos están también de camino.

—¿Vienen mis padres y mis hermanos?

Asher afirmó con la cabeza.

—Llamaron justo cuando la enfermera me entregó tus pertenencias, entre ellas el móvil, y les expliqué lo que había pasado —dijo.

—Gracias —le agradeció Abby.

La enfermera entró en la sala.

—Señor Barclay, la señorita Jones tiene que descansar.

Asher sonrió.

—Ahora mismo salgo —dijo.

Se inclinó y besó a Abby en los labios. Fue un beso suave y tierno. Un leve roce simplemente.

—Descansa —le dijo, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Ella asintió.

Le brillaban los ojos.

¿Asher la había besado en la boca?

¿Qué había pasado durante el tiempo que ella había estado inconsciente?

CAPÍTULO 87

Al día siguiente, Asher habló con las enfermeras para que dejaran entrar a Tom en la habitación de Abby. Ellas accedieron después de que Asher les relatara cómo habían sido las cosas.

Tom había hecho un dibujo con la ayuda de Asher y quería regalárselo a Abby.

Unos nudillos tocaron a la puerta.

—Adelante —dijo Abby.

Asher entró en la habitación con un enorme ramo de flores, detrás del cual se encontraba Tom, al que llevaba cogido en brazos.

—Hola —la saludó.

—Hola —dijo ella.

—Mira quién ha venido a verte —dijo Asher.

Tom asomó la cabeza por un lado del ramo de flores. Abby sonrió de oreja a oreja.

—Hola, cariño —le dijo.

—¡Hola, Abby! —exclamó el niño.

Asher acercó una silla a la cama y colocó a Tom de pie en ella, para que pudiera ver a Abby.

El niño se inclinó con cuidado sobre ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Con la pierna escayolada, pero muy bien —respondió Abby.

—Mi papá te ha comprado un ramo de flores.

—Ya veo… —Abby levantó la vista hacia Asher. Sonrió—. Gracias, es precioso.

Solo habían hecho falta unos instantes para que el aire de la estancia se llenara del perfume que desprendían las flores.

Mientras Asher dejaba el ramo en la mesa, Tom sacaba un papel del bolsillo del pantalón vaquero que llevaba puesto.

—Yo te he hecho este dibujo, Abby —dijo.

—A ver, a ver… —dijo ella.

Asher le ayudó a desdoblar el papel y se lo tendió a Abby.

—Papá me ha ayudado un poco —comentó Tom con inocencia.

Abby rio.

—Esta eres tú —indicó Tom, señalando con el dedo índice una figura de una chica con un vestido de flores y dos moñitos en la cabeza como los que a veces se hacía Abby.

—Pero si me has dibujado igual —dijo.

Tom sonrió.

—Este es papá, este soy yo y este de aquí es Blackie —fue enumerándolos, al tiempo que señalaba a una especie de bola negra con pelo y con los ojos azules que había en una de las esquinas inferiores del papel.

Abby apuntó con el índice a la figura de una mujer con un vestido azul que estaba por encima de ellos, en la parte superior del dibujo.

—Y ella, ¿quién es? —preguntó.

—Es mi mamá —dijo Tom—. Como tú me dijiste que está en el Cielo la he pintado arriba. Desde ahí nos cuida.

Abby sonrió.

—Claro que sí, cariño. Es preciosa —dijo—, y el dibujo es muy bonito. ¿Sabes que voy a hacer con él? Enmarcarlo y colgarlo en la pared. ¿Qué te

parece la idea?

—¡Me encanta! —dijo Tom. Giró la cabeza y miró a su padre—. Abby…

—Dime.

—Mi padre te quiere decir una cosa.

—¿Qué?

Asher le susurró a Tom algo al oído y él volvió el rostro hacia Abby.

—Mi papá dice que… —Tom miró de nuevo a Asher al analizar las palabras —. Papá, ¿puedo decir eso? —preguntó en voz baja.

—Sí, solo ahora —respondió Asher con media sonrisa.

Abby estaba empezando a reírse. ¿Qué habían tramado esos dos?

—Mi papá dice que ha sido un tonto —comenzó de nuevo Tom—. Que siente mucho cómo se ha comportado contigo las últimas semanas. Que… —Asher se inclinó y le dijo algo más—… Que se ha dado cuenta de que eres muy importante para él y de que no quiere perderte. Y lo más importante… —Asher susurró una última cosa en el oído de Tom—… que te quiere.

A esas alturas, Abby tenía los ojos anegados en lágrimas y se mordía los labios para no romper a llorar.

Tom alzó la cabeza y miró a Asher.

—Papá, ¿lo he hecho bien? —le preguntó con inocencia.

Asher sonrió.

—Lo has hecho muy bien —le dijo. Le dio un beso en la frente y lo ayudó a bajar de la silla—. ¿Por qué no vas a jugar con los sobrinos de Abby?

—Sí, vale —contestó Tom, animado.

Abby los miraba sin creer lo que estaba pasando. ¡Vaya dos!

Tom echó a correr hacia la puerta de la habitación, pero antes de salir, se giró hacia ellos.

—Papá, ahora tienes que besar a Abby —dijo.

Asher se quedó boquiabierto.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo he visto en las películas.

Y salió de la habitación.

Asher se pasó la mano por el cuello.

—No se me da muy bien hablar de amor, así que he tenido que buscar un ayudante —dijo.

—Has buscado al mejor —afirmó Abby.

Asher miró a Abby a los ojos.

—Abby, ¿podrás perdonarme por ser tan estúpido? —dijo.

—No tengo nada que perdonarte.

Asher tenía los ojos llenos de emociones.

—¿De verdad me quieres? —le preguntó ella.

—Por supuesto que te quiero. He luchado contra ello alejándome de ti, pero no gané. Y ha tenido que pasar todo esto para darme cuenta de que no sería capaz de vivir lejos de ti, Abby —confesó Asher—. La posibilidad real de perderte… para siempre, me ha permitido ver que no quiero pasar ni un solo día lejos de ti, que no puedo pasar ni un solo día lejos de ti, que ni siquiera soy capaz de imaginarme mi vida si tú no estás en ella. Me has hecho creer en lo nuestro, en lo que sentimos y en lo que podemos tener. Y ahora que lo he descubierto gracias a ti, no quiero perderlo, ni quiero perderte.

Abby levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Asher…

—Sé que estas últimas semanas te he hecho daño al querer alejarme de ti, y lo siento. Lo siento mucho, Abby. No era mi intención… —Su voz se rompió. Alzó los ojos y la miró a través de las lágrimas.

—Lo sé —dijo ella—. Sé que, a tu manera, estabas tratando de protegerme. Pero mi felicidad está a tu lado, Asher.

—Y la mía al tuyo, Abby. Eres la única persona que ha superado las barreras que tan arduamente he ido construyendo para protegerme.

Se miraron durante un prolongado silencio.

—Creo que es el momento de que siga la sugerencia de Tom, y te bese —dijo Asher.

Abby rio ligeramente.

—Yo también lo creo —dijo. El corazón aporreaba su pecho con tanta fuerza que no tenía ni idea de cómo había podido articular palabra.

Asher bajó la cabeza y cubrió los labios de Abby con un beso tan sensual que ella sintió que se derretía. Su lengua se enredó con la suya, provocándole un cosquilleo en el estómago.

—Joder, quiero oír tu risa todos los días de mi puñetera vida —afirmó Asher, sonriendo, cuando se separó de ella.

—Te quiero —susurró Abby.

—Y yo a ti —dijo él, rozando la punta de su nariz con la de ella.

Respiró hondo, inhalando el aroma de cítricos y frutos silvestres tan característico de Abby. ¡Dios, cómo le gustaba ese olor tan especial suyo!

—Gracias —dijo.

Abby lo miró extrañada.

—¿Por qué?

—Por darme una familia —dijo Asher—, con gato incluido.

—Tú ya tenías una familia —replicó Abby.

—No, Tom y yo no éramos una familia hasta que apareciste tú, Abby. Solo éramos un padre y un hijo viviendo juntos, nada más —aseveró Asher—. Sin ti, yo seguiría alejado de él y Tom, triste e infeliz. Pero tú has hecho que me acerque a él y que sea mejor padre de lo que nunca he sido.

—Gracias a ti por dejarme formar parte de ella —dijo Abby—. Por cierto, ¿qué tal con toda mi familia en tu casa? —le preguntó.

La mansión se había llenado con los familiares de Abby. Asher había ofrecido su casa a los padres y hermanos que habían ido a Chicago a verla.

—Tu familia me cae genial y en mi casa hay habitaciones para todos. No iba a dejar que se quedaran en un hotel.

—Ellos están encantados —dijo Abby.

—Me alegro de que estén cómodos.

—¿Quién no estaría cómodo en una mansión?

Asher y Abby se echaron a reír.

—Oye, tu madre me ha invitado a la celebración de su cumpleaños este verano —dijo Asher.

—¿Y quieres ir?

—Por supuesto. Soy el novio de su hija —respondió Asher con humor—. Y

Tom está encantado con tus sobrinos —añadió.

En ese momento, alguien tocó la puerta.

—Adelante.

Holly asomó la cabeza.

—¿Se puede pasar? —preguntó.

—Claro que sí —respondió Abby con una cariñosa sonrisa.

—Os dejo para que habléis —dijo Asher.

Lo primero que hizo Holly fue abrazar a Abby y llorar. Abby le pasó el brazo en el que no tenía puesta la vía por la espalda y la estrechó contra su cuerpo.

—No puedo creer que esa hija de puta de Melissa te tirara por las escaleras —sollozó—. Dios, podría haberte matado.

—Ya ha pasado, Holly.

Holly se enjugó las lágrimas.

—Si me la encontrara de frente la mataría —dijo.

—Asher estuvo a punto.

—¿De verdad?

—Sí, fue Ethan el que lo impidió.

—No voy a decir que no me hubiera gustado que lo hubiera hecho, pero Asher

no puede cargar con la muerte de una tía tan despreciable como ella —aseveró Holly—. Con razón nos caía tan mal a las dos.

—¿Sabes que hizo lo mismo con su hermana?

Holly abrió la boca de par en par.

—¿Con la madre de Tom?

—Sí.

—¡Madre mía! ¿Y todo por esos celos enfermizos que tiene?

Abby asintió.

—Yo no sabía exactamente cómo había muerto Beth. Decían que de un accidente, y siempre pensé que era un accidente de coche. No sabía que se había caído por las escaleras y se había roto el cuello.

—Que su hermana la había tirado por las escaleras.

—Sí, bueno, eso.

—Menos mal que tú no has corrido la misma suerte, Abby. Mira, se me pone la piel de gallina solo de pensarlo —dijo Holly, mostrándole el brazo.

Abby se lo acarició.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó su amiga.

—Bien, me he roto la pierna y tengo el cuerpo lleno de magulladuras, pero por

lo menos el golpe que me di en la cabeza al caer fue superficial.

Holly suspiró ruidosamente.

—Has tenido mucha suerte, porque te podría haber pasado cualquier cosa —dijo—. Ah, me ha dicho Finn que ya vendrá a verte y que no te preocupes por los exámenes finales, que puedes presentarte en septiembre y que seguro que los apruebas todos con matrícula de honor. Ah, y James te manda un beso y dice que te desea una pronta recuperación.

Abby esbozó una sonrisilla.

—Me da muchísima rabia que todo esto me haya jodido los exámenes finales —dijo.

—Da rabia, porque llevas todo el año preparándote, pero lo importante es que estás viva y que no te ha pasado nada grave —la consoló Holly—. Además, como dice Finn, en septiembre seguro que te sacas todas con matrícula de honor. Eres una empollona.

Abby dejó escapar una carcajada. Después miró a Holly e inclinó el torso un poco hacia adelante.

—Se me ha declarado Asher —dijo en voz baja.

Holly abrió los ojos como platos.

—¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo? —le reprochó—. No tienes perdón, Abby.

Abby se echó a reír otra vez.

—¡Pero qué melodramática eres!

Holly sonrió de oreja a oreja y miró a su amiga con los ojillos brillantes.

—Cuéntame cómo ha sido —le pidió en tono cómplice.

EPÍLOGO

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó Asher.

—Sí —respondió Abby, contundente—. No pasa nada por leer un cuento en la clase de Tom. Él se va a llevar una sorpresa porque no se lo espera y, además, lo van a hacer otros padres para despedir el curso.

—Pero es que…

—Pero es que nada, Asher —lo cortó Abby con voz suave—. ¿No me digas que te enfrentas diariamente a jueces y jurados, que son auténticos tiburones, sin que te tiemble el pulso, y te dan pánico unos cuantos niños?

Realmente ponerse delante de una clase llena de personitas que no tenían más de cinco años hacía que le sudara el cuerpo entero.

—Ya sabes que los niños no se me dan bien —se quejó.

Abby le pasó la mano por el cuello y se echó a reír.

—Ahora los niños se te dan genial. Tu relación con Tom ha mejorado al cien por cien y cuando viene su amiga Victoria a casa ya no te mira como si fueras el Gigante Verde.

Asher la miró de reojo.

—Muy graciosa.

—De hecho, hasta te sonríe.

Abby estaba sentada en el sofá del cenador del jardín, su lugar favorito de la casa; al lado de Asher, y tenía la pierna operada apoyada en un cojín sobre una silla.

Asher se había empeñado en que se trasladara a la mansión para que él y Tom pudieran cuidarla. Así su madre y su padre podían volver a Missouri. A Tom la idea no le pudo gustar más y ayudaba a Abby en todo lo que podía.

A Abby casi se le cayó la mandíbula al suelo cuando Asher le dijo que se había replanteado las prioridades en su vida, y que el trabajo había dejado de ser la principal. Ahora lo eran ella y Tom, y nada cambiaría eso. Lucharía para convertirse en el padre que su hijo se merecía.

Mientras durara su convalecencia, trabajaría desde el despacho de casa y empezaría a delegar parte de sus tareas en el resto de «Alfas de Chicago». Incluso le comentó que se estaban planteando contratar a un nuevo socio para el

bufete.

Abby no daba crédito.

Le pasó la mano por el pecho.

—Te va a salir muy bien, Asher. Ya lo verás —le dijo en tono cariñoso, ya más seria—. Puedes leerles alguna de las aventuras del libro sobre el niño pirata que regalé a Tom.

Asher tomó aire.

—Si me lo dices así no puedo resistirme. Nunca he podido resistirme a ti. De ninguna manera. No se me da bien decirte que «no».

Abby delineó en los labios una sonrisa. Para ella, eso era todo un halago, porque Asher era la persona con la mente más cuadriculada y con las ideas más rígidas que había conocido en su vida. Pero eso había sido así hasta que ella había aparecido en su vida.

Blackie saltó al sofá, se subió a los muslos de Asher y se tumbó en su regazo tranquilamente. Asher bajó la mirada hasta él y sonrió.

—¿Cómo he pasado de odiar a los gatos a tener uno, y a estar pensando en adoptar otro para que Blackie no se sienta solo? —se preguntó.

Abby levantó un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Sí, ¿qué te parece una hembra? Blackie también tiene derecho a tener una compañera de viaje —respondió Asher.

—¡Me encanta la idea! —exclamó Abby—. Madre mía, Tom se va a volver loco cuando se lo digas.

—He pensado que podemos adoptarlo y regalárselo por su cumpleaños. Es el cinco de julio.

—Es perfecto, Asher.

Abby lo abrazó.

—Me gusta cómo me has cambiado —le dijo Asher—. Me gusta esta parte de mí que ha salido a la luz gracias a ti. Me gusta no estar lleno de recovecos oscuros.

—A mí también me gusta mucho. Esta parte es menos gruñona que la otra —dijo Abby.

Asher comenzó a reírse y Abby sintió en su cuerpo la vibración estentórea que producían sus carcajadas.

Se acurrucó más contra él.

—¿Cómo no te voy a amar? —dijo Asher.

Abby sonrió contra su pecho.

Asher la rodeó con los brazos, sintiéndose infinitamente agradecido, porque

sabía a ciencia cierta que había encontrado a la mujer de su vida.

Lo sabían sus huesos, lo sabía su sangre, lo sabía su piel, y cada célula de su cuerpo.

Y, al parecer, su secretaria también lo sabía. Julia le había confesado que le había recomendado a Abby, no solo por ser la candidata ideal como niñera de Tom, sino porque había visto en ella a alguien capaz de llenar de luz los rincones oscuros de su personalidad.

Y gracias a su buen ojo, por fin el amor tenía un lugar dentro de su corazón.

—¡Papá, Abby! —gritó Tom, corriendo hacia ellos.

Asher levantó el brazo que tenía libre.

—Ven aquí, cariño —le dijo.

Tom dio un beso a cada uno y se sentó al lado de Asher. Él lo estrechó contra su cuerpo y depositó un beso en su cabeza.

—Os quiero —dijo.

—Y nosotros a ti —respondieron Abby y Tom casi al unísono. Blackie maulló.

Asher lanzó un suspiro.

Por fin se había liberado de su oscuridad.

NOTA DE LA AUTORA

Si quieres leer la historia de Samuel y Haley, el primer libro de la serie Los Alfa de Chicago, puedes hacerlo en la novela **«SAMUEL, el Arrogante: Padres Inesperados»**. Estoy segura de que te encantará.

Y no te pierdas el siguiente Alfa de Chicago de la serie. Ethan nos contará su historia.